

Conceptos de

Rezo y
Bendición

R. Amram Anidjar

Título:

Conceptos de Rezo y Bendición

Autor

Rabino Amram Anidjar

Diseño

David Rodríguez

Editorial

Visita mi página en la cual encontrarás muchos videos y audios sobre multiples temas, además de clases en vivo y en directo.

www.ranidjar.com

Copyrigh © 2015

Conceptos de Rezo y Bendición - Español

Agradecimiento

En primer lugar, quiero agradecer a D-os por hacer una obra más, y quisiera dedicar este esfuerzo para Leiluy Nishmat de mi señor padre, Javiv Ben Esther Z"l, de la manera más humilde, pido a D-os que, de la misma forma en que yo aquí, en la tierra, me enorgullezco de ser su hijo, de igual manera él, en el Cielo, esté orgulloso de ser mi padre.

Asimismo, deseo dedicar esta labor para salud, vida larga y bienestar de mi querida esposa, mi señora madre y mis hijos.

Igualmente, es mi anhelo que esta obra sea para Berajá y Hatzlajá de todos los múltiples donadores que siempre me apoyaron para sacar a la luz mis libros. Espero que, con la ayuda de D-os, estas obras contribuyan al bienestar y beneficio de todo el Pueblo de Israel.

Sea la Voluntad del Creador permitir que todos juntos lo alegremos con este trabajo y Él a la vez nos alegre a todos nosotros mandándonos bendiciones, salud, vida larga y, especialmente, al Mashíaj, para que junto con él bailemos en Yerushalaim pronto en nuestros días. Amén.

Rabino Amram Anidjar.



בס"ד, י"ג טבת תשע"ה
2014/422-ע"ה

דברי ברכה

הובאו לפני גליונות ספריו של ידידנו הרה"ג רבי **עמרם אנידג'ר שליט"א** אשר מוכה את רבים ותוכר חיבורים רבים שיש בהם תועלת רבה וזיכוי הרבים גדול, הן בעניינים של פרשת השבוע, מושגים ביהדות, עד לנושאים של מיסטיקה יהודית, והכל במטרת קודש להגדיל תורה ולחככה על אחינו בני ישראל בגולה דוברי השפה הספרדית ובפרט שספריו אלה פונים גם אל הנוער הצעיר אשר זהותו היהודית וידיעותיו במסורת ישראל צריכים חיזוק גדול והם זקוקים לזה מאוד ע"מ לקרבם לתורה וליראת שמים, וכבר אתמתי גברא בפעילות במדינות דרום אמריקא לקרב ליבותיהם של ישראל לאביהם שבשמים, להשיב לב תועים.

ומלכד העיסוק הרב בספריו אלה גם לקח על עצמו את מלאכת התרגום לשפה הספרדית של ספרו ילקוט יוסף יחד עם ידידנו היקר ה"ה גבריאל חילו הי"ו להורות לעם את הדרך אשר ילכו בה ואת המעשה אשר יעשון, ברכתי אליהם שימשיכו עוד ועוד במפעלים קדושים אלה להגדיל תורה ולהאדירה.

והנני לברך את ידידנו הרה"ג רבי עמרם אנידג'ר שליט"א שימשיך עוד לעלות מעלה מעלה ירום ויגבה קרנו עד כי גדל מאוד בזיכוי הרבים ובהרבת תורה וזכות המצוה תגן בערו אלף המגן, אורך ימים ושנות חיים יוסיפו לו בטוב ובנעימים אכ"ר.

בברכת התורה,

יצחק יוסף

הראשון לציון הרב הראשי לישראל
ונשיא בית הדין הרבני הגדול



Yitzchak Yosef
Rishon Lezion Chief Rabbi Of Israel
President of the Great Rabbinical Court



יצחק יוסף
ראשון לציון הרב הראשי לישראל
נשיא בית הדין הרבני הגדול

Itzjak Yosef
Rishón Letzión, Rabino Principal de Israel
Presidente del Tribunal Rabínico Supremo

Con ayuda del Cielo, 13 de Tevet de 5775.

Palabras de Bendición

He visto los nuevos libros de mi colega y amigo, el erudito Rabino Amram Anidjar, quien ama al público y ha escrito muchos libros que son de mucho interés y beneficio para nuestros correligionarios. Sus libros abarcan diferentes temas: la perashá de la semana, conceptos generales y hasta la mística judía. Sus obras tienen la meta sagrada de engrandecer la Torá y acercarla a los corazones de los judíos hispanoparlantes de la diáspora; especialmente a la juventud que su identidad religiosa requiere de refuerzos constantes y requieren de mucho apoyo para acercarse a la Torá y al temor al Cielo. El autor ha tenido ya experiencia en estas labores en Sudamérica, fomentando la cercanía del pueblo de Israel a nuestro Padre que está en los Cielos.

Adicionalmente el Rabino Anidjar ha asumido la responsabilidad de traducir los libros Yalkut Yosef, que son de gran ayuda para el conocimiento de la ley judía. Esta labor se está realizando en conjunto con el Sr. Gabriel Hilu. Mis bendiciones hacia ellos, que sigan y tengan éxito en estos proyectos sagrados.

Que Hashem le otorgue al autor larga vida con salud y alegría y Su Divina Protección lo cobije, así pudiendo él continuar propagando la Torá sagrada. Amén.
Con la bendición de la Torá,

Itzjak Yosef



בברכה התורה,

יצחק יוסף

ראשון לציון הרב הראשי לישראל
נשיא בית הדין הרבני הגדול

México D. F., a 30 de Diciembre del 2014.
8 de Tebet del 5775.

אמרו צדיק כי טוב כי פרי מעלליהם יאכלו
Hablen del justo porque es bueno, de los frutos de su mano, se saciarán

Nuevamente (y ya son varias...) nos asombra nuestro querido amigo, ilustre conferencista, conocido internacionalmente, Rab Amram Anidjar Shlita, con otra de sus magnas y bellas obras, titulada "Conceptos de Rezo y Bendición", en la cual nos comparte vastos conceptos de Halajá y Musar.

Es menester tener esta joya en cada hogar judío, a modo de tener ideas sabias, profundas y a su vez claras, necesarias en la vida cotidiana de todo Yehudi.

Ya no hay palabras para agradecer y bendecir al Rabino Anidjar, por lo que diariamente hace con nuestros hermanos en México y en el mundo, que Hashem lo colme de dicha y felicidad, en compañía de su familia, y que solo vea alegrías y que se posen en el todas las Berajot de la Tora por siempre hasta 120 años.

ATENTAMENTE



Rab. Shlomo Tawil

Comunidad Maguén David

הברת ישראל של ארם צובה קהילת מגן דוד במקסיקו
Maguén David, A.C. Carlos Echánove No. 224 Col. Vista Hermosa C.P. 05100
México, D.F. Tel 5814 0600 e-mail: salomontawil@prodigy.net.mx
www.maguendavid.com

R. Abraham Tobal B.

Rabino y Dayan (juez) de la Comunidad Monte Sinai



אברהם טובל

רב ואב"ד של ק"ק הר סיני מיקסיקו

Conectarnos con Hashem a través de las bendiciones y los rezos nos da la oportunidad de tener un diálogo con El, tal y como lo hace un hijo con su padre, sin embargo muchas veces puede suceder que esto no se logre debido a falta de comprensión, a no encontrar el sentido, o a no conocer el significado de lo que rezamos, por lo que considero de suma importancia esta nueva aportación del libro "conceptos de rezo y bendición" excelentemente lograda por el Rabino Amram Anidjar que se suma a muchas otras publicaciones tuyas, en la que una vez más acierta a dar respuesta a las inquietudes y las necesidades que observa en el numeroso público con el que está en contacto, manifestando gran conocimiento, profundidad y claridad en el tema. Le deseo que Hashem lo siga guiando e iluminando para que continúe en esta importante labor de transmisión de nuestros valores, tanto de forma oral como de forma escrita ya que esta última se perpetúa para siguientes generaciones.

Rabino Abraham Tobal



Of. Directo: (52 55) 5596-0192
 Oficina: (52 55) 5596-9966 ext. 226
 Fax Oficina: (52 55) 5251-4372

Casa: (52 55) 5596-7521
 Tel/Fax: (52 55) 5596-7551
 e-mail: atobal@prodigy.net.mx

Celular desde México: 044 55 13 53 61 67
 Celular desde el Extranjero: (52 55) 13 53 61 67

Índice

| | |
|----|--|
| 4 | Cartas de rabinos |
| | Capítulo 1 ¡Empecemos el día con el pie derecho! |
| 13 | La primera lucha del día |
| 15 | El lavado de manos matutino |
| 17 | La vestimenta que no pasa de moda |
| 18 | La bendición al evacuar |
| 20 | Amanecer y cantar como el gallo |
| 21 | La dulzura del estudio de la Torá |
| | Capítulo 2 Preparádonos para recibir la luz |
| 25 | ¡Vistámonos de luz! |
| 28 | Preparación del cuerpo |
| 29 | La preparación mental |
| 31 | Quitar los “imanes” |
| 33 | Hagamos de D-os nuestro invitado |
| 36 | Bajemos la cabeza |
| | Capítulo 3 Tu pequeño Santuario |
| 41 | El mejor de todos |
| 43 | Haciendo una replica de nuestro Santuario |
| 45 | El nacimiento de las sinagogas |
| 49 | Destrucción física y espiritual |
| 51 | Frecuentar la Casa Divina |
| | Capítulo 4 El secreto del Tzizit |
| 55 | ¿Hijos o sirvientes? |
| 55 | ¿Qué distingue a un hijo de un sirviente? |
| 56 | ¡Contemplemos la Presencia Divina... |
| 58 | Nuestras luces |
| 59 | El <i>Talit</i> de D-os |
| 60 | El número ocho |
| 63 | El <i>Tejélet</i> |
| 65 | El secreto del número cuatro |

Capítulo 5 **Tefilín: amarrados a D-os**

- 69 El corazón y el cerebro del *Tefilín*
- 71 Blanco y negro
- 73 *Talit, Tefilín* y matrimonio
- 74 ¿Cuadrado o redondo?
- 76 El tercer ojo
- 78 Las *Perashiot* del *Tefilín* y los hemisferios cerebrales
- 80 Los *Tefilín* de *Rashí* y *Rabenu Tam*

Capítulo 6 **Rezo hecho y derecho**

- 87 Origen y evolución del rezo y del *Sidur*
- 93 Observa y actúa
- 94 Corrector de palabras
- 97 Apuntemos a Yerushalaim
- 99 La santidad del *Kótel*
- 101 El alma del rezo
- 105 El origen del hebreo
- 108 La verdad en el 13

Capítulo 7 **El rezo de mi alma**

- 113 El poder del rezo en grupo
- 116 El rezo femenino
- 120 Tiempo para rezar
- 122 ¡No pases!
- 126 ¡No interrumpas!
- 128 Mala señal
- 130 Recuperar un rezo perdido
- 131 La belleza en el camino y el rezo

Capítulo 8 **De tu boca al Cielo**

- 137 Al que madruga, D-os le ayuda...
- 138 El ascenso del rezo
- 142 La escalera que baja
- 147 Fe, superación y alegría
- 149 La fuerza de las alabanzas
- 152 ¡Seamos reyes!
- 154 La cadena judía

| | |
|-----|---------------------------------------|
| 156 | Tener fe en la salvación |
| 159 | Prosternémonos ante D-os |
| 161 | La infraestructura de la <i>Amidá</i> |
| 165 | La lluvia Celestial |
| 167 | Rezar con nuestras palabras |
| 168 | ¡Gracias, D-os! |
| 172 | El recipiente de la paz |
| 174 | El versículo de tu nombre |
| 174 | El esplendor de la <i>Jazará</i> |
| 175 | <i>Kadosh, Kadosh, Kadosh</i> |
| 178 | La bendición diaria |
| 182 | Perdónanos, D-os |

Capítulo 9 Cerrando el día con broche de oro

| | |
|-----|---------------------------------|
| 189 | El rezo de <i>Minjá</i> |
| 191 | El rezo de <i>Arvit</i> |
| 193 | El <i>Shemá</i> antes de dormir |
| 195 | El sueño de mi alma... |

Capítulo 10 Palabras que unen Cielo y tierra

| | |
|-----|--|
| 201 | Las cien bendiciones diarias |
| 203 | El significado de la bendición |
| 204 | El esplendor del “Amén” |
| 211 | El significado del <i>Lesbem Yijud</i> |
| 212 | Infundamos esencia a nuestras obras |
| 214 | Seamos un utensilio de <i>Kedushá</i> |
| 216 | La verdadera larga vida |
| 218 | La cadena de transmisión |

Capítulo 11 Elevemos nuestra mesa y alimento

| | |
|-----|---------------------------------------|
| 223 | Tu mesa sagrada |
| 225 | Lavémonos las manos para comer el pan |
| 227 | El utensilio perfecto |
| 230 | Aguas puras |
| 234 | “¡Manos arriba...!” |
| 235 | ¡Aguas! ¡No seamos flojos! |
| 236 | Lavar y proceder |
| 237 | La bendición de <i>Hamotzi</i> |
| 238 | <i>Maim Hajaronim</i> |
| 240 | Copa de bendición |
| 243 | ¡Bendigamos al Altísimo...! |
| 246 | Bendición, mantel y pan |

Capítulo 12 La santidad de la cadena alimenticia

- 249 Comer con educación
- 251 Respetemos el alimento
- 252 Alegando a D-os y a la gente
- 254 Lo principal es el pan

Capítulo 13 Reconocer, bendecir y agradecer

- 257 Las bendiciones
- 259 La secuencia de las bendiciones
- 262 Frutas y verduras
- 263 Agradezcamos por todo
- 266 No pateemos
- 268 La bendición *Meen Sbalosh*
- 270 Cantidad y calidad
- 272 El orden al bendecir
- 275 “Aroma-labanzas”
- 278 Ver y bendecir
- 282 La bendición *Shebejyanu*
- 285 La bendición de *Hagomel*

Capítulo 14 La Torá obsequio Divino

- 289 La Torá: origen y original
- 294 Letras y ladrillos
- 298 “Tres días sin agua...”
- 299 El triángulo de los tres
- 301 La bendición de la Torá
- 303 Los tres amores
- 305 Bendiciones ocultas
- 308 El “click” del alma
- 310 Llenémonos de Luz
- 313 Honor a quien honor merece
- 314 La *Haftará*

Capítulo 15 La evolución de la halajá

- 319 La *Halajá*
- 321 Una breve reseña
- 323 La historia de la *Halajá*
- 327 La *Halajá* contemporánea
- 330 Rab Ovadiá Yosef zt”l

Capítulo 1

¡Empecemos el día con el pie derecho!

- 13 | La primera lucha del día
- 15 | El lavado de manos matutino
- 17 | La vestimenta que no pasa de moda
- 18 | La bendición al evacuar
- 20 | Amanecer y cantar como el gallo
- 21 | La dulzura del estudio de la Torá

Capítulo 1

La primera lucha del día

La rutina en nuestra vida diaria hace que no pongamos la debida atención a todo lo bueno con que D-os nos bendice. Esto ocasiona dos cosas: 1. Que nuestra vida pierda sentido y gusto, convirtiéndose en rutinaria y aburrida. 2. Y para justamente salir de ese estado, algunos buscan amores prohibidos, placeres riesgosos y deportes extremos para tener la sensación de estar vivos y tener una respuesta a la pregunta de “¿Para qué un día más?”

Sin embargo, nuestros Sabios establecieron un orden de actividades al despertar que consisten en iniciar el nuevo día agradeciéndole a D-os y alabándole por el hecho de haber abierto los ojos, poder estirarnos, tener ropa para vestir, fuerza para caminar, y mucho más.

Con esto nos decimos: “Mi vida tiene un valor celestial y D-os me entregó todo lo bueno para existir. Por tanto, debo usar todas estas benditas herramientas para ser hoy una buena persona, tanto con D-os como con el prójimo”.

Preguntaron una vez al *Yétzer Hará* (el instinto del mal) cuáles eran sus armas secretas, y él respondió, entusiasmado:

—¡Una cobija y un ventilador!

Luego agregó:

—Cuando la persona se levanta por la mañana como un león para servir a D-os, se me dificulta todo el trabajo del día. Si hace mucho calor antes del amanecer, me acerco a su cama para evitar que madrugue, por lo que enciendo mi ventilador a fin de que duerma otro rato. Y si hace frío, lo cubro con mi cobija. Si consigo que se quede en cama, tengo

la batalla casi ganada, ya que no dirá bien su *tefilá*, quizás no podrá ponerse sus *tefilín*, o se los pondrá rápidamente y sin la concentración adecuada pronunciando un rezo poco eficaz. Durante el desayuno no tendrá tiempo de bendecir debidamente por sus alimentos, ni antes ni después, o lo hará rápido y mal. En resumen, si logro que comience su día espiritual con el pie izquierdo, ¡el resto del día lo tendré en mis manos!

Por esa razón, después de agradecer a D-os por devolvernos el alma para vivir un nuevo día, lo más conveniente es levantarnos rápido y con agilidad para servir a nuestro Creador. Esta actitud también es una muestra clara del amor y cariño que sentimos por el Todopoderoso. En otras palabras: ¡levantémonos todos los días con el mismo ánimo que mostramos cuando salimos de viaje para divertirnos!

Para esto nuestros Sabios establecieron el texto del *Modé Aní*, en el que agradecemos a D-os por el alma que nos devolvió. Este texto aparece en el Talmud Yerushalmi, aunque con una pequeña variación, pero el que citamos en la actualidad ya aparece impreso en el libro *Séder HaYom*, del gran cabalista Rabí Moshé Ben Majir, de la ciudad de Tzfat.

Nuestros Sabios recomiendan no levantarnos inmediatamente después de despertar, ya que esto perjudica nuestra salud. En cambio, consideran apropiado esperar un breve lapso de tiempo antes de salir de la cama. Recientemente se publicó que lo más saludable es esperar doce segundos en cama antes de levantarse.

La oración de *Modé Aní*, la cual debemos pronunciar antes de levantarnos, contiene justamente doce palabras. ¿Coincidencia...?

El *Modé Aní* es una manifestación de profundo agradecimiento al Creador. Debemos saber que, en un sentido más profundo, nuestra esencia divina, el alma, se divide en cinco partes, tres internas y dos externas:

Las internas son: *Néfesh*, *Rúaj* y *Neshamá*. El *Néfesh* reside en el hígado (la sangre), el *Rúaj* en el corazón y la *Neshamá* en el cerebro.

Las externas son: *Jayá* y *Yejidá*, las cuales nos envuelven por fuera como un aura.

Así, al despertar cada mañana debemos agradecer a D-os por recibir el alma nuevamente diciéndole: *Modé Aní lefaneja...*, “Te agradezco a Ti, D-os...”, *Mélej Jai*, “D-os de vida”.

La palabra *Mélej* está formada por las iniciales en hebreo de las palabras “cerebro”, “corazón” e “hígado”, las tres moradas internas del *Néfesh*, el *Rúaj* y la *Neshamá*, respectivamente, y la palabra *jai* forma las iniciales de *Jayá* y *Yejidá*, las dos partes externas.

Por tanto, el primer agradecimiento del día es para D-os por devolvernos estas cinco partes del alma para poder vivir un nuevo día y utilizarlas para nuestra elevación espiritual y social.

Finalizamos este rezo diciendo: *Rabá emunateja*, “¡Qué grande es Tu fe!”. Y no nos referimos a lo grande que es nuestra fe en D-os, sino a cuán grande es Su fe en nosotros, ya que, a pesar del mal comportamiento que pudimos llegar a tener ayer, con todo y eso, hoy nos devolvió nuestra alma pura teniendo fe en nosotros de que hoy será un día diferente, más acorde con Su voluntad.

¡Desarrollemos todo nuestro ser material y espiritual en el servicio a D-os por medio del rezo, el estudio de la Torá y el cumplimiento de las *mitzvot*!

El lavado de manos matutino

El agua es uno de los cuatro elementos principales de la Creación y siempre ha sido considerada símbolo de pureza. De ahí su uso en la *Mikvé* o en la *Netilá*.

En la época de Nóaj, cuando la humanidad impurificó el mundo, D-os decidió purificarlo de nuevo con un inmenso “baño de agua”, el Diluvio.

De la misma manera, cuando necesitamos desprendernos de alguna impureza, nos introducimos en una *Mikvé* para realizar la *tevilá* (el baño ritual). ¿Cómo se logra esta limpieza? La parte impura se denomina *Rúaj tumá*. En hebreo, *Rúaj* significa “viento”, “aire” y “espíritu”, *tumá*,

“impureza”, es decir es un viento y espíritu de impureza. Este *Rúaj* nos envuelve, por lo que al introducirnos en el agua, donde el aire no puede penetrar, logramos eliminar de nuestro cuerpo esa impureza y nos purificamos por completo.

Nuestros Sabios revelaron que cuando dormimos por la noche, nuestra alma se desprende y sube a rendir cuentas ante nuestro Creador por todas nuestras acciones del día. Y dentro del orden del día establecieron la ley de lavarnos las manos al levantarnos por varios motivos:

- De acuerdo con el Abudarham, debido a que los sumos sacerdotes en el Templo se lavaban las manos antes de realizar los servicios, así nosotros, después de levantarnos y antes de servir al Creador, debemos lavárnoslas.
- El Rosh opina que, debido a que en la noche, al dormir, seguro nuestras manos llegan a tocar o a rascar ciertas partes del cuerpo, se requiere lavarlas para purificarlas y poder rezar *Shajrit* (*Berajot* 9:23).
- De conformidad con la *Guemará*, durante la noche un espíritu impuro reposa sobre nuestras manos y no se quita hasta que las lavamos, y no importa si dormimos o no; el solo hecho de ser de noche lo causa (*Shabat* 108b).
- El *Zóhar* explica que en la noche, al dormir, nuestra alma sale del cuerpo y se eleva, de tal forma que quedamos como semimuertos, lo cual provoca una leve impureza y, a la hora de despertar, nuestra alma vuelve a llenar nuestro cuerpo y esa impureza se aleja, pero queda sólo en las manos (Tomo 1, pág. 184b).

Por eso dice el *Shulján Aruj*: “Hay que procurar no tocar los miembros del cuerpo como la boca, los oídos y los ojos antes de lavarse las manos” (*Óraj Jaim* 4:3). Y explica sobre esto el Kaf *Hajaim* que el daño que provoca no es físico, sino espiritual, ya que de repente los oídos ya no quieren escuchar palabras de D-os, la boca ya no quiere alabarlo ni agradecerle, y los ojos dejan de ver las maravillas y la Mano Divina en todo lo que nos sucede durante el día. Sin embargo, al lavarnos las manos, las purificamos y así también purificamos nuestros sentidos, por lo que podemos volver a ver, hablar y escuchar a D-os.

La vestimenta que no pasa de moda

La ropa sirve principalmente para cubrir y calentar nuestro cuerpo, además de que a lo largo de la historia ha permitido clasificar y revelar las diferentes clases económicas: ricos o pobres, reyes o esclavos, así como los diferentes niveles sociales y culturales, y pertenencia a equipos deportivos, ejércitos y religiones.

Por ejemplo, mediante la ropa los judíos nos manifestamos como “los soldados del ejército de D-os”, aun cuando haya diferentes sectores religiosos en el Judaísmo: sefaradim, ashkenazim, litaím (de Lituania), *jasidim* y otros.

Todos sin excepción servimos al Creador del Universo por medio del cumplimiento de la Torá. En un ejército, el uniforme de un marino es distinto del de un piloto, y éste del de un soldado raso, pero todos sirven a la misma nación y tienen un solo propósito: defenderla de sus enemigos.

Independientemente de nuestro gusto por determinado estilo de ropa, en algo todos tenemos que estar de acuerdo: queda prohibida la falta de ropa, porque esto provoca tentación entre las personas debido a la exhibición de diferentes partes del cuerpo.

El Ben Ish Jai explica este concepto a profundidad basándose en el versículo que habla de la serpiente, símbolo del *yétzer hará* (instinto del mal): “La serpiente era *arum*” (*Bereshit* 3:1). Este término tiene dos significados: “astuto” o “desnudo”. De acuerdo con el Ben Ish Jai, la Torá utilizó la palabra *arum* para aclararnos que el *yétzer hará* se apega a la persona desnuda incitándola y provocándola, o la usa para incitar a los demás por medio de ella.

Por este motivo nuestros Sabios nos enseñan que, entre las primeras cosas que tenemos que hacer al levantarnos, es vestarnos adecuadamente.

La *kipá* forma parte de la vestimenta judía desde tiempos inmemoriales. Hace aproximadamente tres mil años los judíos ya cubrían su cabeza, hecho comprobado por el profesor Warner Kaler. En su libro *La Biblia y la historia*, describe un obelisco dedicado al triunfo del rey de Asiria

Shalmanezzer III (años 824 a 858 a.e.c.) cuyos jeroglíficos muestran a un grupo de judíos enviados a la ciudad de Siro por Yehú, rey de Israel. Claramente los hombres llevan una vestimenta recatada, además de la cabeza debidamente cubierta con una especie de *kipá* distintiva de aquella época.

No olvidemos una regla del recato: “El que está vacío por dentro se siente obligado a llamar la atención con su cuerpo”. Procuremos que la gente nos valore por lo que tenemos en nuestro interior: alma, cualidades, inteligencia, modales, sabiduría, etc., y no por nuestro físico.

Dicen nuestros Sabios que una de las causas por las que logramos salir de la oscura época de esclavitud en Egipto a la libertad fue porque mantuvimos nuestras vestimentas recatadas.

En estos tiempos de tanto descaro y desfachatez, esforcémonos permaneciendo con nuestra vestimenta original de recato y dignidad, para hacernos meritorios de recibir la Redención final, pronto en nuestros días.

La bendición al evacuar

La Creación de D-os nos asombra por la maravillosa precisión, el orden, la belleza y la coordinación perfecta.

La Creación se divide en dos partes:

General: comprende al mundo entero con su vegetación, animales, aves, mares, etc., así como los demás planetas.

Particular: comprende sólo al cuerpo humano.

Basta una breve reflexión para darnos cuenta que el cuerpo humano es un microcosmos, un pequeño planeta Tierra. Así como en el centro del planeta hay rocas sólidas, dentro del cuerpo humano están los huesos. Así como dentro de la Tierra corren ríos y manantiales, en nuestro cuerpo corre la sangre por nuestras venas.

Sobre las rocas internas hay un manto de tierra cubierto por una delgada capa de arena. En nuestro cuerpo, sobre nuestros huesos hay una capa de carne cubierta por delgada piel. La vegetación que brota de la superficie de la Tierra es como nuestros vellos y cabellos. Al igual que la tierra, el cuerpo también tiene zonas áridas y otras fértiles y muy desarrolladas.

Descubrir el funcionamiento del cuerpo humano nos acerca al Gran Diseñador, el Todopoderoso.

Es imposible ver la armonía y la perfección del cuerpo y no alzar la mirada para decir: “¡Gracias, D-os!”, especialmente cuando observamos que nuestro cuerpo evacúa y desecha todo lo que no necesita, después de haber extraído las proteínas, grasas, vitaminas, hierro, etc. de nuestros alimentos, para poder distribuir cada elemento a la zona necesaria.

Lamentablemente, no valoramos todo esto hasta que, de pronto, el cuerpo empieza a fallarnos y la evacuación de la “basura” se nos dificulta, pues comenzamos a sufrir diversos males, desde piedras en el riñón hasta estreñimiento, e incluso oclusión intestinal.

Por tanto, no debemos ver nuestra salud como algo normal y obligado, sino como un gran milagro. Y para ayudarnos a esto, nuestros Sabios establecieron una bendición especial conocida como *Asher Yatzar*.

El gran cabalista Rabí Moshé ben Majir escribió en su libro *Séder HaYom*: “Aquel que procura decir siempre esta bendición con concentración, palabra por palabra, D-os lo bendecirá para que nunca sufra de ningún padecimiento de este tipo”.

Y agrega el Ben Ish Jai: “A la hora de decir esta bendición la persona no debe realizar otras acciones, como vestirse o arreglarse, para no distraerse, y decirla con la intención y el agradecimiento correctos”.

Está escrito en nombre del Arizal que nuestros sabios incluyeron a propósito 45 palabras en esta bendición, número que equivale al valor numérico de la palabra *Adam*, “humano”, ya que en esta bendición agradecemos por la salud corporal, el buen mecanismo y su perfecto funcionamiento.

Por ello, al terminar de hacer nuestras necesidades, ¡no olvidemos nunca lavarnos las manos para bendecir y agradecer a D-os por la maravilla de poseer una máquina perfecta, y recemos para que siga cuidándola con salud y vida larga!

Nuestros Sabios finalizaron esta bendición con las palabras: *Umaflí Laasot*, expresión extraída del versículo (*Shofetim* 13:19) que habla del encuentro profético que tuvo Manójaj, el padre de Shimshón, con el ángel enviado por D-os. El motivo de relacionar el hecho de salir del baño con la visión profética indica que debemos ver a D-os en el simple acto de la evacuación y el funcionamiento “natural” del cuerpo, como si fuera una revelación divina, como está escrito: *Mibesarí Ejezé Eloha*, “Observando mi cuerpo contemplo a D-os” (*Iyob* 19:26).

Amanecer y cantar como el gallo

Despertar cada mañana para vivir un día más no es algo natural; es un milagro que nos sucede cada mañana.

De hecho, en cada momento de nuestra vida ocurren incontables milagros. Sin embargo, como dijo el profeta: *Reot rabot veló tishmor*, “Ves mucho y no prestas atención” (*Yeshayá* 42:20). Tomamos las acciones y los acontecimientos rutinarios como parte de un sistema ordenado habitual, sin ponerles la debida atención.

Para no caer en esta rutina, nuestros Sabios establecieron una serie de bendiciones para decirlas cada mañana, en las que reconocemos al Creador en cada paso que damos en el nuevo día que comienza.

Por ejemplo, mediante la bendición de *Elo-hay Neshamá...* agradecemos a D-os por el alma pura que nos concedió, después de haber pasado la noche en un estado similar al del difunto (*Berajot* 60b), y así sucesivamente con las demás bendiciones.

Originalmente, sólo hasta que se escuchaba el canto del gallo se decía: “*Baruj Atá...*, que da al gallo sabiduría para distinguir entre el día y la noche”. Cuando la persona abría los ojos, decía: “*Baruj Atá...* que abre los ojos a los ciegos”, pues mientras dormimos estamos como ciegos.

Al vestirse decía: “*Baruj Atá... que vistes a los descubiertos*”.

De esta manera podían percibirse tangiblemente los milagros diarios por los que debemos agradecer, sin importar lo obvios que pudieran parecer.

Hace aproximadamente 1100 años (en la época de los *Gueonim*) nuestros Sabios establecieron, por diferentes motivos, que las bendiciones conocidas como *Birkot Hashájar* se digan por la mañana incluso sin haber escuchado el canto del gallo.

Resulta de interés que prácticamente de todas las bendiciones comprendemos la obligación de agradecer y bendecir a D-os por la maravilla y el favor que nos hace al concedernos cada uno de estos milagros: abrir los ojos, vestirnos, etc. Sin embargo, ¿qué función tiene reconocer la sabiduría del gallo justamente en los *Birkot Hashájar*, además de que figura al principio de todas las demás?

Nuestros Sabios explican que el gallo canta cada día que ve el amanecer, con el mismo ímpetu. Esto significa que, por algún motivo, jamás cae en la “rutina” de hacer las cosas por inercia. Todavía no hay un gallo que, en alguno de los incontables amaneceres que presencia, se diga: “¡Otra vez el mismo amanecer de siempre! ¡Qué tediosa labor me tocó...!” Cada mañana canta con especial entusiasmo, como si fuera la primera vez que lo hace, y tal vez mejor.

Reflexionemos sobre esta bendición. Tomemos el ejemplo del gallo y no nos permitamos caer en la rutina cada mañana que, con el favor de D-os, abrimos los ojos. No pensemos al despertar que comienza otro día igual que el de ayer. ¡Alegrémonos cada vez que amanece y agradezcamos a D-os con todo nuestro corazón y entusiasmo, como si fuera la primera vez que abrimos los ojos!

La dulzura del estudio de la Torá

Al final de *Birkot Hashajar* decimos dos bendiciones: en la primera rogamos a D-os que la Torá sea dulce en nuestra boca y en la segunda le agradecemos por elegirnos como Su pueblo y por entregarnos Su Torá.

Gracias a estas bendiciones podemos estudiar Torá durante ese día, pues nuestros Sabios determinaron que no se permite estudiar Torá antes de decirlas. No obstante, no es necesario decirlas cada vez que la estudiamos; es suficiente hacerlo sólo una vez, al comienzo de cada día.

De acuerdo con el libro *Kehilot Yaacov* (*Berajot* cap. 22), la bendición de *Vehaarev Na* se considera *Birkot Haneenim*, bendiciones que se dicen antes de disfrutar de cualquier placer como comer, beber, percibir aromas agradables, etc., ya que el estudio de la Torá constituye un placer y una satisfacción para todos.

El Talmud comenta que ninguno de los más grandes sabios de nuestro pueblo, los profetas e incluso los ángeles, pudieron descubrir el motivo de la destrucción del *Bet Hamikdash*, hasta que D-os Mismo lo reveló: "Por abandonar Mi Torá" (*Nedarim* 81a). Explican nuestros Sabios que en realidad la gente sí estudiaba Torá, sólo que no decía las bendiciones previas a su estudio con entusiasmo. La estudiaban sin placer y de forma rutinaria.

El estudio de la Torá es tan especial que nos protege, salva y beneficia mientras lo hagamos con alegría, y eso es lo que manifestamos cada mañana con esta primera bendición, para no caer en el error de nuestros antepasados de estudiarla sin el deleite y amenidad que la caracteriza.

Sin embargo, nuestro instinto del mal, en cada ocasión que percibe nuestro interés por estudiar Torá, trata de privarnos de ese dulce sabor que emana de sus palabras.

Hace tiempo se puso de moda una dieta que consistía en masticar un chicle antes de comer, a fin de anestesiar las papilas gustativas. De ese modo, al momento de comer, la comida se vuelve insípida y no provoca mayor antojo o impulso alguno de seguir comiendo. Al parecer, el instinto del mal trata de aplicarnos el mismo sistema antes de tomar parte de alguna clase o de abrir cualquier libro de Torá: nos da ese "chicle" para "anestesiarnos" y quitarnos de esa manera el placer del estudio y las ganas de aprender.

David *Hamélej* dijo: "Las órdenes de D-os son rectas, alegran al corazón" (*Tehilim* 19:9). Basta con percibir la calidad de vida que nos ofrece

la Torá, así como los consejos que absorbemos de ella sobre la vida matrimonial, la educación de nuestros hijos y demás asuntos cotidianos para darnos cuenta. ¡Y no hablemos de la inmensa retribución que nos espera en el Mundo Venidero por estudiarla!

Éste es uno de los motivos por los cuales los ashkenazim finalizan la segunda bendición diciendo: *Laasok bedibré Torá*, que podría interpretarse como: “ocuparse con las palabras de Torá”. Pero la palabra *laasok* es un término que se usa en los negocios, en hebreo se denominan *asakim*, como diciéndonos: “Da a tu estudio de Torá el mismo trato que das a los negocios”.

Podríamos comparar esto con un hombre que retira cien mil pesos del banco y los lleva al mercado para comprar mercancía, rentar un local, invertirlos en publicidad, etc. Algunos de los que vieron lo que hizo le dicen:

—Tu dinero estaba seguro en el banco. ¡Ahora estás arriesgándolo!

Pero él responde:

—Es cierto, retiré cien mil pesos de mi cuenta. Comprendo el riesgo al que me expongo. Sin embargo, pienso devolver al banco doscientos mil. ¡Duplicaré mi inversión!

Así sucede con nuestra alma: estaba depositada en un mundo celestial, estable en su nivel de elevación. Fue enviada a este mundo con el riesgo de pecar, caer en tentaciones y dejarse llevar por las malas influencias, solamente para elevar su nivel espiritual superando todas las tentaciones y cumpliendo los preceptos que le fueron encomendados.

¡La única manera de conseguirlo es estudiando y cumpliendo los preceptos de la Torá! Es por esto, más que nada, que debemos alegrarnos inmensamente cada mañana al decir estas bendiciones, ya que nuestro “negocio” va muy bien y la “cuenta” está creciendo en el *Olam HaBank*.

Capítulo 2

Preparándonos para recibir la luz

- 25 | ¡Vistámonos de luz!
- 28 | Preparación del cuerpo
- 29 | La preparación mental
- 31 | Quitar los “imanes”
- 33 | Hagamos de D-os nuestro invitado
- 36 | Bajemos la cabeza

Capítulo 2

¡Vistámonos de luz!

Siempre debemos rezar vestidos, nunca desnudos ni con falta de recato. Tampoco ante una persona desnuda o sin recato ni ante una imagen de un desnudo o con falta de recato. Esto es la base del *Tzeniut*.

La Torá y nuestros Sabios nos enseñan que la ropa no es sólo una cubierta para el cuerpo, sino también representa mucho de nuestra personalidad, pues muchas veces manifestamos nuestras ideas y el respeto hacia nosotros mismos en la forma que nos vestimos.

Por ejemplo, si invitamos a alguien a una fiesta en nuestra casa y llega muy mal vestido, es como si nos dijera: “No te considero tan importante”. Sin embargo, cuando esa persona se esmera por acudir con ropas elegantes, demuestra la importancia que da a la ocasión.

Debido a eso hay leyes sobre, por ejemplo, cómo debemos vestirnos en Shabat. Una de ellas dice así: “No vestirá la persona la ropa de semana en el día de Shabat, sino que debe asignar ropas especiales para ese sagrado día”. De esta manera demostramos el respeto y el cariño que sentimos por la santidad del día de Shabat.

Por este motivo la Torá dedicó una parte importante de la *perashá* de *Tetzavé*, para indicar los detalles de la ropa que los sacerdotes usaban cuando entraban al Templo a realizar el servicio, desde el tocado sobre la cabeza hasta el cinturón, y por supuesto, los pantalones, la camisa, etc. Con esto nos indicó D-os la importancia de la vestimenta al momento de rezar.

Como se relata en la *Guemará*: “Rabá Bar Huná se vestía muy bien, con ropas dignas y con un cinturón especial para ir a rezar, citando el versículo del Profeta Amós (4:12): *Hicón likrat Elo-heja Israel*, ‘Prepárate para el encuentro con tu D-os, Pueblo de Israel’” (*Shabat* 11:1).

De esto aprendemos que parte de la preparación adecuada para el rezo es la vestimenta.

Maimónides escribe: “La persona debe vestirse bien antes del rezo. Como dice el versículo: ‘Preséntense ante D-os con respeto’. Por tanto, la persona no puede rezar en ropa interior o con las piernas descubiertas. Prácticamente se parará ante D-os como quien se para ante personas importantes” (*Leyes de Tefilá* 5:5).

La Torá relata que, al finalizar D-os la Creación del hombre y de la mujer, estaban los dos desnudos pero no se avergonzaban; eran como dos bebés que no ven en su carencia de ropa algo malo. Posteriormente, fueron seducidos por la serpiente, el ángel SM, y después de pecar, se avergonzaron y con hojas de higuera se cosieron una mínima cubierta. Y luego D-os les cosió túnicas de piel.

Al profundizar en todos estos sucesos y sus mensajes, veremos qué tan actuales siguen siendo.

Rabí Yehoshúa Ben Corjá dice: “Al estar desnudos y convivir íntimamente, *Adam* y *Javá* despertaron la envidia y los celos de la serpiente-ángel SM, y cuando el hombre se fue descansar (tal como lo especifica Rabí Abá Bar Curiá), la serpiente aprovechó y sedujo a *Javá*” (*Bereshit Rabá* 18:19).

Con esto aprendemos que la desnudez y la falta de recato “activan” al instinto del mal para llevarnos a pecar.

Después, *Adam* y *Javá* se dieron cuenta de que habían fallado en cumplir la orden de D-os, y por primera vez empezaron a sentir vergüenza. Y si antes del pecado el versículo dice: *Lo itboshashu*, “No tenían *bushá* (vergüenza)”, ahora la Torá nos dice que ellos se escondieron y se cubrieron con ramas del árbol, y luego se cosieron una cubierta con las grandes hojas de la higuera.

Por este motivo la vestimenta se llama en hebreo *lebush*, palabra compuesta por dos: *Lo bosh*, es decir, “Ya no tengo vergüenza”.

Después de ser interrogados y juzgados por D-os ante el acto pecaminoso que cometieron, la Torá dice que el Creador les hizo

túnicas de cuero, como diciéndoles: “Al principio se veían como todos los animales del campo, descubiertos (desnudos) como ellos. Pero entendieron muy pronto que son diferentes y, por tanto, conocieron el concepto de *lebush*, ropa. Sin embargo, ustedes creen que basta con cubrirse la desnudez usando estas hojas. Yo les enseño ahora que no es así. Deben llevar una túnica completa”.

¿Cuál es la filosofía escondida detrás del recato y de cubrir el cuerpo tan bello y tan perfecto? La respuesta es muy trascendental.

La *Guemará* comenta que la persona está compuesta de dos aspectos. El primero consiste en cuatro funciones que tenemos en común con los animales: comer y beber, procrear y hacer nuestras necesidades; y la segunda, en tres funciones que tenemos en común con los ángeles: hablamos, pensamos y caminamos erguidos. La parte animal se refleja en el cuerpo; la parte angelical, en el alma (*Maséjet Jaguigá* 15b). La pregunta más importante en nuestra vida es: ¿cuál de las dos partes nos gobierna?

El concepto de *tzeniut* consiste en la idea de: “No me valores por mi cuerpo. No te cases conmigo sólo por mi belleza externa. No me contrates para un trabajo sólo por mi atractivo físico. Tengo mucho más que mi físico. Poseo inteligencia, sabiduría, experiencia, don de palabra y otras cualidades de valor”.

Para eso cubrimos el cuerpo: para descubrir el alma.

Por esta razón, en el momento de la boda, el rabino ordena al novio: “Mírala a los ojos y dile: *Haré at mekudeshet lí*, ‘Eres consagrada para mí...’”. ¿Por qué debe verla a los ojos?

Explica Rab Yaacov Hilel: “Los ojos son las ventanas del alma y, por tanto, se dice al novio: ‘No la valores sólo como un cuerpo. Conoce su parte espiritual, de valores, de pureza, y a ésta apégate’”.

Creo que pocas mujeres en el mundo imaginan cuánto su físico impide que las conozcan y las valoren, al igual que a un millonario se le dificulta conseguir verdaderos amigos porque siempre tendrá la duda: “¿Me quieren a mí o a mi dinero?”. Y ella se preguntará: “¿Me quiere a mí o a mi cuerpo?”.

Por eso cuando Adam y Javá ya estaban vestidos volvieron a tener intimidad, pero esta vez la Torá lo indica con las palabras: *Vayeda Adam et Javá*, “Y conoció Adam a Javá”. Esto nos enseña que sólo después de cubrir el cuerpo podemos llegar a conocer la verdadera identidad que posee la otra persona.

Además, el *tzeniut* nos brinda protección, como vimos cuando el rey moabita Balak contrató al malvado Bilam, hombre que poseía dones malignos con su famoso mal de ojo y su poder de maldición para lanzar sus flechas venenosas contra el pueblo de Israel. Y a pesar de sus habilidades y después de varios intentos, no lo logró: en lugar de maldiciones, expresó únicamente bendiciones. Ante la pregunta de Balak: “¿Por qué no lo logras?”, Bilam contestó: *Ma tovu ohaleja*, haciendo ver a Balak la forma recatada con que vestía y vivía la gente de Israel y explicándole con eso la protección que ésta brinda, como si D-os dijera: “Si tú te cubres, Yo te cubro”.

Por eso sobre el versículo: “Y D-os hizo para Adam y Javá túnicas de or (cuero)”, Rabí Meir Báal Hanés dice en su libro: “Túnicas de or, luz”, para enseñarnos que cuando nos cubrimos con ropa nos envolvemos con luz protectora. Como dijo el Rey David en *Tehilim*: *Oté or casalmá*, “Te viste de luz como una túnica” (104:5).

Cuidemos y desarrollemos el valor del recato, especialmente cuando vayamos al templo a rezar y, por supuesto, también en la vida cotidiana, para no provocar que el instinto del mal nos cause *bushá*, “vergüenza”. Al contrario, vestarnos con *tzeniut* nos llenará de un infinito resplandor de luz y alegría.

Preparación del cuerpo

Después de prepararnos externamente con la ropa adecuada, debemos prepararnos también internamente. Como dice el Rey Salomón: “Cuida tus pies cuando vayas a la Casa de D-os” (*Kohélet* 4:17).

De aquí aprende la *Guemará* (*Berajot* 23b) que no debemos rezar sin primero asearnos, y explica el Báit Jadash que de la misma forma que mantenemos limpia nuestra ropa, que es la vestimenta del cuerpo, así

debemos mantener la limpieza de nuestro cuerpo, que a su vez es la vestimenta del alma.

Además de este motivo, se explica en el *Séfer Jasidim*: “Debes prepararte para el encuentro con D-os y madrugar para asear tu cuerpo. De lo contrario, mientras estés rezando deberás interrumpir para ir al baño, y podrías perder parte del rezo, un *Kadish*, etcétera” (inciso 821).

Por otra parte, el rezo requiere de gran concentración y el hecho de sentir necesidad de evacuar dificulta mucho concentrarse.

Recemos pues, con ropa digna y limpia, y con el cuerpo limpio y libre de desechos, a fin de permitir que nuestras plegarias puras se eleven de la mejor forma hasta el Trono Celestial.

La preparación mental

Después de preparar la vestimenta externa y procurar la limpieza interna del cuerpo, debemos limpiar la mente, que por lo regular, llega al rezo cargada de preocupaciones, diligencias por realizar, pensamientos, planes, o simplemente con “navegación” infinita. Todo ello, por supuesto, interfiere en nuestra “línea directa” de comunicación con D-os.

Debido a esto la *Guemará* comenta: “Las personas justas y temerosas de D-os meditaban y despejaban su mente durante una hora antes del rezo, para poder después rezar con más concentración” (*Berajot* 32b). Y en la hoja anterior está escrito: “No se debe entrar al rezo en un estado de tristeza o de flojera, risa, plática, etc., sino con la mente bien asentada” (31a).

Este concepto se encuentra en los versículos que describen el rezo de nuestros Patriarcas. En el versículo que indica que Abraham fue a rezar, la Torá usa el término *amad*, es decir, “pararse parar”, “freno”, “detención”. En el versículo que indica el rezo de Itzjak, la Torá usa el término *sijá*, es decir, “conversación”, “plática”, “diálogo”. Y en el rezo que estableció Yaacov, el de *Arvit*, se usó el término *peguiá*, que significa “dar en el blanco”, “dar en el punto”, “alcanzar la meta”.

Esto nos indica que el método apropiado para que el rezo se reciba en los Cielos es:

- 1. Parar, detener, frenar los pensamientos,** desconectarse y alejar las múltiples ideas, para poder concentrarse en...
- 2. el diálogo, la plática personal con D-os;** sólo así se logra que el rezo...
- 3. dé en el blanco** y llegue hasta el **Trono Celestial.**

La *Guemará* relata que Rabí Yonatán Ben Uziel era uno de los rabinos con mayor nivel y grandeza en el estudio del Talmud (*Sucá* 28a). Pero, de forma inusual, para indicarnos justamente su grandeza, la *Guemará* se expresa en los siguientes términos: “Mientras él estudiaba o rezaba, se quemaba cada pájaro que volaba sobre su cabeza”.

La traducción literal es un poco difícil de imaginar, pues, ¿qué culpa tenían esas aves de volar encima de su cabeza? ¿Acaso matar animales inocentes es señal de grandeza? Resulta evidente que la *Guemará* pretende decirnos algo más profundo.

Una de las explicaciones a esta *Guemará* es la siguiente: cuando afirmamos que alguien “tiene muchos pajaritos en la cabeza” nos referimos a pensamientos vanos, profanos, fantasiosos e innecesarios.

Ahora podemos entender la frase de la *Guemará* respecto a que, mientras rezamos o estudiamos, somos constantemente interrumpidos por “pajaritos”, es decir, ideas vanas. Este tipo de “pajaritos” eran los que se “quemaban”, se anulaban mientras Rabí Yonatán ben Uziel estudiaba, ya que no permitía que ningún pensamiento vano lo interrumpiera.

Ciertamente, no es fácil despejar la mente, pero parte de la preparación para el encuentro con D-os es enfocar la concentración y aplicar “la regla de la lupa”: cuando ponemos una hoja de papel al sol, ésta nunca se quemará; pero si colocamos en medio una lupa, la cual concentra todos los rayos en un solo punto, provocaremos una gran llama en el papel.

Así es la mente: mientras estemos pensando en diferentes ideas durante el rezo, los “rayos” mentales no causarán ningún efecto; pero al apuntarlos en una sola dirección, hacia Él, la llama iluminará nuestros rezos y los elevará hasta el Cielo.

Esto también se parece mucho al rayo láser, que con poca energía alcanza distancias muy grandes, debido a la concentración de los rayos de luz.

Por tanto, aunque nuestros rezos sean de “bajo voltaje” debido a la dificultad para entender plenamente lo que decimos, “concentrémonos” en dirigir nuestros “rayos” en forma de rezo y plegarias a un solo objetivo, el Trono Celestial, para que lleguen hasta éste igual que un rayo láser.

Quitar los “imanes”

Después de que nos quitamos la ropa que usamos durante el día, nos vestimos adecuadamente para rezar, aseamos nuestro cuerpo y nuestra mente de pensamientos vanos, y prácticamente estamos listos para iniciar nuestras plegarias. Hace falta procurar que esta “plataforma” que preparamos para poder concentrarnos no se pierda.

Por tanto, debemos dedicarnos a quitar cualquier “imán” que desvíe nuestra concentración.

Este concepto se aprende del primer versículo de la bendición que nos dan los Cohanim: *Yevarejé Hashem veishmereja*, “Que te llene D-os de bendiciones”, como manutención y bienes, “y que cuide lo que te dio”.

Es decir, hay dos etapas: una, tener o alcanzar la bendición; dos, cuidar lo recibido.

Así ocurre también con la concentración en el rezo: nuestra primera misión es alcanzar y reunir las condiciones aptas para concentrarnos, y después *Veishmereja*, cuidar la concentración durante el rezo.

Hay ciertas cosas que pueden desviar nuestra concentración, como dice la *Guemará*: “No podrá la persona rezar mientras esté sujetando

en su mano un objeto valioso, como los *Tefilín* o un *Séfer Torá*" (*Berajot* 23b).

Al respecto explica Rashí: "Ya que su mente está preocupada de que no se le caiga de la mano, y por eso puede llegar a perder la concentración".

Éste es el motivo de que en esta misma *Guemará* diga: "La persona no puede pararse a rezar si ha *dEjado* asuntos pendientes. Incluso si varios rabinos se sientan para dictaminar una ley y el asunto queda sin concluir y en plena discusión en medio de la incertidumbre quieren interrumpir para rezar, no deben hacerlo sino sólo hasta después de emitir el veredicto, para que el asunto en el que están tan ocupados no les provoque interrumpir su concentración mientras rezan" (*Berajot* 31a).

En la ciudad de Safed, el gran legislador de la *Halajá*, Rabí Yosef Caro (autor del libro *Shulján Aruj*) y el gran cabalista, el Arizal, además de compartir la misma época y ciudad, de forma muy regular rezaban en la misma sinagoga.

El *jazán* Rabí Shelomó Elkabetz (compositor del *Lejá Dodí*), estaba consciente de que no podía comenzar la repetición de la *Amidá* sino hasta que el rabino la finalizara. El rabino de la sinagoga era Rabí Yosef Caro y él junto al Arizal tardaban mucho, lo común era que el *jazán* esperara a que Rabí Yosef Caro terminara su rezo y diera inicio a la *Jazará*.

Ocurrió una vez que el Arizal terminó y Rabí Yosef Caro seguía de pie rezando. Rabí Shelomó Elkabetz esperó a que su rabino terminara, pero para su sorpresa el Arizal le hizo una señal para que empezara y no esperara más.

El Oficiante se sintió muy incómodo. Por una parte, el gran cabalista le había dado la orden de empezar; por otra, todos sabían que debían mostrar respeto por su rabino y esperar a que finalizara su rezo.

El *jazán* se demoró unos segundos pensando qué hacer, y en eso el Arizal por segunda vez y de forma muy notoria, ante todo el público, le ordenó tajantemente que empezara.

El *jazán* no tuvo alternativa. Empezó la *Jazará* y, mientras la realizaba, el público intercambiaba miradas de asombro, como diciendo: “Qué raro. ¿Qué está pasando?”.

Rabí Yosef Caro terminó su rezo y, cuando volteó a ver al Arizal, éste lo miró con una sonrisa y Rabí Yosef Caro con otra, en un gesto de aceptación.

Al finalizar el rezo, el Arizal dirigió al público unas breves palabras: “Es obligatorio esperar a que el rabino termine su *Amidá* para que el *jazán* empiece la *Jazará*, pero siempre y cuando el rabino esté rezando y no analizando una ley o buscando una respuesta a una gran pregunta que haya leído antes del rezo”.

Todos notaron la sonrisa en el rostro de Rabí Yosef Caro, con la que afirmó y dijo: “Es verdad. Antes de finalizar el rezo, me vino a la mente una pregunta halájica difícil y, sin darme cuenta de que estaba en el rezo y me estaban esperando, mi mente se concentró en buscar la respuesta”.

¡Ojalá que nuestras desviaciones mentales durante el rezo sean de este nivel de pureza! Pero incluso si es así, no tenemos permitido interrumpir la concentración en el rezo, ni siquiera por nuestra Sagrada Torá, mucho menos por ideas o “imanes” que distraigan nuestra mente.

Dice Rabí Yaacov, el hijo del Rosh, el gran legislador de los *Arbaá Turim*: “Si en medio del rezo viene a la mente de la persona una idea vana, debe detener en ese instante el rezo y dedicarse a finalizar el pensamiento, anularlo, y sólo entonces proseguir. Y por supuesto, si en el lugar donde va a rezar hay elementos que pueden desviar su mente (como ruido excesivo, niños jugando, música, etc.), no debe rezar ahí, sino buscar un lugar adecuado en el que pueda alcanzar la concentración y no perderla” (*Tur Óraj Jaim* 98).

Hagamos de D-os nuestro invitado

En la Torá D-os ordenó: *Vehayá majaneja kadosh*, “Procura que tu campamento esté siempre limpio y puro” (*Devarim* 23:15). Además,

hay una ley referente a que todos los soldados, al salir a la guerra, llevaran entre sus herramientas y armas, una pala, para que, cuando acamparan y necesitaran hacer sus necesidades, la usaran para cubrir con tierra sus desechos.

Y sigue el *pasuk* 15 diciendo: “Ya que D-os está en tu campamento para acompañarte y salvarte, por tanto tu campamento debe estar limpio y puro”.

De esto vemos que las leyes de higiene y de la limpieza de los lugares en los cuales debemos vivir, y tanto más rezar, no tienen solamente la intención de imponer reglas sanitarias, sino también reglas de honor y respeto a D-os.

Para visualizar mejor esta relación entre D-os y nosotros, debemos hacer una pregunta básica: ¿dónde está la morada de D-os, en el Cielo o también en la Tierra?

Si leemos el versículo del Rey David, el cual dice: *Hashamaim shamaim LaHashem vebaáretz natán livné Adam*, “El Cielo es la morada de D-os y la Tierra la dio para los seres humanos” (*Salmos* 115:15), se entiende que la Casa de D-os es Celestial y la nuestra es terrenal. Si es así, ¿por qué debemos preocuparnos tanto por el espacio en que estamos rezando, si al fin y al cabo nuestro rezo sería como mandar un fax desde la Tierra hasta el Cielo? ¿Acaso quien recibe el fax le importa la suciedad del lugar del que fue enviado?

La respuesta es que esto no funciona así en el contexto de la Torá. Es verdad que la morada de D-os es el Cielo, pero nuestra misión y deber es invitarlo a ser parte de nuestra vida aquí, en la Tierra.

D-os no está en todo lugar y no con todas las personas. D-os es un invitado; si lo invitas, viene, forma parte de tu vida y es un miembro de tu casa.

Imagina que invitas a tu casa a alguien honorable o a un Rabino importante. Aunque le abras la puerta de par en par y lo recibas con una gran sonrisa, si tu casa huele muy feo o hay restos de suciedad sobre el piso, o la comida está podrida, o no es *kasher*, y tu residencia está llena de estatuas o figuras no recatadas, o los insultos y las groserías entre

los miembros de la familia son parte del ambiente cotidiano, ¿cómo se sentirá el invitado? Lo más probable es que él anticipe su partida y se retire a la primera oportunidad.

Lo mismo pasa con el Gran Invitado a nuestra vida, nuestro amado D-os. No es suficiente invitarlo y abrirle los portones de nuestra mente, sino crear a su alrededor un ambiente limpio y respetuoso, tal como Él se lo merece. Por eso nuestros Sabios nos detallan las condiciones mínimas que debe reunir el lugar en el cual realizaremos nuestro rezo.

Esto se refleja también en el término *Kidush Hashem*, que de forma literal se traduce como “Santificación del Nombre de D-os”, o el contrario, *jilul Hashem*, “profanación del Nombre de D-os”. Pero en el sentido profundo, esto se entiende de manera distinta. *jilul* se deriva de la palabra hebrea que significa “vacío”, y *kidush* de la palabra que quiere decir “lleno”.

Por ejemplo, cuando algo estaba lleno de santidad y se vació de ella, se usa el término *jilul*. Asimismo, al referirnos a alguien que ha profanado el sagrado día de Shabat, se dice que hizo *jilul* Shabat, ya que “vació” de santidad al Shabat en ese momento. Un muerto se denomina *jalal*, igual que un sacerdote que se casó con una mujer inadecuada para él; él y su hijo son llamados *jalal*, ya que en ambos, tanto en la persona viva como en el *Cohén*, había cierta santidad, pero al perderla hicieron *jilul* y se convirtieron en *jalal*.

Por tanto, el término *jilul Hashem* cobra ahora un significado distinto, ya que al invitar a D-os a nuestra vida hicimos *Kidush Hashem* por el simple hecho de haber llenado de santidad el lugar donde rezamos y vivimos al invocar Su Presencia Divina.

Pero al crear o estar en un ambiente sucio y negativo provocamos que el Gran Invitado se vaya, ocasionando así un *jilul Hashem* en ese lugar.

Entonces, ¿cuál es nuestro deber? ¡Invitar a D-os y hacer agradable su estancia, para que con un ambiente puro y ameno escuche nuestras plegarias!

Bajemos la cabeza

Cuando nos levantamos temprano para rezar, es importante que el lugar donde lo hagamos sea adecuado para propiciar nuestra concentración.

Es por ello que no nos está permitido rezar de pie en un lugar elevado, como una silla o una cama. Al respecto escribe el Talmud en nombre de Rabí Yosí Bar Janiná: “No se ubicará la persona sobre un lugar elevado para rezar, sino que debe buscar un lugar bajo” (*Berajot* 10b). Y como afirmó el Rey David: “Desde las profundidades clamo a Ti, D-os...” (*Tehilim* 130:1).

El motivo de esta ley es, de acuerdo con la opinión del Rabino Abuhav, que al estar en un lugar elevado la persona siente temor de caer y por ello no se concentra lo suficiente. Sin embargo, conforme a otros Comentaristas, el motivo es que podemos parecer orgullosos, y lo que más debemos demostrar a D-os mientras rezamos es humildad. Como decimos en el rezo (*Nishmat Kol Jay*): *Vejol komá lefaneja tishtajavé*, “Y toda estatura ante Ti se prosternará”.

En la antigüedad, el *jazán* bajaba unos escalones para colocarse en la *tebá* y desde ahí dirigir el rezo. Como dice el Talmud: “Rabí Yoná, durante las sequías, iba a un lugar bajo y rezaba” (*Taanit* 23b), y en otro lugar dice que Rabí Yojanán bajaba a la *tebá*.

Posteriormente se permitió que el *jazán* se ubicara en un lugar elevado a fin de que todo el público lo escuchara, como se describe en el Talmud respecto a la Sinagoga de Alejandría, Egipto (*Sucá* 51b), y para evitar que cayera, se rodeaba con barandales.

Hay varias leyes cuyo factor común es rezar con humildad. Por ejemplo, no debe rezarse en un lugar elevado o sobre escalones, para no mostrar presunción, como ya se mencionó.

De igual forma se recomienda que haya ventanas en el templo, como afirmó Rabí Jiyá en el Talmud: “Debe procurar la persona rezar siempre en un templo con ventanas” (*Berajot* 34b). Al respecto explica Rashí que al alzar la vista y ver el cielo, el corazón se doblega ante la Majestuosidad Divina.

Otra ley es la de rezar siempre en un templo fijo. Explica el Rashbá que el motivo es porque debemos rezar ante D-os con mucha humildad. De sus palabras se entiende que quien deambula de templo en templo, cada vez que se halla entre personas nuevas intenta presumir un poco; nota que todos le observan debido a su visita y, por tanto, le es difícil concentrarse y rezar con humildad.

Sin embargo, alguien que asiste de manera constante al mismo templo y procura sentarse siempre en el mismo lugar, su presencia rutinaria no atrae la atención de la gente, y además él mismo no intenta impresionar a nadie o llamar la atención, ya que es un miembro fijo. En consecuencia, podrá concentrarse, agachar la cabeza y rezar con humildad ante su Creador.

Así, debemos hacer lo posible por rezar siempre en el templo y no en cualquier lugar. Al respecto explica el Tzelaj que también esta ley tiene que ver con la humildad, ya que ir a la sinagoga para rezar es como decir: “No tengo suficientes méritos como para que mis plegarias se reciban. Pero si rezo en un lugar sagrado, por el mérito de ese lugar y del público que me acompaña, mis plegarias se recibirán”.

Sin embargo, el hecho de que alguien rece siempre en forma individual o en cualquier lugar, podría prestarse a confusión: parecerá que esa persona “se cree tanto” que no necesita de una congregación o de un lugar sagrado para que sus rezos lleguen al Cielo. (Por supuesto, es mejor rezar de forma individual que no hacerlo del todo.)

Por esta razón el Rey David, en muchos de sus Salmos, se autodenomina “pobre”. Y no es que le faltara dinero, pues a veces se expresaba de sí mismo como “esclavo”, “bebé”, etc. Todo eso era una forma de agachar la cabeza ante el Creador, para no sentir que todas las victorias en sus batallas y todo el éxito de su reinado se habían logrado debido a él y su fuerza, sino a Él y a Su fuerza.

De hecho, el motivo por el que el rey siempre debía portar consigo un pequeño *Séfer Torá* era evitar que, si alguna vez pasaba por las calles, entraba a reuniones y, especialmente, entraba al templo a rezar, se enorgulleciera y caminara, o peor aún, rezara con la cabeza muy erguida al ver cómo la gente se levantaba y se prosternaba ante él. El pequeño *Séfer Torá* servía para que adquiriera conciencia de que todos esos honores que el pueblo le prodigaba eran por el Libro Sagrado que cargaba y no por él, ya que cuando pasa un *Séfer Torá*, todos debemos ponernos de pie y hacer alguna reverencia demostrando mucho respeto.

Por eso, nosotros, personas comunes y corrientes debemos inclinarnos cuatro veces durante el rezo de la *Amidá* (dos al principio y dos al final).

El sumo sacerdote, por su jerarquía, estaba obligado a inclinarse dieciocho veces, en todas y cada una de las bendiciones que pronunciaba. Pero el rey, cuyo cargo, título y poder podían hacerle sentir soberbia, cuando empezaba la *Amidá* y pronunciaba las palabras: *Baruj Atá...*, se inclinaba y así se quedaba hasta el final de la alabanza, al decir: *Osé shalom...*

Figura en el Talmud: “Los amo, dijo D-os, porque les doy y los colmo de bienes, y ustedes no presumen. No son como aquellos que apenas les doy algo y ya se creen demasiado” (*Julín* 89a).

De hecho, por eso eligió D-os a Moshé, que era el hombre más humilde, para que nos trajera la Torá del Monte Sinaí, que fue, como cuenta el *Midrash*, la montaña más sencilla y, en pleno desierto, un lugar humilde que no tiene de qué presumir, para indicarnos que la Presencia Divina mora sobre aquellos que saben agachar la cabeza ante D-os.

Para recibir la bendición de un padre o de los Cohanim agachamos la cabeza. Con mayor razón debemos hacerlo para recibir la bendición de D-os, y aquel que reza con humildad ante D-os sabiendo que no se merece tanta abundancia, perdón y misericordia, y agacha la cabeza para pedirle, D-os le responderá y lo beneficiará con tantos bienes que éstos le levantarán la cabeza para caminar con dignidad y salud, como decimos en el rezo: *Magbia shefalim ad marom*, “El que alza a aquel cabizbajo hasta lo más elevado...”.



Capítulo 3

Tu pequeño Santuario

- 4 El mejor de todos
- 43 Haciendo una replica de nuestro Santuario
- 45 El nacimiento de las sinagogas
- 49 Destrucción física y espiritual
- 51 Frecuentar la Casa Divina

Capítulo 3

El mejor de todos

En la época en que el *Bet Hamikdash* estaba en pie, el Sumo Sacerdote, el *Cohén Gadol*, llevaba el orden de cada uno de los servicios que se realizaban. Dentro del *Bet Hamikdash* se encontraba el *Arón Haberit* (el Arca Sagrada) y el *Mizbéaj Hazahav* (el Altar de Oro), y los *Leviím* cantaban y el pueblo elevaba sus alabanzas a D-os.

Aunque en la actualidad no contamos con el *Bet Hamikdash*, y el *Cohén* era el Sumo Sacerdote, en la actualidad es el oficiante quien lleva el orden del rezo y es éste el servicio a D-os. El oficiante es reconocido como el *Cohén* y se compara el *Bet Hakenéset* con un “Pequeño Santuario”.

Es interesante que el mismo sistema se aplique en la actualidad en todas las sinagogas:

Los rezos equivalen a los sacrificios que se realizaban en nuestro Sagrado Templo.

La *Tebá* (el lugar donde se ubica el oficiante), en medio de la sinagoga, hace alusión al *Mizbéaj Hazahav*, ubicado en medio del *Mishkán*.

El *Hejal* y su cortina se asemejan al *Kódesh Hakodashim*, que contaba también con su propia *Parójet* (velo) que lo separaba del área del *Kódesh*.

El *Arón Haberit* (el Arca Sagrada) contenía las *Lujot* (Tablas de la Ley). Del mismo modo, dentro del *Hejal* guardamos el *Séfer Torá*, el cual está adornado con dos *Rimonim*, que hacen alusión a los dos *Kerubim* (querubines) ubicados sobre la *Torá*.

A quienes D-os premió con voz bella para animar el rezo son como los *Leviím*, los que se dedicaban a los cánticos en el *Bet Hamikdash*.

El público en general es comparado a los Cohanim y el oficiante en sí, al *Cohén Gadol*, como ya se mencionó.

Queda claro que ser oficiante no es algo tan simple como pudiera parecer. Nuestros Sabios explican que el *Pasuk* en *Kohélet* (Eclesiastés) que dice: “A una pequeña ciudad con poca gente llegó un rey. En ella encontró a un gran sabio que lo hizo feliz con su sabiduría, salvando así a la ciudad” (*Kohélet Rabá* 9:7), la “pequeña ciudad” hace alusión al *Bet Hakenéset*, la “poca gente” es el público presente que va a rezar, el “rey” que llegó es D-os; “encontró un gran sabio que lo hizo feliz con su sabiduría” alude al oficiante, “salvando así a la ciudad” en el momento en que dice *Kadish*, pues exhorta con su sabiduría a que todo el público alabe a D-os y diga: *Amén, yehé Shemeh rabá*. Estas palabras tienen tanta fuerza que D-os perdona todos nuestros pecados y nos salva de los decretos negativos cada vez que las pronunciamos.

Además, el oficiante sirve a D-os con su garganta. ¿Cómo? Sabemos que la función del cuello es unir la cabeza con el cuerpo. Del mismo modo, el oficiante une al Pueblo de Israel con D-os.

Es por eso que la *Halajá* presenta varias condiciones para el oficiante:

- a) Ser casado, para que no esté sometido a la tentación de tener pensamientos indecorosos.
- b) Con hijos, porque tiene responsabilidad en la vida. Todo padre comprende la necesidad mayor de que sean recibidas sus plegarias cuando tiene la responsabilidad de velar por sus hijos.
- c) Ser honesto, especialmente en cuestiones de dinero, ya que, ¿cómo alzará las manos al Cielo implorando con plegarias si las tiene sucias de robo?
- d) Tener pronunciación clara, para evitar confusiones en lo que dice y no cambiar su significado.
- e) Gozar de un buen nombre, pues así será visto como un representante digno, y no con rumores que lo deshonren.
- f) Ser querido por el público, ya que de estar enfadado con alguien, ¿cómo lo representará y rezará a su favor?

g) Tener bella voz, para que con sus cantos alegre los corazones de los presentes y así el rezo se dirija de manera amena y agradable al oído y motive a los congregantes.

h) Tener horarios fijos para estudiar Torá, pues de lo contrario sería un ignorante y no sabría el significado de lo dicho ni las leyes correspondientes para cada ocasión, o las costumbres.

i) Ser humilde, ya que la persona soberbia aleja a la Presencia Divina.

Estos requisitos, entre otros, son necesarios para que el oficiante consiga la conexión entre nosotros y D-os. Esto se halla insinuado en la palabra *Jazán* ("Oficiante"), cuyo valor numérico suma sesenta y cinco, al igual que el Nombre de D-os (*Ado-nay*). Asimismo, las iniciales de *Shaliaj tzibur*, "oficiante", suman trescientos noventa, que es el mismo valor de la palabra *HaShejiná*, "la Presencia Divina", insinuando a la vez con ello que un buen oficiante logra conectarnos con D-os y la Presencia Divina.

Si comparamos a un buen oficiante con un buen abogado, ¿conoceremos la importancia de elegir al mejor de todos!

Haciendo una replica de nuestro Santuario

En cuanto a la santidad que tienen las sinagogas y el *Bet Midrash*, el versículo en la Torá ordena: *Et mikdashí tirau*, lo que significa que cuando entremos al Templo Sagrado en Yerushalaim debemos comportarnos con temor y respeto. Y debido a que el Profeta Yejezkel llamó a todas las sinagogas "pequeños santuarios", debemos mostrar por éstas el mismo temor y respeto que debíamos sentir por el Gran Santuario.

El libro *Yereim* comenta sobre el versículo: *Veyareta meeloheja*, "Y temerás a tu D-os", que se refiere a la hora en que entramos al *Bet Hamikdash*, a la sinagoga o al *Bet Midrash*, porque con nuestro comportamiento de respeto para ese lugar mostramos nuestro respeto a D-os (cap. 324).

Para percibir la analogía entre el Gran Templo (el *Bet Hamikdash*) y el Pequeño Templo (las sinagogas y el *Bet Midrash*), se equipararon muchos conceptos, entre ellos, el *Parójet* (la cortina que cubre al *Hejal*, que hace alusión a la cortina que en el *Bet Hamikdash* separaba entre las dos secciones más sagradas).

Además, en el *Bet Hamikdash* se ubicaban las Tablas de la Ley detrás de este velo, dentro del Arca. Del mismo modo, detrás de esa cortina tenemos el *Arón Hakódesh*, y dentro de él, el *Séfer Torá*.

A un lado se enciende el *Ner Tamid*, con aceite y mechas, con velas o focos. La lectura de los versículos sobre los sacrificios, incienso y ofrendas alude al hecho físico de traerlos. Los versículos de cántico, como *Jazanim* y *Paitanim*, remplazan al coro de los Leviím. La mesa en la que se ofrecen desayunos, *Seudá shelishit* en Shabat y similares, hace alusión a la mesa con sus doce panes.

Y, por supuesto, el oficiante figura como el *Cohén Gadol*. Incluso en muchas congregaciones donde acostumbran a sentar el público, uno enfrente del otro, hace alusión a los *Kuerubim*, que se ubicaban uno viendo el rostro del otro.

Por último, todo el costoso material de construcción del Templo incluía oro, plata y cobre, que en hebreo se dice: *zahav*, *késef* y *nejóshet*, respectivamente. Sobre esto comentan nuestros Sabios que las letras en hebreo que componen estas palabras insinúan los días en que debemos sacar el *Séfer Torá*:

- *Zahav* (oro), cuyas letras tienen un valor numérico de 7, 5, 2, indica los días de la semana en que se saca el *Séfer Torá*: sábado (7), jueves (5) y lunes (2).
- *Késef* (plata), es una palabra formada con las letras *jaf*, *sámej* y *pe*, hace alusión a otros días en que se saca el *Séfer Torá*: la *jaf* es la inicial de Kipur; la *sámej*, de Sucot; y la *pe*, de Pésaj y Purim.
- *Nejóshet* (cobre), se escribe con las letras *nun*, *jet*, *shin* y *tav*, para aludir a otros días más en los que se lee el *Séfer Torá*: la

nun y la *jet* aluden a *nerot Janucá* (los días en que se encienden las velas de *Janucá*); *jet*, a *jódesh* (cada principio de mes, *Rosh Jódesh*); *shin*, a *Shavuot* y *Simjat Torá*; y *tav*, a *taaniot* (todos los días de ayuno).

Así adornamos nuestros rezos con oro, plata y cobre. Además la dirección hacia donde dirigimos nuestros rezos es hacia Yerushalaim, para justamente hacer la analogía entre el lugar actual en que rezamos y el Gran Templo que tuvimos en el pasado.

Por eso, el respeto que debíamos guardar en el Templo debemos mostrarlo en las sinagogas, como afirma la *Guemará*: “Dijeron nuestros Sabios: En la sinagoga no puede comportarse la persona con falta de respeto. No se come ni se bebe en ella. No se permite utilizarla para asearse, ni como lugar turístico, ni para pasear por ella” (*Meguilá* 28a).

Sabemos muy bien que uno de los motivos de la destrucción del Templo fue justamente que se le perdió el respeto, por las estatuas que introdujeron algunos de los reyes de Israel y el hecho de que el Sacerdocio mayor se adquiría con dinero. Agreguemos a esto la falta de asistencia de parte del pueblo.

Todo eso y más causó que D-os destruyera Su Casa. Hoy, día tras día, pedimos que D-os construya el Tercer Templo, pero debemos saber que la verdadera prueba consiste en mostrar respeto por el pequeño santuario, nuestras sinagogas, pues sólo cuando D-os vea el cariño, amor y respeto que tenemos y mostramos a este pequeño Templo, en Su inmensa misericordia aceptará edificar el Gran Templo definitivo.

El nacimiento de las sinagogas

Desde tiempos antiguos, el *Bet Kenéset* (la sinagoga) y el *Bet Midrash* (la Casa de Estudio) han sido los lugares de reunión para rezar, leer la Torá, estudiarla, escuchar conferencias y enterarse de los sucesos de la comunidad, incluso de lo que pasa en el mundo. Estos lugares siempre han marcado la identidad judía, especialmente en los años de Diáspora.

¿Desde cuándo se halla en vigor este sistema? ¿Cuál fue el primer *Bet Kenéset* o *Bet Midrash* de la historia? Parece ser que el primero data de la época de Yaacov *Avinu*, cuando bajó con sus descendientes a Egipto, como dice el versículo: *Veet Yehudá shalaj lefanav el Yosef lehorot lefanav Góshna*, lo cual significa que ordenó a su hijo mayor, Yehudá, que se adelantara al valle de Goshen para levantar primero una tienda que fuera lugar de rezo y estudio.

Con esto nos enseñó nuestro Patriarca Yaacov que, antes de llegar a establecernos en un lugar, primero debemos asegurarnos de tener un sitio sagrado y después preocuparnos por todo lo demás, ya que sin este espacio espiritual la asimilación mental y física pueden ocurrir con mayor rapidez.

También durante la travesía de los cuarenta años en el desierto, existía la tienda de campaña en la cual Moshé *Rabenu* congregaba al pueblo para ofrecerles clases de Torá y reforzar en ellos la fe en D-os.

Nuestros Sabios comentan que una de las grandes cualidades de Yehoshúa Bin Nun, quien sucedió a Moshé en el liderazgo de Israel, se reflejó cuando se ofrecía voluntariamente a acomodar los lugares de asiento en el *Bet Midrash*, los textos de estudio, etc., a fin de que la concurrencia se sintiera a gusto y con orden para atender a las clases.

Por esta cualidad D-os lo eligió como el siguiente líder de Israel, demostrando a todos que por dar especial importancia a la Casa de D-os tuvo el privilegio de ser quien dirigiera al pueblo.

Los historiadores laicos discuten cuándo comenzó el sistema de sinagogas. Algunos de ellos opinan que se inició después de la destrucción del Primer Templo, suponiendo que nos vimos en la necesidad de crearlos a falta del lugar donde ofrendar a D-os nuestros sacrificios mientras los levitas entonaban sus melodías.

Esto, como se mencionó, no es así. Además, la *Guemará* (Yerushalmi) afirma que en la época del Templo existían 480 sinagogas en la ciudad de Yerushalaim, e incluso el profeta Yeshayá dijo: *Dirshú Hashem beimatzeó*, "Busquen a D-os en donde se encuentra". Y explica la *Guemará*: "¿Cuáles son esos lugares en que D-os está? Son los *Baté Kenesiot* y *Baté Midrashot*" (*Sanhedrín* 105b).

Respecto al versículo de *Kerahu bihyotó karov*, “Llámenlo cuando Él está cerca”, la *Guemará* explica que se refiere a las sinagogas y a las casas de estudio, que son los lugares donde D-os se encuentra cerca.

El profeta *Yeshayá*, quien mencionó estos versículos, vivió en la época del Primer Templo. Por tanto, ya desde entonces, e incluso antes, existían las sinagogas y las casas de estudio de Torá.

También el profeta *Yejezkel*, quien vivió después de la destrucción del Primer Templo y sufrió en carne propia el exilio, afirmó en nombre de D-os: “Y estaré con ellos en los pequeños santuarios que tendrán en los países a los que serán exiliados” (*Yejezkel* 11:16). Y explica Rab *Itzjak* en la *Guemará* que el profeta se refirió a las múltiples sinagogas y *Baté Midrash* que se construyeron en Babilonia (*Meguilá* 29a).

Además, la lógica lo confirma, pues ya existía la obligación de leer el *Séfer Torá* los días lunes, jueves, sábados, festividades, etc., y como no se permite sacar el *Séfer Torá* y leerlo si no hay *minián* presente, por ello, es de suponerse que el pueblo se reuniera en un lugar fijo para cumplir con este precepto.

Ya que el pueblo debía reunirse para la lectura del *Séfer Torá*, además de la obligación de leer cada uno el *Keriat Shemá* día y noche, la de utilizar diariamente el *talit* y los *tefilín*, y el precepto que obliga a cada uno de los hijos de Israel a rezar su *tefilá*, es de suponerse que debían congregarse para cumplir todas estas *mitzvot* en público.

Además, hay una obligación que figura en las leyes que compiló Maimónides: “En cada lugar donde vivan diez judíos o más, deben fijar una casa en la cual se congregarán para rezar. En caso de que no se haga, deben obligarse y convencer a los habitantes de la ciudad de hacerlo, como también de comprar un *Séfer Torá*, el cual se pondrá en el *Hejal*, y los libros de Profetas y Escritos que estén en las bibliotecas, al alcance de la gente” (*Leyes de Tefilá* 11:1).

Maimónides aprendió lo anterior de la *Toseftá* (*Babá Metziá*, cap. 2). Y agrega el *Sedé Jémed* (letra B, inciso 43) que la obligación de construir una sinagoga se deriva del precepto de *Veásu Li Mikdash*, “Me harán un Templo”. Como dice el *Zóhar*, cada sinagoga es considerada similar al Templo.

Es verdad que, a raíz de la destrucción del Templo y nuestra expulsión a la diáspora, estos lugares cobraron mayor importancia, e incluso se intentó tener ciertos objetos que recordaran algo del Templo, como el *Hejal*, ubicado al frente, y en éste, el *Séfer Torá* haciendo alusión al Sancta sanctorum, en el que se ubicaban las Tablas de la Ley; *Jazanim* y *Paitanim* (cantores), los cuales hacen alusión a los levitas; el *shaláj tzibur*, que figura como el sumo sacerdote; y los rezos, que son las ofrendas, como dice la *Guemará*: “Dijo Rabí Pinjás en nombre de Rabí Oshayá: Aquel que reza en la sinagoga, se considera como si hubiera presentado una ofrenda pura” (Yerushalmi, *Berajot* 5:1).

Aunque al principio el mismo *Bet Kenéset* era también el *Bet Midrash*, con el tiempo se separaron ambos conceptos. El *Bet Kenéset* se convirtió en el lugar donde llegaba la gente simple, humilde, como campesinos y trabajadores cada día para realizar los rezos, ponerse los *tefilín*, escuchar la lectura de la Torá o la *Meguilá*, escuchar el sonido del *Shofar*, etc. Y los *Baté Midrash* que eran los lugares destinados para los estudiosos de la Torá, personas que querían profundizar en los preceptos y ampliar notoriamente sus conocimientos de Torá.

Pero algunos intentaron unir estas dos instituciones y realizar, en el mismo lugar en que se reza, clases de Torá, conferencias, estudio de *Halajot*, lectura del *Jok Leisrael* y del *Zóhar*, etc., y así complementar los estudios con los rezos diarios.

Esta combinación figura en la *Guemará*: “Dijo Abayé: Al principio estudiaba en un lugar y rezaba en una sinagoga, pero después de que leí el versículo que escribió el Rey David (en el Salmo 26), estudio en el lugar en que rezo” (*Meguilá* 29a).

De manera metafórica, este sistema está simbolizado en el escudo de David, el cual se forma con tres figuras geométricas: un círculo y dos triángulos, uno hacia arriba y otro hacia abajo.

El círculo indica al pueblo que se congrega. El triángulo de abajo hacia arriba hace alusión a las plegarias que salen de aquí, la tierra, este mundo, y apuntan al Trono Celestial.

El triángulo de arriba hacia abajo alude a la Torá, que llegó del Cielo y nos fue entregada en el Monte Sinaí.

De tal forma, que cuando nos congregamos para rezar y estudiar también, nos protegemos con un escudo, que nos salvará de cosas malas. Amén.

Destrucción física y espiritual

¿Está permitido destruir o vender un templo? Esta pregunta resulta de gran importancia ya que todo lo que tiene santidad es nuestro deber cuidarlo, respetarlo y honrarlo. En consecuencia, no debemos menospreciar, despreciar, profanar o dar mal uso a un templo, menos aún destruirlo, como ordena el versículo: “Las cosas prohibidas y profanas tendrás que eliminarlas, pero no hagas así con las cosas sagradas” (*Devarim* 12:4).

Por ejemplo, está prohibido borrar el Nombre de D-os escrito en una hoja de papel o de pergamino, e incluso no se permite mencionar el Nombre de D-os en vano, ya que la santidad que posee no puede menospreciarse. Lo mismo sucede con la destrucción de lugares sagrados.

Sabemos que el día más triste para el Pueblo de Israel es el 9 de Av, cuando fue destruido el Templo. También el 17 de Tamuz es día de ayuno, porque en esa fecha se rompieron las Tablas de la Ley. Esto nos enseña que cada vez que se destruye o se profana algo sagrado debemos sentir mucha tristeza.

Como ya hemos dicho, las sinagogas se consideran un pequeño templo. Al respecto escribe el *Bet Yosef* que debido a que el lugar de rezo es como un pequeño santuario, está prohibido romper algo de la sinagoga, aunque sea una mínima parte de su construcción (capítulo 151), como está escrito en el *Sifrá*, que quien quita una piedra al Templo, al altar o a alguna parte de la *Azará* (el lugar donde se ubicaba la gente que se reunía en él), transgrede la ley de la Torá que dice: *Lo taasún ken LaHashem*, “No destruirás nada de lo sagrado para D-os” (*Devarim* 12:4).

Lamentablemente, a lo largo de nuestra historia sufrimos en nuestros templos muchas destrucciones, mismas que podríamos dividir en dos clases: físicas y espirituales.

En cuanto a la primera, fueron decretos en los que gente malvada decidió quemar los templos, como en la Noche de los Cristales Rotos y otros casos parecidos, en los que los enemigos del Pueblo de Israel rompieron, destruyeron, quemaron bibliotecas enteras e incluso los sagrados rollos del *Séfer Torá*.

La segunda destrucción, la espiritual, ocurrió en aquellas sinagogas que quedaron abandonadas debido al exilio o al exterminio de los miembros de sus comunidades, provocando que ya nadie frecuentara, entrara, rezara o estudiara en esos lugares, donde antes no había suficiente lugar para todos los concurrentes.

De hecho, *Jajam Ovadiá Yosef* escribió toda una respuesta rabínica en 1981 sobre todas aquellas sinagogas que quedaron abandonadas en Europa, después del Holocausto, en los países musulmanes después de la *Aliyá* (retorno de sus habitantes a la Tierra de Israel) y similares, para aclarar cuáles son las leyes y qué debe hacerse con estos lugares (si es posible darles otro uso, clausurarlos o venderlos, y comprar con el dinero obtenido objetos sagrados, como figura en la *Mishná* en *Meguilá* 26a).

Es de capital importancia conocer todas estas leyes, como el permiso de vender, por medio de una comisión representativa, un templo abandonado en la diáspora, y con ese dinero construir otra sinagoga donde sea necesario; o lo que corresponde hacer en los templos pequeños, en los que gracias a D-os, cuando la concurrencia ya no cabe en ellos y hay que demolerlos para ampliarlos, lo que está permitido siempre y cuando no haya el riesgo de que sean derrumbados y luego, por diversas razones, jamás se reconstruyan. Por eso se recomienda primero construir las paredes nuevas y luego destruir las antiguas, como lo hizo el rey Herodes cuando deseó remodelar y ampliar el Segundo Templo.

La misma ley se aplica para las comunidades que quieren construir un templo en una mejor ubicación que la actual. Primero deben construir la nueva sinagoga y posteriormente ocuparse de la antigua siguiendo las leyes respectivas, para evitar que destruyan una y no lleguen a construir la otra.

De estas leyes debemos aprender que nuestra obligación es cuidar la santidad de un Templo, pues destruir sus paredes o dejarlo sin asistentes representa su destrucción física o espiritual.

Frecuentar la Casa Divina

¿Por qué es tan importante frecuentar el *Bet Hakenéset* (la sinagoga) como lugar de rezo y el *Bet Midrash* (casa de estudio) como lugar de estudio de Torá?

El Rey David escribió: “Sólo una cosa pido a D-os: Que me permita sentar en Su Casa toda mi vida... y visitar Su Palacio” (*Tehilim* 27:4).

Cabe preguntar: ¿cuál es la diferencia entre “la Casa de D-os” y “Su Palacio”, y por qué está escrito en ese orden? La gramática correcta debería ser: “Sólo una cosa pido a D-os: sentarme en Su Casa y visitar Su Palacio toda mi vida”.

La respuesta es que el Rey David pidió tener el honor y el privilegio de sentarse en la Casa de D-os en este mundo, es decir, las sinagogas y los lugares de estudio, para disfrutar del privilegio, después de los 120 años, de visitar el Palacio Celestial.

Además, cada momento que estamos sentados en estos lugares sagrados se considera como si estuviéramos dentro de una *Tevilá* (baño ritual) para quitarnos cualquier impureza o energía negativa. Como afirmó Rabí Jamá respecto al versículo de *Bamidbar* 24:6: “Fueron comparados los templos con los ríos porque, de la misma forma que la persona se sumerge en el río para realizar la *Tevilá* y eliminar sus impurezas, y entrar a la luz de la pureza, así le sucede cuando concurre al templo” (*Berajot* 15b).

Rabí Itzjak Bar Tablay afirma: “¿Por qué se llamó el Templo *Lebanón*, (y por tanto todas las sinagogas, que se consideran un pequeño Templo) como figura en el versículo de *Melajim* 1, 7:2? Ya que no proviene del nombre del país, Líbano, sino de la palabra *Labán*, ‘blanco’, pues en esos lugares nos blanqueamos de toda la impureza espiritual que nos ensucia” (*Yomá* 39b).

Por eso la gran importancia de permanecer en el lugar sagrado del rezo y posteriormente estudiar, ya sea en el mismo lugar o en un lugar paralelo, para después tomar el desayuno con sus leyes respectivas y entonces salir a los negocios y a la vida cotidiana. Pues después de fortalecer el alma debemos fortalecer el cuerpo a fin de tener un alma pura en un cuerpo sano.

Al terminar el rezo, el estudio y el desayuno, saldremos con el pie derecho a los negocios y a buscar nuestro sustento con honestidad, para tener un buen *Olam Hazé* (mundo presente) y un buen *Olam Habá* (Mundo Venidero).



Capítulo 4

El secreto del *Tzizit*

- 55 | ¿Hijos o sirvientes?
- 55 | ¿Qué distingue a un hijo de un sirviente?
- 56 | ¡Contemplemos la Presencia Divina...
- 58 | Nuestras luces
- 59 | El *Talit* de D-os
- 60 | El número ocho
- 63 | El *Tejélet*
- 65 | El secreto del número cuatro

Capítulo 4

¿Hijos o sirvientes?

En los rezos de *Rosh Hashaná* hasta Yom Kipur describimos a D-os como *Avinu, Malkenu*, “Nuestro Padre, Nuestro Rey”.

Los Comentaristas aclaran que no se trata de dos títulos, pues no decimos *Avinu Vemalkenu*, “Nuestro Padre y nuestro Rey”, sino para que entendamos que D-os es a veces nuestro Padre y otras, nuestro Rey.

Es decir, en ocasiones D-os se comporta como un Padre que perdona, sonrío y premia, y en otras se comporta como un Rey, con dureza, rigidez y severidad.

Por supuesto, a todos nos gustaría que D-os se comportara con nosotros sólo como *Avinu* y no tanto como *Malkenu*. Por ello, recordemos que, para conseguirlo, debemos comportarnos como sus hijos y no como simples sirvientes, pues si somos sus hijos lo “convertimos” en Padre, pero si nos comportamos como sirvientes, provocaremos que se comporte como Rey.

¿Qué distingue a un hijo de un sirviente?

El hijo atiende a su padre con amor y alegría, haciendo en ocasiones más de lo que se le ha solicitado. El sirviente, en cambio, sólo está interesado en terminar su trabajo, recibir su pago y retirarse cuanto antes. No hablemos de hacer algo más que sus deberes o de lo que se espera de su persona.

Hay determinadas *mitzvot* que creemos poder evitar sin que nadie nos reclame. Por ejemplo, probablemente la más destacada sea la *mitzvá* de vestir el *tzitzit*. Está escrito que sólo en caso de contar con una prenda de cuatro esquinas se deberá colocarle *tzitziot*. Es decir que en

caso de no contar con una prenda con estas condiciones, no tendremos la obligación de colocarle *tzitziot*.

Sin embargo, en la práctica nos ponemos intencionalmente una prenda de cuatro esquinas durante todo el día para cumplir con esta preciada *mitzvá* y demostrar así que no buscamos el modo de liberarnos de las *mitzvot*, sino, por el contrario, buscamos cómo cumplirlas de acuerdo con Su voluntad y adoptar de esta forma un comportamiento de hijos.

Así conseguimos que nuestro Creador se comporte con nosotros como un padre.

Los beneficios de cumplir con la *mitzvá* de *tzitzit* se exponen en el Talmud, donde se comenta cierto diálogo entre los ángeles y D-os. Ellos preguntan a D-os:

—Tú, como Creador y Juez, escribiste en la Torá que el juez no puede favorecer a ninguna de las partes. Sin embargo, Tú siempre favoreces al pueblo de Israel. ¿Por qué?

Y D-os les respondió:

—¿Cómo quieren que no los favorezca? Cuando les ordeno que sólo cuando coman y se satisfagan agradezcan con el *Birkat Hamazón*, y ellos lo hacen incluso cuando comen una porción de un *kazait* o un *cabetzá* (entre 28 y 56 gramos) y aún no están satisfechos. Hacen más de lo que les pido. Por ello, no soy el Rey Juez, sino un Padre amoroso" (*Berajot* 38b).

Vemos entonces que al cumplir la *mitzvá* del *tzitzit* el *yehudí* muestra a D-os cuánto lo ama, como un hijo a su padre. Por eso, D-os nos responderá como un gran *Avinu Av Harajamán*, "Nuestro padre, Padre misericordioso".

¡Contemplemos la Presencia Divina...!

El Mundo Venidero es el verdadero "mundo del placer". Obviamente, ese placer no es como los placeres terrenales: beber un buen vino,

recostarse en una playa o practicar fútbol, sino un goce espiritual: estudio de Torá, placeres para el alma, y la satisfacción mayor: contemplar la Presencia Divina y estar cerca de D-os.

No hay palabras para describir lo que significa “contemplar la Presencia Divina y estar cerca de D-os”. Sin embargo, imaginemos el placer que siente un mortal al reunirse con un importante presidente, un cantante, artista, jugador o cualquier personaje famoso. Lo único que busca en ese momento es una cámara para registrar ese momento, o un autógrafo de puño y letra de aquella persona para que la huella de ese encuentro perdure para siempre.

Si encontramos con un personaje mortal nos da tanto placer, ¿cuánto más placentero será el encuentro con el Creador, que irradia un esplendor indescriptible?

El *Pasuk* que nos ordena observar el precepto de *tzitzit* dice: *Uritem otó*, “...y verán a él”. El Talmud Yerushalmi comenta que, si bien el término *tzitzit* es masculino, sería más correcto que estuviera escrito: *Uritem Otah*, “...y verán a **ella [la Presencia Divina]**” (*Berajot* 1:7). Por eso, concluye el Yerushalmi, el *Pasuk* anterior no está refiriéndose al *tzitzit*, sino a D-os. De este modo, la Torá nos asegura que por el mérito de vestir el *tzitzit* cada día, tendremos el placer de ver la Presencia Divina, a D-os.

Además, agrega el *Yalkut Shimoní*: “Aquél que durante toda su vida vistió el *tzitzit*, en el Mundo Venidero los Ángeles anunciarán su llegada al Cielo diciendo: ¡Abran paso y den honores al hijo del Rey!” (*Shelaj Lejá*).

Éste es uno de los motivos por los cuales, cuando leemos durante las mañanas la *Perashá* del *tzitzit*, algunos lo pasamos por nuestros ojos y luego los besamos, haciendo alusión de este modo a la Visión Divina que esta *mitzvá* nos otorgará en el futuro.

Preguntémonos: ¿cuánto deseamos alcanzar el mérito de experimentar estos placeres infinitos?

Nuestras luces

La Cabalá explica que al principio de la Creación, D-os creó un rayo de luz (esta fue, de hecho, una de las primeras creaciones) y lo dividió en dos partes: el *Or Hamakif* (la luz externa que rodea a todos los elementos), y el *Or Hapenimí* (la luz interior que penetra y da energía en toda la Creación proporcionándole vida).

En el ser humano, la luz interna se llama *Néfesh*, *Rúaj* y *Neshamá*, mientras que la luz externa es conocida como *Jayá* y *Yejidá*. Para comprender la función de cada una de estas dos partes de luz, la interna y la externa, observemos las dos clases de oscuridad que existen. La oscuridad externa a nosotros es la que encontramos en las calles, en el medio ambiente, en la mala influencia de la sociedad y en los lugares impuros, como antros, discotecas, etc. Por otro lado, también está la oscuridad interna nociva por ejemplo: nuestras malas cualidades, defectos de carácter, ideas profanas y demás.

Para eliminar estos dos tipos de oscuridad de nuestro ser, precisamos de dos luces: una interna que ilumine nuestra mente y alma para conseguir alejarnos de todo tipo de pensamientos prohibidos, y que corrija los defectos que pueden llevarnos a la ruina; y otra externa para alejar la oscuridad de las calles, los malos consejos y el medio ambiente social que cada vez se trastorna más.

Nuestros libros sagrados de Mística comentan cómo podemos incrementar nuestra luz interna y perfeccionar nuestra luz externa.

Los rezos, el estudio de la Torá, la meditación y la concentración en la Unicidad de D-os y el amor al prójimo intensifican la luz interna. Por otro lado, colocarse los *Tefilín*, vestir recatadamente y usar el *talit* incrementan nuestra luz externa, que nos protege durante todo el día de la influencia negativa exterior.

Es interesante que el Arizal escriba que debemos concentrarnos en esto cada mañana cuando bendecimos con *Malbish Arumim*, “Bendito D-os que vistes a los descubiertos”, pues también nos referimos con esta bendición a la “vestimenta de luz” que deseamos que nos envuelva cada día y nos ayude a enfrentar cualquier tipo de oscuridad externa.

Por eso cada uno de nosotros debe saber que D-os es la Fuente de energía y nuestro deber es “jalar” luz por medio de nuestra alma e intensificar en nosotros tanto la luz interna como la externa, para estar tan iluminados que cualquier fuerza oscura negativa, interna o externa, se aleje.

El *Talit* de D-os

¿Por qué razón el tiempo apropiado para cumplir la *mitzvá* de *talit* es sólo durante el día y no de noche?

En el versículo de *Tehilim* (104:1-2), leemos en el *Midrash*: “Dice Rabí Shemuel Bar Najmán: D-os se envolvió con un *Talit* blanco y creó la luz”.

La luz es símbolo de la bondad. Por eso, cuando el Pueblo de Israel hizo el becerro de oro y Moshé suplicó a D-os que los perdonara, Él se envolvió con un *talit* y reveló a Moshé las Trece *Midot* de piedad, para que con ellas consiguieran Su perdón y misericordia (*Midrash Taná Debé Eliahu*, cap. 23).

Sobre esto agrega *Rabenu Bejayé* que por este motivo el *Talit* blanco quedó para siempre como el símbolo del perdón y de la misericordia Divinos. Por eso siempre que buscamos invocar la bondad de D-os, nos envolvemos con el *talit*, como medio para conseguirlo.

Además comenta el *Midrash*: “Después de que Moshé reprochó al pueblo de Israel por el pecado del becerro de oro, se envolvió con el *talit* y se aproximó a D-os para suplicar Su perdón” (*Shemot Rabá* 43:4). Y en otro *Midrash* figura que: “Cuando Mordejai vio que Hamán se aproximaba para realizar sus planes malignos, se envolvió con su *talit* y rezó a D-os que se apiade, perdone y beneficie al pueblo de Israel de los malos decretos” (*Vaikrá Rabá* 28:6).

Ahora podemos comprender por qué el *talit* se viste de día y no de noche, pues el día simboliza la bondad y la noche la justicia. Sólo en Yom Kipur, cuando también durante la noche pedimos perdón y suplicamos a D-os que se apiade de nosotros, nos vestimos con el *talit* de noche.

Es interesante que este mensaje se refleja también en la manera de vestir el *talit*: después de la bendición correspondiente, nos cubrimos la cabeza tapando el cabello y dejando el rostro descubierto, ya que el cabello simboliza la justicia (y se ata con el *Tefilín*, para que quede sellado y protegido). La cara, en cambio, simboliza a la bondad. Por eso se deja al descubierto, para representar la bondad que anhelamos tener, tal como queremos que el rostro de D-os nos ilumine y favorezca, como lo indica el versículo en la bendición de los Cohanim: *Yaer Adonay Panav Eleja Vijuneka*, “Que D-os ilumine Su rostro hacia ti y te agrade” (*Bamidbar* 6:26).

Así, pues, ¡envolvámonos cada día con el *talit*, a fin de que la luz de la bondad nos traiga el perdón, con gracia y misericordia!

El número ocho

El saber que el *tzitzit* debe tener ocho hilos en cada esquina nos sirve para explicar el secreto del número ocho y, con ello, entender el gran nivel al que nos lleva el ponernos el *tzitzit*.

Debido a que el mundo fue creado en seis días, el número seis representa todo lo material, que consta de seis caras. Por eso el mundo existirá seis mil años, conforme a esa característica de la materia.

El número siete representa lo espiritual, como el séptimo día de la Creación, el Shabat. Por tanto, hay muchas cosas espirituales relacionadas con el número siete: siete cielos, siete semanas de Ómer, siete días de Sucot, siete de Pésaj, y muchos ejemplos más.

El nivel más alto que el espiritual es la santidad de la persona, representada por el número ocho.

La circuncisión se realiza al octavo día desde el nacimiento del niño y fue la octava prueba para Abraham *Avinu* de las diez que enfrentó.

En términos cabalísticos, el cuerpo físico se representa con nueve *Sefirot* que están dentro del cuerpo; el *Kéter* (la corona) es la décima *Sefirá*, que está por encima del cuerpo.

La octava *Sefirá* dentro del cuerpo es *Yesod*, que corresponde a la *Milá*.

Por todo ello, la circuncisión supera espiritualmente al *Shabat*, que está representado por el número siete.

También los sacrificios se relacionan con el número ocho, como está escrito: *Umiyom hashemini vaalhá yeratzé lekorbán ishé LaHashem*, "Y del octavo día en adelante será aceptado como sacrificio ante D-os" (*Vaikrá* 22:28). Es decir, sólo a partir del octavo día el animal será aceptado como sacrificio a D-os (por ello también se ofrendaban los sacrificios en *Shabat* en uno de los lugares más santos del mundo, la Casa de D-os, también relacionada con el número ocho).

Como explica la Torá, durante la construcción del Tabernáculo, desde el 23 de Adar, Moshé armaba el Santuario y durante siete días hacía los sacrificios y lo desarmaba. Realizó esto todos los días, hasta llegar al octavo, en el que quedó armado definitivamente.

A partir de este día, Aharón ofreció los sacrificios, los levitas realizaron sus servicios y nunca más se desarmó.

¿Por qué Moshé lo armaba siete veces y lo desarmaba?

Explican nuestros Sabios que esto nos revela el futuro: siete son las veces que fue destruido el Santuario, contando desde el Tabernáculo ubicado en el desierto. El de Nob, el de Guibón, Guilgal, Shiló, así como el Primero y el Segundo Templos. Y nosotros tenemos la esperanza de que, con la ayuda de D-os, construiremos el octavo, el eterno. Los años en que ocurrieron los acontecimientos históricos más importantes terminan en ocho. Aunque esto tal vez no simboliza algo, se ajusta con la idea... Y nada sucede por casualidad.

A partir de la Creación del Mundo, en los años indicados ocurrieron estos eventos:

| AÑO | EVENTO |
|-------------|---------------------------|
| 1948 | Nace Abraham Avinu |
| 1958 | Nace Sará Imenu |
| 2048 | Nace Itzjak Avinu |

| | |
|------|--|
| 2088 | Itzjak se casa con Rivká |
| 2108 | Nace Yaacov Avinu |
| 2238 | Baja Yaacov a Egipto y se encuentra con Yosef |
| 2448 | Los Bené Israel salen de Egipto |
| 2488 | Entramos a la Tierra de Israel |
| 2928 | Se construye el Primer Templo |
| 3338 | El Primer Templo es destruido |
| 3408 | Se construye el Segundo Templo |
| 3838 | El Segundo Templo es destruido |
| 3948 | La Torá oral es compilada en las Mishnayot |
| 4128 | Se redacta el Talmud Yerushalmi |
| 4528 | Se redacta el Talmud Bablí |

Es interesante hacer notar que el Santuario fue construido por Betzalel, de la tribu de Yehudá, y por Aholiab Ben Ajisamaj, de la Tribu de Dan.

El Primer Templo fue construido por el Rey Salomón, perteneciente a la Tribu de Yehudá, junto con Jiram, rey de Tzur, quien pertenecía a la Tribu de Dan.

Nuestros Sabios dijeron que cuando llegue el *Mashíaj*, su padre pertenecerá a la Tribu de Yehudá y su madre a la Tribu de Dan.

¿Qué tienen de especial estas dos tribus? Yehudá era el judío número siete en el mundo y Dan fue el número ocho. Es decir, Abraham, Itzjak, Yaacov, Reubén, Levy, Shimón, Yehudá y Dan.

Ésta es la ventaja del pueblo Judío: tenemos la santidad representada por el número siete y la cima de la santidad representada por el ocho, y así nos hacemos acreedores de la bendición

Tenemos el derecho de disfrutar de un gran seis, si lo combinamos con un siete celestial y procuramos siempre alcanzar la cima del ocho con nuestro *tzitzit*, cuidando nuestro *Brit*, apegándonos a nuestros pequeños santuarios (los templos y *Kolelim*), y elevando nuestros rezos, los cuales reemplazan a los sacrificios, hacia D-os.

Todo esto se halla simbolizado en el número ocho...

El *Tejélet*

La Torá nos ordena pintar uno de los ocho hilos del *tzitzit* de color azul celeste (*tejélet*), como lo indica el versículo: Venatenú al *tzitzit* *hakanaf* petil *tejélet*, “Y pondrán sobre el *tzitzit* un hilo de *tejélet*” (*Bamidbar* 15:38). Este color se extraía de la sangre de cierto animal marino llamado *jilazón*.

En la actualidad nuestros *tzitziot* son todos blancos; ninguno de ellos es del color del *tejélet*. Conforme a la tradición, esto se debe a que ya no es posible conseguir la materia prima para ese color. El Talmud explica que debe pintarse uno de los hilos del *tzitzit* de color *tejélet* para que al verlo recordemos el color del mar y así el color del Cielo, donde se encuentra el Trono Celestial. De este modo sentiremos respeto y temor a D-os (*Menajot* 43b).

Cuando el pueblo de Israel entró a la Tierra Prometida ya se pintaba el *tzitzit* con el *jilazón*, y aun en la época de los Profetas existía el *tejélet*, como se registra en el Libro de Irmiyá (capítulo 52), cuando el invasor babilonio Nebuzaradán exilió al pueblo de Israel a Babilonia dejando en la Tierra de Israel sólo a los pobres, a los agricultores y a los *yokvim* quienes de acuerdo con el Talmud (*Shabat* 36a), eran los que cazaban al *jilazón*, y comenta Rashí que la profesión de estos hombres era identificar a este animal marítimo y cazarlo, a fin de utilizar su sangre para que los reyes tiñeran sus vestimentas.

Pero, ¿hasta qué época se sabía reconocer al *jilazón* y a partir de qué época se perdió el conocimiento de cómo reconocerlo?

El Arizal escribe que “en la época del Templo se utilizaban siete hilos blancos y uno de *tejélet*, pero a partir de la destrucción del Segundo Templo no volvió a utilizarse el *tejélet*” (*Perí Etz Jaim, Tzitzit*, 4).

Por otro lado, Rabí Shimshón de Ostrópoli escribió a mediados del siglo XVI, basado en la profecía del *Zóhar*, que en el año 5600 desde la Creación (1840 de la era común) descendería una gran sabiduría al mundo. (De hecho, todos los avances tecnológicos de la era moderna comenzaron a aparecer durante esos años.) Él asegura que también los

conocimientos perdidos, como el de saber reconocer al *tejélet*, serían redescubiertos por esas épocas.

Y efectivamente, en 1887, Rabí Guershon Janoj Hénij, el *Admur de Radzin*, publicó su libro *Sefuné Temuné Jol*, donde explica una interesante investigación y revela su hallazgo acerca del antiguo *jilazón* para extraer de él, el color *tejélet*.

En su segundo libro, *Petil Tejélet*, escribe Rab Guershon sobre sus viajes por mar hasta Italia, donde cazó el *jilazón* y comprobó cómo cada una de las señales y características de este animal descritas en textos sagrados antiguos coincidían con la especie que encontró.

Así fue como él comenzó a pintar de nuevo el *tzitzit* y así lo hicieron todos sus alumnos. Hasta la fecha, los seguidores del *Admur* visten los *tzitziot* con un hilo pintado de *tejélet*.

Unos años después, en 1913, Rab Itzjak Hertzog, quien fuera rabino principal de Israel, escribió una tesis doctoral sobre este tema, en la que rechazó la opinión del *Admur de Radzin*. En su versión asegura que el *jilazón* es otro animal marítimo conocido como jantina.

Esta publicación originó la duda sobre la definición veraz del *jilazón* hasta que, en los años sesenta del siglo XX, investigadores de la Universidad de Haifa intentaron descubrir su verdadero origen y afirmaron que los Kenaanitas usaban cierto animal marítimo, conocido en hebreo como *jilazón kehé kotzim*, para ser utilizado en la tintura del *tzitzit*.

Debido a lo anterior y ante la duda de muchos, la gran mayoría de los rabinos actuales no acostumbran pintar su *tzitzit*, pues, por un lado, no es indispensable para cumplir la *mitzvá*, además de que en la actualidad no se ha comprobado del todo la veracidad del gusano que da la tinta del *Tejelet*.

Lo más probable es que esta incógnita perdure hasta la llegada del *Mashíaj*, quien determinará cuál es el verdadero *jilazón* y, con la ayuda de D-os, volveremos a utilizar el *Petil Tejélet* tal como figura en la Torá.

El secreto del número cuatro

En nuestra religión, cada número tiene un símbolo y un mensaje profundo. ¿Qué significa el número cuatro, ya que mucho sobre el *talit* y el *tefilín* se relacionan con él?

Por ejemplo, el *tzitzit* debe tener cuatro esquinas y en cada una deben colocarse cuatro hilos dobles, que resultando ocho hilos del *talit*.

También el *tefilín* de la cabeza está dividido en cuatro compartimentos en los cuales están las cuatro *parashiot* escritas sobre un pergamino de cuatro esquinas, cada una también con cuatro líneas de escritura. Éstas se colocan sobre el cerebro, que igualmente está dividido en cuatro partes: lóbulos frontal, parietal, temporal y occipital.

Asimismo, el Nombre de D-os está formado por cuatro letras y Él creó cuatro mundos:

- *Atzilut*, el mundo de D-os.
- *Beriá*, el mundo de las almas.
- *Yetzirá*, el mundo de los ángeles.
- *Asiá*, el mundo de los seres humanos.

Sobre éstos reposa el Trono Celestial, del cual proviene la raíz del secreto del número cuatro: la silla de D-os está apoyada sobre cuatro patas que tienen figuras: el águila, el rey de las aves; el toro, el rey de los animales domésticos; el león, rey de los animales salvajes; y la figura de un Adam (humano).

¿Qué significan estas figuras? ¿Cuál es esa silla?

Está escrito: “D-os no posa Su Presencia Divina sino sólo sobre aquel que posea cuatro cualidades: inteligencia, fuerza, riqueza y humildad” (*Nedarim* 38a). La *Mishná* explica: “¿Quién es el que se considera fuerte? El que vence a su instinto malo. ¿Quién es inteligente? El que está dispuesto a aprender de cada persona. ¿Quién es rico? El que está alegre con su parte. ¿Quién es el humilde y honorable? El que honra a los demás” (*Pirké Abot* 4:1).

Entonces, ¿cuál es la silla de cuatro patas en la que D-os se sienta?

¡Es la persona que posee las cuatro cualidades mencionadas arriba, e insinuadas en las cuatro figuras del Trono Celestial!

El toro simboliza al rico, ya que “el pasto” (su riqueza) es abundante; el león simboliza la fuerza y hace alusión al guerrero: el que domina su instinto; el águila simboliza al sabio, tal como dice el *Midrash*: “El sabio es el que tiene visión hacia lo que vendrá mañana y por eso desde hoy aprende de otros”. El águila justamente se caracteriza por esa visión panorámica y aguda. Y Adam simboliza la humildad, ya que su nombre proviene de la palabra hebrea *haadamá*, “la tierra”.

Estas cuatro cualidades consisten en:

- a) vencer al instinto del mal sin pecar,
- b) ser sabio y estudiar la Torá,
- c) estar alegre con todos los bienes que D-os nos da y, a pesar de todas estas virtudes,
- d) ser humilde.

De esta manera D-os mora y se posa sobre nosotros. Por ello, cada mañana nos envolvemos con un *talit* de cuatro esquinas y nos ponemos el *tefilín* con muchos símbolos del número cuatro, a fin de recordarnos nuestra meta y tarea de cada día: ser una “silla” digna con cuatro pilares hechos con estas cualidades, para que D-os también pose sobre nosotros.



Capítulo 5

Tefilín: amarrados a D-os

- 69 El corazón y el cerebro del *Tefilín*
- 71 Blanco y negro
- 73 *Talit, Tefilín* y matrimonio
- 74 ¿Cuadrado o redondo?
- 76 El tercer ojo
- 78 Las *Perashiot* del *Tefilín*
y los hemisferios cerebrales
- 80 Los *Tefilín* de *Rashí* y *Rabenu Tam*

Capítulo 5

El corazón y el cerebro del *Tefilín*

Todos conocemos la *mitzvá* de *tefilín*. Uno se coloca sobre el brazo y el otro sobre la cabeza. ¿Qué insinúan los *tefilín* y el lugar donde nos los colocamos?

Dicen nuestros Sabios que hay dos formas de servir a Dios: una es con el cerebro y la otra es con el corazón. La forma de servir a Dios con el cerebro es estudiando Su palabra, entendiendo lo que quiere, analizando, preguntando, respondiendo, estudiando mucha Torá en todos sus niveles y todas las dimensiones. Y la forma de servir a D-os con el corazón es rezándole, amándolo, teniéndole fe. Una está ligada al cerebro y la otra está ligada al corazón.

¿Cuál es la voluntad de Dios? Que lo sirvamos de esas dos formas. Como dice el versículo: *Veyadatá hayom vashevotá el levaveja*, “Debes saber las cosas y hacerlas reposar sobre tu corazón” (*Devarim* 4:39).

Tuvimos dos líderes que nos sacaron de Egipto: Moshé y Aharón. ¿Cuál es la diferencia entre ellos? Moshé simboliza al cerebro, la cabeza, el que nos trajo la información, el que bajó la Torá para nosotros, quien nos la enseñó con todas sus dimensiones y explicaciones. Y Aharón es el corazón, *ohev shalom*, uno que amaba la paz, *ohev et haberiot*, que amaba a la gente.

Hay gente que es muy buena en cuanto al *tefilín* de la cabeza, es decir, aprenden, son estudiosos, explican, profundizan; sin embargo, a la hora de servir a Dios con amor, su corazón está “apagado”, está débil, opacado, no “late” bien.

Por otro lado, hay personas que sirven a Dios con mucha emoción; lo aman, lo adoran, creen en Él fielmente, darían la vida por Él. Pero no saben Torá, no saben versículos del *Tanaj*; no saben de explicaciones,

no conocen el motivo de las cosas, cómo se hace, cuándo se hace. A algunos, por decirlo de cierta forma, les falta el *tefilín* de la mano y a otros el de la cabeza.

Y nuestra misión es tener los dos. Así prácticamente empezó la primera orden de Dios a Adam *harishón*: “Hay dos árboles en el Jardín, *Etz hadaat* (el del conocimiento) y *Etz hahaim* (el de la vida). Cuida los dos”.

El *Etz hadaat*, el árbol del conocimiento, hace alusión al *tefilín* de la cabeza, al cerebro. El *Etz hahaim*, el árbol de la vida, alude al corazón, el miembro principal de la vida.

¿Qué nos ordena Dios? Que cuidemos tanto el *Etz hadaat* como el *Etz hahaim*, es decir, el corazón y el cerebro.

Por eso, cada mañana nos ponemos los *tefilín* de la mano y de la cabeza, porque la forma de rezar también depende de esos dos miembros, el corazón y el cerebro.

¿Cómo se reza? ¿Con el cerebro o con el corazón? Con los dos, porque necesitamos el cerebro para entender lo que decimos, para concentrarnos, para alejar de nuestra mente cualquier distracción, para tener en nuestra mente muy claro a Quién estamos rezando. Pero necesitamos más que el cerebro, el corazón, para sentir esa emoción, ese agradecimiento, ese apego a Dios. Y por eso antepone el *tefilín* de la mano al de la cabeza.

Dice el profeta: *Befiv ubisfatav kibeduni velibó rajak mimeni*, “Me alabaron con la boca (con bonitos rezos, con cánticos, con hermosas voces), pero su corazón estaba muy lejos de Mí” (*Yeshayá* 29:13).

La voluntad de Dios es que primero activemos el corazón. De ahí que antepongamos el *tefilín* de la mano, para simbolizar que nuestra primera obligación es apegarnos a Dios con emoción y amor, amarlo. En resumen, *Veahavtá et Hashem Elokeja*, “Amarás a tu Dios”. Y no se pone solamente enfrente del corazón sino sobre la mano, la cual simboliza acción. Es como si Dios nos dijera: “Ámame y haz las cosas con amor, aunque todavía no entiendas por qué las haces”.

¿Cuál es la explicación de esto? ¿Cuáles son los secretos detrás de todas estas acciones? “Tú hazlo. Y a medida que vayas haciéndolo, estudia

el porqué. Pásate al *tefilín* de la cabeza: averigua las cosas, analízalas, escucha clases con tus oídos, lee libros con tus ojos, haz preguntas con tu boca, todo lo que tenga que ver con la cabeza.” Todo eso simboliza este *tefilín*.

Cuando una persona sabe combinar ambos aspectos, en ese momento logra cuidar su paraíso, tanto su árbol de la sabiduría como su árbol de la vida.

Blanco y negro

Los *tefilín* deben ser de color negro, como se indica en el *Shulján Aruj* (33:3), como lo ordena nuestra ley desde Moshé *Rabenu*. La costumbre es que el *talit* sea de color blanco, de acuerdo al versículo: *Vehayú haatufim lelabán* (*Bereshit* 30:42).

Además, el pergamino en que se escriben las *perashiot* es blanco y la tinta de la letra debe ser únicamente negra.

El contraste de la tinta negra y la pluma blanca con la que se escribe un pergamino, así como la vestimenta religiosa —traje negro y camisa blanca, con sombrero negro— nos hace sentir como daltónicos, ya que sólo vemos un mundo en blanco y negro.

¿Cuál es, entonces, el secreto de estos dos colores?

D-os creó un mundo con el día y la noche, con luz y oscuridad, y finalizó diciendo: “Y fue noche y fue día. Un solo día” (*Bereshit* 1:5). Explican nuestros Sabios que el día —la luz, el color blanco— hace alusión a las cosas bellas de la vida, cuando todo florece y es agradable. Y la noche —oscuridad, el color negro— alude a los sufrimientos, las cosas incómodas y turbias en la vida.

Debemos tener siempre en mente que todo proviene de D-os y que todo es por nuestro bien, como escribe el Rey David en *Tehilim*: “Relataré tus maravillas en el día y tendré fe por las noches” (92:3). Es decir, cuando en la vida todo florece y está iluminado, la Mano generosa de D-os se ve claramente. Ése es el momento de cantarle, alabarle y contar Sus maravillas. Cuando la vida repentinamente se convierte en

noche, oscura y confusa, ése es el momento de fortalecer nuestra fe sabiendo que el día y la noche son una unidad con el solo objetivo de beneficiarnos.

La diferencia es que la luz y el favor son una manifestación clara de la bondad de D-os. Sin embargo, en el lado oscuro, esa generosidad, aunque no se ve, ahí está.

Así es la naturaleza de los colores, como explica el científico Isaac Newton: el blanco se manifiesta en materiales que no absorben los rayos de luz permitiendo que ésta se refleje en ellos con toda claridad. Pero el color negro absorbe todos los rayos de luz y, por tanto, ésta no se ve. De la misma manera funciona el mundo espiritual, ya que todo es réplica de los conceptos terrenales.

Todo lo que D-os manda es luz... buena luz. En algunos casos es clara y descubierta. Y en otros, esos rayos de bondad se ocultan y presentan un panorama oscuro. Aunque los rayos de luz están en él, no se ven. Por tanto, cada mañana nos envolvemos en blanco y negro para reforzar nuestra fe en D-os en ambas manifestaciones, afirmando así nuestra lealtad al Todopoderoso.

Sea el día blanco o lo contrario, siempre será Él, *Hashem Ejad*.

Analicemos la siguiente parábola:

Un hombre, al subir al Cielo después de 120 años, se detuvo frente a un mapa cuyas partes eran blancas y negras. Había huellas dobles registradas en las partes blancas, pero en las partes oscuras sólo se encontraba un par de huellas. Al preguntar a D-os qué significaba eso, Él le respondió:

—Las partes blancas son los momentos más hermosos de tu vida y las negras son las épocas de sufrimiento que viviste.

El hombre observó el mapa con mayor detenimiento y confirmó estos hechos, al tiempo que realizaba otra pregunta:

—D-os, ¿de quién son las huellas?
Y el Creador le respondió:

—Unas son Mías y otras son tuyas. Te he acompañado toda tu vida.

—Si es así, D-os, ¿por qué en las partes oscuras hay un solo par de huellas? ¿Por qué me abandonaste cuando más te necesitaba?

—Hijo mío, estás equivocado. Ésas son Mis huellas... Yo te estaba cargando.

Talit, Tefilín y matrimonio

Cuando el hombre se encuentra envuelto en su *talit* y con los *tefilín* puestos, nuestros Sabios explican que simboliza al matrimonio mismo, del siguiente modo: el *talit* representa el palio nupcial, de la misma manera que el *talit* que se extiende sobre los novios el día de su boda.

La novia, como mujer, es sentimental y está simbolizada por el *tefilín shel yad*, que se coloca precisamente junto al corazón. Además, figura en la Torá que D-os creó a la mujer de una de las costillas de Adam *harishón*.

Del mismo modo, el *tefilín shel yad* se coloca de tal forma que se encuentra en contacto todo el tiempo con la costilla del hombre.

El novio, como ser más “frío” e intelectual, está representado por el *tefilín shel rosh*, que se ubica sobre la cabeza.

Con la *retzua* del *tefilín shel yad* rodeamos nuestro brazo siete veces haciendo alusión a las siete *Berajot* pronunciadas durante la ceremonia nupcial y también refiriéndose a los siete días posteriores a la boda (*Sheva Berajot*).

Por último, damos unas vueltas más a nuestro dedo medio para simbolizar el anillo de bodas.

En *Shir Hashirim*, escrito por el Rey Salomón, se refleja el nexo entre el pueblo de Israel y D-os, como lo mantiene cada marido con su mujer, de manera que denominamos al pueblo de Israel, “la pareja” de D-os.

Al igual que la unión entre un hombre y su mujer engendra hijos, cada vez que nos ponemos el *tefilín* y reforzamos esta alianza de amor y gratitud con D-os logramos “engendrar” en nosotros mismos sus frutos, que son el estudio de la Torá y el cumplimiento de las *mitzvot*, además de corregir y mejorar nuestros senderos en el camino de D-os.

¿Cuadrado o redondo?

Todo lo que D-os creó en el universo es redondo, ovalado o circular: el planeta Tierra, la luna, el sol, la fruta, el rostro, los ojos, los árboles, las manos, el cuerpo. Todo respeta cierta forma ovalada. Podríamos afirmar que casi no existe creación alguna de D-os que sea cuadrada.

¿Por qué “casi”? Porque, de hecho, sí existe una creación cuadrada hecha por D-os: las Tablas de la Ley, las cuales eran cuadradas (y no como las pintó Miguel Ángel).

¿Qué mensaje nos enseña esta única creación cuadrada de D-os? Lo ovalado o circular simboliza que rueda, sube o baja, pues es fácil de mover. Lo cuadrado, en cambio, representa lo estático, firme e inmóvil. De este modo D-os nos transmite un mensaje muy importante para la vida: “Todo lo que He creado en el mundo terrenal, lo físico y material, rueda. Por eso, un día sube y al otro baja; un día pertenece a alguien y al otro es de otra persona”. Nada es estable. Sólo la Ley y los Mandamientos son las reglas invariables de nuestra vida.

Para comprender este concepto más a fondo, tomemos como ejemplo el fútbol: jugadores ovalados siguen un balón redondo. Corren sobre una cancha cuadrada, con esquinas y rayas blancas que lo limitan. Las porterías también respetan la forma cuadrada. Los jugadores y el balón suben, bajan y corren de un lado a otro. La cancha, en cambio, es firme y los marcos de las porterías son inmóviles.

Nuestra vida es igual: todo lo mundano es móvil, con sus altibajos. Sólo nuestra Ley es como la cancha, en la que las prohibiciones están marcadas por las líneas blancas que no debemos cruzar, salvo la que limita la portería, ya que nuestra meta es llevar todo el mundo redondo que nos rodea a la portería: el cuadro celestial, para conseguir el gol de la victoria.

Esta tarea no es nada fácil. Los jugadores buscan meter un gol en el partido de futbol enfrentando muchos obstáculos, esquivando, moviendo el balón y esforzándose para acercarse a la portería; cuando lo logran, deben apuntar muy bien al marco esquivando la última barrera: el portero.

Igual sucede con nosotros: cuando queremos conseguir un “gol espiritual” debemos sostener una fuerte lucha contra todos los obstáculos. Por ejemplo, al levantarnos para rezar en la mañana, debemos vencer el sueño, apurarnos y correr para llegar a rezar a tiempo.

Cuando estemos de pie frente al *Hejal* en el *Bet Hakenéset*, debemos “apuntar bien” esquivando al *yétzer hará*, que intenta desconcentrarnos del rezo para que no “metamos gol”.

No olvidemos que este esfuerzo, como cualquier otro, vale siempre la pena, pues así como un jugador recibe elogios, aplausos y porras después de un gol, y en ocasiones hasta una medalla o la copa que recibe con gran satisfacción, lo mismo sucede con todos nosotros cada vez que logramos someternos en este mundo redondo a las reglas cuadradas y firmes de nuestra Sagrada Ley para canalizar todos nuestros bienes y dones terrenales.

También nosotros recibiremos esas porras, honores, medallas y copas en el Mundo Venidero.

Todo el juego de la vida consiste en la combinación de lo redondo y lo cuadrado. Es por ello que se nos exige que los *tefilín* sean cuadrados, al igual que lo son las Tablas de la Ley que nos entregó D-os a las faldas del Monte Sinaí.

Por otra parte, las *perashiot* también deben escribirse en pergaminos cuadrados, y sus letras, de hecho, deben ser simétricas y cuadradas (tres *kulmusim* por tres *kulmusim*). Asimismo, nos colocamos el *tefilín* y vestimos el *talit*, que debe ser cuadrado y con cuatro esquinas.

Todo ello hace alusión al mundo de leyes en que, como la cancha de futbol, debemos movernos.

¡Vivamos esta vida redonda adecuadamente dentro del marco de la Ley Judía!

El tercer ojo

Nuestros Sabios nos dicen que la persona tiene tres ojos: dos físicos y un tercero, llamado “el ojo del juicio”, el ojo cerebral. Su importancia es tan grande que de éste depende lo que vemos con nuestros dos ojos.

Por ejemplo, si alguien no nos simpatiza, nuestro ojo cerebral lo etiqueta negativamente. No importa lo que haga, todo nos parece mal. Y viceversa, si nuestro ojo cerebral está “enamorado” de alguien, no importa qué tan mal se comporte; todo lo que haga nos parecerá bien.

En esto se basa el Rey Salomón para decir: *Al kol peshaim tejasé ahavá*, “Todos los defectos del otro los ciega y opaca el amor” (*Mishlé* 10:12).

De aquí entendemos la prohibición de la Torá para el juez de no tomar sobornos, ya que éstos ciegan a los sabios. Esto no se refiere sólo a la ceguera física, sino a la ceguera del “tercer ojo judicial”.

La Torá está llena de hechos que nos muestran lo peligroso que es cuando nuestro ojo cerebral está influenciado.

Un buen ejemplo son los pleitos que hubo entre Yosef y sus hermanos. Todos estaban seguros de que sus argumentos para acusar al otro eran válidos, correctos y verdaderos. Pero sabemos que en realidad, todos estaban equivocados: al entrar ellos en conflicto, sus ojos cerebrales se vieron afectados y todo lo que hacía, pensaba o decía el otro, era juzgado para mal.

Encontramos un ejemplo más específico en Kóraj, primo de Moshé *Rabenu*, a quien le molestó no haber sido nombrado para ocupar un buen cargo.

En ese momento, su cerebro —que buscaba el honor— percibió a Moshé *Rabenu* y todo lo que éste decía como negativo. A esto se refieren nuestros Sabios cuando dijeron, refiriéndose a su ojo cerebral: “El ojo de Kóraj lo engañó” (*Bamidbar Rabá* 18).

Estos casos en la Torá nos advierten que debemos cuidar este “trío de ojos”, en especial el tercero, ya que si éste ve mal, podemos tomar decisiones equivocadas en la vida o tener amistades y compañías negativas, y jurar que estamos en lo correcto pensando que nuestros dos ojos físicos no están ciegos, sino que ven con claridad el panorama de la vida.

Esto puede suceder a un joven que busca pareja y se encuentra con un amor prohibido o con alguien que no le conviene. Mientras toma la decisión, comete el error de enamorarse. No es mentira lo que se dice por ahí: “El amor es ciego”, ya que prácticamente ciega nuestro tercer ojo; ya no vemos nada malo en cualquier acción, nuestra o de otro, aunque sea obvia y esté a la vista.

Nuestros Sabios relatan la historia de Shimshón, quien tuvo un amor prohibido, Dalila. Ésta lo llevó a ser capturado y cegado por los filisteos. Ya que se dejó guiar por su ojo, perdió la vista.

Lo mismo sucede con las adicciones: el factor común en todas es la ceguera del tercer ojo, que no nos permite darnos cuenta de cómo estamos, D-os nos libre, echando nuestra vida a la basura (pues además, tapa los oídos ante los buenos consejos de quienes nos aman de verdad).

Ahora comprendemos la orden de D-os de ponernos el *tefilín* entre los ojos. No se refirió a “entre los **dos** ojos”, sino “entre los **tres** ojos”, con el objetivo de que la santidad y la bendición del *tefilín* nos ayuden a ver, juzgar y analizar bien, teniendo una buena visión de la vida.

Además de lo anterior, hay otro significado importante en la Orden Divina de ponernos los *tefilín* entre los ojos: desde éstos salen unos conductos y nervios que se cruzan para ir directamente hacia el área del cerebro encargada de la visión, el lóbulo occipital, el cual se ubica en la parte trasera de la cabeza, justamente donde ubicamos el nudo del *tefilín*.

Por tanto, la caja del *tefilín* queda ubicada adelante, entre los tres ojos. Las cuerdas de los lados hacen alusión al conducto de los ojos, hasta el lóbulo occipital, y el nudo final queda totalmente entre ambas áreas cerebrales (derecha e izquierda), las cuales se encargan de procesar las

imágenes y nos permiten tener visión. Este concepto también se puede entender como “entre tus ojos”.

Al colocarnos cada mañana el *tefilín* en la cabeza, debemos poner la intención y pedir al Creador que nos quite la ceguera de este tercer ojo y nos ayude a ver la belleza de la vida y el camino correcto en ella, y no caer en los múltiples “sobornos” que nos desvían de la senda de los justos.

Las *Perashiot* del *Tefilín* y los hemisferios cerebrales

Como sabemos, el cerebro humano se divide en dos hemisferios: el derecho y el izquierdo. La ciencia moderna distingue las funciones de cada uno de estos hemisferios y, sorprendentemente, coinciden con el orden en que se ubican las *perashiot* del *tefilín* de la cabeza.

De acuerdo con muchos científicos, el hemisferio derecho del cerebro analiza al mundo y a la vida de manera general, e incluso fantástica. En cambio, el hemisferio izquierdo lo analiza desde un punto de vista más detallado y realista. Muy acertada fue la definición de cierto famoso neurólogo al respecto: “El lado derecho ve el bosque; el lado izquierdo ve los árboles”.

La Cabalá explica que las dos Sefirot que corresponden a la cabeza (es decir, al cerebro) se dividen en *jojmá* (lado derecho) y *biná* (lado izquierdo). *Jojmá* corresponde a lo general y *biná* se refiere más al desglose y a los detalles. En términos modernos y utilizando la definición anterior, *jojmá* es el bosque y *biná* son los árboles.

A continuación, los expertos resolvieron dividir las funciones de los hemisferios cerebrales del siguiente modo: el hemisferio derecho se encarga de filosofar, visualizar, imaginar, meditar sobre el futuro, percibir sentimientos, etc. El lado izquierdo se encarga de los detalles, de la acción, de memorizar información precisa, del poder artístico, matemático, el análisis y más.

Dos grandes neurólogos descubrieron en diferentes zonas del hemisferio izquierdo el poder del habla y las llamaron con sus nombres: las zonas

Broka y Vernike. Éstas son las que dominan el poder de emitir palabras. No obstante, también en el hemisferio derecho hay pequeñas zonas que se encargan del habla. Podríamos concluir que el lado predominante de la capacidad de hablar es el izquierdo, aunque también el hemisferio derecho tiene cierta influencia sobre esto.

Algunos neurólogos judíos, como el Doctor Brian Lankester, descubrieron la asombrosa similitud que guardan los temas y las órdenes que abordan las *perashiot* ubicadas en el lado derecho del *tefilín* (una vez colocados sobre la cabeza) con las funciones del hemisferio derecho, al tiempo que los textos y órdenes de las *perashiot* ubicadas en el lado izquierdo del *tefilín* coinciden con las funciones del hemisferio izquierdo.

Por ejemplo, las *perashiot* derechas incluyen el *Shemá Israel* y el *Vehayá im shamoá*, que hablan básicamente sobre el idealismo y la filosofía judíos, es decir, nuestro amor a D-os y nuestra disposición a renunciar a todo, incluso al dinero y a la vida misma, con tal de no desafiar la Voluntad del Creador, así como las prohibiciones de idolatría (fundamento de la filosofía judía).

Además, hablan de los sentimientos, pues se establece en ambos textos que guardemos estas órdenes siempre en nuestro corazón, pues es el que se encarga de ellos.

Asimismo, se menciona repetidas veces el futuro, pues promete que si hoy cumplimos la Palabra de D-os, mañana Él nos retribuirá y nos beneficiará: “comerás y te hartarás...”, “se alargará tu vida...”.

Un dato más respecto a la visión genérica del hemisferio derecho es que en estas dos *perashiot* se ordena la *mitzvá* del *tefilín* diciendo simplemente: “colócatelos...”, sin entrar en detalle del por qué debemos hacerlo.

Por otro lado, en cuanto a las *perashiot* ubicadas sobre la parte izquierda del *tefilín*, que son *Kadesh Li* y *Vehayá ki yeviajá*, explican que el motivo por el que debemos colocarnos los *tefilín* es para recordar, como dice el *pasuk*: “Recuerda el día en que saliste de Egipto”. Asimismo, otro *pasuk* dice: “Colócate los *tefilín*, para que sea un recuerdo entre tus ojos”, lo cual hace alusión a la memoria ubicada en el hemisferio izquierdo.

Además, a diferencia de las *perashiot* ubicadas en el lado derecho del *tefilín* que hablan del futuro, las del lado izquierdo hacen alusión al pasado: *Miyamim yamima*, “Cuida estas leyes como fueron dichas desde días anteriores...”.

En *perashiot* anteriores simplemente figuran las palabras: “Ordena e instruye a tus hijos”, mientras que en éstas se definen las diferentes naturalezas de hijos que podemos llegar a tener, como lo menciona la *Hagadá* de Pésaj: “Son cuatro tipos de hijos: el sabio, el malvado, el inocente y el que no sabe preguntar”.

Las *perashiot* del lado izquierdo también entran en detalles sobre la razón de ponerse los *tefilín* en la mano izquierda: *Ki vejózek yad*, es decir, para que “percibas que en tu vida D-os representa la derecha, la que simboliza fuerza, poder y dominio” (*Yad jazaká*), mientras que la persona simboliza la mano izquierda, “el brazo débil”, para saber que en la vida el ser humano pone una pequeña “ayuda”, pero lo fuerte y grande viene de D-os.

En relación con el habla, resulta interesante que en las *perashiot* del lado derecho del *tefilín* aparezca en dos ocasiones el *pasuk*: “Y enseñarás a tus hijos y hablarás de Torá”, mientras que en las *perashiot* del lado izquierdo figuran cuatro diferentes alusiones al habla: “Y dirás a tu hijo...”, “Y estará esta Torá en tu boca...”, “Cuando te pregunte tu hijo...” y “Le dirás y responderás...”, lo cual manifiesta que el predominio y poder del habla reside esencialmente en el lado izquierdo, más que en el lado derecho.

Es increíble cómo también los descubrimientos científicos modernos sobre los detalles neurológicos coinciden con tanta precisión con los textos antiguos del *tefilín* de la cabeza, incluso en la forma en que están acomodados.

Los *Tefilín* de *Rashí* y *Rabenu Tam*

Seguro que nos hemos encontrados con personas que se colocan dos pares de *tefilín*. Ya sea a la vez o uno tras otro. ¿De qué se trata esto?

Hay dos formas de colocar las *perashiot* en los pergaminos del *tefilín*: según Rashí, se colocan de acuerdo con el orden de la escritura de la Torá: *Kadesh Li, Vehayá ki yeviajá, Shemá, Vehayá im shamoa*. Conforme a Rabenu Tam, la diferencia se encuentra en las dos últimas. Primero se coloca el *Vehayá im shamoa* y, por último, el *Shemá*.

Cuentan que cuando Rabenu Tam (1100-1171), nieto de Rashí (1040-1105), era bebé y su abuelo lo cargaba, el pequeño extendía su mano directamente hacia los *tefilín* que Rashí colocaba en su cabeza para tomarlos con fuerza y los movía como queriendo quitárselos, hasta que un día Rashí expresó: “Estoy seguro de que este chiquito, cuando crezca, discutirá conmigo respecto al *Tefilín*”.

Cabe preguntarnos:

1. ¿Por qué es tan importante el orden?
2. ¿Cómo es posible que se hayan encontrado *tefilín* de casi mil años antes de Rashí y Rabenu Tam, y algunos estuvieran ordenados de acuerdo con la opinión de Rashí y otros como la Rabenu Tam?

Para responder, es necesario analizar todos los hallazgos arqueológicos y escritos antiguos respecto a los textos y al orden que deben llevar en los *tefilín*.

En primer lugar, debemos saber que Rabenu Tam y Rashí no fueron los primeros en discutir sobre este tema, ya que el argumento se remonta a muchos años atrás: antes de Rabenu Tam ya estaba la opinión de Rab Hai Gaón —uno de los últimos *Gueonim* de Babilonia y *Rosh Yeshivá* de Pumpidita (939-1038)—, quien claramente había estipulado que el orden debe ser como lo indica Rabenu Tam.

Asimismo, en las cuevas de Kumrán, mejor conocidas como las cuevas de los Rollos del Mar Muerto, entre 1948 y 1953 se descubrieron diferentes textos bíblicos. Había además varios pares de *tefilín*, algunos con el orden de Rashí y otros con los de Rabenu Tam.

En otra de las cuevas aledañas al río Tzehelim, de la época de la rebelión de Bar Kojbá, en el desierto de Yehudá, se hallaron pergaminos de

tefilín, tal y como explica la *Guemará*, que los soldados de Bar Kojbá iban a guerrear portando *tefilín*.

Y en el pequeño complejo de la tumba del Profeta Yejezkel, en Babilonia, se encontró un par de *tefilín* escritos de acuerdo con el orden estipulado por Rashí.

Sin embargo, como dice la *Guemará*: “Hay un lugar en la cabeza para dos *Tefilín* y en la mano también” (*Erubín* 95b). En el *Zóhar Jadash* leemos: “Hay personas que, ante la duda, se ponen dos *Tefilín*, sin saber que ésta es la manera correcta de proceder debido a motivos profundos, mas no por duda” (77b).

Surge la pregunta: ¿a cuáles dos se refiere el *Zóhar*?

Más sorprendente aún es la opinión del Ben Ish Jai, quien dice que desde los días de Moshé *Rabenu* hasta la época de los *Gueonim* — años antes de Rashí y *Rabenu* Tam— se colocaban dos pares de *tefilín* a la vez: unos con el orden de Rashí y otros con el orden de *Rabenu* Tam (*Vayerá* 1:21).

Por si no fuera suficiente la confusión hasta aquí, agregaré un dato más antes de dar una explicación: el importante cabalista del siglo XIII, Rabí Yaacov MiMaruish, escribió el gran libro titulado en español *Preguntas y respuestas desde el Cielo*. Él aplicaba un método muy espiritual de hacerse preguntas difíciles antes de dormir leyendo unos textos especiales para encontrar en sus sueños una respuesta, que provenía del Cielo. En su obra recopiló todas estas preguntas y respuestas, las que se tomaron en cuenta en libros posteriores para fortalecer nuestra Ley.

En la tercera pregunta que hace en su libro, sobre cuál era el orden correcto para colocar los versículos en el *tefilín*, como opinaba Rashí o *Rabenu* Tam, la respuesta fue sorprendente: ¡ambas versiones son correctas y están de acuerdo con la Voluntad Divina!

Todo lo anterior merece una explicación.

En primer lugar, ¿por qué dar tanta importancia a este orden? Encontré la respuesta en un artículo escrito por el Rabino Mordejai Grinberg, en

el cual explica que cuando Moshé Rabenu enseñó las leyes del *tefilín* a todo el pueblo de Israel, les ordenó realizarlo con el orden conocido por Rashí, como lo llevamos a cabo hasta el día de hoy. Por otra parte, a los sabios y a los líderes espirituales les enseñó a ponerse también los *tefilín* conforme al orden expuesto por Rabenu Tam.

El motivo de esta diferencia se entiende al leer el *Zóhar*, donde se explica que las cuatro *perashiot* equivalen a las cuatro letras que componen el Nombre de D-os, del siguiente modo:

1. La *perashá* de *Kadesh Li* representa la primera letra del Nombre de D-os: la *yud*.
2. La *perashá* de *Vehayá ki yeviajá* representa la segunda letra del Nombre de D-os: la *he*.
3. La *perashá* de *Shemá Israel* representa la tercera letra del Nombre de D-os: la *vav*.
4. La *perashá* de *Vehayá Im Shamoá* representa la cuarta letra del Nombre de D-os: la *he*.

El *Zóhar* afirma que, en la Era Mesiánica, el Nombre de D-os consistirá en las mismas cuatro letras que lo conforman, sólo que en diferente orden: primero la *yud*, luego las dos letras *he*, y al final la letra *vav*.

De lo anterior podemos deducir un dato muy relevante.

Es conocida la *Guemará* donde se comenta que, aun cuando hoy la Ley quedó estipulada conforme a la opinión de Bet Hilel en todas las áreas, en la Era Mesiánica la Ley cambiará para ser como lo indica Bet Shamai.

Del mismo modo podemos concluir con el *tefilín*. Aunque hoy en día la Ley fue estipulada conforme a la opinión de Rashí, en la Era Mesiánica será como indica Rabenu Tam. También podemos confirmar esto con el *Zóhar* anterior, ya que si acomodamos las *perashiot* del *tefilín* en el orden que afirma el *Zóhar*, el Nombre de D-os resultará en el mismo orden en el que Rabenu Tam opina deben acomodarse las *perashiot* dentro del *tefilín*.

Ahora todo queda claro: el *tefilín* de Rashí simboliza el comportamiento de D-os hacia nosotros hasta la Era Mesiánica, mientras que el *tefilín* de Rabenu Tam hace alusión al comportamiento de D-os después de la llegada del *Mashíaj*.

Es por ello que, desde la época de Moshé *Rabenu* hasta hoy, han permanecido vigentes estas dos versiones. En una pedimos que D-os nos favorezca en nuestros días y, en la otra, anhelamos que llegue la época del *Mashíaj* y la gran Revelación Divina.



Capítulo 6

Rezo hecho y derecho

| | |
|-----|--|
| 87 | Origen y evolución del rezo y del <i>Sidur</i> |
| 93 | Observa y actúa |
| 94 | Corrector de palabras |
| 97 | Apuntemos a Yerushalaim |
| 99 | La santidad del <i>Kótel</i> |
| 101 | El alma del rezo |
| 105 | El origen del hebreo |
| 108 | La verdad en el 13 |

Capítulo 6

Origen y evolución del rezo y del *Sidur*

El rezo en el Judaísmo ocupa un lugar preponderante, sin embargo, cabe preguntar cuándo empezó, quién lo estableció, por qué se realizan tres rezos al día y cuál es su significado y objetivo.

Los rezos son el equivalente moderno a los sacrificios que se realizaban en el *Bet Hamikdash*, en los que, además de realizar éstos, los Cohanim llevaban a cabo un rezo compuesto por las bendiciones del *Shemá*, la lectura de los Diez Mandamientos, el *Birkat cohanim*, el *Emet veyatziv*, etc. (*Tamid* 5:1).

Debemos saber que la segunda letra del nombre en hebreo de cada patriarca indica el periodo del día que ellos mismos establecieron para el rezo: en “Abraham”, la segunda letra es la bet, inicial de la palabra bóker, “la mañana”. La segunda letra del nombre “Itzjak” es la *tzádik*, la cual encabeza la palabra *tzahoraim*, “la tarde”. Y la segunda letra de “Yaacov” es la *áin*, con la cual se inicia la palabra *érev*, “la noche”.

Sin embargo, Rabí Yehoshúa opina que los rezos fueron establecidos conforme al orden de los sacrificios en el Templo y que, por tanto, decimos *Shajrit* debido a que por la mañana se sacrificaba el primer cordero, y dado que por la tarde se sacrificaba el segundo, decimos *Minjá*. Y por el hecho de que toda la noche iban consumiéndose sobre el Altar los restos de los sacrificios, podemos decir *Arvit* durante toda la noche.

Además, cada persona que llevaba una ofrenda particular realizaba un rezo personal (sin ningún texto fijo), diciendo simplemente lo que le salía del corazón.

Ya desde tiempos antiguos se ordenó en el resto del pueblo de Israel decir los tres rezos diarios, cuyo origen se halla en los tres Patriarcas, como ya dijimos.

La conclusión en la *Guemará* es que ambas opiniones son correctas: nuestros Patriarcas establecieron el concepto de los tres rezos diarios y nuestros Sabios acoplaron el horario de cada uno de éstos al de los sacrificios en el Templo para, justamente, hacer la relación entre nuestros rezos y los sacrificios con el objetivo de que estos últimos, así como todo el ritual en el Templo Sagrado con los sacerdotes y los Leviím, proporcionen gran placer al Creador, otorguen purificación a los pecadores y traigan bendición a todos.

Nuestros rezos en el *Bet Hakenéset* pueden llegar a anular decretos negativos, perdonar nuestros pecados y traer bendición y beneficios al mundo. Y por supuesto, causan gran placer a D-os.

Como dice la *Mishná*: “Sobre tres pilares se sostiene el mundo: el estudio de Torá, el sacrificio (rezo) y la bondad” (*Pirké Avot* 1:2).

En la época del Segundo *Bet Hamikdash*, los miembros de la Gran Asamblea y los dirigentes de la generación percibieron que había cosas que eran claras y obvias en el Primer Templo y se fueron distorsionando a raíz de la destrucción y el exilio. De ahí sintieron la necesidad de establecer un texto fijo para el rezo. Esto provocó bastantes discusiones en esa época: si debía ser largo o corto, si *Arvit* era obligatorio u opcional, etc. De esta manera empezaron a sentarse las bases del *Sidur*.

Dice la *Guemará*: “No empezó a caer la lluvia hasta que Adam *harishón* rezó a D-os” (*Julín* 60b).

Después de que Cáin mató a Hébel, D-os estaba molesto con él y quería castigarlo severamente. Pero Cáin empezó a suplicarle por medio de rezos, diciendo: “Cargas con toda la Creación que hiciste; Te preocupas por cada animal y ser. ¿Con mi carga no puedes? Perdóname por lo que hice...”.

Su rezo surtió efecto y D-os, en Su inmensa misericordia, alargó la vida de Cáin por siete generaciones más (*Midrash Rabá, Devarim* 8:1).

Abraham *Avinu* pedía a D-os por cada enfermo que lo visitaba. Cuando se enteró del decreto de la destrucción de Sodoma y Gomorra, rezó y pidió a D-os que perdonara a sus habitantes (*Bereshit* 18:24).

Itzjak y Rivká, al ver que no podían tener hijos, se paraban cada uno en una esquina de su casa e imploraban a D-os que los premiara con un descendiente (*Bereshit* 25:21).

Yaacov *Avinu* fue testigo de la guerra que se desató entre sus hijos y los habitantes de Shejem, pero mientras ellos guerreaban, él se dedicó a rezar y a pedir a D-os que salvara a sus hijos y que terminara esa matanza. Al final de sus días dijo a Yosef: “Ganamos la guerra de Shejem con mi espada y mi arco” (*Bereshit* 48:22). Explican nuestros Sabios que quiso decir: “...con mis flechas de rezo que dirigí hacia D-os”. Curiosamente, en hebreo las palabras “mi arco” y “mis plegarias” se escriben con las mismas letras y en el mismo orden.

Posteriormente, a raíz de la destrucción del Segundo *Bet Hamikdash* y el exilio masivo del pueblo de Israel, el *Sanhedrín* (que se ubicó en la ciudad de Yavne y en el cual se reunieron todos los rabinos sobrevivientes) estableció con más fuerza el tema del rezo e integró la decimonovena bendición de *Laminim*, debido a los delatores y ateos que ponían en peligro al Judaísmo. Asimismo, se establecieron los textos del rezo permitiendo abreviarlos en caso de necesidad (como en un viaje o en épocas y lugares peligrosos) y se intercalaron los textos de los sacrificios y del servicio en el *Bet Hamikdash*, para siempre recordar su destrucción y ofrecer con palabras los sacrificios.

Después de la época de Rabí Yojanán Ben Zakay, los rabinos de la época de los Emoraim intercalaron más conceptos en el rezo, como versículos de *Tehilim*, el *Nismat Kol Jai*, el *Elokai Netzor*, y algunos más.

Incluso el pueblo de Israel logró salir de la esclavitud de Egipto por la virtud de sus rezos, como dice el versículo: “Y dijo D-os a Moshé: He escuchado las plegarias y los rezos de mi pueblo” (*Shemot* 6:5). Y por ello, D-os acortó el tiempo del decreto de la esclavitud y dio la orden de salir de Egipto.

Es extensa la lista de las plegarias y los rezos que nuestros ancestros realizaban antes de la construcción del Sagrado Templo y el orden de los sacrificios. Fue por ello que, al ocurrir la destrucción, se retomaron los rituales de rezo con más fuerza estableciendo horarios fijos y textos especiales.

Dice el *Midrash Tanjumá*: “Y ahora no tenemos profeta ni sacerdote, ni Templo ni altar ni sacrificios. No nos quedan más que nuestros rezos” (*Vaishlaj* 9). Agrega Rabí Pinjás en la *Guemará*: “El rezo de todo el que entra al *Bet Hakenéset* equivale ante el Creador a una ofrenda pura” (*Berajot* 14b), como dijo el profeta Hoshea: “Y sacrificaremos toros con nuestros labios” (14:3). Es decir, las plegarias que salen de nuestra boca equivalen a grandes sacrificios.

Antiguamente, el rezo consistía en el “texto” particular de cada persona, mediante el cual se desahogaba, agradecía y pedía a D-os según lo que sentía en ese momento. Poco a poco, a fin de ayudar al pueblo a rezar y a expresarse correctamente y no equivocarse en el orden (no pedir antes de alabar, no despedirse sin dar las gracias, con qué términos hablar a D-os, con cuántos títulos honorables dirigirse a Él, cómo pedir sin insistir, etc.), empezaron a escribirse textos oficiales para el rezo y posteriormente se les dio el orden adecuado.

Como leemos en la *Guemará*: “Dijo Rabí Yojanán: Ciento veinte sabios (jueces y legisladores de la Gran Asamblea) y entre ellos muchos profetas establecieron la *tefilá* de *Shemoná Esré*” (*Meguilá* 17b). Y aclara la *Guemará* que esos profetas fueron Jagay, Zejariá y Malají (*Nazir* 23a).

Así, nuestros Sabios establecieron tres rezos al día, pues, además de lo ya dicho —que se debió a los Patriarcas y a los sacrificios—, sabemos que también el Rey David rezaba tres veces al día, como él mismo escribió: “Noche, mañana y tarde rezaré y alzaré hacia Ti mi voz...” (*Tehilim* 55:18). También el profeta Daniel dice: “Y tres veces al día rezábamos...” (6:14).

Más tarde se realizaron otros cambios. Por ejemplo, la *Guemará* comenta en el tratado de *Berajot* que las bendiciones de la mañana se decían a medida que la persona iba haciendo sus actividades al amanecer. Es decir, al despertar decía la bendición de *Hamajazir neshamot*, “Bendito D-os, que devuelve el alma a los muertos”, haciendo alusión a que, mientras estamos dormidos, somos como los muertos y D-os nos devuelve el alma para un día más de vida. Al escuchar el canto del gallo se decía la bendición de *Hanotén lasejví*; al abrir los ojos, la de *Pokéaj ivrim*; al vestirse, la de *Malbish arumim*, etcétera.

Con el pasar de los años se cambió esta costumbre, de modo que ahora nos levantamos por la mañana, decimos el *Modé Aní*, nos lavamos

las manos (*Netilat yadaim*), nos vestimos y, cuando terminamos de asearnos y prepararnos, decimos todas las bendiciones juntas, a modo de alabanza a D-os, independientemente de si escuchamos cantar al gallo o no.

Este cambio no fue aceptado por el Rambam, quien insistía en que los *Birkot Hashajar* debían decirse en orden, como se hacía antiguamente. Los *Temanim* (Temenitas o judíos de Yemen) siguen haciéndolo así hasta la fecha.

También los salmos que siguen al *Ashré* fueron añadidos antes de la *Amidá*, como figura en la *Guemará*: “Primero la persona debe alabar a D-os antes de proceder a pedirle” (*Berajot* 31a).

Al igual que los sacrificios en el *Bet Hamikdash* iban acompañados de cánticos con instrumentos de los Leviím, nosotros adornamos nuestros rezos con cánticos y alabanzas a Hashem.

Y aunque en la época de los *Tanaim* estos salmos (conocidos como *Pesuké Dezimrá*) eran costumbre sólo de los muy apegados a D-os, con el tiempo se convirtieron en parte fundamental del rezo de todos.

En la época de los *Saboraím* (aproximadamente por el siglo XI), se intercaló el párrafo de *Hodú* al principio del rezo, como cantó el Rey David cuando logró traer el *Arón Hakódesh* a Yerushalaim. Posteriormente, cuando se construyó el *Bet Hamikdash*, los Leviím cantaban la mitad de este Salmo durante el sacrificio de la mañana y la otra mitad con el sacrificio de la tarde.

Los sefaradim lo dicen antes del *Baruj Sheamar* como parte de los *Korbanot* previos a la *Tefilá*, y los ashkenazim lo leen después del *Baruj Sheamar* como parte de las alabanzas.

Así también se estableció el texto final de la *Amidá*, la parte fundamental del rezo, dividida en tres partes: en la primera se alaba, en la segunda se pide y en la tercera se agradece.

La primera y la tercera partes son las mismas durante todo el año. La que varía es la parte de en medio, que es diferente en los días de semana, Shabat, festividades, *Rosh Hashaná* y Yom Kipur.

Finalmente, el concepto del rezo y sus textos son una recopilación desde nuestros Patriarcas, pasando por los Profetas y el Rey David, y continuando con la Gran Asamblea, *Tanaim*, *Emoraim*, etc. Al final obtuvimos el texto definitivo que compartimos hoy.

Era de esperarse que, debido a la trayectoria milenaria por la que pasó nuestro pueblo, en el texto del rezo se presentaron ciertas diferencias: en la forma de pronunciarlos, el orden, modo y otras variantes. Por eso, nuestro deber es conservar la costumbre de nuestros padres.

Durante la época del Talmud fueron introduciéndose muchos otros textos para hacer cada vez más perfecta la forma de expresarnos y comunicarnos con el Creador.

Lamentablemente, no nos quedaron libros de rezos de los tiempos talmúdicos. Los primeros *Sidurim* con que contamos aún pertenecen a la época de los *Saboraim* y *Gueonim* que vivieron durante los siglos VIII o IX de la era común, como el *Sidur* de Rab Amram Bar Sheshana o el de Rabí Saadia Bar Yosef Gaón, y posteriormente el famoso *Sidur* de Rabí Simjá de Vitri, alumno de Rashí, y *El orden del rezo* del Rambam.

Todos estos textos fueron escritos con gran sabiduría, secretos, combinaciones de letras, frases cuyas letras iniciales forman conceptos cabalísticos o juegos de Guematría (numerología), etc., y por supuesto, con un lenguaje adecuado para dirigirse al Creador y de forma noble, a fin de hacerle llegar nuestras peticiones.

Esto puede compararse a un piloto de aviones de combate que, aun cuando él mismo no es experto en diseñar aeronaves, preparar las bombas o construir motores y sofisticadas computadoras, varios expertos en aerodinámica proyectaron su avión, un grupo de ingenieros en motores crearon uno muy potente, especialistas en explosivos le prepararon bombas y misiles, y genios en computación lo equiparon con lo último en sistemas de navegación, etc. A él le toca nada más dirigir ese avión hacia el blanco, obviando todos los aviones enemigos y misiles antiaéreos, y cualquier obstáculo en su camino para cumplir su misión y llegar bien al "target".

Así ocurre con nosotros al rezar: en nuestras manos tenemos un *sidur* para el que grandes expertos y profetas establecieron las palabras y

los secretos que éstas ocultan. Aunque no seamos expertos en estos conceptos profundos, nuestro deber es tomar el *sidur* y con él guiar nuestras plegarias al Creador esquivando todos los “misiles” de desconcentración “disparados” a nuestra mente por el enemigo, el *yétzer hará*, haciendo un esfuerzo mental para llegar a nuestro “Blanco Celestial”.

No olvidemos que para D-os todas las costumbres son correctas, y no porque otro rece de forma diferente o pronuncie ciertas palabras de manera distinta debemos verlo como equivocado. Simplemente está cuidando su tradición.

Y así será hasta la pronta llegada del *Mashíaj*, cuando se retomará el punto inicial de la humanidad: todos hablaremos un solo idioma, con una sola pronunciación, a un solo D-os.

Observa y actúa

El cumplimiento de las *mitzvot* tiene dos aspectos: la acción y la concentración. Cuando D-os creó el mundo, nos dio una fórmula y una receta para hacer las cosas bien. Que quede claro: D-os no necesitaba darnos informe alguno sobre cómo hizo el mundo; sin embargo, nos lo dio sólo para transmitirnos un ejemplo y un modelo a seguir, como un padre que dice a su hijo: “Observa y haz”.

Entremos en detalles: la Creación Divina se dividió en dos fases, la celestial y la terrenal, como lo indica el primer versículo de la Torá: *Bereshit bará Elo-him et hashamaim veet haáretz*, “Al principio creó D-os el cielo y la tierra”. En otras palabras, el mundo espiritual y el mundo terrenal.

En el segundo día “trabajó” D-os arriba, haciendo los Siete Cielos, los ángeles, etc. El tercer día trabajó abajo, haciendo el pasto, las frutas y las verduras. El cuarto día fue de vuelta arriba: galaxias, constelaciones, estrellas, sol y luna. El quinto día, estuvo de nuevo abajo creando peces, reptiles y aves. Hasta aquí la Creación, por decirlo así, está equilibrada.

Llega el último día de la Creación y, en su punto culminante, dice D-os a los dos mundos, al cielo y a la tierra: *Naasé adam*, “Hagamos al

hombre”, y D-os tomó polvo de la tierra e insufló en él un alma del Cielo. Con eso integra D-os el cuerpo y el alma, y hace al ser vivo.

Repetimos esta misma fórmula cuando nos aproximamos a cumplir una *mitzvá*, la cual también está compuesta de una interacción física con cosas mundanas y terrenales, como ponernos *tefilín*, mencionar palabras de rezo y de Torá, dar una moneda a un pobre, sentarnos dentro de una Sucá, tocar el *Shofar* o comer *matzá*. Todas estas y muchas cosas más son acciones terrenales. En ellas debemos “insuflar” el alma, es decir, hacerlas con concentración, emoción y alegría dándole así vida a la *mitzvá*.

Es importante aclarar que muchas veces y de acuerdo con muchos Comentaristas, la acción sin concentración no es totalmente ineficaz: sí es válida y de algo sirve. Pero todos nuestros Sabios concuerdan en que no hay nada mejor que agregar el elemento *Kavaná*, concentración, para cumplir así nuestro *Naasé Adam*.

Por ello dijo el gran Rabino Don Itzjak Abarbanel: *Tefilá leló kavaná keguf lelo Neshamá*, “*Tefilá* sin concentración es como un cuerpo sin alma”.

Recemos continuamente con buena concentración, porque el esfuerzo vale la pena: mantendremos siempre viva nuestra *tefilá*.

Corrector de palabras

Después de lograr la concentración, procedemos a perfeccionar el modo de pronunciar las letras y las palabras del rezo de forma correcta y clara, para unir así boca y corazón.

El Talmud enfatiza la necesidad de dar a cada letra su espacio en la pronunciación (pausas), especialmente cuando, por ejemplo, hay una palabra que termina con la misma letra con que inicia la siguiente (*Berajot* 15b).

Por ejemplo, si leemos rápido y de corrido la expresión *Al Levavjem*, “Sobre vuestros corazones...”, no pronunciaríamos una de las dos *eles* convirtiendo las dos palabras en una: *Alevavjem*.

Este concepto se aprende de lo que dice Rabí *Baruj* Epstein, en su libro *Baruj Sheamar*:

Cuando la Torá especificó el material de las piedras preciosas que adornarían las cuatro hileras del *joshen*, en la última hilera se observa una “y” de más. Dice la Torá que en la primera línea del *joshen* irán las piedras *ódem*, *pitdá* y *baréket*. En la segunda [...] y en la última dice: “Se colocarán las piedras *tarshish* y *shoam* y *yashfé*...”, donde gramaticalmente la primera “y” está de más. El motivo de que se haya introducido esta letra es que el nombre de la segunda piedra, *shoam*, comienza con la misma letra y pronunciación de la última letra de la primera piedra, *Tarshish*. Y para que no suene, al momento de ordenar las letras, como *Tarshishoam*, se introdujo esta letra “y”. (*Shemot* 28:20)

Por tanto, al igual que al escribir las letras del *Shemá* en el pergamino es necesario aislarlas una de la otra —ya que, de lo contrario, cuando se pegue una letra con la otra puede llegar a invalidarse la *mezuzá*, el *tefilín* o el *Séfer Torá* completo—, también al leerlas debemos procurar pronunciarlas por separado, aislando una palabra de la otra.

Además, al leer el *Shemá* o cualquier otro párrafo de la *tefilá*, el hecho de omitir o agregar una letra puede cambiar el significado. Por ejemplo, si en lugar de pronunciar la palabra *Hashem Ejad*, omitimos la *dálet* y la remplazamos por la letra *resh* (ya que son parecidas), cambiaríamos del significado de “D-os es Uno” al de “Otro D-os”. Y peor aún, si en vez de leer la palabra *leovdó* (con *áin* en la primera “o”) la leemos como *leovdó* (con *álef*), cambiaríamos el significado de “Servir a D-os” a “¡Extinguir a...!”.

Como ya dijimos, no sólo con el *Shemá*, sino con el resto del rezo, como en el *Kadish*, la omisión de una letra puede tener otro significado. Por ejemplo, si en vez de decir *Veit'álé* pronunciamos *Veitalé*, cambiamos de “Y se eleve el Nombre de D-os” a “Que se ahorque...”. Y lo peor del caso es que nosotros, como público, ¡podríamos contestar “Amén” a esa maldición!

Con todo, nada de esto debe desmotivarnos para rezar, en especial cuando se trata de un judío que nació en la diáspora y su idioma natal no es el hebreo, y cree que reza, aunque en realidad sólo tartamudea intentando pronunciar correctamente las palabras. Siendo realistas, esa

persona difícilmente evitará el error y llegará a pensar que es mejor no rezar, pues así “no maldije ni bendije”.

¿Tiene razón alguien que piensa así?

Antes de dar una respuesta, analicemos la siguiente historia sobre un hombre bueno y simple, creyente en D-os y en el poder del rezo y de las bendiciones. Cada Shabat al regresar de la sinagoga, después de *Kidush*, se acercaban a él sus hijos y el hombre los bendecía con todo su corazón y desde el fondo de su alma. Un día decidió este hombre progresar y, en lugar de bendecirlos en su idioma natal, empezó a hacerlo en hebreo con un versículo que había extraído de nuestra Sagrada Torá.

Para ello, se aprendió de memoria una frase que el oficiante cantaba en la sinagoga con una agradable melodía. Y a partir de ese Shabat, así bendecía a sus hijos... sólo que el versículo que seleccionó trataba de los sacrificios y sus palabras eran *Elu vaelu nisrafín bevet hadeshen*, “Éstos y esos serán quemados en el depósito de las cenizas”. Y por supuesto los hijos, ignorantes del significado, con mucha emoción respondían: “¡Amén!”.

Cierto día, un Rabino visitó la aldea de aquel hombre, quien lo invitó gustosamente a pasar Shabat en su casa. Y después del *Kidush*, cuando el Rabino se levantó para ir a lavarse las manos, el hombre se dirigió a él y le dijo:

—Un minuto, Rabino. Llegó la hora de la bendición de la semana.

¡Imaginemos la reacción del Rabino al escuchar que este hombre “quemaba” a sus hijos! Lo regañó y le reprochó, y al explicarle el significado del versículo desmoralizó por completo a su anfitrión. Cabizbajo y triste, el pobre hombre se decepcionó de sí mismo y se dio cuenta de su gran ignorancia.

Después, el mismo rabino contó que esa noche tuvo un sueño muy claro. Desde el Cielo le reprochaban: “Nunca existió una bendición tan potente de un padre a sus hijos como la de aquel hombre. Y cada vez que él decía *Elu vaelu*, ‘Serán quemados’, se quemaban todos los decretos negativos que los niños tenían pendientes por atravesar en sus vidas”.

¡Aquí está la respuesta! Cuando el rezo sale del corazón, debido a su pureza e intención, D-os acomoda y arregla las letras. Esto es más difícil de lograr rezando sólo con la boca. Por tanto, lo mejor es hacerlo con pureza de corazón, concentración mental y pronunciación perfecta. Pero si esta última nos falla debido a nuestra falta de estudio por causas de fuerza mayor, y a consecuencia de nuestra larga estadía en la diáspora, por rezar con corazón dispuesto y mente concentrada D-os reparará nuestras palabras incorrectas.

Así, el mismo D-os que cambió en bendiciones las maldiciones de Bilam, pese a que fueron planeadas con total mala intención, qué tanto más Él hará por nosotros, que tenemos intenciones puras para bendecirle y alabarle, al purificar y perfeccionar nuestras palabras.

Apuntemos a Yerushalaim

La *Mishná de Kelim* dice: “Diez lugares de santidad hay en el mundo, y son, en orden ascendente, la Diáspora, Israel, Yerushalaim, dentro de las murallas..., *Har Habait...*, la *Azará...*, el Templo, el *Kódesh* y el *Kódesh Hakodashim*” (1:6).

Cuando rezamos desde cualquier parte del mundo debemos dirigir nuestros pies hacia Israel. Y si nos encontramos en la Tierra Santa, hacia Yerushalaim. Si ya estamos en ésta, hacia el lugar del Templo. Aquel que se encontraba en el Templo debía dirigir sus rezos hacia el *Kódesh Hakodashim*.

Por eso el Rey Salomón llamó a la colina sobre la cual construyó el templo *Talpiyot* (*Shir Hashirim* 4:4). La *Guemará* explica que este nombre es una palabra compuesta por dos: *Tel*, “colina”, y *Piyot*, “bocas”, es decir, “la colina hacia la cual se dirigen todas las bocas” (*Berajot* 30:1).

Rezar en esa dirección tiene dos motivos: en sentido metafórico, al apuntar nuestros pies hacia esa dirección demostramos nuestro anhelo de llegar allá y alcanzar el nivel de santidad que Yerushalaim posee. Pero de una manera más profunda, explica el *Zóhar* (*Perashat Lej Lejá*) que cuando Abraham *Avinu*, que se hallaba entonces en la ciudad

de Ur Kasdim (Mesopotamia), anheló conocer el sistema Celestial y encontrar el túnel que une a la tierra con el Cielo, la dimensión física con la dimensión espiritual, D-os le contestó: *Lej Lejá...*, diciéndole: “Ve a la Tierra Santa y allí lo encontrarás”.

Cuando nuestro Patriarca llegó y se paró en *Har Hamoriá*, la colina donde mucho tiempo después se construyó el Templo, D-os lo premió con una visión espiritual: al alzar la vista hacia el Cielo, vio una especie de túnel que conectaba el mundo Celestial con el terrenal.

A eso se refirió el Rey David cuando dijo: “Yerushaláim (la terrenal), construida aquí, es como la ciudad que está junto a ella (en los cielos)” (*Tehilim* 122:3), indicándonos así que el borde de la santidad terrenal culmina en Yerushalaim y el inicio de la dimensión espiritual está ubicado por encima de ella.

Este lugar sagrado siempre permaneció en el corazón de Abraham *Avinu* y trasmirió ese amor a su hijo Itzjak.

Sobre el versículo que dice: “Y salió Itzjak a rezar en el campo” (*Bereshit* 24:63), aclaran nuestros Sabios que fue precisamente en esa misma colina en donde fue la prueba del sacrificio de Itzjak, sacrificando finalmente Abraham al carnero que se le presentó en el lugar.

También fue sobre ese lugar que Adam *Harishón* realizó su primera ofrenda a D-os y, posteriormente, allí mismo presentaron Cáin y Hébel sus ofrendas.

Por eso, cuando Yaacov *Avinu* huía de su hermano Esav y llegó al norte de Israel, se detuvo y dijo: “¿Cómo es posible que haya pasado por el lugar donde rezaron mis padres y no me detuviera para rezar?”. Se regresó y, mientras estaba acostado en Bet El, soñó con la famosa escalera que llegaba hasta los Cielos.

Nuestros Sabios aclaran que la parte inferior de la escalera estaba en la tierra, como ubicada en la ciudad de Beer Sheva, y su parte superior estaba en el Cielo, a la altura de la ciudad de Bet El, cuya traducción del hebreo es “La Casa de D-os”. Además, la parte media de la escalera estaba ubicada sobre Yerushalaim, haciendo esto alusión a que el rezo es como la escalera (curiosamente, el valor

numérico de la palabra “escalera” en hebreo es 136, el mismo de la palabra *kol*, “voz”), cuya parte inferior está en la tierra, pero termina llegando a la Casa de D-os por medio de Yerushalaim.

Por eso, al despertarse por la mañana, Yaacov *Avinu* dijo: “¡Qué sagrado es este lugar! Ésta no es sino la Casa de D-os, y éste es el portón del Cielo”.

Al analizar este versículo nos damos cuenta de que está dividido en dos: una parte hace alusión a Bet El, “la Casa de D-os”, Divina, sobre la cual dijo Yaacov: “¡Qué sagrado es este lugar! Ésta no es sino la Casa de D-os”; y la segunda parte habla de Yerushalaim, sobre la cual dijo: “Y éste es el Portón del Cielo”.

Dirijamos todos nuestros rezos hacia ese túnel, para que por medio de él suban y se reciban, y para que también mediante este túnel bajen la abundancia y la bendición del Cielo, tal como se reflejó en el sueño de Yaacov, en el cual vio ángeles subiendo y bajando: las plegarias que suben y la abundancia que baja.

La santidad del *Kótel*

También hay leyes correspondientes al comportamiento y al respeto que debemos mostrar en el *Kótel Hamaarabí*, la muralla que quedó del Gran Templo, ubicado en la colina de *Har Hamoriá*.

Para entender la importancia de la santidad de este lugar, resumamos su historia.

El Rambam escribe que en el lugar donde se construyó el Templo, sobre esa misma colina ocurrieron anteriormente muchos eventos importantes. Entre otros:

- De ahí tomó D-os el polvo para crear a Adam *Harishón*.
- Ahí se construyó el primer altar de la historia, donde Adam *Harishón* presentó la primera ofrenda a D-os.

- Sobre esa colina ofrecieron Cáin y Hébel sus respectivas ofrendas, y ya que Cáin eligió lo de menor calidad y Hébel de lo mejor que poseía, D-os recibió sólo la ofrenda de este último.
- Después del Diluvio, la Torá relata que Nóaj, al ver todo lo ocurrido, hizo un altar sobre esta colina y agradeció a D-os por la salvación y la piedad que mostró hacia él y su familia, así como a todas las especies que se salvaron.
- La *Akedat Itzjak*, donde D-os puso a prueba a Abraham, se realizó en ese mismo lugar.

Debido a los importantes acontecimientos ocurridos en ese lugar, mismo que está ubicado debajo de la Yerushalaim del Cielo y del Trono Divino, fue elegido para construir el Primero y Segundo Templos, y es donde, con el favor de D-os, se construirá el Tercero.

Esta colina se llama “la montaña de Moriá” (*Bereshit 22:2*), ya que *Mor* es el nombre de una planta aromática, como dice el versículo: *Elej li el Har Hamor*, “Me iré a la montaña de Mor (la mirra, el incienso)” (*Shir Hashirim 4:6*).

La pregunta es: ¿por qué fue agregado el término *iá* después de la palabra *Mor* para llamarla *Moriá*? Explica el *Kelí Yakar* que las dos letras que se agregaron son la *yud* y la *he*, con las que se crearon el cielo y la tierra, como afirman nuestros Sabios: “El mundo Celestial se creó con la *yud* y el mundo terrenal con la *he*, cosa que se aprende del versículo: *Ki beyá Hashem tzur olamim*, ‘Con las letras *yud* y *he* (*yah*) creó D-os los dos mundos, es decir, el Cielo y la tierra” (*Yeshayá 26:4*).

Además, debido a que las plegarias de todo el mundo deben pasar por ahí para subir a la Yerushalaim Celestial y al Trono Divino, y la abundancia de D-os baja por ese mismo conducto para expandirse por todo el planeta y a las criaturas de D-os, se convierte ese lugar en el eslabón que une cielo y tierra: *yud* y *he*.

La *Guemará* comenta: “La santidad que indujo el Rey Salomón en el Primer Templo perdurará por siempre, haya Templo o no” (*Shevuot 16a*).

Por eso, cada vez que vamos al *Kótel Hamaarabí* abrazamos sus piedras, pues la Presencia Divina y la santidad continúan ahí, como afirmaron nuestros Sabios: *Meolam lo zaza Shejiná mikótel maarabí*, “Nunca se apartó la Divinidad del *Kótel*”.

Incluso desde la época del Talmud los judíos hacían un gran esfuerzo para llegar, tocar esas piedras y bañarlas con sus lágrimas.

Para el judío común de la era actual resulta difícil imaginar las dificultades que sufrieron nuestros ancestros durante toda la historia, desde esa época hasta no hace mucho, para llegar y rezar en este lugar tan sagrado.

En nuestros tiempos, a unos pasos y a días de la construcción del Tercer Templo, D-os nos ha dado el privilegio de que este lugar sagrado se encuentre de vuelta en nuestras manos. ¡Qué importante es aprovechar esto y, cada vez que vayamos a Israel, asistir a este lugar que irradia tanta santidad!

Ojalá que, de la misma forma en que D-os nos benefició y nos premió con el hecho de poder habitar y visitar la Tierra Santa, y nos bendijo con tener a la capital de Yerushalaim y su *Kótel* sagrado en nuestro poder, pronto construya el Tercer Templo, con el retorno de todo el pueblo de Israel, para bailar, rezar y acercar nuestras ofrendas como en el pasado. Amén.

El alma del rezo

Rabenu Bejayé, en su libro *Jovat Halevavot*, dice: “Las palabras del rezo son como el cuerpo, y la concentración es como el alma. Las palabras salen de la boca y la concentración del corazón. Por tanto, cuando uno emite el rezo por la boca nada más, sin corazón, equivale a un cuerpo sin alma”.

Dicho de otra forma, es una plegaria sin vida, y debido a ello reclama D-os por medio del profeta Yeshayá: “Este pueblo con su boca y labios Me alabaron, pero su corazón está lejos de Mí” (29:13), como diciendo:

“Sabien rezar bien, expresarse maravillosamente, cantar con bonita voz. No me quejo de lo que hacen con la boca, sino de que estos rezos no tienen corazón, concentración”. “Observa y mira qué es lo que pedimos al final de la *Amidá*: *Ihyú leratzón imré fi...* D-os, por favor, recibe con voluntad las palabras de mi boca y la concentración de mi corazón...”

¿Y cómo diremos esto, si nuestro corazón y nuestra mente están ocupados en cosas vanas y profanas? ¿Acaso eso queremos que reciba D-os?

Por ello el rezo, en el lenguaje de la Torá, se denomina *Ul’obdó bejol levavjem*, “Sirvan a D-os con todo el corazón”. No dice “con toda la boca”, porque el sentimiento, las ganas y la concentración con los cuales rezamos son el pilar principal, y las palabras son relativamente secundarias.

De ahí que en el libro *Néfesh Hajaim*, de Rabí Jaim de Volozhin, esté escrito: “El versículo dijo: ‘Sirvan a D-os con todo el corazón’. Es decir, todo el corazón debe estar lleno de concentración y no dejar en él espacios vacíos para pensamientos extraños, ya que, de ser así, no se considera ‘con todo el corazón’”.

Comenta la *Guemará*: “Cuando la persona va a empezar rezar debe preparar su corazón y dirigirlo hacia D-os, como dice el versículo: ‘Prepara el corazón y escucha con tus oídos’ (*Tehilim 10:17*)” (*Berajot 31a*).

Al respecto Rashí explica: “Cuando uno prepara su corazón para rezar, entonces D-os escucha sus plegarias”.

Por eso dicen nuestros Sabios: “Dijo Rabí Elazar: Los portones del rezo de quien reza con lágrimas nunca se cierran” (*Berajot 32b*).

El motivo de esto no son las gotas que salen de los ojos, sino la conexión ente los ojos y el corazón, como dijeron nuestros Sabios: “Los conductos de las lágrimas de los ojos comienzan en el corazón”. Y si llegamos a llorar, es señal de que lo sentimos de corazón.

A fin de lograr la concentración absoluta, lo primero que debemos tener en mente es delante de Quién estamos parados. Cuenta la

Guemará: “Antes de fallecer Rabí Eliézer, entraron sus alumnos para despedirse de él y le dijeron: ‘Rab, antes de que te despidas de este mundo, danos un buen consejo para la vida’, a lo cual él contestó: ‘Cuando recen, deben saber delante de Quién están parados’” (*Berajot* 28b).

Agrega sobre esto Rabí Shimón *Jasidá*: “Cuando uno reza, debe imaginarse a la Presencia Divina delante de él” (*Sanhedrín* 22a), como dijo el Rey David: *Shiviti Hashem lenegdí tamid*, “Siempre imagino a D-os ante mí” (*Tehilim* 16:8).

Por esto Maimónides escribe: “¿Cómo logra la persona la concentración en el rezo? Primero, que quite de su mente todos los pensamientos vanos, y después que se imagine que está parado delante de la Presencia Divina, como si estuviera parado en el Cielo” (*Leyes de Tefilá*, cap. 4).

Podríamos agregar a esto las palabras de Rabí Jaim Vital, que escribió en el *Shaaré Kedushá*: “Es muy bueno que la persona se imagine, mientras está rezando o estudiando Torá, que está parada en el Paraíso, ante la gran Presencia Divina, rodeada de muchas almas puras, y D-os escuchándole”.

Y más que eso, escriben los Comentaristas: “La hora del rezo es el momento del examen, en el cual uno puede analizarse y ver el nivel de pureza que posee: si logra la concentración durante todo el rezo de la *Amidá* sin que ocupe su mente algún pensamiento vano, podrá saber que ha alcanzado el título de *Tzadik*. Pero si dice el rezo ‘de dientes para afuera’, sin concentración, indica lo contrario. Y si en parte lo logra y en parte no, dependerá del porcentaje para calificarse hacia un lado o hacia el otro”.

Como dijo el Rey Salomón: *Veish lefi mahalaló*, “Cada persona podrá autoexaminarse según sus rezos” (*Mishlé* 27:21).

Obviamente, cuando hablamos de concentrarnos, no se trata de entender las profundidades y los grandes secretos del rezo, ya que difícilmente podrá un ser humano lograrlo, como está escrito en el libro *Néfesh Hajaim*: “No hay entre nosotros alguien que alcance a

comprender la profundidad de los secretos del texto del rezo. Y todo lo que nos revelaron nuestros Sabios, desde los *Gueonim* hasta el último cabalista de alto nivel, el Arizal, no es sino como una gota del océano, ya que no hay humano sobre la tierra que llegue a entender los secretos que poseían los ciento veinte sabios y profetas que lo compusieron" (2:13).

Pero el mínimo de concentración, por lo menos para entender el significado de las palabras, o el tema de lo que estamos diciendo, y especialmente para tener conciencia ante Quién estamos diciéndolo, eso sí debemos tratar de alcanzarlo.

Y aunque nos sea difícil, debemos seguir el consejo de Maimónides: "No obstante la meta es difícil, te daré la clave para que la utilices hasta alcanzarla: primero, vacía tu mente de cualquier cosa para concentrarte por lo menos en el primer versículo de la *Shemá* y en la primera bendición de la *Amidá* (aunque esto requiera sólo una concentración de varios segundos, con eso se empieza)" (*Moré Nevujim* 3:51). Y agrega: "Después de un tiempo, cuando lo logres de forma fija, pasa al siguiente ejercicio: cada vez que escuches o leas una clase de Torá, ejercita tu mente para que se concentre en lo que escuchas o lees, y sólo en eso...".

Y así continúa Maimónides dando más consejos prácticos, cuyo denominador común es ejercitar cada vez más nuestro cerebro y controlar la mente para alcanzar la concentración absoluta.

Basados en cierto concepto que aparece en el libro *Shaaré Orá* (pág. 119), podríamos concluir que, cuando rezamos sin concentración, somos como un vagón de tren que no recibe ningún impulso para avanzar y, por tanto, se estanca en las "vías Celestiales" sin poder elevarse ni llegar a D-os. Pero cuando logramos rezar con concentración, nos convertimos en una locomotora que toma los vagones estancados y los arrastra hacia arriba. Y dependiendo de la potencia del motor de esta locomotora, que sería el poder de la concentración, podremos "arrastrar" más "vagones estancados".

Así es con nuestro rezo: al rezar con mucha energía y concentración, todas las plegarias "estancadas" que hayamos dicho en algún momento sin mucha concentración y que no alcanzaron a llegar al Cielo, son

arrastradas y elevadas de tal forma que no sólo este rezo alcanza la meta, sino que lleva consigo muchas más plegarias que ahora serán recibidas.

El origen del hebreo

Es muy importante rezar y pronunciar las palabras en hebreo, idioma conocido como *Lashón Hakódesh*, “El Lenguaje Sagrado”.

La trascendencia de este idioma, de acuerdo con nuestra tradición, es que con él D-os creó el mundo, como decimos en el rezo *Baruj Sheamar*: “Bendito el que dijo y con Su palabra creó el mundo”.

Con el *Lashón Hakodesh* D-os se dirigió al primer ser humano, Adam *Harishón*. Como está escrito en el libro *Hacuzarí*: “Con este idioma habló D-os a Adam y a Javá, y este idioma fue con el que ellos hablaron cuando D-os les insufló el poder del habla. Por ello se autodenominó el primer humano ‘Adam’, porque fue hecho de la *Adamá*, la tierra, y a su esposa la llamó ‘Ishá,’ porque provenía del *Ish*, del hombre” (1:26 y 2:68). Continúa diciendo: “Y así ocurrió con todos los nombres que tenían los primeros seres humanos, como Javá, que proviene de la palabra *Jai*; Cáin, de *caniti*; Shet, de *shat*; Nóaj, de *nejamá*, etc. Todos esos nombres contienen raíces de palabras en hebreo porque era el idioma que se hablaba”.

Esta lengua permaneció como universal hasta la época de la Torre de Babel, como dice el versículo: “Hasta entonces todos hablaban un solo idioma...” (*Bereshit* 11:1). Y después de ese suceso, todos los seres humanos fueron castigados y diseminados por todo el planeta, entregando a cada grupo la sabiduría de inventar un nuevo idioma.

De aquí que el lugar donde intentó construirse esa torre se llamara Babel (Babilonia), que proviene de la palabra *balal*, que significa en hebreo “mezclar”, “confundir”, ya que allí se mezclaron y se inventaron los idiomas (*Bereshit* 11:9).

Entre los únicos que conservaron el idioma original estuvo Éver, descendiente de Shem, hijo de Nóaj. Como es sabido, él fue maestro particular de Abraham *Avinu*, y tanto influyó en éste que luego se llamó

Abraham *Haivrí*, por dos motivos que terminan siendo uno solo: *ivrí*, por su maestro Éver, y también porque *Éver* significa “del otro lado”, haciendo alusión a que todo el mundo hablaba lenguas convencionales y él se expresaba en el idioma Divino original. Por estas razones terminó este idioma llamándose hebreo, que, además de ser aprendido de Éver y ser diferente, fue también un idioma del *avar* (“pasado”, “el más antiguo”).

Además, Abraham registró parte de lo que estudió en la *yeshivá* de Éver en el libro *Séfer Yetzirá*, en el cual se evidencia la profundidad y la magnificencia de este idioma.

Posteriormente, cuando el pueblo de Israel bajó a Egipto, nuestros Sabios precisan que una de las virtudes que tenían fue que no cambiaron sus nombres, vestimenta o idioma.

Al salir de Egipto recibieron la Torá en hebreo y en este idioma Moshé dio todas sus clases al pueblo. Y dice la Torá que en cierto momento durante esos cuarenta años en el desierto, *Beer Moshé et hatorá*, “Tradujo Moshé la Torá a los demás idiomas” (*Devarim* 1:5). El motivo de que lo hiciera, explican nuestros Sabios, fue para que también al que la estudiara en cualquier otro idioma se le considerara como estudio de Torá.

Así continuó la transmisión de padre a hijo de esta lengua, y todos los profetas recibían los mensajes de D-os en este idioma y los transmitían con él.

Es posible notar especialmente el nivel tan elevado de la gramática hebrea en el libro de *Tehilim*, escrito por el Rey David, y en los consejos que nos legó su hijo, el Rey Salomón, en sus libros *Mishlé* y *Kohélet*.

El primer “terremoto conceptual” que sufrió el hebreo ocurrió después de la destrucción del Primer Templo y el exilio de la mayoría de los hebreos a Babilonia. Allí se encontraron con un idioma hermano, muy parecido: el arameo.

Poco a poco empezaron a dejar de lado el hebreo y a hablar más esta otra lengua, a tal punto que el profeta Daniel, que vivió en Babilonia durante esa época, escribió capítulos enteros de su libro de profecías en arameo.

Y como dice el profeta Nejemíá, cuando expresa su gran angustia ante la pérdida de muchos valores del pueblo hebreo a causa de la Diáspora, reflejada en los matrimonios mixtos, por ejemplo: “Y sus hijos hablan el idioma Ashdodí, y no saben hablar el idioma judío” (13:24).

Por supuesto, los escritos del Talmud Babli, o Babilonio, son una mezcla de hebreo y arameo.

Fue en ese entonces que se estableció que incluso al leer la *perashá* cada Shabat en la sinagoga hubiera una persona que repitiera el versículo en arameo. Esto se hizo por dos motivos: entender lo leído y no perder el idioma hebreo, y recuperarlo poco a poco.

Sin embargo, Rabí Yehudá *Hanasí*, que vivía en Israel, escribió todas las *Mishnayot* únicamente en hebreo.

Después de él todos estudiaban la Torá en hebreo, pero escribían sus comentarios, conclusiones o leyes dependiendo del país a donde el segundo exilio los hubiera arrojado. Por ejemplo, Maimónides escribió muchos de sus libros en árabe; el *Tzeena Urena* fue escrito en yiddish; el *Meam Loez*, en ladino, etc. Pero siempre cuidaban el idioma original. Sólo para que el público donde vivían pudiera escribirlo o entenderlo, hablaban o escribían en el idioma local.

El segundo “terremoto conceptual” ocurrió en el siglo VIII de la era común, cuando los judíos que vivían en Babilonia, al ser conquistada por los árabes, empezaron a expandirse por todo este nuevo imperio y llegaron al norte de África, así como a España. Allá formaron grandes comunidades con presencia muy notoria en Portugal y Marruecos.

Por otro lado, en Alemania, Francia e Italia se crearon otras comunidades cuyo origen eran las zonas aledañas a Roma o los sobrevivientes de Israel. Del siglo IX en adelante se dividieron los judíos en dos grupos: los sefaradim y los ashkenazim. Aunque todos respetaban la misma Torá y las principales leyes de nuestros *Jajamim*, hubo algunas variaciones y diferencias en ciertas costumbres.

Especialmente se notó, y se nota hasta la fecha, una diferencia gramatical en la forma de pronunciar las vocales: los sefaradim tienen cinco vocales y los ashkenazim siete (por ejemplo, la vocal *kamatz*, el sefaradí la pronuncia como “a” y el ashkenazí como “o”).

Por supuesto, hasta nuestros días persiste la discusión de cómo se pronunciaba en Israel antes de salir a los exilios. Algunos historiadores, como Asher Láufer, sostienen que esta diferencia se dio en el pueblo de Israel incluso antes del exilio, y que los ashkenazim pronuncian esas letras como los habitantes de la ciudad de Tiberia y los sefaradim a la usanza del resto de los habitantes de Israel.

Otros sostienen que, debido a los exilios y las persecuciones que sufrieron los ashkenazim durante la Edad Media, lo más probable es que los sefaradim hayan logrado conservar mejor la tradición.

En el siglo XIX, cuando estaba ideándose el nuevo Estado de Israel y comenzó el retorno de judíos de diferentes países, tuvo que decidirse cuál criterio adoptar en asuntos como el idioma oficial de la incipiente nación. Para ello se organizó el *Váad Halashón*, “El comité del lenguaje”, el cual decidió que la pronunciación sería como la sefaradí y la escritura (cursiva) sería como la ashkenazí.

Sea de una forma u otra, es importante saber que cada uno de nosotros debemos seguir nuestra tradición y pronunciar los rezos con la gramática que nuestros antepasados nos hayan transmitido. D-os entiende a unos y a otros, pero es importante rezar en el idioma original.

Por eso para nosotros, los judíos de la Diáspora, cuyo idioma natal no es el hebreo y que con dificultad lo entendemos o lo pronunciamos, es importante que en un principio recemos en el idioma que entendemos, y que poco a poco intentemos aprender palabras en hebreo leyéndolas con la fonética correspondiente, con tal de que las pronunciamos en hebreo y las entendamos en español, y que posteriormente avancemos y aprendamos a leer las letras hebreas, mediante las cuales creó D-os el mundo, para que prácticamente hablemos con Él “en Su idioma”.

La verdad en el 13

El rezo de *Shajrit* coincide en repetidas ocasiones, curiosamente, con el número trece. Por ejemplo, en los *Korbanot* que mencionamos antes de *Hodú*, leemos las trece *Midot* (reglas) con las cuales, dijo Rabí Ishmael, se analiza la Torá.

En el *Baruj Sheamar* se menciona trece veces la palabra *Baruj*. En los *Pesuké Dezimrá*, en el tercer párrafo de los *Halelukot*, donde toda la Creación alaba a D-os, figuran trece fuentes de alabanzas: de los ángeles, las montañas, los animales, las aves, los reyes y varias más.

En el último Salmo de los *Pesuké Dezimrá* se menciona trece veces la raíz de la palabra *Halel* (alabanza).

El *Yishtabaj* se compone de trece términos para alabar a D-os. La *Amidá* se divide en tres partes (alabanzas, peticiones y agradecimientos). La primera y la última de ellas no cambian durante todo el año, sin importar el día o el horario del rezo que esté llevándose a cabo. Varía solamente la parte intermedia, la cual en días de semana contiene trece bendiciones.

Después de la *Amidá*, al confesarnos y pedir perdón por nuestros pecados, recitamos los Trece Atributos de D-os. Si los mencionamos con concentración, D-os se apiada de nosotros y nos perdona.

Al finalizar la *Tefilá*, acostumbramos leer los Trece Principios de la Fe, recopilados por Maimónides.

Además, no sólo en el rezo figura el número trece, sino que la suma de las letras que conforman los nombres de nuestros Patriarcas también da trece: Abraham (5), Itzjak (4) y Yaacov (4).

Lo mismo sucede con los nombres de nuestras Matriarcas: Sará (3), Rivká (4), Rajel (3) y Leá (3).

Moshé *Rabenu*, escribió un total de trece libros de Torá. A cada tribu entregó uno, y el decimotercero lo guardó en el *Arón Haberit* (el Arca de la Alianza).

Los Rabinos que se dedican a estudiar la Cabalá describen cómo será el Mundo Venidero, y hacen alusión a trece ríos que emanan un aroma celestial.

¿Por qué el rezo se identifica tanto con el número trece? ¿Cuál es su secreto y significado en general?

D-os creó el Cielo y la Tierra, lo espiritual y lo material, el alma y el cuerpo. Cada uno representa un polo opuesto. Lo material y terrenal se identifica con el número seis: el mundo material fue creado en seis días, todo estado material tiene seis lados (cuatro puntos cardinales, arriba y abajo), el cuerpo humano fue formado en el sexto día de la Creación y se divide en seis partes: cabeza, tronco, dos manos y dos pies.

Por otro lado, lo espiritual y el alma se identifican con el número siete: el Cielo consta de siete niveles, al igual que el Paraíso; el séptimo día, Shabat, es el más espiritual; cada séptimo año la tierra descansa durante la *Shemitá*; son siete días de Pésaj, siete días de Sucot, siete semanas previas a Shavuot; y el séptimo mes de nuestro calendario, Tishré, es el más bendecido con festividades.

Si lo material está representado con el número seis y lo espiritual con el siete, ¿cuál es nuestra obligación? Unir los dos polos, el Cielo con la Tierra, el cuerpo con el alma, para que, al sumarlos, obtengamos el número trece.

Ésta es la misión principal y el motivo de la Creación. Por eso la primera palabra de la Torá es *Bereshit*, misma que se conforma por los términos *Berit*, “pacto”, y *esh*, “fuego”. La palabra *esh* se conforma de las letras *álef* y *shin*, mismas que simbolizan a la Tierra, *éretz*, y al Cielo, *shamaim*, aludiendo así a que nuestra misión es unir el Cielo con la Tierra.

Además, el valor numérico de la palabra *Bereshit* es novecientos trece. Si sumamos estos tres números ($9 + 1 + 3$), también resultará trece.

Ahora bien, ¿cómo se consigue esta unión? Mediante el estudio de la Torá y los rezos. Por ello Moshé *Rabenu* escribió trece libros de Torá, misma que se estudia mediante trece reglas establecidas por Rabí Ishmael. Y puesto que el rezo mismo se identifica en repetidas ocasiones con el número trece, por medio de él unimos al Cielo con la Tierra, lo material con lo espiritual, el alma con el cuerpo convirtiéndolo todo en una sola unidad.

Reflexionemos sobre este último dato: el valor numérico de la palabra *Ejad*, “uno”, suma también trece. Esto refleja nuestra verdadera y única

misión: conseguir la unión íntegra. Si lo logramos, D-os nos cubrirá con Su amor, que en hebreo se dice *ahavá* y cuyo valor numérico es justamente trece, y después de 120 años, seremos merecedores del Paraíso, por el que pasan trece bellos ríos de aroma celestial.

Capítulo 7

El rezo de mi alma

- 113 El poder del rezo en grupo
- 116 El rezo femenino
- 120 Tiempo para rezar
- 122 ¡No pases!
- 126 ¡No interrumpas!
- 128 Mala señal
- 130 Recuperar un rezo perdido
- 131 La belleza en el camino y el rezo

Capítulo 7

El poder del rezo en grupo

La *Mishná* dice: “Cuando diez personas se congregan para rezar, la Presencia Divina mora en ellos” (*Pirké Abot* 3:2). Como dijo el Rey David: “D-os se levanta firmemente entre una congregación sagrada” (*Tehilim* 82:1). Y en la *Guemará* figuran varios versículos de los que, entre todos, al final se concluye que el número mínimo de la congregación para realizar el rezo es de diez personas (*Berajot* 6a). Maimónides escribe “El rezo de un público se escucha siempre, aunque haya en él gente indigna y pecadora, ya que D-os ama el rezo grupal. Por tanto, la persona siempre debe unirse en sus rezos a la congregación y no rezar individualmente, a menos que no tenga otra alternativa” (*Leyes de Tefilá* 8:1).

Esto se aborda de modo interesante en la *Guemará*, en nombre de Rabí Yojanán, que explicó el versículo de *Tehilim* (69:14): “Yo, D-os, te rezaré en los momentos propicios llenos de voluntad”: “Y preguntó Rabí Yojanán: ¿Cuándo son esos momentos tan especiales?, a lo cual contestó: Es la hora en que se congrega el público en la sinagoga para rezar” (*Berajot* 8a).

Y cuenta la *Guemará* que una vez Rabí Itzjak se encontró con Rabí Najmán y le preguntó por qué no había ido a rezar ese día a la sinagoga. Rabí Najmán contestó: “No pude llegar. Tuve un percance”. Rabí Itzjak le preguntó entonces por qué no había llamado a diez personas para que fueran a su casa y rezaran con *Minián*. Le contestó: “Eso implicaba un esfuerzo muy grande y no me encontraba en condiciones de hacerlo”. “Si es así, ¿por qué no averiguaste el horario exacto en que el público estaba rezando, para que desde tu casa rezaras a la misma hora, ya que es un momento especial ante el Creador, donde puedes aprovechar para elevar también tus plegarias?”, le reprochó Rabí Itzjak (*Berajot* 7b).

De esta *Guemará* aprendemos tres cosas:

1. Lo mejor es ir a rezar a una sinagoga con *minián*.
2. Si no, con *minián* aunque sea en la casa o en la oficina.
3. En caso de que no haya una u otra posibilidad, puede rezarse individualmente, pero a la hora en que el público está rezando en la sinagoga de la ciudad.

Respecto a la pregunta sobre cuándo se empezó a rezar con *minián* de diez personas, encontramos una discusión entre el Hamabit y Rab Ovadiá Yosef. El Hamabit escribe: “El rezo en público no existía antes de la destrucción del Templo. Y desde la época de Moshé hasta la época de la Gran Asamblea, cada uno rezaba de manera individual en su casa y no había lugares de encuentro para rezar en público. Sólo después de la destrucción nuestros Sabios establecieron el texto del rezo, el lugar donde rezar y el número de personas para considerarse *minián*” (*Bet Elokim*, cap. 38).

Sin embargo, Rab Ovadiá Yosef demostró con muchas pruebas que esto no es así; por ejemplo, en la *Guemará* del Yerushalmi se destaca que los rezos con *minián* se realizaban incluso en la época del Templo (cap. 4 de *Berajot*); y hay también versículos de *Tehilim* y del profeta Yeshayá, etc. (*Yabí'a Ómer*, tomo 6, pág. 30a). Es decir, el concepto se conoce desde siempre; sólo que después de la destrucción del Templo se estableció el texto oficial y el diseño de las sinagogas para equiparlos al Santuario perdido.

Además, la importancia de la congregación se comprueba desde la época de Abraham *Avinu*, cuando le rogó a D-os que anulara el decreto de destrucción para Sodoma y Gomorra, pidiéndole que lo hiciera por los justos que vivían en esa ciudad: “Mira D-os, quizá hay cincuenta personas justas que te rezan en esa ciudad. Recibe sus plegarias y cancela Tu decreto”, a lo que D-os contestó: “No hay cincuenta”. “¿Y cuarenta, treinta, veinte?”, preguntó una y otra vez Abraham. Y cuando le contestó D-os que no había ni siquiera diez justos, entendió Abraham que no había ya nada que hacer y dejó de rogar.

Cuando Eliézer, el mayordomo de la casa de Abraham, fue a buscar una novia para Itzjak, se llevó con él diez camellos. Y explican nuestros Sabios que cada camello era dirigido por un jinete, mismo que participaba para decir las bendiciones con *Minián*.

También Yaacov *Avinu*, antes de fallecer, congregó a todos sus hijos alrededor de su cama y los bendijo uno por uno. El *Zóhar* analiza en la *perashá* de *Vayejí*: “¿Cuál es el motivo de que no los citara por separado?”, a lo que responde: “Ya que quería rezar a D-os por cada uno de ellos, quiso que estuvieran todos para que el rezo en *minián* se recibiera con mayor fuerza en el Cielo”.

Además, la *tefilá* con *minián* demuestra unión, y la individual parece un poco egoísta. Cuando se reza en público, cada persona puede enterarse del problema que sufre un compañero y rezar también por él. Como dijeron nuestros Sabios: “Cada uno que reza por su compañero, D-os le responde a él primero”.

Quizá esto se insinúa en dos leyes interesantes del rezo: la primera es que debe rezarse en un lugar con ventanas; la segunda, que está prohibido rezar ante un espejo. La diferencia entre una ventana de vidrio y un espejo es que la primera nos permite ver hacia afuera y observar a los demás, pero el espejo lo único que nos muestra es a nosotros mismos.

Esto nos indica que el rezo debe realizarse con “ventanas” entre uno y los otros, observando la necesidad del prójimo, y no con “espejos” de egoísmo.

Cuentan que en una pequeña ciudad había un hombre muy sociable y amigable; era lo que se conoce como una buena persona. Aunque no poseía muchos recursos, su amistad siempre era incondicional.

Un día se ganó la lotería y desde entonces ya no saludaba a nadie; se aisló en su nuevo palacio. El “buen amigo” ya no extendía la mano a nadie, se había llenado de orgullo y veía a todos los demás como gente simple y baja, que no se ajustaba a su nuevo nivel.

En cierta ocasión fue a visitarlo el rabino de la localidad y después de saludarlo y con dulces palabras reprocharle su nueva actitud, concluyó

con un mensaje. Lo aproximó a una de las ventanas de su casa y mientras el hombre observaba la calle a través del vidrio, le preguntó:

—¿Qué ves?

—A toda la gente que está en la calle —contestó el hombre.

Entonces el rabino sacó un papel aluminio, que en hebreo se dice “papel de plata”. Lo puso detrás del vidrio para crear un espejo y preguntó al hombre:

—Y ahora, ¿qué ves?

—A mí mismo —contestó aquél.

—Pues eso es lo que te pasó. Desde que obtuviste el “papel de plata”, te ves sólo a ti mismo —concluyó el rabino.

El rezo femenino

Maimónides escribe: “Por ser el rezo un precepto de la Torá y no tener un tiempo fijo, también las mujeres están obligadas a realizarlo” (*Leyes de Tefilá* 1:5). Y como veremos aquí, el deber de las mujeres es realizar por lo menos un rezo al día.

¿Qué fuerza emana del rezo de la mujer? ¿Es cierto que el rezo es principalmente para los hombres y que las mujeres rezan sólo de forma secundaria?

El *Midrash Rabá* comenta: “Cuando las hijas de Tzelofjad vieron que corrían el riesgo de perder la herencia de la porción de tierra que correspondía a su padre, lucharon por ella, y en un momento dado dijeron: ‘En el mundo la gente suele favorecer más a los hombres que a las mujeres. Pero ante el Creador no es así. Él se apiada de los hombres y de las mujeres por igual’” (*Bamidbar* 27:1).

Como dijo el Rey David: *Tov Hashem lacol verajamav al kol maasav*, “D-os es bueno con todos y Su piedad está sobre todas sus criaturas” (*Tehilim* 45:9).

Este *Midrash* coincide con otro que comenta: “Dijo Rabí Yehudá: En el mundo, cuando un pobre pide algo o busca amistad es rechazado, pero si es alguien adinerado, se le recibe y se le escucha. Sin embargo, ante D-os no es así; todos son iguales ante Él, mujeres y hombres, pobres y ricos, etc. Y la prueba está en que el rezo de un hombre pobre y el de Moshé *Rabenu*, el maestro de todos los profetas, aquél que subió al Cielo y bajó la Sagrada Torá, tienen el mismo valor” (*Shemot Rabá* 21:4).

Así lo afirma el versículo: *Tefilá lemoshé*, “rezo establecido por Moshé *Rabenu*”, y en otra parte dice *Tefilá leaní*, “el rezo del pobre”. Y no solamente eso, sino que el rezo del pobre puede ser recibido antes que el de Moshé.

En la Torá figura que cuando el pueblo de Israel se detuvo delante del mar mientras Paró los perseguía, los hebreos que acababan de salir del estado de esclavitud empezaron a rezar a D-os.

Por supuesto que el gran líder Moshé *Rabenu* también rezó. Pero a él D-os le dijo: “¿Para qué rezas? Ya recibí el rezo de mis queridos hijos. Sigue adelante, camina y cruza el mar”. Es decir, no sólo el rezo de un pobre y un esclavo puede equivaler al de un gran líder como Moshé *Rabenu*, sino que incluso puede ser recibido antes.

Dice el profeta Yoel: “Llegará el día en que derramaré Mi espíritu sagrado sobre cada persona, y lograrán profetizar niños y niñas, ancianos y jóvenes, esclavos y siervas...” (3:2).

Así que, en primera instancia, todos somos iguales ante D-os. Como dijo al final de sus días Moshé *Rabenu*, en la *perashá* de *Nitzavim*: “Todos ustedes están parados ante D-os: niños, mujeres, desde el aguador hasta el leñador”.

Y como afirmó Iyob: *Veló nicar shoa lifné dal*, “No hay diferencia entre el rico y el pobre (ante D-os)” (34:19).

El rezo, por lo tanto, sirve para crear una comunicación entre la persona y su Creador. La Torá relata que al principio de la Creación, D-os puso al primer hombre y a su mujer en un paraíso, lugar en el que no les faltaba nada. Esa situación, la de no necesitar de D-os, los llevó, lamentablemente, a pecar y a “descomunicarse” de Él.

Por eso, después del juicio que D-os les hizo por comer del fruto prohibido, al hombre le dijo: “Con el sudor de tu frente comerás el pan”. En otras palabras: “Tu mayor preocupación será el sustento, conseguir dinero y vivir bien. Como esto es difícil de alcanzar, tendrás la necesidad de rezar, de estar en contacto Conmigo para pedir éxito y bendición”. Y a la mujer le dijo: “Para ti, mujer, tu mayor preocupación será engendrar y traer hijos al mundo, atenderlos y criarlos. La dificultad de esto será la que te haga rezar y estar en contacto Conmigo”.

De aquí vemos que el deseo de D-os es que nos comuniquemos con Él mediante el rezo. Debido a ello, fue dado por igual al hombre y a la mujer, sólo que a cada uno en su área.

Si analizamos la historia, veremos que los Patriarcas tuvieron ciertas dificultades respecto a la manutención; por ejemplo, la hambruna que enfrentó Abraham *Avinu* al llegar a Israel, razón por la cual fue a Egipto a buscar comida. Después, Itzjak *Avinu*, que por la falta de alimento se mudó a Guerar. Finalmente, Yaacov *Avinu*, que bajó por el mismo motivo de nuevo a Egipto.

Asimismo, los pozos que excavó Abraham fueron expropiados por los pastores de Avimélej. Y algo parecido ocurrió con Itzjak *Avinu* cuando los filisteos tapaban los pozos que él abría. O la problemática vida que llevó Yaacov *Avinu* con su tramposo suegro Labán, quien le cambiaba el sueldo y no le pagaba como debía.

Por lógica, ante cada uno de estos sucesos nuestros Patriarcas se desahogaban con D-os pidiéndole: “¡Ayúdame! Resuelve mi problema para poder tener pan para comer y ropa para vestir”.

Por el lado de las Matriarcas, vemos que su mayor dificultad fue la infertilidad. Las cuatro fueron estériles: Sará pasó aproximadamente setenta y cinco años pidiendo tener un hijo. Rivká, comenta la Torá, se paraba en una esquina de su casa y su esposo Itzjak en otra para rogar a D-os que les mandara hijos y cuando ella concibió, el embarazo le provocó dificultades y falta de claridad, como se relata en la Torá: “Se fue a la *yeshivá* de Shem y Éver para buscar a D-os”, es decir, para rezarle.

En cuanto a Leá, comenta el versículo que sus ojos eran *racot*. Explican nuestros Sabios que esto significa que las pestañas se le habían caído

por tantas lágrimas que derramaba al rezar a D-os para pedirle que no la casaran con su primo, el malvado Esav, pues deseaba formar un hogar digno y tener hijos educados y no delincuentes. Por otro lado, Rajel *Imenu*, tardó en tener hijos y no paraba de pedir a D-os que le diera parte en las Doce Tribus de Israel.

Con todo lo anterior podemos darnos cuenta cómo, a consecuencia de lo sucedido en el paraíso con **Adam** y Javá, se dividieron los roles del hombre y la mujer, pero el factor común de ambos es la comunicación con D-os. Esta comunicación no es sólo pedir o quejarse por carecer de algo, sino que es mantener una sana relación de agradecimiento con D-os, a la cual estamos obligados hombres y mujeres por igual.

Como vimos con nuestras Matriarcas, cada vez que tenían un hijo lo nombraban con agradecimiento a D-os y le daban un nombre que reflejaba esto.

Por ejemplo, Reubén fue llamado así porque *Raá Hashem*, “Vio D-os por mí”; Shimón, “Me escuchó D-os”; etc. Y sabemos todos que, al salir el pueblo de Israel de Egipto, por un lado tomó Moshé *Rabenu* a los hombres y cantaron el *Az Yashir*, y su hermana Miriam, por su parte, congregó a todas las mujeres y con panderos y tambores cantaron y agradecieron a D-os.

Así, la obligación de rezar y la aceptación Divina son por igual para hombres y mujeres. Y si seguimos analizando, veremos que muchas de las leyes establecidas para la forma de rezar fueron dictadas por los *Jajamim* a raíz de la forma en que rezó una mujer, Janá. Como dice en el *Pesiktá Zutrá*: “Las 18 bendiciones de la *Amidá* y su orden están inspirados en *Vatitpalel Janá*, el rezo de Janá” (*Vaetjanán 7a*). Y agrega el Talmud: “Las nueve bendiciones que se dicen en el *Musaf* de *Rosh Hashaná* están inspiradas en las nueve menciones del Nombre de D-os en el rezo de Janá (*Berajot 29a*).

Además, dice el Talmud Yerushalmi: “De Janá aprendimos que el rezo no puede ser corto, sino que la persona debe extenderse en él. También aprendimos de ella que no debe alzarse demasiado la voz en el rezo, sino como hablando con uno mismo. Pero tampoco puede ser sólo con el pensamiento sin ni siquiera mover los labios, ya que Janá rezó en silencio, pero moviendo los labios”, etc. (*Berajot 4:1*).

Es verdad: a pesar de que las mujeres son parte fundamental y compañeras del hombre en su conexión con D-os, no pueden participar en un *minián*, ya que las mujeres en la historia siempre han rezado en forma individual, o en grupo, como en el caso de Miriam, pero sólo entre ellas, nunca mezcladas con los hombres. Esto tiene dos motivos principales:

1. Cuidar el recato.
2. El rezo requiere de mucha concentración, y una de las distracciones mentales que puede tener el hombre es la femenina.

Para evitarlo, no rezan juntos. Pero además de esto, hay un motivo interesante por el cual la mujer no debe rezar con *minián*: ella tiene una mayor conexión con D-os que el hombre, como vimos en la Creación, cuando al crear al hombre D-os dijo a los ángeles: “Hagamos al hombre”, sin embargo, cuando hizo a la mujer, D-os dijo: “Le haré una compañera”, es decir, fue creada única y personalmente por D-os. Por esto está más apegada a Él.

Lo que logra el hombre en una sinagoga con un *minián* de personas, *jazán* y *Séfer Torá*, lo alcanza la mujer sola en su casa o ante las velas de *Shabat*, en el momento que pide por su familia y por la buena educación de sus hijos.

Tiempo para rezar

El Rey Salomón dijo: *Lakol zemán vaet*, “Todo tiene su tiempo y momento” (*Kohélet* 3:1). De aquí aprendemos también la importancia de respetar el horario y el tiempo del rezo.

Analicemos este concepto a la luz de lo escrito en el *Séfer Yetzirá*, atribuido a Abraham *Avinu*: “Todo lo que creó D-os se divide en lugar, tiempo y persona”. Es decir, la Creación está compuesta de lugares con diferente nivel de santidad. Por ejemplo, los distintos grados de espiritualidad que hay en el mundo son: planeta Tierra, Israel, Yerushalaim, *Har Habait*, el *Bet Hamikdash*, el *Kódesh* y el *Kódesh Hakodashim*. De la misma manera también se divide el pueblo de Israel: Israel, Leví, Cohanim y Sumo Sacerdote.

El tercer grupo es el tiempo. En el calendario judío, los días tienen distintos grados de santidad:

Los días de semana (*jol*), días de *Rosh jódesh* y *Jol hamoed*, los días de festividades (*Yom Tov*), Shabat, y el máximo día de espiritualidad y energía, Yom Kipur.

Nuestro objetivo debe ser unir estos tres grupos para generar el mayor resultado positivo posible, es decir, el humano sagrado en lugar sagrado, a la hora sagrada.

Por ejemplo, el evento máximo se daba cuando, en el día de Yom Kipur, entraba el Sumo Sacerdote al *Kódesh Hakodashim*. Era entonces cuando se unían estos tres conceptos en su mayor intensidad: el hombre más sagrado, en el lugar más sagrado y en el día más sagrado. De hecho, nosotros repetimos dicho sistema cada semana:

En Shabat, cuando nos purificamos en la *tevilá* el viernes, nos aseamos y vestimos con ropa exclusiva para Shabat, nos llenamos de alegría, paz y emoción. Así conseguimos el primer paso: santidad como persona.

Por su parte, la mujer se dedica a la preparación del segundo grupo: limpia el hogar, cocina los manjares exclusivos para Shabat, engalana la mesa con manteles largos, utensilios de primera y un ambiente especial. Con eso se consigue el segundo grupo: el lugar.

A una hora específica, el viernes al anochecer, entra el Shabat, el cual recibimos en su debido momento. Es el tiempo en que D-os concluyó Su Creación y procedió a darse un “descanso”. Al respetar este horario conseguimos el tercer grupo: el tiempo.

De este modo, cuando nos sentamos a la mesa de Shabat con la familia, juntamos los tres grupos y generamos con ello la Luz Divina de Shabat.

Lo mismo sucede cada mañana al levantarnos y decir el *Shemá*, en su tiempo específico: nos levantamos de la cama por la mañana y hacemos *netilat yadaim* (el lavado ritual de manos), nos aseamos y nos vestimos adecuadamente con *tzeniut* (recato) para preparar el elemento “cuerpo”.

Después nos dirigimos al lugar de rezo, el *Bet Hakenéset*, que se cataloga como un *Mikdash Meat* (Pequeño Santuario). Al igual que en el *Bet Hamikdash*, en cuyo fondo se encontraba el *Kódesh Hakodashim*, y detrás de la cortina estaban las *Lujot*, así nosotros, en el Pequeño Santuario tenemos al frente el *Hejal*, y detrás del *Parójet*, a nuestra Sagrada Torá. Al centro se ubica la *Tebá*, la tarima, que hace alusión al Altar, el cual estaba ubicado en el centro del Tabernáculo. De este modo, las personas que rezan son como los *Levíim* que cantaban y tocaban en el Templo, y el *jazán* es como el Sumo Sacerdote que dirigía el servicio.

Con esto alcanzamos el concepto “lugar”, para así obtener el segundo elemento.

Lo que falta para integrar los tres conceptos es el factor tiempo. Para ello se estableció el horario específico de la lectura del *Shemá*, por la mañana y por la noche, y en general el horario de los rezos, que equivale al horario de los sacrificios que se ofrecían en el *Bet Hamikdash*. Al respetar dicho horario, en el lugar sagrado y con la actitud adecuada, generamos las tres principales condiciones para que nuestras plegarias se eleven con fuerza y lleguen hasta el Trono Celestial, y bajen bendiciones por estos mismos tres canales otorgándonos:

1. Salud física y mental, bienestar y alegría al elemento cuerpo.
2. Buen sustento, paz en el hogar y abundancia en el elemento lugar.
3. Horas buenas, llenas de felicidad, además de larga y provechosa vida en el elemento tiempo.

¡No pases!

Relata la *Guemará* que en cierta ocasión el rabino llamado Rav rezó *Arvit* de Shabat a una hora temprana, antes de que entrara el sagrado día, mientras su alumno, el rabino Irmeyá bar Abá, rezaba detrás de él.

Al finalizar Rav su rezo de *Amidá*, y antes de dar los tres pasos para decir el *Osé Shalom*, volteó y vio que su alumno aún no terminaba de

rezar. Por tanto, se quedó parado y esperó hasta que aquél terminara. Sólo entonces finalizó su rezo y se sentó en su lugar (*Berajot 27a*).

La *Guemará* concluye que de este hecho podemos aprender tres leyes:

1. Se permite rezar *Arvit* de Shabat incluso antes de que se oculte el sol.
2. Está permitido que el alumno rece detrás de su rabino.
3. No se permite pasar frente al que todavía está diciendo la *Amidá*.

Respecto a la tercera conclusión, la *Guemará* cuestiona: “¿Por qué los rabinos Rab Amí y Rab Así, sí pasaban uno frente al otro mientras estaban rezando?”. Y responde que había una distancia mayor de cuatro *amot* entre la persona que pasaba y la que estaba rezando.

Un caso parecido figura en el Talmud Yerushalmi:

Rabí Jiyá Bar Abá, ya de avanzada edad, estaba rezando en la sinagoga. Entonces Rab Cahaná se levantó detrás de él y empezó a rezar. Este último alargó su rezo con profunda concentración, de manera que cuando finalizó Rabí Jiyá de decir la *Amidá* volteó, y al ver que Rab Cahaná no terminaba, se quedó parado.

Cuando al fin terminó, Rabí Jiyá se dirigió a él reprochándole: “¿Así acostumbran ustedes aquí, a molestar a los ancianos?”. Rab Cahaná bajó la vista y con una disculpa le explicó: “Provengo de la familia del Sumo Sacerdote Elí, que recibió la maldición del profeta Shemuel de que su descendencia no tendría larga vida. Sabemos que nuestra única salvación para que no nos afecte esa maldición es rezar y pedir a D-os de todo corazón y con toda el alma que nos perdone y nos dé larga vida. Es por eso que demoré tanto” (*Rosh HaShaná 2:5*).

De este pasaje de la *Guemará* aprendemos que no sólo en el Talmud de Babilonia, sino también en el Yerushalmi (escrito en Israel) se registra el precepto de respetar el espacio del que está rezando y no pasar delante de él.

Esta ley fue escrita también en el *Zóhar*, en la *Perashá* de *Jayé Sará*, sólo que el *Zóhar* amplía la prohibición y señala una distancia mayor de cuatro *amot*.

Los motivos de esta prohibición son varios:

- De acuerdo con el *Shibolé Haléket* (cap. 25) es debido a que la Presencia Divina está delante de quien reza, como dice la frase escrita en muchas ocasiones sobre el *Hejal* o bordada sobre la *Parójet*: *Da lifné mi atá omed*, “Debes saber que cuando rezas estás parado delante de la Presencia Divina”, y por eso no se debe interferir entre la Presencia Divina y quien reza.
- Conforme al Meiri, el motivo es distinto, como escribe: “Aquel que reza hace mucho esfuerzo para concentrarse. Por tanto, no se debe pasar delante de él para no distraer su atención e interrumpir su concentración”.

La diferencia entre estas dos opiniones sería, por ejemplo, según la opinión del Meiri, si un ciego o una persona que cubre su rostro completamente con el *talit* estuviera rezando de tal forma que no ve si alguien está pasando delante de ella y por tanto, no perturba su concentración, se permite pasar delante de ella, mientras que, según el *Shibolé Haléket*, como la cuestión es la interferencia con la Presencia Divina, no importa si ven o no a la persona que se atraviesa.

Otra diferencia entre ellos es el caso al decir el *Keriat Shemá*, en el que también existe la obligación de concentrarse, por lo menos al principio, pero la Presencia Divina no se ubica delante de la persona, como sucede en la *Amidá*. Conforme al Meiri, la prohibición se extendería también al caso del *Shemá*, mientras que, de acuerdo con el *Shibolé Haléket*, esto se aplica sólo para el caso de la *Amidá*.

Por supuesto hay más opiniones sobre el motivo de esta prohibición y otras diferencias prácticas entre cada uno. Sin embargo, con lo dicho hasta aquí podemos darnos una idea de los fundamentos básicos.

En los Comentaristas se amplía este caso a una prohibición que se puede llegar a transgredir si dice la *Amidá* en un lugar por el que todos pasan. Por ejemplo, si alguien se coloca junto a la puerta de entrada a la sinagoga, ocasiona que quien no conoce la ley, o los que estén necesitados de entrar o salir, la transgredan al pasar delante de él.

En este caso, la responsabilidad recae sobre el que dice la *Amidá*, bajo el precepto que afirma: *Velifné iver lo titén mijshol*, “No pondrás tropiezo ante el ciego”, que en sentido figurado se explica como “no causarás que el inocente o el ignorante de la ley cometan un pecado”.

De acuerdo con el Ajiézer, también el que no procura decir la *Amidá* en un lugar apropiado para poder alargarse en su rezo evitando que los demás pasen delante de él, como por ejemplo, enfrente de una pared o lugares similares, transgrede la prohibición de *Velifné iver lo titén mijshol* (Tomo II, 57).

En un libro que relata diversos sucesos que ocurrieron con el Staipeler, de bendita memoria, se comenta que en cierta ocasión un muchacho se extendió mucho en su rezo de la *Amidá* y provocó que el rabino no pudiera salir de la *yeshivá* a su casa, ya que había una distancia menor a cuatro *amot* entre el muchacho y el pasillo de salida. Cuando el joven terminó, el rabino con tono de amonestación le dijo:

—¿Por qué haces daño a la gente? Si quieres concentrarte, párate frente a la pared (pág. 18).

Asimismo, el libro *Dálet Amot Shel Tefilá* relata que en cierta ocasión Rabí Moshé Fainshtein, de bendita memoria, al finalizar su rezo recibió una llamada telefónica urgente de Israel.

Varios de sus alumnos corrieron para avisarle y él se dirigió a la salida del *Bet HaMidrash* para atender la llamada, pero se dio cuenta de que justo al borde de la puerta de salida estaba una persona todavía rezando, sumida en su concentración.

Rabí Moshé Fainshtein se quedó parado y no pasó delante de esa persona. Cuando los alumnos le insistieron varias veces que el caso quizá representaba una excepción a esta ley, él les dijo:

—¿Cómo quieren que pase? ¡Hay aquí una “pared” que no puedo atravesar! —refiriéndose a quien continuaba rezando y a la ley que prohíbe pasar delante suyo (pág. 48).

Esta ley, con los dos motivos principales que ya analizamos, enfatiza la importancia del rezo de la *Amidá* que, al ser realizada ante la Presencia

Divina, requiere una concentración tan grande que es nuestra obligación no interferir.

La traducción de la palabra *tefilá* proviene justamente de la palabra *petil* (“mecha que une”), es decir, la mecha que une a la cera y la llama, y en nuestro caso, entre la persona y la Luz Divina.

¡No interrumpas!

La *Guemará* relata que en cierta ocasión un *jasid* estaba diciendo la *Amidá* con mucha concentración a mitad del camino. Pasó un gentil de mucha importancia en esa nación, un ministro del rey, y lo saludó. Sin embargo, el *jasid* no interrumpió su rezo y no devolvió el saludo. El ministro detuvo su caballo y esperó hasta que el *jasid* terminara de rezar y entonces le dijo:

—Ingenuo, ¿no sabes que en tu misma Torá dice: “Cuiden sus almas”? Acabas de arriesgar tu vida por no contestar a mi saludo. Pude cortarte la cabeza y nadie me habría reclamado por ello.

El *jasid* volteó y respondió:

—Por favor, no te molestes. Permíteme explicarte. Si estuvieras parado delante de tu rey y un amigo tuyo te saluda al pasar, ¿interrumpirías tu conversación con el rey para responder el saludo? Y si así lo hicieras, ¿cuál crees que sería la reacción del rey? Cuando yo rezo, no estoy parado delante de un rey de carne y hueso, que hoy está aquí y mañana en la tumba, sino que me encuentro delante del Rey de reyes, D-os, quien está vivo, es eterno y reina por siempre. ¡Con cuánta mayor razón no podría interrumpir mi diálogo con Él!

El ministro sonrió y se despidió con cariño y admiración del *jasid* (*Berajot* 31a).

De aquí conocemos la importancia de no interrumpir el rezo para saludar a otra persona, o siquiera para contestar “Amén” en el *Kadish* o la *Kedushá*.

Por tanto, debemos procurar no interrumpir el rezo para pensar incluso en Torá, como relata Rabí Jaim de Volozhin en cierto caso que contó su maestro, el Gaón de Vilna:

En una ocasión, se me dificultó mucho entender un párrafo en el *Zóhar*, y en medio de la *Amidá* de *Shajrit* de *Rosh jódesh* de pronto me llegó a la mente la explicación correcta.

Decidí interrumpir el rezo para asentar en mi mente la explicación, asimilarla perfectamente con las palabras del *Zóhar* y sólo entonces continuar la *Amidá*, algo en lo que no tardé más de unos segundos. Cuando terminé de rezar, intenté acordarme de todo, pero lo había olvidado por completo... Supe que lo había perdido por interrumpir el rezo. Y aunque en la *Halajá* pueda encontrarse algún permiso para proceder así, comprendo que sigue siendo inadecuado, porque todo tiene su tiempo. Hay tiempo para rezar y tiempo para estudiar.

Después de arrepentirme de lo ocurrido y prometer no interrumpir más mis rezos, ni siquiera para estudiar, me aproximé a rezar ese mismo *Rosh jódesh* la *Amidá* de *Musaf* y, de nuevo, a la mitad de ésta me vino el párrafo del *Zóhar* a la mente con sus preguntas, y empecé a recordar la maravillosa respuesta.

Pero, como dicen nuestros Sabios, cuando uno hace *teshuvá*, le mandan a uno una prueba para ver si su arrepentimiento y su promesa de no caer otra vez fueron sinceros.

Por tanto, aparté de mi mente con rapidez todo ese asunto y seguí rezando con emoción y concentración. Al finalizar mi rezo se aclararon en mi mente todas las explicaciones del *Zóhar* con todo su esplendor (introducción al comentario del Gaón de Vilna al libro *Sifrá Ditzniutá*).

He aquí la importancia de no interrumpir nuestra concentración en la *Amidá*, pues si pensar en asuntos de Torá difícilmente se permite aunque sigamos conectados con D-os a través de Su Torá, mucho menos podemos admitir pensamientos vanos, planes, diligencias por hacer, y ni hablar de cuestiones prohibidas.

El libro *Pele Yoetz* comienza explicando la importancia del amor y el apego que debe tener la persona con D-os, y dice (letra *álef*, *Ahavat*

Hashem): “Hay muchas clases de amor que la persona debe desarrollar en su vida, como el amor a sí misma, a la pareja, a los padres, a los compañeros, etc. Pero por encima de todos ellos está el amor a D-os”.

Encontramos un ejemplo de este concepto en el encuentro de Yaacov *Avinu* con su hijo Yosef. Después de veintidós años pensando que su hijo estaba muerto, llegó la buena noticia de que no sólo estaba vivo, sino que era el virrey de Egipto. Imaginemos la emoción del momento en que se encontraron: las lágrimas que ambos derramaron y las palabras que se dijeron entre muchos abrazos.

Sin embargo, el *Midrash* relata que mientras Yosef lloraba por la emoción, su padre, Yaacov *Avinu*, se dedicó en esos momentos a leer el *Shemá* y decir el *Veahavtá et Hashem*, “y amarás a D-os”, como diciendo: “Incluso en este momento en que estoy abrazando a mi hijo perdido, te amo a Ti, D-os, más que a todo. Y ni por un instante en la vida nadie, ni siquiera mi hijo Yosef, superará el amor que te tengo”.

¡Ojalá logremos en nuestra vida amar tanto a D-os que nunca interrumpamos por nada ni por nadie esta Divina unión! Sin lugar a dudas, esto nos beneficiará mediante el gran amor que nuestro Creador nos devolverá, y por este amor que nos tendrá no permitirá que ningún Acusador Celestial interfiera o interrumpa los rezos de nosotros hacia Él, ni la abundancia que Él nos mandará.

Mala señal

Suele pensarse que los accidentes o los errores ocurren por falta de suerte o por coincidencia y casualidad. Sin embargo en el Judaísmo, ciertos incidentes a veces deben considerarse como señales de D-os.

Por ejemplo, si se nos caen los *tefilín* por la mañana, nuestros Sabios recomiendan que ayunemos ese día y lo dediquemos al estudio y a la lectura de *Tehilim*. Podría pensarse que el motivo de esto es para pedir perdón por la humillación involuntaria que causamos a los *tefilín*, pero la verdad es lo contrario: si en el Cielo hay un posible decreto negativo, sólo haciendo *teshuvá*, ayuno, *tzedaká* y rezando podremos lograr que sea cancelado.

Debemos pensar que D-os causa que “accidentalmente” se nos caigan los *tefilín*, para que hagamos todo lo dicho anteriormente y, por esta fuerza y energía que generen tales actos, se cancele el decreto. Nunca olvidemos que nada ocurre al azar.

Lo mismo sucede en caso de que, D-os nos libre, se caiga un *Séfer Torá*. En este caso, dicen nuestros Sabios que no deberá ayunar nada más quien lo cargó, sino todos los que estaban presentes en ese momento en la sinagoga, ya que el mensaje fue mandado a la colectividad, para que juntos, con la *teshuvá* que hagan, eliminen el decreto negativo colectivo.

Bajo estos términos la *Guemará* ve el hecho de que alguien se equivoque en el rezo, como dice la *Mishná*: “Aquel que rezó y se equivocó, no es buena señal para él, y en caso de que el *jazán* se equivoque, no es buena señal para la congregación, a la que representa” (*Berajot* 5:5).

De nuevo, la coincidencia y el error son advertencias de D-os, mensajes no negativos ni malos, sino sólo un aviso de: “Mejora tu rezo. Concéntrate mejor, porque en el Cielo se necesitan argumentos para decretarte cosas buenas”.

Por eso escribe el Shelá HaKadosh: “Aquel que se equivocó en los rezos de Shabat y los confundió con los rezos de días de semana, no es buena señal para él y, por tanto, se le recomienda que examine sus acciones, que investigue si hizo algo indebido y, por supuesto, cuando lo encuentre, que medite y piense en el arrepentimiento” (193a).

Cuenta la *Mishná* que cuando a Rabí Janiná Ben Dosá le pedían rezar por un enfermo, al finalizar el rezo él se daba cuenta si había sido bien recibido en el Cielo o no. Y su fórmula era: “Si el rezo salió con fluidez de mi boca, sé que fue bien recibido. Pero cuando se me atoran las palabras o las confundo, sé que no llegó, lo que indica que debo seguir rezando más, con mayor concentración y fervor” (*Berajot* 5:5).

El *Midrash Yalkut Shimoní Yeshayahu* aclara que todo esto se aprende del versículo que dice: *Boré niv sefataim shalom shalom larajok velakarov amar Hashem urfativ*, “Cuando se crea claridad en la expresión de los labios, ésta trae paz al lejano y al cercano, y D-os ordena la *refuá*, la sanación” (*Yeshayá* 57:19).

Obvio, somos humanos; muchas veces podemos cometer errores por falta de costumbre, o mejor dicho, por rutina y por costumbre cuando es momento de otro rezo, como el de Shabat y *Rosh jódesh*, ocasiones en que podemos confundirnos, pero no es necesario alarmarse.

La buena concentración evitará errores. Y si a pesar de ella ocurrieron, D-os tomará las letras y las acomodará para formar nuestra plegaria. Es como si nos dijeran: “Mándanos muchas letras y palabras iluminadoras, para que con letras doradas escribamos buenos decretos”.

Recuperar un rezo perdido

La ley dice que si una persona, por razones de fuerza mayor, perdió uno de los rezos podrá completarlo rezando dos veces en el siguiente servicio. Por ejemplo, si perdió *Shajrit* por la mañana, podrá rezar dos veces la *Amidá* en el rezo de la tarde, *Minjá*.

Hay ciertas *mitzvot* que, si el tiempo pasó y no las realizamos, habremos perdido la oportunidad. Por ejemplo, si no cuidamos Shabat, no podremos cuidar el domingo para recuperar nuestro día sagrado.

Pero otras *mitzvot* sí son, de alguna forma, recuperables. Por ejemplo, si por causas de impureza no pudimos ofrecer el sacrificio de Pésaj, la Torá permite que lo recuperemos un mes después, el 15 de Iyar, ofreciendo entonces nuestro sacrificio de Pésaj.

Otro ejemplo: las personas que subieron al *Bet Hamikdash* en Yerushalaim en la festividad de Shavuot y no tuvieron la oportunidad de realizar los sacrificios en ese día, tienen seis días más para poder realizarlos y recuperar la *mitzvá* de presentar el sacrificio como ofrenda para la festividad.

Respecto a los tres rezos del día, la *Guemará* nos ofrece la posibilidad de recuperar el rezo no realizado en el siguiente rezo, realizándolo dos veces (*Berajot* 26a). Aunque los rezos equivalen a los sacrificios y, si éstos no fueron realizados, es decir, no se sacrificó por la mañana el cordero correspondiente, no se podían sacrificar dos por la tarde; pero

dado que el rezo tiene también el factor de plegaria y comunicación con D-os, se nos permitió rezar dos veces en ese caso, para cumplir así con los tres rezos diarios.

Cabe aclarar que, aun cuando se logre recuperar un rezo, nunca será igual, ya que hay dos conceptos involucrados en él: uno es el rezo en sí, y el otro es rezar en su momento debido, en su horario correcto. Esto le da mucha más fuerza.

Para quien recupera el rezo perdido, el primero corresponde al obligatorio para ese momento, y la repetición de la *Amidá* corresponderá al rezo anterior perdido. Con esto cumplirá con su deber de rezar, pero no es un rezo en su tiempo, y la energía que emana la *tefilá* de *Shajrit* por la mañana no es igual a la hora de *Minjá*, así como la energía de *Minjá* no se alcanzará en la noche, y así sucesivamente.

Sin embargo, algo es algo. Y sólo en caso de emergencia y de fuerza mayor, podemos recuperar por lo menos el concepto del rezo y así complementaremos al final del día, o de la semana, el número correcto de rezos que debemos realizar.

La belleza en el camino y el rezo

Es bueno leer el *Keriat Shemá* de preferencia sentados para de esta manera lograr asentar también nuestra mente. La Torá nos permitió también leerlo mientras recorremos los caminos, como lo dice el versículo: “Léelo al anochecer y al despertar, sea sentado en tu casa o andando por el camino” (*Devarim* 6:7).

En términos metafóricos, esta ley contiene un importante mensaje: la lectura del *Shemá* consiste en aceptar el reinado de D-os y desarrollar amor por Él.

Esto se cumple al decir el *Shemá* y pronunciar la palabra *Ejad*, momento en el cual debemos pensar en el valor numérico de las tres letras y en el significado de cada una de ellas. Al pronunciar la *álef*, cuyo valor

numérico es uno, nos concentramos en ese momento en que D-os es Uno y el Único Rey. Al pronunciar la *jet*, cuyo valor numérico es 8, nos concentramos en que D-os reina sobre los Siete Cielos y la Tierra. Cuando finalizamos pronunciando la *dálet*, cuyo valor numérico es 4, debemos sentir que D-os nos rodea por los cuatro puntos cardinales.

Después de que nombramos a D-os como el Rey de todo, procedemos al versículo de *Veahavtá et Hashem*, el cual se refiere al amor que debemos sentir por Él.

Estos conceptos de la relación entre nosotros y D-os deben reflejarse siempre, en nuestra casa, en el templo y en la comunidad a la cual pertenecemos. Esto nos da la posibilidad de llevar una vida apegada a D-os más fácilmente. Pero la pregunta es: ¿qué pasa cuando andamos por los caminos del mundo? Es decir, cuando nos toca viajar, llegar a lugares en los que no nos conocen, ¿qué pasa entonces con nuestra *tefilá*, nuestro rezo, el *kashrut*, la fidelidad y todo lo demás?

La Torá relata que cuando Abraham y Sará llegaron a la tierra de Kenáan y vieron la hambruna que ahí sufrían, en ese momento deciden bajar a Egipto. En la travesía por el desierto, con el sol, el calor y el sudor, Abraham *Avinu* dice a su esposa Sará, después de varias décadas de estar casados, una frase que parece muy ofensiva: “Acabo de darme cuenta de que eres bella”.

¿Cómo puede nuestro querido Patriarca Abraham expresarse así?

Explica el Ben Ish Jai:

Hay dos tipos de belleza; una es la que la mujer logra por medio de maquillaje, peinados y vestimentas, y hay otra que es la natural. La diferencia se nota cruzando un desierto y pasando varios días sin posibilidad de arreglarse. Al ver Abraham *Avinu* que, a pesar del camino y todo lo que éste provoca, la belleza de su esposa no se redujo y seguía bella como siempre, se asombró y dijo: “Ahora sé que eres bella de por sí y no por el maquillaje”.

Esta historia insinúa el mensaje que estábamos compartiendo: hay personas que tienen belleza espiritual por “maquillaje social”, por

compromiso ante la gente que las rodea y por la vergüenza de cometer un pecado ante ellas. Es verdad que al final cumplen con su deber, e incluso lo creen y lo sienten, pero es por ese “maquillaje”.

Sin embargo, hay otros que alcanzan este hermoso nivel por sí solos. Cumplen con su deber y lo hacen con amor y cariño, independientemente de si alguien los ve o no.

La diferencia entre las dos clases de personas se nota en los caminos, cuando van de viaje solos, sin el “maquillaje social”. Si en algún lugar desértico logran mantener su belleza, D-os los observa y les dice: “Ahora sé que eres bello, temeroso y fiel servidor”. Esto se insinúa en las palabras del versículo del *Shemá: beshivtejá beveteja*, “sentado en tu casa...”, o *uvlejtejá badérej*, “andando por los caminos”.

Ahora bien, si por alguna razón salimos de viaje, por negocios, placer o alguna otra razón, debemos saber que tampoco bajo esas circunstancias podemos abandonar nuestra obligación de rezar. No es excusa que no gocemos de las comodidades comunes, como rezar en una sinagoga o contar con diez personas para realizar el rezo con *minián*. Es nuestra responsabilidad ingeniárnoslas para nunca perder un rezo.

Por otro lado, nuestros Sabios son más flexibles ante estas circunstancias. Por ejemplo, nos permiten decir la *Amidá* sentados, si así conseguimos concentrarnos debidamente; si rezar con diez personas incomoda a los pasajeros gentiles que van en el avión o el tren, es preferible rezar individualmente, sin *minián*.

Es decir, nuestros *Jajamim* prefirieron “ceder” en ciertos puntos a fin de que recemos, ya que el rezo en el camino o en el viaje, además de ser una obligación diaria, contiene un elemento más, como lo afirmaron nuestros Sabios en el *Midrash*: “En todos los caminos hay peligro” (*Kohélet Rabá* 3:3).

El *Shelá HaKadosh* explica al respecto que, a diferencia de la ciudad y la comodidad del hogar, donde estamos bajo el concepto de *Yaacov Avinu*, sobre quien dice el versículo: *yoshev ohalim*, “sentado (con seguridad) en su morada”, cuando salimos al camino nos adentramos en el concepto del malvado *Esav*, a quien denomina el versículo como *ish sadé*, “hombre de campo”.

Por ello dice la *Guemará*: “Aconsejó Eliahu *Hanabí* a Rabí Yehudá que cada vez que saliera de viaje no lo hiciera sin decir *Tefilat Hadérej*, ‘la plegaria del viajero’” (*Berajot* 29b), para que por medio de este rezo D-os le envíe la protección de los ángeles, como dice el versículo: *Ki malajav... lishmorjá bejol derajeja*, “Pues D-os mandará a Sus ángeles para que te protejan en todos tus caminos” (*Tehilim* 91:11).

Este concepto se aplicó también durante los cuarenta años que deambuló el pueblo de Israel en el desierto. Cuando terminaban de acampar en un lugar y empezaban una nueva travesía, la Torá relata que Moshé recitaba en ese momento un rezo especial para pedir a D-os que los enemigos huyeran y no se aproximaran para dañarlos. Y sólo cuando acampaban y volvían a sentir seguridad, se expresaba con alivio: “Vuelve D-os a morar sobre todo el pueblo de Israel” (*Bamidbar* 10:35).

Del mismo modo sucedió con Yaacov *Avinu*, que mucho temía a los caminos, como lo expresó cuando se llevaron a Binyamín: “En el camino desde Jarán a Israel falleció mi querida esposa Rajel, y cuando mandé a Yosef al camino para buscar a sus hermanos que pastoreaban lejos de casa, pasó lo que pasó. ¿Ahora quieren llevarse a mi pequeño Binyamín en una travesía larga hasta Egipto? Me asusta que le suceda una desgracia...” (*Bereshit* 42:38).

De todo lo anterior se refleja que, al viajar, requerimos protección extra, y podemos obtenerla por medio de un rezo con el cual pedimos a D-os que sea parte de nuestra travesía, nos acompañe y nos cuide.

Por eso nuestros Sabios establecieron además del rezo diario, común, un rezo adicional, una bendición especial para los caminos conocido como *Tefilat Hadérej*. Con el tiempo, se editó otra similar para los que navegan en cruceros, y posteriormente un texto modificado para quienes vuelan en aviones, cuyo factor común en todas es: “¡D-os, cuídanos en el camino y ayúdanos a regresar sanos y salvos!”.

En los libros de la rama *Jasídica* se explica el siguiente mensaje: todos tenemos el don de elevar espiritualmente los elementos por medio de lo que hacemos, así como dar Santidad a todo lugar mediante el estudio de Torá o el rezo que realizamos en esos espacios.

Por ejemplo, la fruta pertenece al reino de la flora y es simplemente

eso, una fruta. Pero al tomarla con la mano derecha y decir sobre ella la bendición respectiva, la elevamos a niveles espirituales. Para muchos Cabalistas del siglo XIV, era una forma de elevar un alma que podía estar en ella.

Asimismo, un espacio vacío de Santidad, o incluso profano por algo negativo que se hizo en él en el pasado, cuando estamos allí y rezamos o estudiamos, de alguna forma lo purificamos y hacemos una reparación espiritual.

El Báal Shem Tov explica que por eso emigramos, viajamos y nos trasladamos a distintos lugares, ya que a donde lleguemos tendremos que hacer alguna labor de reparación espiritual. Obviamente, los motivos por los cuales viajamos a esos lugares estarán “disfrazados” como asuntos de negocios, la boda de un amigo, un viaje de placer, etc., cuando el verdadero objetivo está más allá de lo que imaginamos: la limpieza que debemos realizar allí o la energía positiva espiritual que debemos dejar en ese lugar.

Al respecto añade Rabí Najmán de Breslev: “Por eso la persona deberá poner mucho énfasis en sus viajes, pues aunque no sea muy meticulosa en la ciudad para cumplir con los tres rezos diarios y las bendiciones sobre cada alimento que tome, y menos todavía en fijarse tiempos largos de estudio de Torá, en los viajes le aconsejo que sea más estricta en no perder el rezo durante su travesía, ya que quizá sólo para eso viajó hasta allá...”.

Capítulo 8

De tu boca al Cielo

- 137 Al que madruga, D-os le ayuda...
- 138 El ascenso del rezo
- 142 La escalera que baja
- 147 Fe, superación y alegría
- 149 La fuerza de las alabanzas
- 152 ¡Seamos reyes!
- 154 La cadena judía
- 156 Tener fe en la salvación
- 159 Prosternémonos ante D-os
- 161 La infraestructura de la *Amidá*
- 165 La lluvia Celestial
- 167 Rezar con nuestras palabras
- 168 ¡Gracias, D-os!
- 172 El recipiente de la paz
- 174 El versículo de tu nombre
- 174 El esplendor de la *Jazará*
- 175 *Kadosh, Kadosh, Kadosh*
- 178 La bendición diaria
- 182 Perdónanos, D-os

Capítulo 8

Al que madruga, D-os le ayuda...

El rezo de la mañana, *Shajrit*, se hace desde el amanecer, y la *Amidá* desde *Netz Hajamá*, “desde que despunta el sol”. En muchos escritos se habla de la importancia de rezar a esa hora. Como dice la *Guemará*, en nombre de Rabí Yojanán, la gente humilde y amante del cumplimiento de las *mitzvot* se programaba cada mañana para finalizar la lectura del *Shemá* y comenzar la *Amidá* a esa hora temprana (*Berajot* 9b).

Aunque este tiempo para el rezo no se estableció como obligación, sino como una excelente costumbre que tiene muchos beneficios, de las palabras de Maimónides (*Halajot Keriat Shemá* 1:11) se entiende fue establecido para esa hora; y sólo en caso de que no podamos hacerlo en ese horario, tenemos permitido decirlo después.

Los motivos de este horario matutino se basan en el concepto de *Zerizim makdimim lamitzvot*, “La gente ágil y respetuosa de D-os, cuando se le presenta la ocasión de realizar una *mitzvá*, procura llevarla a cabo desde el primer momento posible” (*Pesajim* 4a), demostrando con ello el apego y el cariño, y por supuesto la disposición, para cumplir el servicio Divino.

Así lo vimos con Abraham *Avinu*: cuando D-os le ordenó realizar la *Akedat Itzjak*, dice el versículo: “Y madrugó Abraham por la mañana...” (*Bereshit* 22:3). Y sobre el servicio de Aharón *HaCohén* en el Templo, cuando debía encender el candelabro y poner el incienso, dice el versículo: “Y lo hará *babóker, babóker* (por la mañana, por la mañana)” (*Shemot* 30:7), indicando la repetición una hora muy temprana para hacerlo.

Como ya se dijo, los rezos remplazaron a los sacrificios. Antiguamente se llevaba un cordero u otra especie de ofrenda, lo que implicaba

un sacrificio monetario. Levantarse temprano para el servicio a D-os implica un sacrificio físico, ya que la persona renuncia a algunas horas más de sueño o deporte, o salir al negocio a trabajar, etc., con tal de servir al Creador, Quien corresponde con salud, abundancia y bienestar.

La *Guemará* dice: “La persona no debe rezar de una forma fija” (*Berajot* 29b). A estas palabras se dieron varias interpretaciones, entre ellas la de que el rezo no debe realizarse de forma fija y rutinaria, como una carga. Otra explicación, basada en un comentario de Rashí, dice: “Al rezar cada día a la misma hora, el rezo se convierte en fijo y monótono”.

Sin embargo, al rezar con la primera luz de la mañana, debido a que ésta cambia día a día su horario —y ni hablar de los cambios que se presentan hoy con el horario de verano o de invierno—, logramos que cada día ese horario sea diferente y, por tanto, rompemos la rutina y renovamos la emoción.

Este cariño por D-os, reflejado en el acto de madrugar para servirle, nos lleva a otro concepto halájico, el cual consiste en que no saludamos amablemente a nadie antes de “saludar” a D-os, que no comamos ni desayunemos ni demos al cuerpo su “combustible” antes de dar a nuestra alma sus nutrientes espirituales por medio del rezo; e incluso que no nos sentemos a estudiar Torá, y mucho menos realizar trabajos para nuestro sustento al llegar el horario del rezo, para no correr el riesgo de concentrarnos tanto en lo que estamos haciendo que perdamos la hora de la *tefilá*. Aquí debemos siempre aplicar la regla de: “Primero es lo primero”.

Esto tiene mucha lógica. Antes de rezar por la mañana e invitar a D-os a ser parte de nuestra vida y de nuestro día hacemos todo solos. Pero cuando ya hemos rezado y D-os nos acompaña, todo lo que hacemos ya es con Su ayuda y seguramente saldrá mejor.

El ascenso del rezo

El rezo está dividido en varios niveles. Está construido como una escalera de tijera: en ambos lados hay cuatro escalones, que se equiparan a

los cuatro mundos en orden ascendente. Comienza en el primer nivel asignado al mundo *Aziyá*; pasa por el segundo escalón, el de *Beriá*, para luego proceder al escalón de *Yetzirá* y llegar a la cima, donde está el rezo de la *Amidá*, equivalente al mundo de *Atzilut*.

Aquí entraremos al tercer nivel, el de *Beriá*. Para saber dónde estamos parados y el nivel al que llegamos. Usemos la maravillosa analogía que trae Rab Pinkus:

Cuando el Sumo Sacerdote llegaba al Templo en Yerushalaim, pasaba por cuatro áreas de diferente nivel de santidad. La primera era el espacio *Har HaBait*, al cual podía ingresar cualquier persona del mundo.

Al avanzar, pasaba por un portón y entraba a la segunda área, llamada *Azará*, a la cual no podían entrar más que los judíos.

Más adelante, pasaba por otro portón y entraba en el Templo propiamente dicho, al lugar denominado *Kódesh*, en el cual entraban únicamente los Cohanim. Al fondo, tras una cortina, estaba el área más sagrada, llamada *Kódesh HaKodashim*, a la cual no podía entrar nadie más que el Sumo Sacerdote (*Néfesh Shimshón*, pág. 36).

Así debemos sentirnos mientras rezamos: a medida que avanzamos en nuestro rezo, prácticamente vamos pasando por diversas puertas y niveles de acercamiento a D-os. La primera parte del rezo, que son los *Birkot Hashajar* (las bendiciones del amanecer) y los *Korbanot* (las menciones de las ofrendas), equivale a la primera zona del Templo, el *Har Habait*, y al primer mundo en orden ascendente, *Asiyá*. Luego, desde el *Baruj Sheamar* hasta el final de *Yishtabaj*, pasamos y nos elevamos para encontrarnos ya en el territorio de la *Azará*, donde espiritualmente nuestra plegaria entra al mundo de *Yetzirá*.

A partir de *Yotzer* hasta la *Amidá*, entramos al *Kódesh* y nuestra alma ya está inmersa en el mundo de *Beriá*.

Y cuando por fin llegamos a la *Amidá*, tocamos el territorio del *Kódesh HaKodashim* y ubicamos nuestra alma totalmente frente al Trono Celestial, en el mundo de *Atzilut*.

En otras palabras, empezamos el rezo como simples humanos, pasamos al grado de *Yehudim* y avanzamos al grado de *Cohanim*, para culminar con el nivel de *Sumos Sacerdotes*.

Basados en este concepto están compuestos todos los textos en cada parte de los cuatro “escalones” de la *tefilá*.

Es decir, en el primer nivel sentamos las bases de nuestra fe, reconociendo a D-os como nuestro Creador, Quien nos devolvió una vez más nuestra querida alma para despertar, nos abrió los ojos y nos dio de nuevo la posibilidad de vivir.

En el segundo escalón, avanzamos y entendemos que no sólo debemos reconocer todo esto ante nosotros mismos, sino también hacer público nuestro agradecimiento.

Por tanto, iniciamos una serie de alabanzas, como *Halelu-yá... Halelú et Hashem*, “Alaben a D-os todos”. En esta parte del rezo nos dedicamos principalmente a contar y hacer públicas las maravillas de D-os en el manejo de Su mundo.

En el tercer nivel aclaramos el amor mutuo entre D-os y nosotros, diciendo por ejemplo: *Ahavat olam Ahavtanu*, “Amor eterno nos amaste”, a lo cual respondemos con: *Veahavtá et Hashem*, “Nosotros también Te amamos”.

Además, aclaramos en esta parte del rezo que no sólo agradecemos a D-os y relatamos ante todos Sus maravillas como Gran Creador, sino que le nombramos nuestro Rey —en la parte del *Shemá*, la cual figura en esta parte del rezo—, y nos comprometemos a servirle con lealtad: *Ulovdo bejol levavjem*.

Sólo entonces podemos avanzar al siguiente nivel: nos pararnos ante el Rey y le pedimos que cubra nuestras necesidades, lo cual hacemos en la *Amidá*.

Así podemos profundizar un paso más para aclarar mejor el tercer nivel del rezo. Y aunque no lo entendamos bien, por lo menos tendremos una idea de los “planos” con los cuales se construyó el rezo.

Dice el Ben Ish Jai (*Otzrot Jaim*, pág. 55), con base en el *Zóhar* (*Pekudé* 260b), que en esta parte del rezo, desde *Yotzer* hasta la *Amidá*, estamos en el mundo de *Beriá*, y este mismo se divide en el Cielo en siete *Hejalot* (salas espirituales en las que cada una de ellas representa un nivel de paraíso diferente, en el cual moran las almas meritorias de ese nivel). Por tanto, esta parte del rezo también está dividida en siete subniveles:

- De *Yotzer* a *E-l Baruj* equivale al *Hejal* denominado *Livnat Hasapir*.
- De aquí hasta *Lae-l Baruj Neimot*, pasamos al *Hejal Étzem Hashamaim*.
- De allí hasta *HamEjadesh Betuvó*, llegamos al *Hejal Noga*.
- De allá hasta *Ahavat Olam*, alcanzamos el *Hejal Hazejut*.
- Los párrafos del *Shemá* están en el nivel del *Hejal Haahavá*.
- En el *Emet Veyatziv* culminamos con el *Hejal Haratzón*.
- Y el versículo de *Hashem Sefatai Tiftaj* (“D-os, abre mis labios para rezarte”), que introduce a la *Amidá*, se halla en el nivel de la cortina que separa entre el *Kódesh* y el *Kódesh HaKodashim*, para poder proceder al siguiente mundo, el de *Atzilut*.

De nuevo, aunque es difícil imaginar y entender todo esto por completo, hemos podido darnos una idea de la infraestructura del rezo y cómo nosotros, pese a estar sentados o de pie en un solo lugar físicamente, nuestra alma y nuestras plegarias van atravesando nivel tras nivel, mundo tras mundo, *Hejal* tras *Hejal*, hasta llegar frente al Trono Celestial.

Sin lugar a dudas, si lo imaginamos y lo vivimos, nuestro rezo será diferente.

La escalera que baja

Como ya dijimos, el rezo está compuesto como una escalera de tijera, con escalones de subida y de bajada, y uno en la cima, en analogía a los cuatro mundos que creó D-os: *Asiyá*, *Yetzirá*, *Beriá*, y el cuarto, el cual es la morada Divina, conocido como *Atzilut*.

Por eso el rezo está dividido en tres partes previas a la *Amidá*, ubicada en *Atzilut*, y el final del rezo también está dividido en tres partes, haciendo alusión a la parte de la escalera que desciende: *Beriá*, *Yetzirá* y *Aziyá*.

De este modo se parece el rezo a alguien que sube por una escalera, se ubica en la cima, deja y recoge algo, y baja por el otro lado. Así, en la *tefilá* avanzamos y en la *Amidá* depositamos nuestras alabanzas, peticiones y agradecimientos a D-os, para recibir el perdón, la bendición y la abundancia de nuestro Creador, y bajamos con ellos de vuelta a nuestro mundo.

Hay varias leyes correspondientes al final de la *Amidá*, abordando varios temas:

- *Uvá Letzión*

Después de pedir perdón en el *Viduy* y el *Nefilat Apaim*, leemos el *Ashré* y posteriormente el *Uvá Letzión*, párrafo que habla del redentor que pronto llegará a Yerushalaim.

El motivo de esta ubicación está basado en lo que dijo Rabí Yonatán: "Es tan grande la *teshuvá* que sólo por medio de ella lograremos la Redención".

Por eso, al terminar de decir el *Viduy* y volver en *teshuvá* arrepintiéndonos de las malas acciones que realizamos, pedimos con mucho fervor la Redención.

Además, en ese mismo párrafo repetimos por tercera vez en *Shajrit* el *Kadosh*, *Kadosh*, *Kadosh* (una se mencionó en *Yotzer* y otra en la

Jazará). Uno de los motivos es que las cosas importantes procuramos repetirlas tres veces, número que simboliza el concepto de *Jazaká*, “afirmación”, “seguridad”. Por eso, la *tefilá*, el *Shemá*, el importante Salmo 145 (*Ashré Yoshevé Beteja*) y el *Kadosh, Kadosh, Kadosh* se dicen tres veces al día.

En esta parte de la *tefilá* se intercalaron varios versículos de los libros de los Profetas con el objetivo de que la persona inicie su día con palabras de nuestra Sagrada Ley (por eso en Shabat no se dice, porque ya leímos la Torá y la *Haftará*, que es un párrafo de los libros de los Profetas).

Pedimos mucho en esta parte a D-os para que nos ayude a estudiar la Torá y citamos versículos como: “Y esta es Mi Palabra que puse ante ti, la cual no se apartará ni de ti ni de tu descendencia”.

Al final decimos: “Que D-os abra nuestros corazones para el estudio de la Torá... Y que sea la Voluntad de D-os que cuidemos estos preceptos”.

Hay cierta insinuación en todo lo anterior: si sumamos las letras iniciales del versículo de *Kadosh, Kadosh, Kadosh* que mencionamos en esta parte (485), el valor numérico de las letras iniciales del segundo párrafo (*Baruj Kevod*), que suma 72, y las letras iniciales del tercer versículo (*Hashem Imloj leolam vaed*), que suma 56, nos da un total de 613: el número de *mitzvot* escritas en la Torá que debemos cumplir.

- El Salmo del día

Posteriormente decimos el salmo correspondiente al día, ya que al finalizar el sacrificio de *Tamid* en el *Bet Hamikdash* los Leviím cantaban el Salmo del día que estableció el Rey David, como dice el versículo: “Y dijo el Rey David a los Leviím que cantaban: Que se paren junto con sus hermanos (los demás Leviím) con instrumentos musicales y levanten su voz con alegría, y que esto se lleve a cabo día tras día” (*Divré Hayamim I*, 15:1 y 16:37).

Nosotros también al terminar de presentar nuestros sacrificios (es decir, nuestro rezo), cantamos como los Leviím el Salmo del día y aprovechamos para cumplir en ese momento una *mitzvá* más: la de recordar todos los días el día de Shabat.

Por eso decimos: “Este es el Salmo que los Leviím cantaban en el día tercero a partir del sábado”. Los días de semana en el idioma hebreo no tienen nombres propios, como en los demás idiomas que atribuyeron los días de semana a los planetas (lunes, por la Luna; martes, de Marte; miércoles, de Mercurio, etc.; o en inglés, *Sunday* de *Sun*, *Monday* de *Moon*, etcétera). En hebreo, los días de la semana están numerados: el domingo es *Rishón*, “primero”; el lunes es *Shení*, “segundo”, y así sucesivamente, para siempre atribuir los días de la semana al día principal, que es el Shabat, como diciendo: “el día primero a partir de Shabat”, “el día segundo a partir de Shabat”, y demás.

- *Pitum Haketóret*

Después pasamos a leer el *Pitum Haketóret*, que es la descripción de cómo se preparaba el incienso.

El motivo por el que se decidió leer el rezo con este párrafo al inicio de la *tefilá* en los *Korbanot* y finalizar el rezo con la repetición de esta lectura, se basa en los escritos de los Sabios sobre la importancia de este texto.

Como dice el *Midrash*: “Cuando Moshé *Rabenu* subió al Cielo para bajar la Torá, entró en una nube que lo llevó a la dimensión Celestial” (*Pesiktá Rabatí* 20).

En su camino Moshé se encontró con ángeles muy grandes y atemorizantes. El *Midrash* cita el encuentro con todos ellos y los procesos que atravesaba al pasar cada uno de los niveles. El factor común fue que cuando los ángeles vieron la grandeza de Moshé y la Voluntad Divina de entregarle el Tesoro Celestial, la Torá, cada uno de ellos también le dio un regalo que consistió en secretos angelicales.

Agrega el *Midrash* que también el Ángel de la Muerte le reveló un secreto: “En tiempos de epidemia o malos momentos, cuando elaboren el incienso con sus once especies, el efecto Celestial será tan fuerte que incluso me neutralizará a mí”.

Al respecto el Rey David dijo sobre Moshé *Rabenu*: “Subiste al Cielo, trajiste un gran botín y obtuviste regalos para la gente” (*Tehilim* 68:19).

Por eso el *Midrash* termina afirmando que: “Después de un tiempo, al haber un fuerte decreto de epidemia por culpa de Kóraj y su revolución, Moshé ordenó inmediatamente a su hermano Aharón que tomara la pala con el incienso y separara entre los vivos y los muertos, y sólo entonces cesó la epidemia”.

El *Zóhar* comenta que el incienso que se elaboraba en el *Bet Hamikdash* servía justamente para neutralizar cualquier fuerza negativa, brujería, decretos negativos y epidemias.

Rabí Shimón Bar Yojai afirma que no sólo el hecho de elaborar el incienso ayuda a detener lo malo, sino que también citar y leer el proceso de la quema del *Ketóret* causa un gran efecto: “Si las personas supieran lo importante que es el *Ketóret* ante D-os, tomarían cada una de sus letras y les pondrían coronas de oro”.

El *Zóhar* pregunta en relación con el versículo: “Y harás un altar de sacrificio para ofrendar el incienso” (*Shemot* 30:1): “¿Por qué se llama ‘Altar de sacrificio’ si no se sacrificaba ningún ser encima?”, y responde que al quemar el *Ketóret*, prácticamente se sacrifica y se eliminan las fuerzas negativas.

De ahí que comencemos el rezo citando el *Pitum HaKetóret* (en la parte de los *Korbanot* previos a *Hodú*) y finalicemos el rezo de nuevo leyendo el *Ketóret*, y una vez más antes de *Minjá*, ya que además de fortalecer este efecto citándolo tres veces al día, limpiamos “el momento” del rezo tanto al principio como al final, para que nuestras plegarias puedan elevarse sin molestias ni interrupciones negativas.

No sólo es bueno leer el *Pitum HaKetóret* durante el rezo, sino fuera de éste en momentos problemáticos. Cuando sentimos que alguien está echándonos el mal de ojo o haciéndonos brujería, es bueno leer este párrafo:

Rabí Ajá fue a la aldea de Tarsha. Al llegar se congregaron los habitantes y le clamaron que desde hacía siete días había una fuerte epidemia en el lugar. Cuando le explicaron la situación con detalle, les respondió: “Iremos todos a la sinagoga para rezar juntos a D-os”.

En su camino llegaron otras personas con una mala noticia: “Acaba de fallecer más y más gente, y hay otro grupo más que está en peligro de muerte”.

Entonces les dijo Rab Ajá: “Si es así, no hay tiempo de ir hasta la sinagoga para rezar. Debemos hacer urgentemente algo más poderoso. Que se presenten cuarenta personas justas y temerosas de D-os, y que se dividan en cuatro grupos de diez. Que se dirijan a los cuatro puntos cardinales de la ciudad y que lean juntos el *Pitum HaKetóret*” Al hacerlo cesó inmediatamente la epidemia en Tarsha (*Zóhar*, parte I, página 101a).

En el *Zóhar* está escrito que Rabí Pinjás (al parecer se trata del suegro de Rabí Shimón Bar Yojai, Rabí Pinjás Ben Yair) y sus alumnos iban por el camino y se encontraron con Eliahu *Hanabí*, y le pidieron que les comentara algo que fuera muy útil para toda la gente.

Eliahu les respondió: “Escuché a D-os reuniendo a los ángeles encargados de describir los pecados del pueblo de Israel y les dijo: Cada vez que Mis hijos lean los textos de los sacrificios, pongan atención y menciónenlos para bien. En el momento que haya epidemia y muerte entre las personas, y se dé la orden en el Cielo de proceder, si Mis hijos se congregan en las sinagogas para leer el *Ketóret*, detengan de inmediato la epidemia y la muerte” (*Vayerá*, 100b).

- *Alenu Leshabéaj*

Cerramos el rezo con el párrafo de *Alenu Leshabéaj*. De acuerdo con algunos Comentaristas, esta parte del rezo fue redactada por el Emorá Rav, en el año 220 del siglo III de la era común.

Otros atribuyen este rezo a Yehoshúa Bin Nun, quien lo compuso después de la guerra contra Ai y la captura del pecador Aján. Esto se insinúa en el segundo párrafo del *Alenu Leshabéaj* que comienza con las palabras *Al Ken Nodé*, cuyas iniciales forman la palabra *Aján*.

En el libro *Olam Hatefilot* escribe el rabino Eliahu Munk: “Lo más probable es que la raíz de este rezo fuera elaborada por Yehoshúa Bin Nun y, posteriormente, Rav volvió a redactarlo y lo complementó” (pág. 199).

En el libro *Iyún Tefilá* se explica el motivo por el que finalizamos el rezo con este versículo: “Durante el rezo fuimos diciendo versículos muy fuertes contra los enemigos y los malvados, como hacer venganza en ellos o los ateos, y los malvados no tendrán esperanza, etc. Pero al final reconocemos y entendemos que esa no es la finalidad ni el deseo de D-os, que tanto ama a todas Sus criaturas y no desea ver a ninguna de ellas sufriendo. Por tanto, aclaramos al final del rezo que no nos referimos al exterminio del malvado, sino a su maldad; no al exterminio de los idólatras, sino de la idolatría misma. Por eso decimos que esperamos ver a D-os en Su belleza, que ya no haya más idolatría y que toda la gente reconozca Su Nombre Santo, que todos los malvados corrijan sus caminos y que todos los habitantes sirvan sólo a D-os”.

Por eso el libro *Harokéaj* dice: “Cada hombre temeroso de D-os debe leer este párrafo de *Alenu Leshabeaj* con todo su corazón, ya que cada momento en que lo citamos se levantan todos los ángeles delante de D-os y dicen: ‘Dichoso el Rey de quien éste es Su pueblo’”.

Fe, superación y alegría

Los *Pesuké Dezimrá* son los capítulos de Salmos que mencionamos en *Shajrit* antes de comenzar las bendiciones previas al *Shemá Israel*, que figuran al final del libro de *Tehilim* (145 al 150), y culminamos agregando el cántico de *Az Yashir Moshé*.

La importancia de decir los *Pesuké Dezimrá* la concretaron nuestros Sabios en determinados lugares. Rabí Yosí, por ejemplo, comenta en el Talmud su deseo de gozar del placer de estar en el Mundo Venidero con la gente que dice *Pesuké Dezimrá* todos los días y la conocida frase en la cual se afirma que todo el que dice tres veces al día el capítulo de *Ashré Yoshevé Betejá* tiene garantizada su parte en el Mundo Venidero (*Shabat* 118b; *Berajot* 4b).

La pregunta es: ¿cómo por decir unos cuantos capítulos de *Tehilim* obtenemos la garantía celestial de estar en el Mundo Venidero? Se supone que para alcanzar el paraíso, siendo un lugar tan privilegiado, uno debería hacer un gran esfuerzo llevando un modo de vida especial y no simplemente leyendo unos salmos o párrafos.

Explican nuestros Sabios que no se trata simplemente de leer, sino de aplicar las tres claves que estos versículos transmiten: fe, superación personal y alegría.

En el capítulo de *Ashré* mencionamos el *Pasuk* de *Poteaj et yadeja*, con el que alabamos a D-os por “abrir Sus manos” para sustentarnos. De este modo reafirmamos nuestra fe en que todo viene de D-os.

Nuestros Sabios hicieron especial hincapié en que nos concentremos en el significado de este *Pasuk*, pues así adquirimos una de las condiciones esenciales para obtener el Mundo Venidero: nuestra fe incondicional en D-os.

Asimismo, el salmo de *Ashré* fue escrito en orden alfabético para insinuarnos nuestro deber de ir avanzando y progresando de la *álef* a la *bet*, de la *bet* a la *guímal*, y así sucesivamente hasta llegar a la cima, la *tav*, donde se encuentra lo más elevado, como lo reflejan los conceptos que comienzan con esta letra: *Tefilá*, *Talmud Torá*, *Teshuvá*, *Terumá*, *Tefilín*.

Además de leer el *Ashré* con la debida concentración y comprendiendo el mensaje que lleva consigo, debemos hacerlo con alegría, como nos enseñó el Arizal al decirnos que debemos leer estos salmos con emoción y alegría para implantar en nosotros mismos el modo correcto de servir a D-os.

De tal forma que al terminar de decir los *Pesuké Dezimrá* habremos obtenido, o al menos avanzado hacia conseguir tres de los objetivos más importantes: fe, superación personal y alegría.

Siendo así, queda claro que no sólo leyendo estos salmos se alcanza el Mundo Venidero, sino también tomando plena conciencia del mensaje que éstos tienen para la vida diaria.

Finalizan los *Pesuké Dezimrá* con el capítulo de la Torá de *Az Yashir*, donde se alaba a D-os por la división del mar. Es interesante que en este capítulo se reflejen también los tres conceptos anteriores:

Al principio afirmamos que el pueblo de Israel *Vayaaminu Bashem*, “Y tuvieron fe en D-os”. El Talmud explica que el sustento del hombre tiene cierta similitud con la división del mar, pues para algunos “se abre” y se les facilita en menos tiempo, mientras que otros deben rogar

mucho para que suceda. De cualquier forma, el concepto en sí de tener fe íntegra en que todo es de D-os se aplica en cualquiera de los casos.

La división del mar sucedió en Pésaj, que al mismo tiempo fue el inicio del conteo de los días del Ómer avanzando día con día hasta alcanzar la cima: la Entrega de la Torá en Shavuot. Esto se asemeja al orden alfabético en el que también se requiere una elevación y una progresión diarias.

Por último, como lo define la Torá, el cántico de *Az Yashir* se recitó con mucha alegría, por haber sido la expresión vocal de la alegría intensa que sentía el pueblo de Israel. El *Zóhar* escribe que al decir el *Az Yashir* con alegría todos nuestros pecados son absueltos.

De aquí la importancia de aprovechar todos y cada uno de los días de nuestra vida y hacer nuestro máximo esfuerzo por alcanzar un buen puesto en el Mundo Venidero por medio de la fe inquebrantable en D-os y el progreso y mejoramiento personal en todos los aspectos, tanto con el prójimo como hacia nosotros mismos, y con los mandamientos divinos. Y si a todo esto agregamos el “condimento” de la sonrisa en el rostro y la alegría en el corazón, siendo feliz y haciendo a los demás felices, adquiriremos la “visa” para el Mundo Venidero.

La fuerza de las alabanzas

Cuatro veces al día (dos en *Shajrit* y dos en *Arvit*) el oficiante invoca a la congregación a alabar a D-os diciendo: *Barejú et Ado-nay Hamevoraj*, “Bendigan a D-os Bendito”, y el público le responde: *Baruj Ado-nay Hamevoraj leolam vaed*, “Bendito D-os, bendito por siempre”.

Aprendemos esto del versículo que dice: *Ki Shem Adonay ekrá, havú gódel lelo-henu*, “Debido a que voy a mencionar el Nombre de D-os y a alabarlo, alábenlo ustedes conmigo” (*Devarim* 26:29). Explica Rabí Yosí que se refiere a quienes se reúnen en la sinagoga y dicen *Barejú* para unirse así en la alabanza a D-os pedida por el oficiante (*Yalkut Shimoní* 247:542).

El texto anterior, mediante el cual bendecimos a D-os, figura en el *Midrash* donde se explica que en el mundo celestial los ángeles alaban a D-os, cada uno con su cántico propio. Uno de estos ángeles,

de nombre Israel, se levanta en el centro celestial y dice: *Barejúj et Ado-nay hamevoraj*, y todos los demás ángeles le responden: *Baruj Ado-nay hamevoraj leolam vaed*. Por eso, en un intento de imitar este proceder, hacemos lo mismo durante el rezo (*Otzar HaMidrashim*, pág. 260).

Podemos aprender de todo esto que rezar y bendecir a D-os debe hacerse en conjunto. Invitemos a los demás para compartir nuestro rezo, pues la grandeza del que invita a los otros a servir a D-os es inimaginable. Además, provoca que D-os Mismo le corresponda con gran bendición.

Nuestros Sabios comentan sobre Elkaná que fue bendecido con tener como hijo al Profeta Shemuel. ¿Qué virtud le hizo merecer tan grande distinción? Cuando subía al Templo Sagrado, ubicado entonces en la ciudad de Shiló, no lo hacía directamente, sino que se desviaba a las pequeñas aldeas situadas en el camino; acampaba en el centro de cada una junto con todos sus hijos, familiares cercanos y personas que viajaban con él, creando así un bello ambiente e invitando a todos a unírsele para subir juntos a la Casa de D-os (*Taná Debé Eliahu* 8). Más tarde, con el nuevo grupo que se le había unido, continuaba visitando el resto de las aldeas aledañas. Al llegar todos juntos al Templo, ya constituían una multitud digna de admirarse.

Como él convocaba a la gente para acercarse a D-os, D-os lo premió con un hijo que invocara a D-os y así Él se acercara a la gente.

De igual manera, quien desempeña el cargo de oficiante para elevar el alma de algún pariente cercano y consigue que la gente se una a su alabanza respondiendo "Amén" y *Barejúj...*, D-os lo beneficia y lo eleva enormemente.

Hace unos dos mil años, el *Midrash* narró que Rabí Akivá tuvo un encuentro espiritual con el alma de cierto difunto, quien le describió el gran sufrimiento que pasaba desde su fallecimiento. Además estaba profundamente angustiado porque su único hijo no respetó debidamente su luto y jamás dijo *Kadish* por su alma.

Rabí Akivá se acercó a este hijo y le enseñó la Torá. Le explicó todo desde el principio y con infinita paciencia: el *Keriat Shemá*, la *Tefilá*, los

libros sagrados, etc., y no descansó hasta conseguir prepararlo para que ejerciera como oficiante, enfocándose en su meta de que pronunciara *Barejú et Ado-nay hamevoraj* y toda la congregación le respondiera con “Amén”.

Cuando lo logró, Rabí Akivá soñó esa misma noche con el difunto, quien lo bendijo y le agradeció, y le comentó que, por el mérito de su hijo, pudo ingresar al Paraíso Eterno.

Rab Mordejai Gifter, el famoso *Rosh Yeshivá* de la ciudad de Cleveland, Ohio, relató hace unos años una impactante historia: un alumno suyo estaba a pocos días de casarse en una ciudad lejana y le envió una invitación, así como a otros ocho compañeros de su *yeshivá* para que lo acompañaran en este importante día de su vida.

El Rab y estos alumnos viajaron animados para participar en esta gran *mitzvá*. Sin embargo, en el trayecto se les avisó que, debido a una tempestad, el avión en que viajaban no podría llegar a su destino, por lo que se vería obligado a aterrizar en otra ciudad próxima.

El Rab y los muchachos se entristecieron de no poder asistir a la boda de su compañero, pero Rab Mordejai les dijo sin vacilar:

—¡D-os sabe lo que hace!

Al aterrizar, bajaron del avión sintiéndose algo frustrados por el incidente. En el aeropuerto se les acercó un maletero y los observó con sorpresa, pero no dijo nada. Sólo recogió el equipaje y lo colocó sobre un carro, para detenerse nuevamente a observarlos. Caminó algunos pasos y se detuvo una vez más para mirarlos. Dio tres pasos, se detuvo, los contó y se detuvo de nuevo, dejando asomar una lágrima sobre su mejilla. Después les preguntó si ellos podrían contestar a su *Kadish*.

El asombro del Rab y sus alumnos fue enorme. “El maletero, en este lugar remoto, ¿judío?”, se preguntaron. Los alumnos sólo esperaron respetuosamente a que Rab Mordejai diera su consentimiento.

—¿De qué hablas? —inquirió el Rab al maletero.

—Soy judío —respondió el hombre— y estoy muy alejado de mis raíces. Pero ayer soñé con mi difunto padre. En mi sueño me regañaba por no

haber dicho *Kadish* para él jamás en mi vida, y me hizo comprender lo importante y necesario que era para su alma. Me atreví a preguntarle dónde podría conseguir un *minián* para decir *Kadish* por él, estando tan lejos de cualquier comunidad judía. Me respondió que él se encargaría de eso. Ahora aquí están ustedes, nueve judíos, listos para completar conmigo el *minián* y responder a mi *Kadish*.

Cada vez que Rab Mordejai contaba esta historia, finalizaba diciendo:

—¡Fue el *Kadish* más conmovedor y el *Barejúj* más sincero que jamás escuché!

¡Seamos reyes!

El orden de los tres párrafos del *Shemá* es: *Shemá*, *Vehayá* y *Vayómer*, y debe haber un motivo para ello, ya que no va de acuerdo con la secuencia cronológica en la que están escritos en la Torá: en ella figura primero *Vayómer*, luego el *Shemá* y al final *Vehayá*.

En la *Mishná*, Rabí Yehoshúa Ben Corjá explica el motivo básico:

Primero, debemos aceptar el reinado de D-os reflejado en el primer párrafo del *Shemá*. Posteriormente, pasamos a la lectura de los deberes del cumplimiento general de las *mitzvot*, reflejado en el segundo párrafo, que es el *Vehayá*. Y finalizamos con *Vayómer*, que habla del cumplimiento detallado de una *mitzvá* (*Berajot* 21a).

Pero en sentido profundo, podemos encontrar otro gran mensaje reflejado en este orden del rezo: el modo de actuar de un ser humano se divide en tres partes: acción, pensamiento y sentimiento. ¿Cuál es el orden correcto de proceder? ¿Con qué se comienza, con el sentimiento, quizá la acción, o es mejor utilizar primero la cabeza?

Para responder a estas interrogantes, recordemos cuáles son los tres órganos vitales del ser humano: cerebro, corazón e hígado, cada uno con una función distinta.

En el cerebro reside el pensamiento, al corazón atribuimos los sentimientos y el hígado es la “estación” de la sangre. Esta última se encarga del movimiento y la acción.

Las iniciales de los nombres en hebreo de estos tres órganos y en este orden forman la palabra *Mélej*, “Rey” (cerebro, *móaj*; corazón, *lev*; hígado, *kabed* = M.L.K., es decir, Rey). Pero en el alfabeto hebreo, estas sagradas letras aparecen al revés: K.L.M., y con estos datos ya podemos pasar al mensaje.

En las cosas espirituales, hay que seguir el orden alfabético de las letras. Primero la K (hígado-sangre-acción), es decir, cumplir las leyes, aunque no las entendamos ni conozcamos su gran significado, y quizá sin siquiera sentir nada por la *mitzvá*.

Poco a poco vamos adquiriendo la L (corazón y sentimientos), la que provoca que empecemos a sentir el amor y la emoción por la *mitzvá*.

Al final, a medida que vamos haciendo y sintiendo, comenzamos a escuchar, estudiar, aprender el significado literal o profundo que la *mitzvá* contiene, alcanzando así la M (cerebro-entendimiento).

Ésta es la fórmula que hay que seguir en el canal espiritual. Pero en el canal mundano, es decir, en todas las decisiones que tendremos que llegar a tomar en la vida respecto a nuestro materialismo, matrimonio, etc., el orden es diferente, siguiendo la clave de: “Sé Rey” (M.L.K.), mente, corazón y acción, para así poder controlar y dominar nuestra vida y actuar correctamente.

Usemos como ejemplo la elección de una pareja para contraer matrimonio. Algunos comienzan directamente con la acción y, después de aceptar el soborno carnal y el placer físico, empiezan a desarrollar un sentimiento por la posible pareja. Y por el soborno y el sentimiento de amor, toman “con la cabeza” la decisión de casarse. Esta fórmula es muy riesgosa y tiene muchas posibilidades de terminar en fracaso.

Otros comenzarán con la ilusión y el sentimiento del amor y, cegados por éstos, irán por una de las dos siguientes “vías”. Pero como el amor es ciego, y todo ciego puede tropezar, de nuevo corren el riesgo de fracasar.

El orden correcto para conducirse en la vida terrenal es: primero, asentar la cabeza, usar la mente, pensar y analizar si es lo adecuado o apropiado para nosotros, y después de que la cabeza haya decidido que sí, procedemos a activar el corazón para desarrollar los sentimientos y el amor. Y sólo al final se abre el camino de la acción, para convertirnos así en reyes.

Todo esto se halla insinuado en el orden del *Shemá*. Primero leemos el párrafo donde se hace alusión al cerebro y por eso justamente contiene 48 palabras, que es el valor numérico de *Móaj*, “cerebro”. Luego procedemos al *Vehayá*, donde se repite varias veces el concepto de “vuestros corazones”, el cual insinúa que, después del cerebro, debemos activar el corazón. Finalizamos con el párrafo de *Vayómer*, que habla específicamente de una acción (hacer y vestir el *tzitzit*).

Antes de leer el *Shemá* al acostarnos, se adelantan tres palabras, de las cuales la segunda insinúa y encierra todo lo ya dicho: *El Mélej neemán*, “El D-os Rey Fiel”, que significa que no solamente Él es Rey, sino que nos pide también a nosotros que seamos reyes de nuestro propio mundo siguiendo la fórmula de M.L.K.

Es por esto que el título más honorable de D-os es *Mélej maljé hamelajim*, “Rey de reyes”, expresión que no se refiere a los últimos reyes que quedaron en el planeta Tierra, sino a cada uno de nosotros, que logramos ser reyes de nuestra vida dominando y controlando nuestra fórmula para tomar decisiones importantes para la vida.

La cadena judía

Es de gran importancia no interrumpir la lectura del *Shemá*, a menos que se trate de algo extraordinario, caso en el que se permite una interrupción con ciertos límites.

Este concepto de no interrumpir puede trasladarse a los eslabones que forman la cadena milenaria del pueblo Judío. Y para desarrollar esta idea, nos remontaremos al origen del texto del *Shemá*.

En el Talmud figura que Yaacov *Avinu* antes de fallecer reunió a todos sus hijos alrededor de su cama con la intención de revelarles importantes profecías. Pero antes quiso asegurarse de que sus doce

hijos siguieran y dieran continuidad a la cadena de los Patriarcas y las Matriarcas, y al preguntarles le contestaron: *Shemá Israel*, “Escucha, nuestro querido padre (quien se llamaba Yaacov y también Israel). *Hashem Elo-henu*”, es decir, “Siempre estaremos apegados a D-os, bien sea que se comporte con nosotros por el canal de D-os, es decir, bondadoso y misericordioso, o sea que se comporte con nosotros por el canal de *Elo-henu*, con justicia estricta y duras pruebas. Siempre será *Hashem Ejad*, siempre lo nombraremos nuestro Rey, Quien es el único que reina en los Siete Cielos y en la Tierra, y nos envuelve desde los cuatro puntos cardinales”.

Al escucharlos, Yaacov Avinu respondió: *Baruj Shem Kevod Maljutó LeOlam Vaed*, “Bendito es Su Nombre y que Su reinado perdure para siempre sin interrupción” (*Pesajim* 56:1).

Desde entonces hasta la fecha, y con el favor de D-os hasta el final de los tiempos, procuramos seguir la tradición y la cadena judía de padre a hijo, sin interrumpirla ni cortarla, D-os nos libre, para transmitir las enseñanzas de nuestros Patriarcas y Matriarcas, quienes están representados todos en las letras que componen el nombre de nuestro pueblo: I.S.R.A.E.L.

En hebreo, la primera letra *yud* hace alusión a Yaacov y a Itzjak; la segunda letra, *shin*, alude a Sará; la tercera, pertenece a Rivká y a Rajel; la letra *álef* hace alusión a Abraham; y la *lamed* final es la de Leá.

Por eso el versículo del *Shemá* nos acompaña desde el *Berit Milá*. Antes de proceder a la circuncisión, el padre pronuncia en voz alta el *Shemá Israel* y todo el público contesta después de él, para simbolizar así el mensaje de que: “No interrumpí la cadena desde los Patriarcas hasta hoy, y aquí está mi hijo” para realizarle la *Milá*.

Durante toda nuestra vida reiteramos este concepto día y noche al leer el *Shemá* sin interrupción, a fin de que, al finalizar nuestra vida, en el último suspiro digamos (o que nos digan) el *Shemá Israel*, para transmitir con esto el mensaje: “Vine al mundo como parte de una cadena a la cual agregué varios eslabones. Terminé mi misión y ahora me voy”.

Que D-os nos ayude a mantener esta cadena sin cortes ni pausas, y que nos salve a nosotros y a nuestros descendientes de la asimilación,

la que fue justamente a lo largo de nuestra historia la “corta-cadenas” y, en lugar de eso, podamos alcanzar la gran bendición reflejada en el Salmo: *Uré banim lebaneja Shalom al Israel*, “Que veas hijos a tus hijos con paz, y pertenecientes al pueblo de Israel” (*Tehilim* 128:6).

Tener fe en la salvación

El Talmud hace mucho énfasis sobre la grandeza de quien empieza la *Amidá* inmediatamente después de terminar de leer el *Shemá* y los párrafos posteriores, mismos que concluyen con la bendición de *Gaal Israel*, “Bendito eres Tú, D-os, que salvó al Pueblo de Israel”.

Por ejemplo, comenta el Talmud en nombre de Rabí Yojanán: “¿Quién tendrá el mérito de tener parte en el Mundo Venidero? El que une *Gaal Israel* con la *Amidá*” (*Berajot* 4b).

En otro párrafo Rabí Beroná afirma, quien fue una persona muy grande, creyente y alegre en el cumplimiento de las *mitzvot*, que la ocasión en que pudo unir las palabras *Gaal Israel* con la *Amidá* no dejó de sonreír todo ese día.

Incluso el rey Jizquiyá afirmó en cierta ocasión ante D-os, lleno de felicidad: “Siempre hice lo que está bien ante Tus ojos”, y explicaron nuestros Sabios que se refirió a que siempre juntaba el *Gaal Israel* con la *Amidá* (*Berajot* 9b).

Asimismo, el *Zóhar* comenta que: “Cuando el pueblo de Israel concurre a las sinagogas a rezar, en el momento que juntan *Gaal Israel* con la *Amidá*, una Voz Celestial proclama: Dichoso es este pueblo sagrado, que hace lo bueno y lo correcto ante D-os” (*Terumá* 128b).

Ciertamente todo lo anterior exige una explicación: ¿por qué es tan importante unir estos dos párrafos?

Al respecto, explica Rabí Yoná Gerondi:

Toda la fuerza del rezo es la fe y la seguridad con que uno se dirige a D-os, es decir, la fe en que Él atiende nuestro llamado y la seguridad de que Él nos rescatará de los sufrimientos.

Es por eso que se estableció leer los versículos y agradecimientos a D-os por la salida de Egipto y culminarlos con la bendición de *Gaal Israel* antes de comenzar la *Amidá*, para llenarnos primeramente de fe y seguridad en D-os Todopoderoso, Quien realizó los grandes milagros en Egipto y nos sacó de la esclavitud, algo que nadie podía conseguir, gracias a las plegarias que provenían de los corazones del pueblo esclavizado.

Así, con esa fe y seguridad nos preparamos para comenzar la *Amidá*, que contiene las peticiones personales para D-os, indicándonos con esto que sólo si llegamos a la *Amidá* con la fe y la seguridad que conseguimos en los párrafos anteriores, ese rezo será recibido.

Ahora podemos entender todo lo que mencionamos antes: cuando vivimos con esta fe y seguridad absoluta en D-os, es evidente que obtendremos el Mundo Venidero, y si lo conseguimos, es motivo para sonreír todo el día, ya que así llevamos a cabo lo bueno ante los ojos de D-os, causando con esto que en el Mundo Venidero, en el Cielo, los Ángeles alaben a D-os por este pueblo especial que tiene.

Aprendamos de todo lo anterior cuán importante es rezar con la seguridad de que D-os puede ayudarnos. Por eso comienza la *Amidá* con alabanzas a la grandeza del Creador; no para adularlo, sino para mentalizar que Él es el Todopoderoso.

Además, la seguridad provoca que los milagros ocurran, como se aprende en el Libro de *Melajim* con varios hechos del Profeta Eliahu; por ejemplo, en los años de sequía fue a la casa de una viuda y le pidió que le preparara algo de comer. La mujer le dijo:

—Me quedaron ingredientes suficientes para hacer sólo un pequeño pan, que dividiré, y una mitad la comeré yo y la otra mi hijo. Luego nos sentaremos cruzados de brazos esperando la muerte, ya que no queda nada más de alimento.

Entonces le dijo el profeta:

—Dame de comer ese pan y luego tu casa se llenará de abundancia.

Cualquiera habría respondido al profeta:

—Si tienes ese don, hazlo primero y después te prepararemos el banquete que quieras.

Sin embargo, el profeta se empeñó en comer primero lo que quedaba y sólo después hacer el milagro. Y así fue.

Un caso parecido ocurrió al final de los tres años de sequía, cuando el Profeta Eliahu preguntó a todo el pueblo reunido a los pies del Monte Carmel (después del debate con los cuatrocientos profetas falsos):

—Si tienen fe y seguridad en D-os, hoy mismo lloverá y vendrá la abundancia.

Cuando todos le contestaron que sí las tenían, les ordenó que trajeran de sus casas el resto del agua potable. Cuando lo hicieron, les ordenó que la derramaran sobre el suelo y sólo entonces empezaría a llover.

De nuevo, cada uno de nosotros le habría dicho:

—Profeta, primero que llueva y después tiraremos el agua. ¡Imagínese si no llueve!

El profeta insistió:

—Primero derramen el agua y después lloverá.

El motivo de todo esto es muy simple: si cocinas lo último que tienes y derramas las últimas valiosas gotas de agua con que cuentas, demuestras tu plena seguridad en que el milagro va a ocurrir. ¡Y esto es justamente lo que hace que ocurra!

Esta seguridad fue la que nos sacó de Egipto y la que causó todos los milagros que se vieron allá, pues por esa seguridad de que el mar iba a dividirse se lanzaron antes de que éste se abriera, confiados en que D-os cumpliría Su promesa de salvarlos. La seguridad que tenían en que aun sin comida ni agua suficientes para la travesía en el desierto D-os los proveería, causó que cayera el maná del cielo y que el pozo de Miriam no dejara de proveer agua.

Por ello tratemos siempre de juntar el *Gaal Israel*, que habla de esa seguridad que tenían nuestros padres, para entrar con ella a nuestro rezo de *Amidá* y formular nuestras peticiones personales.

Prosternémonos ante D-os

El concepto de que durante la *Amidá* debemos prosternarnos varias veces se aplica desde la época del *Bet Hamikash*, como dice el versículo: “Cuando lledes la canasta de los *Bikurim* al Templo, la pondrás allá, te prosternarás ante D-os y te alegrarás con todo lo que te dio” (*Devarim* 26:11).

También los sacerdotes, mientras realizaban los rituales en el *Bet Hamikdash* debían, de vez en cuando, hacer las reverencias, como cuando terminaban de retirar el *Deshen* (las brasas) del altar interno, cuando se prosternaban y salían.

Lo mismo sucedía con el que hacía el incienso y el que limpiaba el candelabro, y quienes realizaban otras labores en el *Bet Hamikdash*. Todos ellos se prosternaban y salían (Rambam, *Leyes de Temidim*, Capítulo 3).

También en la *Azará*, lugar donde estaban los sacerdotes y el pueblo, cada mañana los Leviím cantaban el Salmo correspondiente al día, tocaban los instrumentos y todo el pueblo se prosternaba (*Leyes de Temidim* 6:7).

Sólo que en el *Bet Hamikdash* la forma de prosternarse era quedar completamente acostado sobre el suelo, con las manos y los pies extendidos, lo que se prohibió hacer afuera del Templo.

Aunque este acto de reverencia nos parezca muy simple, el *Midrash Rabá* (56:2) aclara su grandeza: “Dijo Rabí Itzjak: Abraham *Avinu* regresó de la *Akedá* sin haber sacrificado a su hijo sólo por las reverencias que realizó al llegar; el pueblo de Israel salió de Egipto por las reverencias que hicieron ante D-os; la Torá se entregó por las reverencias que realizaron a los pies del Monte Sinai; Janá (la madre del Profeta Shemuel) sanó de su esterilidad por el mérito de que se prosternaba ante D-os”.

El *Midrash* continúa explicando: “En el futuro no lograremos la Redención Final sino por el mérito de las reverencias, lo que también originará la construcción del Tercer *Bet Hamikdash*” (sobre cada frase de lo dicho anteriormente, el *Midrash* trae un versículo que lo demuestra).

El secreto de las reverencias consiste en el hecho de agachar la cabeza ante el Creador, para convertirle a Él en Rey y a la persona en Su fiel súbdito.

En el mundo terrenal, cuando nos prosternamos ante un rey de carne y hueso, éste suaviza su enojo y ganamos su favor, como sucedió con la reina Esther cuando se prosternó ante Ajashverosh para encontrar gracia ante sus ojos y entonces pedirle que anulara los malos decretos, y así sucedió.

Así también lo vimos con Yaacov *Avinu*: cuando llegó Esav enojado, con intenciones de asesinarlo, nuestro Patriarca se prosternó siete veces, y en cada una lograba disminuir el enojo de su hermano, hasta que después de la séptima se abrazaron.

Con base en este concepto, nos prosternamos ante D-os pidiendo a nuestro Rey que emane Su Misericordia sobre Su súbdito, que siempre baja la cabeza ante Su grandeza.

Por eso justamente en el rezo de la *Amidá* nos encontramos con siete prosternaciones, como dice el *Zóhar*: “Y debe procurar cada judío pararse a rezar envolviéndose en su *Talit* como un pobre parado en el portón del rey, prosternándose ante Él siete veces, como dice el versículo: ‘Siete veces se prosternará el justo’ (*Mishlé* 24:16)”.

Al respecto nuestros Comentaristas explican que las siete reverencias a las que se refirió el *Zóhar* son dos al inicio, dos al final y tres que se realizan al finalizar el rezo de *Osé shalom*, donde nos inclinamos hacia la izquierda, a la derecha y al frente. En cada una de estas prosternaciones se rompen las murallas que interfieren entre cada uno de nosotros y el Creador.

Por tanto, ya que hay siete Cielos y entre uno y otro una “capa” que los divide, al igual que el pueblo de Israel rodeó las murallas de Yerijó siete veces hasta que cayeron, también con cada prosternación de la *Amidá* rompemos una muralla más y elevamos nuestros rezos un Cielo más arriba, hasta que se ubican en el séptimo (llamado *Arabot*), frente al Trono Celestial.

La infraestructura de la *Amidá*

Hay varias leyes pertinentes a las peticiones que hacemos en la *Amidá*. Este rezo se compone de tres bendiciones al principio y tres al final, que no varían durante todo el año. Entre estas bendiciones, los días de semana pronunciamos trece con peticiones particulares y generales, como se verá aquí.

La raíz de todas estas bendiciones es, como dice el *Midrash*: “Rabí Shimón *Hapakulí* ordenó las dieciocho bendiciones delante del gran legislador de la asamblea en Yavne, Rabán Gamliel”.

Respecto a la expresión “ordenó las bendiciones”, comenta el *Midrash* que éstas ya existían y Rabí Shimón sólo les dio un orden. Con base en diversos hechos narrados en la Torá, dicho orden es el siguiente:

D-os salvó a Abraham *Avinu* del horno ardiente al que fue arrojado por el rey Nimrod. Al salir del mismo, todos los ángeles alabaron a D-os diciéndole: *Baruj Atá... maguén Abraham*, “Bendito eres Tú, D-os, que salvó a Abraham”.

Cuando Abraham *Avinu* realizó la *Akedá* de Itzjak, donde estuvo a punto de degollar a su hijo y al final D-os lo evitó, los ángeles dijeron: *Baruj Atá... mejayé hametim*, “Bendito eres Tú, D-os, que revive a los muertos”.

Al dormir Yaacov en Bet El, soñó con la escalera, alcanzó niveles muy elevados y santificó por la mañana ese lugar, por lo cual los ángeles alabaron a D-os diciendo: *Atá Kadosh... ukdoshim bejol yom yehaluluja sela*, “Tú eres Santo... y santos te alaban por siempre”.

Cuando el ángel enseñó los setenta idiomas a *Yosef HaTzadik* en la cárcel en Egipto, antes de que se presentara ante el Faraón para interpretar sus sueños, los ángeles dijeron: *Baruj Atá... jonén hadáat*, “Bendito eres Tú, D-os, que da la sabiduría”.

Reuvén cometió la falta respecto a Bilhá, por lo que se decretó en el Cielo su muerte y volvió en arrepentimiento, el que D-os recibió. Por eso los ángeles dijeron: *Baruj Atá... harotzé bitshuvá*, “Bendito eres Tú, D-os, que acepta el arrepentimiento”.

Cuando Yehudá ordenó ejecutar a Tamar, ella le demostró que se había equivocado y él inmediatamente aceptó su error. En ese momento se perdonó su pecado y en el Cielo los ángeles dijeron: *Baruj Atá... janún hamarbé lislóaj*, “Bendito eres Tú, D-os piadoso, que perdona”.

Los egipcios esclavizaron a nuestros padres y D-os dio la orden de la salvación, y dijeron los ángeles: *Baruj Atá... goel Israel*, “Bendito eres Tú, D-os, redentor del pueblo de Israel”.

Cuando Abraham *Avinu* se hizo la circuncisión a muy avanzada edad y el ángel Refael lo visitó para curarlo, dijeron los ángeles: *Baruj Atá... rofé jolé amó Israel*, “Bendito eres Tú, D-os, que cura a los enfermos”.

Al ceder Itzjak *Avinu* y no discutir más por los pozos que le cubrieron los filisteos, D-os le mandó mucha abundancia monetaria, ante lo que expresaron los ángeles: *Baruj Atá... mevarej hashanim*, “Bendito eres Tú, D-os, que bendice los años”.

Yaacov viajó con su familia a Egipto para reunirse con su hijo Yosef, y dijeron los ángeles: *Baruj Atá... mekabetz nidjé amó Israel*, “Bendito eres Tú, D-os, que reúne al pueblo de Israel”.

D-os entregó la Torá al Pueblo de Israel y se les dieron las leyes de juicio y justicia, por lo que los ángeles dijeron: *Baruj Atá... Mélej ohev tzedaká umishpat*, “Bendito eres Tú, D-os, Rey que ama la justicia y el juicio”.

Cuando los egipcios se ahogaron en el mar, los ángeles dijeron: *Baruj Atá... shover oyevim umajná zedim*, “Bendito eres Tú, D-os, que doblega a los enemigos”.

Al jurar Yosef a su padre que cumpliría con su deseo de enterrarlo en Israel, dijeron los ángeles: *Baruj Atá... mish’án umivtaj latzadikim*, “Bendito eres Tú, D-os, que das apoyo y seguridad a la gente justa”.

El Rey Salomón construyó el *Bet Hamikdash* y dijeron los ángeles: *Baruj Atá... boné Yerushalaim*, “Bendito eres Tú, D-os, que construye Yerushalaim”.

Cuando el Pueblo de Israel terminó de cruzar el mar y se salvaron de los egipcios, dijeron los ángeles: *Baruj, Atá... matzmíaj keren yeshuá*, “Bendito eres Tú, D-os, que origina la salvación”.

El Pueblo de Israel clamó en Egipto ante D-os que los liberara de la esclavitud y D-os los escuchó, y dijeron los ángeles: *Baruj Atá... shome’a tefilá*, “Bendito eres Tú, D-os, que escucha las plegarias”.

Cuando el Pueblo de Israel hizo el *Mishkán* (el Tabernáculo) en el desierto y bajó la Presencia Divina a morar entre los dos *Kerubim*, dijeron los ángeles: *Baruj Atá... hamajazir Shejinató letzión*, “Bendito eres Tú, D-os, que devolvió Su Presencia Divina a Yerushalaim”.

Cuando el Rey Salomón llevó el *Arón Hakódesh* al interior del *Bet Hamikdash* y agradeció a D-os por permitirle construir el Santuario y mantener un gobierno de paz y tranquilidad, los ángeles dijeron: *Baruj Atá... hatov Shimjá uljá naé lehodot*, “Bendito eres Tú, D-os, que bueno es Tu Nombre y a Ti es propio agradecer”.

El Pueblo de Israel entró a la Tierra Prometida después de la travesía de cuarenta años, la conquistaron y por fin se asentaron con paz y tranquilidad en ella. Entonces dijeron los ángeles: *Baruj Atá... hamevarej et amó Israel bashalom*, “Bendito eres Tú, D-os, que bendice al Pueblo de Israel con la paz”.

Debido a que todas estas bendiciones fueron dichas en los Cielos, nuestros Sabios, en su grandeza, las “rescataron” y las establecieron en nuestro rezo.

Sin embargo, por haber sido cada una de ellas dichas en épocas diferentes, Rabí Shimón *Hapakulí* les dio un orden, no cronológico, sino temático, a fin de que el rezo llevara una secuencia, que es la siguiente:

Después de alabar a D-os en las primeras tres bendiciones, comenzamos las trece peticiones: en la primera (*Atá Jonén*), pedimos a D-os sabiduría para que nos ayude a pedir las cosas correctas y de manera correcta; luego, en la segunda y tercera bendiciones (*Hashivenu* y *Selaj Lanu*), empezamos a pedir a D-os por las cosas espirituales: “Acércanos, D-os, a Tu Torá; perdónanos por los pecados que cometimos”, dando así preferencia a las peticiones espirituales.

Posteriormente, en la cuarta, quinta y sexta bendiciones pedimos a D-os cosas físicas y materiales, como la salvación particular de cualquier problema que estemos atravesando, así como salud y buena manutención. Después de esta serie de peticiones particulares, comenzamos con las peticiones generales para todo el pueblo de Israel.

¿No es interesante, además, cómo este orden de las bendiciones escrito hace aproximadamente dos mil años refleja los acontecimientos de la *Gueulá* (la Redención Final)? Así lo indica el *Zóhar*, donde se describe que la *Gueulá* y el retorno de los judíos desde la Diáspora hacia la Tierra de Israel no será de una sola vez con la llegada del *Mashíaj*, sino paulatinamente: primero regresará parte del pueblo de Israel y establecerá un gobierno, pero este paso provocará problemas con los Ishmaelitas que están compartiendo la tierra (el nombre de Ishmael proviene de los muchos problemas que nos dará, por los que clamaremos, hasta que nos escuche D-os: *Ishmá El*, “Escuchará D-os nuestras plegarias” y salvará al pueblo justo).

Luego se reconstruirá Yerushalaim con la llegada del *Mashíaj*. Por eso, en la serie de bendiciones de la *Amidá* el orden es: ante todo, en la séptima bendición, pedimos a D-os: “Reúne y congrega a los judíos de la Diáspora, para que volvamos a reunirnos en la Tierra de Israel”.

Ante el gobierno que se formará ahí, pedimos en la octava bendición: “D-os, ayúdanos a que nuestros jueces y legisladores retomen el mando religioso como lo hubo al principio, antes de ser exiliados”.

Ante los enemigos y gente perversa, a la que molestará todo esto, decimos en la novena bendición: “Extermina, D-os, por favor, a todos Tus enemigos”.

En la décima bendición le pedimos que beneficie a toda la gente justa y que sea misericordioso con todos nosotros que confiamos en Él: “Bendito D-os, que siempre es el sostén y la seguridad de los justos”.

Desde la undécima bendición pedimos la *Gueulá* final con la construcción del Tercer Templo en Yerushalaim, con el *Mashíaj Ben David* mencionado en la duodécima bendición, y todo eso logrado porque D-os escuchó nuestras plegarias (hechas en la decimotercera bendición).

De ahí hasta el final del rezo, ya representa el agradecimiento a D-os que le daremos apropiadamente al permitirnos volver a servirle desde el Templo de Yerushalaim, en el cual Él volverá a morar.

Como prometen nuestros Sabios, en ese entonces, cuando todo el sufrimiento haya terminado, cada uno de nosotros traerá un sacrificio de agradecimiento para decir a D-os: *Lejá naé lehodot*, “A Ti, D-os, es digno agradecer”.

Sólo entonces se cumplirá la gran profecía: “Y no habrá más guerras, todas las espadas se convertirán en azadones, vivirá el lobo con el cordero, y el león y la cabra pastarán juntos” (*Yeshayá* 11:6).

Sobre esa época es que finalizamos con “la bendición de la paz”, *Osé shalom Bimromav*.

La lluvia Celestial

El agua es la fuente de la vida. Sin ella nada florecería y ningún animal ni ningún ser humano podrían existir. Por eso dedicamos una parte de nuestro rezo a pedir y a agradecer a D-os por el agua. Desde el leve rocío hasta las fuertes lluvias. Es por esto que la petición por el agua se ubique en la bendición para la manutención, ya que hay una fuerte correlación entre ambos conceptos.

Al igual que el agua se divide en rocío (diario), lluvia (de vez en cuando) y nieve (acumulada en la cima de las montañas para que en el verano, cuando falte agua, el sol la derrita y la mande por canales a los lugares bajos), la manutención tiene varias analogías:

- El rocío hace alusión al dinero que ganamos a diario.
- La lluvia, a los negocios sólidos que se presentan de vez en cuando, y
- La nieve refleja el fondo ahorrado que colocamos en “la cima” de los bancos, para cuando se presente la necesidad de hacer un gasto fuerte.

Con el rezo no sólo pedimos a D-os por el agua y la lluvia, sino que también lo alabamos por Su grandeza y le agradecemos por el milagro de la lluvia. Como dice en el libro *Hatodaá*: “Observa la gran bondad del Creador”.

Mientras estamos durmiendo, D-os abre Su buen tesoro y nos proporciona rocío y lluvia, con los que riega nuestros campos y sacia toda la tierra, para que ésta pueda hacer brotar sus frutos, llenos de bendiciones.

De esto se encarga D-os Mismo, como dijeron nuestros Sabios en la *Guemará*: “Son tres llaves las que tiene D-os y no encarga a ningún emisario: la de la lluvia, la del parto y la de la resurrección de los muertos. Como dice el versículo: ‘Y te abrirá D-os Mismo su buen tesoro para darte lluvia en su tiempo’ (*Devarim 28:12*)” (*Taanit 2a*).

Sobre el versículo de Iyob que dice: *¿Mi filag lashétef tehalá?*, “¿Quién separó las gotas del chorro?” (38:25), la *Guemará* comenta que D-os dice: “Muchas gotas de agua ubiqué en las nubes y entre ellas creé un margen para que no se junten en el aire, pues si se juntaran y cayeran al mismo tiempo como un baño de agua desde esas alturas, lo destruirían todo” (*Babá Batrá 16a*).

Si observamos mientras la lluvia cae, veremos este milagro con nuestros propios ojos: a pesar de que las corrientes de viento mueven las gotas y la diferencia en la velocidad con que éstas caen podría fácilmente causar que fueran juntándose y crearan un gran “lago de agua” en el aire que va camino a tierra firme, D-os Todopoderoso se encargó de que esto no ocurriera. Éste es otro motivo por el que lo alabamos y le agradecemos.

Además, la lluvia misma nos ofrece una profunda explicación de cómo exactamente funcionan los rezos. Nuestros Sabios hablan de dos conceptos: el primero se llama *Itarutá deltata* (“el despertar desde abajo”) y el segundo se llama *Itarutá delelá* (“el despertar desde arriba”). En otras palabras, el mundo está dividido en el que da y el que recibe.

A veces el que recibe origina que quien da, lo haga. Esto se llama *Itarutá deltata*, el despertar que vino desde abajo. Pero a veces puede ocurrir que quien da decide, por voluntad propia, dar sin que se le pida. Eso se llama *Itarutá delela*.

Podemos hallar estos dos conceptos en muchas áreas de la vida. Por ejemplo, entre rico y pobre, maestro y alumno, y por supuesto, D-os y nosotros, donde los primeros dan y los segundos reciben.

La forma apropiada de realizar las cosas es que primero haya Itarutá delata, y ésta provoca la gracia Celestial para que la lluvia se proporcione “de buena gana” y en abundancia.

Por eso en la *Amidá*, mientras empezamos a alabar a D-os y nos preparamos para pedir, hacemos alusión al ciclo vital del agua. Comienza con la evaporación de agua de la tierra, y el vapor se eleva al cielo donde se condensa y baja como lluvia en abundancia, como dice el versículo: “Y el vapor subirá desde la tierra y regará su faz” (*Bereshit* 2:6).

Así son también nuestras plegarias: se elevan a D-os como un cálido vapor que emana de nuestros corazones, que termina formando una nube Divina de letras, palabras, alabanzas y peticiones, las cuales provocan que D-os vierta sobre nosotros aguas de bendición y alegría.

Rezar con nuestras palabras

Todos podemos pedir cosas personales con nuestras propias palabras en la *Amidá*. Pero, ¿qué es mejor: expresar el rezo escrito por nuestros Sabios o expresarnos libremente con nuestras palabras? En verdad, cada una de estas opciones tiene sus beneficios y perjuicios.

Por una parte, el rezo escrito siempre es el mismo y la rutina hace lo suyo. Por ello, muchas veces lo decimos y no lo sentimos, porque no son palabras que salen de nosotros, sino que son las que nos indicaron decir. Sin embargo, son palabras mayores que establecieron grandes profetas y sabios, con la forma correcta de expresarse y un perfecto orden para pedir.

Por otro lado, el rezo particular tiene la ventaja de componerse de palabras que salen del corazón y decimos con emoción. Por supuesto, por ser lo que queremos decir, nos concentramos al decirlas, aunque quizá no las expresamos correctamente o no nos dirigimos con el respeto apropiado a D-os.

Así que, ¿cuál es la manera más correcta para rezar? La respuesta es que la combinación de los dos modos representa la perfección.

Por eso, en la *Amidá* seguimos “el manual” de nuestros Sabios agregando, especialmente en la bendición de *Shemá Kolenu*, nuestras peticiones particulares, para presentar así un rezo perfecto.

Sin embargo, podemos equivocadamente pensar que sólo debemos “molestar” a D-os para presentarle problemas graves, asuntos grandes, pero que por un insignificante dolor de muelas o un malentendido con nuestro socio y similares, no es necesario acudir al Creador de todo el mundo, que de seguro está “ocupado” con Sus incontables labores.

El *yehudí* no piensa así, al contrario: cuanto más pidamos a D-os en los asuntos pequeños de nuestra vida, demostramos que Él y sólo Él se encarga incluso de esas “cuestiones insignificantes”.

Y no sólo eso, sino que, como dice Rabí Yonatan Aibeshitz: “Procura rezar con tus palabras en la bendición de *Shemá Kolenu*, ya que tus plegarias particulares son muy queridas por D-os, y ésta es la parte principal de todo el rezo” (*Yaarot Devash, Tefilá*, Cap. 1).

Asimismo, el Jazón Ish comenta: “Si la persona quiere que todo su rezo se reciba, que se exprese con sus palabras en la bendición de *Shemá Kolenu*. Esta petición particular que emana desde el corazón causará que todo el rezo se reciba” (*Kóvetz Iguerot*, primera parte).

¡Gracias, D-os!

Casi al finalizar la *Amidá*, después de terminar de hacer todas nuestras peticiones, procedemos a agradecer a D-os por todo lo bueno que nos da, en el párrafo del *Modim anajnu Laj*, donde inclinamos la cabeza y decimos: “¡D-os, te agradecemos por todo!”.

El agradecimiento es parte fundamental de la vida de todo *yehudí*, cuyas primeras palabras al comenzar el día son: *Modé Aní*, “Te agradezco”.

Igualmente, en cada paso que damos, desde los rezos de *Birkat Hamazón* hasta cuando salimos del baño, agradecemos a D-os por

cada uno de ellos. E incluso el nombre del pueblo Judío proviene de Yehudá, el cuarto hijo de Leá, que viene a su vez de la palabra “agradecer”. Se eligió este nombre para denominar al pueblo de Israel, llamándonos *Yehudim*, porque la razón de Leá para llamar a su hijo con dicho nombre refleja la esencia que debemos tener cada uno de nosotros.

De hecho, la *Guemará* explica: “Dijo Rabí Yojanán en nombre de Rabí Shimón Bar Yojai: Desde el día en que D-os creó el mundo nadie le había agradecido, hasta que Leá lo hizo, pues al tener a su cuarto hijo exclamó: ‘¡Esta vez agradeceré a D-os!’, y por eso lo llamó Yehudá” (*Berajot* 7b).

Rashí explica al respecto: “Por profecía era sabido que Yaacov tendría doce hijos, quienes formarían las Doce Tribus de Israel, y ya que tenía cuatro esposas, lo esperado era que cada una tendría tres hijos. Por eso, cuando Leá tuvo un cuarto hijo, se dio cuenta de que había recibido más de lo que merecía, y por ello agradeció a D-os nombrándolo Yehudá”.

Esto nos indica que mientras creamos que recibimos lo que nos corresponde, no sentiremos la necesidad de agradecer. Sin embargo, cuando comprendemos que todo lo que nos da el Creador es más de lo que merecemos, decimos: “¡Gracias, D-os!”. Así debemos sentirnos todos y cada uno de los *yehudim* que agradecemos a D-os día y noche, y no olvidamos todos los favores y milagros que Él nos ha hecho a lo largo de la historia.

Cada vez que llegan las festividades de Sucot, Pésaj, Janucá, Purim, etc., dedicamos esas fechas a agradecer a D-os.

Las festividades en hebreo se llaman *Moadim*, palabra compuesta por los términos *modim* y *edim*, “agradecimiento” y “testigos”, ya que al conmemorarlas año con año y trasmitirlas de padres a hijos, mantenemos el testimonio de que esas historias realmente ocurrieron, y junto con las nuevas generaciones agradecemos a D-os por el pasado.

En hebreo, las palabras “reconocer” y “agradecer” se dicen de la misma forma: *modé*. En un juicio, por ejemplo, el acusado dirá: *Aní Modé*, “Yo reconozco”, y el que se siente agradecido dirá: *Modé Aní*, “Agradezco yo”.

El motivo de que ambas palabras provengan de la misma raíz es que sólo quien reconozca que su salud, éxito, manutención, etc., provienen de D-os, Le agradecerá.

Por eso cierta ley exige a los que atravesaron un largo camino por aire, mar o tierra, o lograron salir de prisión, un secuestro o el cautiverio, o al enfermo de gravedad que sanó, a decir la bendición de *Hagomel* y agradecer a D-os.

Es interesante que de acuerdo con algunos legisladores de la *Halajá*, esta bendición no debe decirse en caso de sobrevivir a un atentado o un terremoto, o cualquiera otra catástrofe natural.

Debemos estar conscientes de Quién es quien nos ayudó y nos salvó. Normalmente la persona cuando sana agradece al doctor, al hospital y al buen medicamento que tomó, pero no agradece a su Creador. Sucede igual con el viajero que atribuye el éxito de su travesía al piloto, al conductor o la compañía de transporte, y quien sale libre de la cárcel lo atribuye al buen abogado o al amable juez de turno, olvidándose de D-os.

Para que esto no suceda, se estableció la bendición de *Hagomel* a fin de que estas personas suban al *Séfer Torá* y agradezcan a D-os, y no sólo al piloto, al doctor o al abogado.

Y ya que lo primero que hace quien se salva de un atentado o un terremoto es alzar los ojos al Cielo y decir: “¡Gracias, D-os!”, reconociendo a D-os como su único salvador, no es necesario que diga la bendición de *Hagomel*.

Además, cuando alguien nos agradece por un favor que le hicimos, ese agradecimiento nos impulsa a ayudarlo de nuevo, mientras que cuando no nos agradece perdemos interés por ayudarlo de nuevo.

Del mismo modo sucede con D-os: nuestro agradecimiento le causa un placer tal que lo “incita” a querer darnos más, sólo porque sabemos decirle: “¡Gracias!”.

La *Guemará* comenta que debido a que antiguamente los baños públicos (a los que acudía la gente para bañarse con agua caliente) no

eran seguros, Rab Ajá estableció un rezo al salir de esos lugares: “D-os, te agradezco que me hayas salvado del fuego y de cualquier cosa mala que pudiera haberme ocurrido en este lugar” (Berajot 60a).

Quizá para muchos podría parecer un tanto exagerado. Por ello la *Guemará* relata que Rabí Abahu entró a uno de estos baños públicos que estaba colmado de gente. De pronto, se rompió uno de los maderos que servía de columna para sostener el piso, también de madera, ubicado justamente sobre el pozo de agua hirviendo. De forma milagrosa no cayó toda esa gente al agua, lo que les habría causado graves quemaduras o la muerte.

Cuando salió, Rabí Abahu dijo: “Me salvé y logré salvar a todos porque siempre seguí el ejemplo de Rab Ajá de agradecer a D-os cada vez que salgo de ese lugar”.

Posiblemente esta narración no tenga vigencia en la actualidad, pero si la aplicamos en situaciones como manejar en carretera, caminar por calles peligrosas o ir de vacaciones a lugares remotos, agradeciendo a D-os no sólo con textos escritos, sino con plegarias propias, como lo hizo Rab Ajá, eso dará a D-os mayor predisposición de salvarnos de cualquier cosa mala, como sucedió a Rabí Abahu. La importancia de la bendición de *Modim Anajnu Laj* es trascendental.

Es fácil darnos cuenta de que durante todo el rezo nos dirigimos a D-os en masculino y nosotros somos como la parte femenina. En la Cabalá, al que da se le distingue en masculino y al que recibe en femenino.

Lo curioso es que en la bendición de *Modim* las cosas se invierten, ya que la expresión *Laj de Modim Anajnu Laj* significa “a Ti”, en femenino.

En esta parte de la *Amidá* nos denominamos en masculino y a D-os como a la parte femenina, pues lo único que podemos dar a D-os es placer y regocijo al agradecerle.

Ahí somos nosotros los que le damos a Él, al ser nuestro agradecimiento lo único que podemos proporcionar. Entonces no neguemos ese gran regocijo al Creador. Agradecemosle de todo corazón y alma, agachando la cabeza y diciéndole: “¡Gracias, D-os, por todo!”.

El recipiente de la paz

En la *Amidá* pedimos la paz, tanto al final de *Birkat Cohanim*, “la bendición de los sacerdotes”, como en el final de la *Amidá*, en el *Osé shalom...*, “el que hace la paz en las alturas nos ayudará a tener la paz entre nosotros”.

Cabe preguntar: ¿por qué se eligió el tema de la paz para finalizar este rezo? La respuesta se halla en el Tratado de *Ukzin*: “Dijo Rabí Shimón Ben Jalaftá: No encontró D-os mejor recipiente que contuviera las bendiciones que la paz” (3:12).

Es decir, cada bendición necesita un recipiente dónde ser contenida, como la del vino, que precisa una copa para reposar en ella. Si el recipiente está agrietado, no importa cuán bueno sea el vino, pues se perderá por esa grieta

Así son las bendiciones: deben reposar en una persona de paz, en un hogar en el que no haya “grietas” entre el hombre y la mujer, entre padres e hijos; y en un negocio en que la paz, la armonía y la confianza entre los socios sean inquebrantables. De lo contrario, sin importar quién te bendiga, todo se pierde.

Por ello en el rezo, la bendición de los Cohanim finaliza con las palabras *Veyasem lejá Shalom*, “Y D-os te dé paz”.

El *jazán* continúa el rezo con las palabras: *Sim Shalom*, “Reposa la paz sobre el pueblo de Israel”, y concluimos la *Amidá* con la petición de *Osé Shalom*, para indicarnos que todas estas bendiciones y abundancia Divina necesitan del recipiente de la Paz.

Parece fácil cumplir con el versículo de *Tehilim*: *Bakesh shalom verodfehu*, “Busca la paz y persíguela” (34:16), pero no es así, ya que el orgullo y la seguridad de que lo que decimos y hacemos es lo correcto y que los demás están equivocados, nos impide alcanzarla. No nos damos cuenta de cómo por cuestión de peleas insignificantes, perdemos un sinfín de bendiciones.

Por eso nuestros Sabios establecen que antes de citar el *Osé shalom*, primero debemos bajar la cabeza, dar tres pasos hacia atrás y sólo entonces pedir la paz, indicándonos con esto que si queremos paz, primero debemos agachar la cabeza con humildad y luego retirarnos de nuestra posición, es decir, ceder, para conseguirla.

De lo contrario, al erguir la cabeza con soberbia y persistir neciamente en nuestra posición, no conseguiremos nada sino sólo abrir una grieta más por la que se derramará el vino de las bendiciones.

La *Guemará* comenta: “En los sueños, un río, un pájaro o una olla son mensajes de: Aprovecha el día, pues es un momento apto para hacer paz. Tú sabrás con quién” (*Berajot* 56b).

Sólo hay una diferencia entre estos tres símbolos. El río representa: “Haz la paz llevando un regalo, pagando, devolviendo”, pues al igual que el río transporta cosas de un lugar a otro, nosotros también debemos transportar y llevar algo para conseguir esta paz.

En el caso del pájaro, que pía, hace alusión a que esta paz se conseguirá por medio de palabras que tendremos que “piar”; es decir, tendremos que pedir perdón, contentar, aclarar, explicar...

En el caso de la olla, el tipo de paz al que alude es muy interesante. Las ollas logran “hacer la paz” entre el fuego y el agua al separarlos: el fuego arde por debajo y el agua hierve adentro. Esto significa que este tipo de paz se logra sólo por medio de la separación. Muchas veces el exceso de cercanía y la convivencia constante causan infinidad de roces entre las personas, por lo que una pequeña y breve separación hace bien a todas ellas.

En resumen: debemos tener ingenio para conseguir la paz y descubrir qué métodos resultan más eficaces para alcanzarla y lograr que perdure. Por eso Hilel dijo: “Sé de los alumnos de Aharón *Hacohén*, quien amaba la paz y la perseguía” (*Pirké Abot* 1:12).

Al respecto, figura en *Maséjet Dérej Éretz Zutá* que cuando Aharón veía que dos personas peleaban, iba con una y le decía: “Me encontré ayer con tu amigo. Está muy arrepentido por lo que sucedió y no sabe cómo contentarse contigo”. Después iba con la otra persona y

le decía las mismas palabras, de modo que al día siguiente, cuando se encontraban, ambas se abrazaban y olvidaban lo sucedido (Cap. 11).

En *Maséjet Kalá Rabatí* está escrito que “cuando falleció Aharón *Hacohén*, se levantaron en las primeras filas ochenta mil jóvenes, todos llamados Aharón” (Cap. 3). Todos esos jóvenes se llamaban así porque las parejas que los dieron a luz estuvieron a punto de divorciarse y Aharón *Hacohén* fue quien los contentó y ya no se separaron. Al nacer su hijo, se cuestionaban: “¿Cómo le llamaremos?”, y ambos acordaban que, de no haber sido por el mérito y la intervención de Aharón, ese niño no habría nacido. Por eso le pusieron ese nombre.

Parece increíble: si a las ochenta mil almas que nacieron agregamos todas las parejas que tuvieron niñas y todas las que ya no estaban en edad de tener hijos, además de la paz que logró entre amigos, socios y similares, la cantidad de gente que Aharón *Hacohén* logró contentar asciende a cantidades realmente muy elevadas.

Sólo podemos concluir que Aharón salvó de la separación a innumerables parejas y que por eso se le dio el poder de la bendición de *Birkat Cohanim*, que finaliza con las palabras: *Veyasem lejá Shalom*.

El versículo de tu nombre

En el Judaísmo es conocida la costumbre de que antes de finalizar la *Amidá*, es conveniente decir un versículo que empiece con la primera letra de nuestro nombre y finalice con la última letra del mismo.

Rashí explica sobre el versículo: “De aquí aprendemos que el que dice cada día el versículo que comienza y finaliza con las letras de su nombre, será protegido en el Mundo Venidero” (*Mijá* 6:9).

El esplendor de la *Jazará*

Al finalizar la *Amidá* se procede a decir lo que se conoce como la *Jazará*, que es la repetición de la *Amidá* realizada por el oficiante, momento en el cual el público debe estar atento y escuchando, sólo respondiendo: *Baruj Hu ubaruj Shemó* y “Amén”.

Lo anterior se aprende de la *Guemará*, en la discusión entre Rabán Gamliel y *Jajamim*: “Aunque originalmente la *Jazará* se estableció para aquéllos que no saben rezar, finalmente terminó siendo una parte fundamental del rezo para todos, incluso para los que rezaron perfectamente del *Sidur*” (*Rosh Hashaná* 34b).

Además el Rambam, en una respuesta que mandó a Rabí Saadia, escribe que si es necesario escoger entre las dos *Amidot* (la silenciosa y la repetida en voz alta), deberá elegirse la segunda, ya que la silenciosa se considera *Tefilat Yajid* (“rezo particular”) y la segunda se considera *Tefilat Tzibur* (“rezo público”) el cual como es sabido, se recibe con mayor eficacia en el Cielo (*Iguerot Harambam*, Tomo II, pág. 565).

En el libro *Kaf Hajaim* se narra que el Arizal decía que la importancia de la *Jazará* es mayor que la de la *Amidá*, ya que por su intermedio, la primera *Amidá* se eleva y llega a niveles más superiores en el Mundo Venidero (pág. 124).

La costumbre del Arizal era que en la *Jazará* cerraba los ojos y escuchaba con atención cada una de las bendiciones, respondiendo con fervor *Baruj Hu Ubaruj Shemó* y “Amén”.

Lamentablemente hoy nos damos cuenta de que la *Jazará* es justamente la parte del rezo en que resulta más difícil mantener el silencio y la concentración, y el motivo es evidente: donde hay mayor grandeza y santidad, más *yétzer hará* e interferencias se encuentran.

Es penoso ver que ya que la gente habla durante la *Jazará*, en muchas comunidades se prefirió dejar de decirla, ¡en lugar de hacer un mayor esfuerzo por eliminar esas conversaciones y perseverar en la costumbre de la *Jazará* con todo su esplendor!

Kadosh, Kadosh, Kadosh

Lo principal de la *Jazará* y de casi toda la *Tefilá* es la *Kedushá* que se dice al principio de ésta, en la cual decimos a D-os: *Nakdishaj Vena'aritzaj*, “Te santificaremos y te alabaremos, al igual que Te alaban los ángeles, quienes te triplican la *Kedushá*”.

En este párrafo intentamos imitar las alabanzas de los ángeles, como dijo el Profeta Ishayá: “Y tuve una visión en la cual vi el Trono Celestial, y ángeles parados alrededor..”, *Vekará ze el ze veamar Kadosh, Kadosh, Kadosh*, “Y se dirige uno al otro llamándolo para alabar juntos al Creador y decirle tres veces *Kadosh* (Santo)” (6:3).

El Profeta Yejezkel dice: “Y escuché un gran ruido en el Cielo, donde los ángeles decían: *Baruj Kevod Hashem mimekomó*, “Bendito es el Honor de D-os desde el lugar donde está” (3:12).

En el libro *Hejalot Rabatí* figura que cierto ángel comenzó a alabar junto con todas sus legiones diciendo *Kadosh, Kadosh, Kadosh*.

También en la *Guemará* comenta Rab Jananel: “Tres grupos de ángeles alaban a D-os diariamente: uno dice *Kadosh*, el otro repite *Kadosh* y el último dice *Kadosh Hashem Tzevakot*” (*Julín* 91b).

El Tur alude otra cita del libro *Hejalot Rabatí*: “Y dijo D-os a los ángeles de la *Merkabá* Celestial: Vayan y enseñen a Mis hijos el secreto de la alabanza del *Nakdishaj*, para que en el momento en que digan: *Kadosh, Kadosh, Kadosh*, estén sus ojos alzados al Cielo y eleven su cuerpo, tal como hacen ustedes aquí en el Cielo” (cap. 125).

Con base en esta información profética sobre la manera en que los ángeles alaban a D-os, procuramos imitarlos incluyendo la forma en que nos quedamos de pie manteniendo ambos pies tan juntos que parezcan uno solo, como el Profeta Yejezkel los describió: *Veraglehem réguel yeshará*, “Y sus pies parecían un solo pie recto” (1:7).

Debido al versículo que dice que los ángeles *Yedudún, Yedudún* (“van saltando”), escribe el *Midrash Tanjumá* que por ello nosotros saltamos al decir *Kadosh, Kadosh, Kadosh* (*Tzav* 13, pág. 504).

Pero en verdad no se trata de una simple imitación, sino mucho más que eso... Se trata de cumplir con la Voluntad de D-os, que es santificar su Nombre en la tierra y no sólo en el cielo.

Como dice el versículo: *Venikdashtí betoj bené Israel*, “Y Seré santificado dentro de los hijos de Israel” (*Vaikrá* 22:32).

Por eso el Ben Ish Jai señala que al decir cada uno el *Nakdishaj* debemos hacerlo con la intención de que estamos cumpliendo con este mandamiento (el de santificar a D-os) y la Voluntad Divina de que no sólo es alabado en el cielo, sino también (o especialmente) en la Tierra.

Por eso dicen nuestros Sabios que la *Kedushá* terrenal es superior a la *Kedushá* Celestial, ya que esta última no se eleva tanto y sólo hasta que en la tierra decimos *Kadosh, Kadosh, Kadosh* los ángeles se unen a esta alabanza terrenal con el objetivo de que sus alabanzas se eleven también (*Julín* 91b), con dice el versículo en Iyob: “Con las alabanzas juntas del amanecer alabarán también los ángeles” (38:7).

Debido a todo esto se estableció el orden del *Nakdishaj*, donde al principio mencionamos la voluntad que tenemos de alabar a D-os así como lo hacen los ángeles.

Posteriormente pasamos a las dos alabanzas angelicales: la primera (*Kadosh, Kadosh, Kadosh*) corresponde a los *Serafim* de mayor jerarquía, que están alrededor del Trono Celestial.

Después pasamos a la alabanza de los *Ofanim* y los *Jayot Hakódesh*, que por estar en un nivel inferior dicen: “Bendito es el honor de D-os desde el lugar donde esté”, debido a que no están ellos en ese lugar, como los *Serafim*.

Luego mencionamos el versículo de *Tehilim*, en el que aludimos a varios conceptos: *Yimloj Hashem leolam*, “Que reine D-os por siempre”, en el Cielo y en la tierra”(146:10).

Elokaj Tzión, “Éste es tu D-os, pueblo de Israel”, son las palabras con las que nombramos al Todopoderoso como “El D-os del pueblo de Israel”. Es decir, no sólo es D-os del Cielo y de toda la tierra, sino específicamente de Israel.

Ledor vador, “de generación en generación” es la expresión con que “actualizamos” el reinado de D-os también en nuestra generación.

Haleluyá, “Alabemos a D-os” es el término que constituye la alabanza particular de todos y cada uno de nosotros.

Así comenzamos con las alabanzas Celestiales de los *Serafim* y terminamos con nuestro *Haleluya* particular, para extender de esta manera la “Capa Real” Divina de D-os, desde Su alto Trono Celestial hasta nuestra persona, a fin de cumplir con el versículo: *Venikdashí vetoj bené Israel*.

La bendición diaria

El día en que se inauguró el *Mishkán* (Tabernáculo) y todo el pueblo se alegró con el acontecimiento de tener una Casa para D-os, con los sacerdotes y rituales correspondientes, salió el Sumo Sacerdote, Aharón *Hacohén*, extendió sus manos ante el pueblo y bendijo a todos con el *Birkat Cohanim*.

A partir de entonces, en el *Bet Hamikdash*, parte del servicio para todo el pueblo que se encontrara ese día allí era la bendición de los sacerdotes, la cual se realizaba durante los sacrificios *Tamid* de la mañana y de la tarde.

En ocasiones la bendición se repetía tres veces durante un día; por ejemplo, los días en que se sacrificaba el *Musaf*, como sábados y festividades. En el día de Kipur se realizaba cuatro veces, también a la hora de *Neilá*.

En la *Toseftá* figura que ya desde la época del *Bet Hamikdash* se acostumbraba realizar el *Birkat Cohanim* también en las sinagogas de toda la nación, pero con algunas diferencias (*Sotá* 7:8).

Por ejemplo:

- En el *Bet Hamikdash* las tres bendiciones se mencionaban como una, sin interrupción, mientras que en las sinagogas se decían como tres bendiciones y al terminar cada una, se contestaba “Amén”.
- En el *Bet Hamikdash* se mencionaba el nombre de D-os literalmente y en las sinagogas no.

- En el *Bet Hamikdash* los Cohanim extendían sus manos sobre la cabeza, y en las sinagogas las extendían a la altura de los hombros. Y como éstas había más variantes.

Al ser destruido el *Bet Hamikdash*, las sinagogas quedaron como los únicos lugares en que los Cohanim podían bendecir al pueblo.

Es por esto que los rabinos que vivieron en esa época establecieron y fortalecieron la costumbre de la bendición de los Cohanim.

Por ejemplo, Rabí Yojanán Ben Zakay estableció que los Cohanim se retiren los zapatos a la hora de subir a bendecir al pueblo, tal como hacían los Cohanim en el *Bet Hamikdash*, donde debían realizar todo servicio descalzos (*Sotá* 40a).

Rabí Yehoshúa Ben Leví estableció el lavado de manos previo a la bendición, como lo hacían los Cohanim aproximándose al *Kiyor*, el gran lavamanos de cobre ubicado en la entrada al *Kódesh*, en el *Bet Hamikdash* (*Sotá* 39a).

Rabí Elazar Ben Shamúa estableció el texto de la bendición previa al *Birkat Cohanim*: *Baruj... asher kideshanu bemitzvotav, vetzivanu lebarej et amó Israel beahavá*, “Bendito D-os que nos ordenó bendecir a Su pueblo con amor” (*Meguilá* 27b).

Rabí Akivá agregó la prohibición para el público de observar a los Cohanim al momento de bendecir. Por eso posteriormente se acostumbró que se cubran los Cohanim con su *Talit*. Rab Jisdá agregó una petición y plegaria a los Cohanim al finalizar la bendición: “D-os del mundo, hicimos lo que nos ordenaste. Haz lo que nos prometiste. Obsérvanos desde Tu Morada Sagrada, desde el Cielo, y bendice a este pueblo” (*Sotá* 39b).

Por otro lado, a diferencia de los rezos que se realizaban en el *Bet Hamikdash*, se eliminó el *Birkat Cohanim* de *Minjá* y se mantuvieron nada más los de *Shajrit*, *Musaf*, *Neilá*, y las de *Minjá* de días de ayuno, que se realizan al final del atardecer.

Respecto al *Birkat Cohanim* en el día de Yom Kipur, hubo una discusión entre los habitantes de Babilonia y los que vivían en Israel. Los de Israel

la decían cuatro veces, tal como se hacía en el *Bet Hamikdash*, mientras que en Babilonia la decían sólo tres veces, como acostumbramos en la actualidad.

La costumbre de la bendición de los Cohanim de forma diaria, con el transcurso de los años, se mantuvo nada más en ciertos países sefaraditas y en Israel, especialmente en Yerushalaim.

En Europa, los ashkenazim dejaron de decirla diariamente y la recitaban sólo los sábados y días de festividad. En otros lugares se llegó a decirla solamente en las festividades, y también en ellas, sólo en *Musaf*.

Los motivos de esto fueron varios:

- Porque no decían *Jazará*, para apresurarse y salir temprano.
- Porque no había Cohanim.
- Porque el *Cohén* podría estar peleado con alguno de los concurrentes (lo cual no le permite decir la bendición de paz), etcétera.

Por una razón u otra, en muchos lugares se perdió la *Mitzvá* de *Birkat Cohanim*, principalmente los que siguen la costumbre ashkenazí.

Sin embargo, debido al retorno de los *yehudim* a Israel se retomó dicha costumbre, algo que se reflejó en la última visita que tuvimos en América del gran Rabino Shteinman, quien antes de llegar a México pasó por Lakewood, en los Estados Unidos, y para sorpresa de todos los ashkenazim, pidió que le buscaran un *Minián* de sefaradim.

Cuando todos sus colegas lo miraron con gran asombro, explicó: “Es que en Israel nosotros los ashkenazim ya acostumbramos también decir *Birkat Cohanim* todos los días. Ustedes todavía mantienen la costumbre de Europa y no lo dicen diariamente. Por ello quiero rezar con los sefaradim para no perderme la bendición de los Cohanim ni un solo día”.

En la estructura de la bendición, vemos que los tres versículos que la componen se asemejan a una escalera.

En el número de palabras y letras se refleja la escalonada simétrica. El primer versículo tiene tres palabras, el siguiente cinco y el tercero siete. El primero contiene 15 letras, el segundo 20 y el tercero 25.

El Rabino Zeev Gutlieb explica al respecto: “La primera bendición trata de bienes materiales y físicos, como dijeron nuestros Sabios: *Yebarejejá Hashem*, “Que te bendiga D-os con bienes y dinero...”; *Veishmereja*, “y que te cuide de los ladrones para que no los pierdas”.

El segundo versículo sube un escalón. Habla del éxito de la vida espiritual y los buenos hechos en este mundo: *Yaer Hashem Panav Eleja*, “Que te dé D-os el mérito de que salgan de ti hijos *Talmidé Jajamim* que iluminen el mundo con la luz de la Torá” (*Meam Loez, Nasó 6:27*). *Vijuneka*, “Que te dé D-os gracia, para que encuentres gracia a los ojos de la gente”.

Y el tercer versículo de la bendición se eleva otro escalón más, pues trata de cómo D-os nos recibirá en el Mundo Venidero: *Isá Hashem Panav Eleja*, “Alzará D-os Su rostro hacia ti”, recibéndote (metafóricamente hablando) con una sonrisa, igual que un buen anfitrión recibe a su invitado: *Veyasem lejá shalom*, “Y te dará paz y tranquilidad en el paraíso”.

Además, explica el *Midrash Agadá* que:

Esta bendición de los Cohanim se dio por primera vez el día de la inauguración del *Mishkán* porque posee una protección contra cualquier mal, como una maldición o el mal de ojo. La inauguración del *Mishkán* se equipara al rey que casó a su hija haciendo una ceremonia muy llamativa, pero lamentablemente, al finalizar la boda, falleció ella por mal de ojo. Cuando casó a su segunda hija, le puso un amuleto como protección contra el mal de ojo (*Bamidbar 7*).

Lo mismo ocurrió con D-os: cuando vino a entregar las primeras Tablas de la Ley, en la boda con el pueblo de Israel, por ser demasiado llamativa la entrega de la Torá, el mal de ojo provocó que esas Tablas finalmente se rompieran.

Por eso la segunda vez, cuando Moshé bajó con las segundas Tablas de la Ley, fue de forma discreta, y al hacer el espléndido *Mishkán*, en el cual posaron las Segundas Tablas, D-os no quiso que el mal de ojo afectara a ese maravilloso lugar. Por ello le puso un “amuleto” de protección: la bendición de los Cohanim.

Así sucedió también con el Rey Salomón quien temía mucho del rey de los duendes y por eso alrededor de su cama había sesenta guerreros, como lo indica el versículo: “He aquí la cama del Rey Shelomó, con sesenta guerreros a su alrededor, todos con espadas en sus manos, expertos en combate y defensa, por el miedo nocturno que tenía” (*Shir Hashirim* 3:7).

Al respecto dicen y preguntan los Comentaristas: “¿Qué incómodo dormir con sesenta guerreros a su alrededor! Además, si se presentara el rey de los duendes, ¿qué harían los sesenta guerreros?”, a lo que responden: “No se trataba sino de un escrito de la bendición de los Cohanim alrededor de su cama, que debido a sus sesenta letras brindaba protección contra cualquier mal”.

Una bendición tan distinguida y con tanta protección, ¿cómo podemos perderla todos los días? Inclínemos la cabeza ante los Cohanim para recibirla con amor y concentración, para que nos brinde su protección diaria.

Perdónanos, D-os

Al finalizar la *Amidá* y la *Jazará* procedemos a pedir perdón por los pecados que cometimos con la plegaria conocida como el *Viduy*, “confesión”.

Además de ser un regalo de D-os en el mandamiento en que nos ordenó: “Y traerás el sacrificio y pedirás perdón por los pecados que cometiste para que se borren”, el *Viduy* nos hace reflexionar diariamente por nuestros hechos, reconocer errores, pedir perdón por ellos y prometer, o al menos procurar, no repetirlos.

Como sabemos, toda persona tiene la posibilidad de crear ángeles negativos por medio de las malas acciones que realiza, y ángeles positivos mediante las buenas acciones que lleva a cabo. Como se insinúa en la Torá: “Aquel hombre que tenga dos mujeres, una a la que ama y una a la que odia, y ambas le dieron hijos, si el primogénito vino de la odiada, no podrá quitarle la herencia de primogenitura y dársela al hijo de la amada”.

Explican nuestros Sabios que conforme a la dimensión del Rémez (estudio basado en insinuaciones ocultas en los versículos), lo anterior hace alusión a que cada hombre tiene dos “mujeres”: su *yétzer hatov* y su *yétzer hará*, y que “ambas” pueden darle “hijos”.

Es decir, cuando nos relacionamos con el *yétzer hatov*, creamos ángeles, como dice la *Mishná* en *Pirké Abot*: “Si hiciste una *mitzvá*, creaste un ángel defensor”. Lo contrario sucede cuando nos relacionamos con el *yétzer hará*: “Si cometiste un pecado, creaste un acusador” (4:11).

La triste realidad es que “la mujer amada” es el *yétzer hará*, pues mucho amamos a esta “mujer” por traernos pecados deseados y pagarnos “en efectivo” todo placer que recibimos.

El *yétzer hatov*, por el contrario, es “la esposa odiada”, porque constantemente hace que nos remuerda la conciencia con expresiones como: “No puedes comer esto. Tienes prohibido escuchar aquello. Allá no puedes ir”, etc., y cuando le preguntamos: “¿Y mi retribución?”, responde: “Algún día. Allá arriba. Después de ciento veinte años...”.

Debemos saber que “la primogenitura” corresponde únicamente al hijo de la “esposa” que consideramos odiada.

El único objetivo del *yétzer hatov* es que al igual que un primogénito, heredemos el doble: en este mundo y en el Venidero. En ese mismo párrafo, la Torá continúa con esta ley: “Aquel que tenga un hijo malvado deberá entregarlo al *Bet Din* para que sea ejecutado”.

Los Comentaristas aclaran que esta ley jamás fue aplicada, ni tampoco existirá en forma literal, sino que hace alusión a lo mencionado previamente. Es decir, si por esas relaciones con nuestro *yétzer hará* creamos ángeles malvados, que se consideran nuestros hijos, debemos

terminar con ellos, eliminarlos de nuestra vida, y esto se logra sólo mediante el *Viduy*, la confesión con arrepentimiento sincero por haber cometido ese pecado.

Así, cada mañana, al inclinar nuestra cabeza y golpearnos el corazón con la mano derecha, vamos eliminando esos “hijos malos”, los acusadores negativos, listos para atestiguar en nuestra contra en el Juicio Final.

Ahora bien, nos golpeamos con la mano derecha para provocar la misericordia y la bondad Divinas, y con este acto transmitimos la siguiente petición: “Por favor, D-os, ten misericordia y piedad de nosotros, y ayúdanos a despertar nuestros corazones para que te amemos a Ti y sólo a Ti”.

Todo esto se realiza al finalizar la *Amidá* y se aprende del versículo donde se habla del rezo que realizó el Rey Shelomó en la inauguración del Templo: “Y fue cuando finalizó el Rey Shelomó su rezo y su solicitud de perdón” (*Melajim* 1:8).

Al respecto explica el *Rokéaj* que primero debemos decir la *Amidá* y sólo después procedemos a decir el *Viduy*, y el *Nefilat Apaim* (bajar la cabeza para suplicar el perdón de D-os) (Cap. 324).

Este momento del rezo es de suma importancia, como lo indica la *Guemará*: “Después del grave pecado del becerro de oro, Moshé suplicó a D-os que perdonara al pueblo de Israel” (*Rosh Hashaná* 17b), y al final dice el versículo: *Vayéred Hashem... Vaya’avor*, “Y bajó D-os en una nube Divina y pasó sobre Moshé, y le mencionó trece atributos”; *Hashem, Hashem, Kel Rajún Vejanún...*” (*Shemot* 34:5).

Rabí Yojanán explica que D-os se apareció en ese momento como un oficiante envuelto en su *Talit* blanco, y así enseñó a Moshé la forma de pedir. Le dijo: “Cada vez que el pueblo de Israel peque, que hagan todo esto y digan los Trece Atributos, y Yo los perdonaré”. Y debido a que Moshé subió para pedir perdón el jueves y bajó el lunes, en esos dos días el rezo posterior al *Viduy* se extiende más.

Cuando Kóraj se levantó contra Moshé e incitó al pueblo a una revolución, ocasionó un gran enojo Divino y un decreto de exterminio,

como dice el versículo: “Apártense de esta congregación, dijo D-os a Moshé y a Aharón, y los exterminaré en un instante”. Entonces “Moshé y Aharón cayeron sobre sus rostros y rezaron a D-os para que no lo hiciera”, y por el mérito de esa *Nefilat Apaim* se anuló el decreto (*Devarim* 16:21).

Asimismo, figura en el *Tanaj* sobre el alumno de Moshé *Rabenu*, Yehoshúa Bin Nun, que cuando la guerra con la ciudad de Ai no fue victoriosa, comprendió que seguramente se debía a un pecado que alguien del pueblo había cometido, lo que provocó la ira de D-os: “Y cayó sobre su rostro hasta el suelo, delante del Arca, y rezó a D-os hasta que el Todopoderoso le dijo: Levántate. Hubo un pecado grave. Repáralo y salgan de nuevo a la batalla” (*Yehoshúa* 7:6). Una vez más, vemos cómo el *Nefilat Apaim* surtió efecto y trajo la salvación.

Cuando se construyó el *Bet Hamikdash*, el *Viduy* y el *Nefilat Apaim* se realizaban ahí mismo, como explica la *Guemará* que “cuando traían el chivo expiatorio, el *Cohén* colocaba sus manos sobre el animal y decía el *Viduy*, pidiendo a D-os perdón por los pecados cometidos” (*Yomá* 66a).

Después pronunciaba el Nombre de D-os, conocido como el *Shem Hameforash*, y todos los *Cohanim* y el pueblo presente, al escucharlo, se prosternaban y caían sobre su rostro respondiendo: *Baruj, Shem Kevod Maljutó Leolam Vaed*.

Aprendemos de lo anterior varias cosas:

- Primero se trae el sacrificio.
- Sobre él se dice el *Viduy*.
- Se pronuncia el Nombre de D-os.
- Finalmente nos prosternamos y bajamos el rostro.

También nosotros cada día traemos nuestro sacrificio, es decir, nuestra *tefilá* (la *Amidá*), después decimos el *Viduy* pidiendo perdón a D-os por todo lo malo que hemos hecho. Al finalizar el *Viduy*, el

jazán cita los Trece Atributos de D-os, los cuales equivalen al *Shem Hameforash*, y por ello todos nos agachamos e inclinamos el rostro al suelo, como símbolo de respeto y vergüenza por los pecados que hemos cometido.

Antiguamente se acostumbraba que la persona hiciera la *Nefilat Apaim* totalmente extendida sobre el suelo y, mientras estaba acostada sobre la tierra, lloraba y se lamentaba por los pecados que hubiera cometido, como dice Rabí Ovadiá de Bartenura sobre la *Mishná*: “Diez milagros visibles ocurrían cada día en el *Bet Hamikdash*... Cuando se ponían de pie, estaban apretados, pero cuando se prosternaban (en el *Nefilat Apaim*), parecía que la tierra se extendía y había mucho espacio entre uno y otro” (*Pirké Abot* 5:5).

Rabí Ovadiá explica que este milagro se realizaba porque, cuando los asistentes caían sobre su rostro, lloraban y meditaban sobre los pecados cometidos. Por eso, para que no se escucharan unos a los otros, se abría espacio entre ellos.

Así era la costumbre en el *Bet Hamikdash*. Posteriormente el *Nefilat Apaim* ya no se realizaba con una prosternación hasta el suelo, sino con una reverencia en la que la gente sólo colocaba el rostro sobre el antebrazo.

En la actualidad, incluso esa costumbre se ha anulado en muchas comunidades, a pesar de que siempre seguimos fielmente las órdenes rabínicas de Rabí Yosef Caro en el *Shulján Aruj*, quien en este caso dice claramente que esta costumbre debe seguirse.

No obstante, en la actualidad no realizamos esta forma de *Viduy* en respuesta a lo escrito en el *Zóhar* (*Bamidbar*), que considera la *Nefilat Apaim* como una representación de la muerte, pues la persona “se hace el muerto” debido a que tal vez ha cometido pecados muy graves por los cuales no le es suficiente pedir perdón.

A fin de lograr que D-os nos perdone incluso por los pecados cuyo castigo debería ser perder la vida, el *Zóhar* indica: “Nos hacemos como los muertos, e incluso mientras estamos caídos sobre nuestro rostro pensamos que estamos dispuestos a entregar nuestra vida por D-os en [lo que se conoce como] *Kidush Hashem*”.

Y el *Zóhar* termina aclarando: “Aquel que lo haga sin sentirlo realmente, se le puede revertir y, en lugar de que se le perdonen sus pecados, puede, D-os nos libre, suceder lo contrario”.

Por eso se decidió no hacer *Nefilat Apaim*, sino simplemente leerlo, para no arriesgarnos a lo escrito en el *Zóhar*.

Sin embargo, por lo menos debemos concentrarnos en el hecho de que estamos pidiendo perdón por nuestros pecados. Así el Creador, al ver nuestra sinceridad, nos perdonará mientras decimos: “D-os, no sabemos cómo hacerlo exactamente y no queremos correr ningún riesgo. Sólo te pedimos que seas misericordioso con nosotros, que canceles cualquier decreto negativo que esté sobre nosotros y que nos decretes sólo cosas buenas”.

Capítulo 9

Cerrando el día con broche de oro

- | | | |
|-----|--|---------------------------------|
| 189 | | El rezo de <i>Minjá</i> |
| 191 | | El rezo de <i>Arvit</i> |
| 193 | | El <i>Shemá</i> antes de dormir |
| 195 | | El sueño de mi alma... |

Capítulo 9

El rezo de *Minjá*

Como ya dijimos, nuestros Sabios establecieron tres rezos al día, aunque su origen proviene de los tres Patriarcas: Abraham *Avinu* estableció *Shajrit*; Itzjak, *Minjá*; y Yaacov, *Arvit*.

En el caso del rezo de *Minjá*, el cual se aprende del versículo: “Y salió Itzjak a platicar en el campo antes del anochecer” (*Bereshit* 24:63), nuestros Sabios aclararon que “el término ‘platicar’ se refiere a rezar, como dijo el Rey David (*Tehilim* 102:1): ‘Rezo del pobre que ante D-os vierte su plática’, es decir, sus plegarias” (*Berajot* 26b).

La *Guemará* de *Berajot* aclara que también los Patriarcas establecieron originalmente los tres rezos y nuestros Sabios adecuaron el tiempo correspondiente a cada uno con base en los sacrificios que se realizaban en el Templo. Por ejemplo, debido a que el primer sacrificio de *Tamid* se realizaba desde la hora en que amanecía hasta la cuarta hora del día, ése es el periodo en que puede recitarse *Shajrit*. Y debido a que el rezo de *Minjá* corresponde al segundo sacrificio del día, y éste se daba desde seis horas y media después del amanecer, durante cinco horas y media hasta el anochecer, ése es el lapso para decirla. Y dado que los sacrificios se consumían en el fuego durante toda la noche, el rezo de *Arvit* correspondiente a este sacrificio se realiza desde la salida de las estrellas hasta el amanecer.

Esta relación entre el rezo de *Minjá* y el sacrificio correspondiente es el que dio pie a los conceptos de *Minjá Guedolá*, “La Gran *Minjá*”, que significa recitar este rezo a partir de las seis horas y media desde el amanecer, y el de *Minjá Ketaná*, “La Pequeña *Minjá*”, que significa decir este rezo a partir de nueve horas y media desde el amanecer en adelante. Existe una discusión sobre cuál es el mejor momento para decirla.

Si seguimos la similitud con el sacrificio, aunque éste podía realizarse a partir de las seis horas y media desde el amanecer, la costumbre era hacerlo a partir de las nueve horas y media. Y por tanto, lo mejor sería *Minjá Ketaná* (*Shulján Aruj* 233:1, basado en Maimónides).

Otros opinan que es mejor aplicar la regla de nuestros Sabios que dice: “Los ágiles siempre se adelantan para hacer las *mitzvot*”. En este aspecto, *Minjá Guedolá* demuestra la agilidad y el cariño que la persona tiene por la *mitzvá* para que apenas pueda, cumplirla (Rif y el Rosh, y otros).

Nuestros Sabios consideraron el rezo de *Minjá* como el más importante del día: “La persona siempre debe procurar ser meticulosa con el rezo de *Minjá*, ya que el versículo indica que en ese rezo D-os escuchó la plegaria de Eliahu *HaNabí* (*Berajot* 6b)”, indicándonos que hay más oportunidad de ser respondido por D-os a la hora de *Minjá*.

Incluso el *Zóhar* aclara que la hora en que D-os se reveló a Moshé *Rabenu* en la zarza ardiente fue a la hora de *Minjá*. En ese momento le informó que las plegarias del Pueblo de Israel fueron recibidas y la salvación ya había sido decretada (*Shemot* 383b). En otra parte el *Zóhar* dice también que en ese momento hay tanta apertura Divina que es el lapso más privilegiado para que, por ejemplo, al fallecer una persona, su alma suba al Cielo, como vimos que ocurrió con Moshé *Rabenu*, Yosef *Hatzadik*, David *Hamélej*, etc. (*Terumá* 547a).

De manera metafórica, el *Zóhar* insinúa que la hora en que regresó la paloma con la rama de olivo a las manos de Nóaj, mientras éste se hallaba en el arca, trayéndole la buena noticia de que el mundo ya estaba recuperándose, fue la de *Minjá*, como dice el versículo: “Y vino la paloma antes del anochecer” (*Bereshit* 8:11). Esto hace alusión a que el lugar del rezo es como el arca: aquel que reza y manda su plegaria a los Cielos, que es transportada por los ángeles-paloma, al aceptarse el rezo regresan éstos con las buenas noticias y la abundancia (*Pinjás* 565a).

¿Cuál es el motivo de que este rezo tenga tanta fuerza e importancia? Hay varias respuestas a esta pregunta:

- a) Este rezo nos toma a la mitad del día. No es el rezo del amanecer, *Shajrit*, cuando todavía no empieza el ajetreo de las actividades cotidianas, ni tampoco *Arvit*, el cual nos encuentra

al finalizar nuestras actividades. *Minjá* nos “agarra” a la hora de negocios, comida, siesta, diligencias, y ni hablar del tráfico. Y debido a que “nos cuesta” dejar esas actividades, por eso esas plegarias tienen mayor fuerza, como dice la *Mishná: Lefum tzaará agrá*, “Conforme al esfuerzo es la recompensa” (*Pirké Abot 5:22*).

b) Dice el Maharamá de Pano: “D-os creó al hombre entre la sexta y la séptima hora del amanecer y en ese lapso hasta el anochecer fue cuando pecó. Al darse cuenta de que se equivocó y que ahora vendría el veredicto de D-os: ‘En el día que comas (del Árbol) morirás’, realizó una plegaria al Creador pidiéndole que se apiadara de él, a lo cual D-os contestó que su rezo fue recibido. Es decir, el primer rezo del ser humano, junto con la respuesta piadosa de D-os, fue a la hora de *Minjá*, lo que lo convierte desde entonces en el rezo más apto para ser recibido” (*Jakor Din 4:3*).

Siempre procuremos esforzarnos para hacer una pausa en el ajetreo del día y buscar *minián* de diez personas para rezar *Minjá*. Y si no es posible encontrar *minián*, no por eso dejemos de rezarla. Incluso si un día nos llega la hora de decirla mientras estamos en un vuelo o en el tráfico de la ciudad, etc., intentemos crear las condiciones para realizarla. Y ojalá que así, de la misma forma en que D-os respondió a Moshé *Rabenu*, Eliahu *Hanabí*, etc., Él nos responda siempre mandándonos la “paloma” con “la ramita” de buenas noticias.

El rezo de *Arvit*

El rezo nocturno se llama *Arvit* y fue establecido por nuestro Patriarca Yaacov. En éste decimos de nuevo el *Shemá*, después de mencionarlo en el rezo matutino, *Shajrit*. Como dice el versículo: *Beshojvejá ubkumeja*, “Al acostarte y al levantarte...”, de aquí aprendieron nuestros Sabios que hay una obligación de leer el *Shemá* tanto al amanecer como al anochecer.

Al observar y analizar al patriarca que lo estableció, y el momento en su vida que eso ocurrió, entenderemos mejor el secreto de *Arvit*.

Aunque ya tenemos claro que cada patriarca estableció uno de los tres rezos, cabe preguntar: si en el Judaísmo el día empieza al anochecer, ¿Abraham *Avinu*, el primer patriarca, debería haber establecido el primer rezo, *Arvit*; Itzjak, *Shajrit*, y Yaacov, *Minjá*?

La respuesta es que cada uno estableció el rezo en el tiempo del día que reflejó su forma de vida: Abraham *Avinu*, que fue hombre de bondad y de dar de su luz a cada necesitado, ya sea monetaria o de fe, estableció el rezo de *Shajrit*, que se realiza a la hora en que surge la luz para el mundo, y al igual que la luz va incrementándose más y más, hasta la hora del mediodía, así Abraham *Avinu*, de ser un desconocido, fue brillando y extendiendo sus rayos luminosos cada vez más.

A Itzjak le tocó recibir la Casa de Abraham *Avinu* en pleno apogeo, pero debido a su carácter rígido, todos los alumnos y seguidores de su padre fueron alejándose y abandonando la pequeña comunidad que formó. Además, Itzjak *Avinu* alcanzó niveles celestiales muy elevados en su juventud, hasta llegar a aceptar ser un sacrificio, poner su cuello en la *Akedá*. De acuerdo con el *Midrash*, dos años después de este evento Itzjak se quedó en una dimensión o nivel de Gan Eden, sin embargo, posteriormente le tocó luchar en la vida mundana, pelear con los filisteos que invadían los terrenos de sus pozos de agua y contra su medio hermano Ishmael y su hijo Esav. Por eso, a él le corresponde el horario de *Minjá*, cuando el sol, de estar en pleno cielo, empieza a descender hasta el anochecer, cuando la visión se hace difícil, tal como le ocurrió a Itzjak con la vista, la que poco a poco fue perdiendo hasta quedar ciego.

A Yaacov corresponde el rezo de la noche, ya que desde el inicio, incluso en el vientre de su madre, empieza la batalla y dificultades con su hermano gemelo Esav, quien posteriormente jura que no descansará hasta matarlo. Además tuvo una vida llena de “oscuridad”, de problemas con su suegro, Labán, la violación de su hija Diná, la supuesta desaparición de su hijo Yosef por veintidós años, etc., hasta que al final de su vida llegó para él un poco de “amanecer” viviendo feliz en Egipto sus últimos años, con su hijo el Virrey. Así es la hora de *Arvit*: es el lapso de oscuridad en el cual las cosas están turbias, confusas, y dura hasta el amanecer.

En la vida, a veces nos toca vivir *Shajrit*, una existencia llena de luz, abundancia, claridad, amor Divino, y nuestro deber es compartirla y beneficiar a los demás. A veces nos toca vivir *Minjá*, una gloria y abundancia que van disminuyendo gradualmente, por lo que nos toca cuidar nuestra fe, adaptarnos a los cambios y vivir como D-os quiere en ese momento de nosotros (obviamente procurando siempre retomar la gloria y no permitirnos perderla). Y a veces nos tocan épocas de *Arvit*, cuando el plan de la vida no es muy claro y pareciera que la luz Divina nos abandonó.

Esto le ocurrió a Yaacov *Avinu* justo en la noche en que estableció el rezo de *Arvit*, como lo describe la Torá: mientras huía de la persecución de su hermano Esav salió a la Diáspora, a la casa de su tío, el tramposo Labán, dejando atrás la casa sagrada de sus padres, Itzjak y Rivká, y el lugar de estudio, la *yeshivá* de Shem y Éver. En el camino, al anochecer se puso a rezar y posteriormente se acostó a dormir. Fue entonces que soñó con la escalera y los ángeles que subían y bajaban, y una Presencia Divina que le prometió protección y compañía. Al despertar, Yaacov *Avinu* expresó: “No sabía que también aquí hay Presencia Divina” (*Bereshit* 28:17).

Es decir, de acuerdo con el concepto que manejamos antes, *Arvit* simboliza épocas oscuras y a veces no creemos que también en ellas D-os está con nosotros. Lo que nos enseña nuestro Patriarca es: “Siempre, a donde vayas y por lo que atraveses, aunque el panorama esté oscuro, D-os está contigo”. Y si soportas estas pruebas y logras encender tu vela de fe en esos periodos de oscuridad, al final amanecerá y te llegará la luz con abundancia-época de Abraham, para que sabiendo ahora lo incómoda que es la oscuridad, compartas esa abundancia y luz con los demás.

El *Shemá* antes de dormir

Cada noche, antes de dormir, debemos cerrar el día haciendo una meditación y una reflexión sobre todo lo ocurrido en él, arrepintiéndonos por lo malo que podamos haber hecho, y al mismo tiempo animarnos y felicitarnos por lo bueno que hayamos realizado. La vida tiene un trayecto y cada noche hay que observar el mapa, para comprobar si

estamos en el camino correcto o si hace falta corregir el rumbo, o quizás acelerar un poco más el avance. Así que al acostarnos y antes de dormir, debemos leer el *Keriat Shemá al hamitá*, oración que incluye meditación, petición de perdón por los pecados cometidos, la lectura del *Shemá*, la poderosa plegaria de *Ana Bekoaj*, etc., para cerrar bien el día dando cabida a otro día mejor.

Además, en la noche, a la hora de dormir, atravesamos por un proceso espiritual grande y no notable, como dicen nuestros Sabios: “En la noche, mientras la persona duerme, se desprende de ella una parte espiritual que se eleva hasta el Creador para rendir cuentas, obtener información y planear el siguiente día”. Y debido a que este proceso no es tan simple para el alma, y si ésta quiere alcanzar mayor nivel, claridad y gracia Divina, se precisan dos cosas: una, pureza de actos en ese día; dos, el alma necesitará, de alguna forma, abrirse paso y allanar obstáculos para que su elevación sea fácil y fructífera.

El *Zóhar* dice: “Observa y te daré un consejo: Cuando la persona se acuesta para dormir en la noche necesita leer el *Shemá* y aceptar sobre sí el Reinado Divino con amor y cariño, y depositar su alma en Manos de D-os, ya que a la hora de dormir todas las almas se elevan hacia D-os y esta lectura del *Shemá* les abre el paso” (*Vaetjanán* 3).

A eso se referían nuestros Sabios en la *Guemará* cuando dijeron: “Cada uno que lee el *Shemá* antes de dormir equivale a un guerrero que tiene un arma afilada en su mano” (*Berajot* 5a). Y agregó la *Guemará* Yerushalmi: “Hace falta leer el *Shemá* en la noche para hacer huir todas las fuerzas negativas” (*Berajot* 1:1).

Repetimos este proceso en varias ocasiones; por ejemplo, antes de rezar tanto *Shajrit* como *Minjá* se acostumbró leer previamente el *Pitum Haketóret*, y el motivo es que éste funciona como un “limpia drenajes” que aleja a los acusadores celestiales que obstaculizan que el rezo ascienda hasta el Trono de D-os. Este rezo es muy poderoso y abre paso a las peticiones mencionadas después, para que lleguen libremente (*Zóhar*, *Shir Hashirim* 13b).

Eso es lo que se hace con la lectura nocturna del *Kiriat Shemá* de antes de dormir. Todo el texto que se estableció decir antes del *Shemá* sirve para “aplanar el terreno” dando a nuestra alma una posibilidad

de elevarse a grandes alturas y de ponerse de pie dignamente ante el Creador, y así obtener buenos decretos para el siguiente día.

El sueño de mi alma...

Sobre los sueños siempre ha existido la duda del origen de esas “películas” nocturnas. ¿Son producto de la imaginación, de lo vivido en el día, de los propios traumas o miedos? ¿O en realidad son mensajes Divinos?

La respuesta es que las dos opciones son verdaderas. En su mayor parte, los sueños son producto de la imaginación, de lo que pensamos o de lo que nos ocurrió durante el día. Sin embargo, no podemos negar que los sueños son un medio de comunicación entre D-os y la persona por medio de nuestra alma.

Como dice el *Zóhar*:

Quando las personas se acuestan a dormir en la noche, su alma sale y entonces podría ser que D-os avise a su alma cosas que ocurrirán con ella, como dice el versículo: “En el sueño o visión nocturna, durmiendo sobre la cama, D-os murmura a los oídos de la persona” (*Iyob* 33:15-16). Para la persona, mientras está despierta y su alma se halla encapsulada en el cuerpo, le es difícil recibir estos mensajes. Pero en la noche, al desprenderse el alma y elevarse, D-os manda al ángel (Gabriel) para que revele al alma secretos” (*Vayéshev* 83a).

Sin embargo, la *Guemará* trae claramente varias opiniones. La del Rabino Shemuel, quien dice que los sueños no son más que vanidad (*Maséjet Berajot* 54a), y agregó Rabí Shemuel: “No sueña la persona en la noche sino lo que pensó en el día”.

No hay discusión entre la *Guemará* y el *Zóhar*, ya que la misma *Guemará* de *Berajot* trae múltiples interpretaciones de los sueños. Además, en la Torá se relatan en varias ocasiones sueños que fueron un medio de transmisión de un mensaje Divino, como en los casos de Yosef, Paró y otros.

Puede haber dos fuentes de producción de esas “películas” al dormir debido a que la parte espiritual de nosotros se divide en dos, la que sale a la hora de dormir, la *neshamá*, y la que se queda para mantener nuestro cuerpo vivo, *nefesh*.

Algunos sueños pueden provenir de la *neshamá*, la que salió, se elevó, navegó y obtuvo un mensaje Divino, mismo que ella nos trasmite por medio de imágenes soñadas. La otra fuente puede venir del *nefesh*, el cual se quedó en el cuerpo dormido y, a consecuencia de la turbulencia de los hechos del día, preocupaciones, angustias, etc., se desahogó por medio de estas vivencias, pesadillas y demás.

El problema se presenta cuando tenemos un mal sueño, es decir, uno que de acuerdo con los parámetros de nuestros Sabios, corresponde al que nos indica, D-os nos libre, que algo malo puede pasar.

De conformidad con nuestros Sabios, no deberíamos tomar esto a la ligera. Obviamente, tampoco debemos obsesionarnos demasiado, sino acudir a los métodos de anulación de sueños que establecieron los *Jajamim*, pues el motivo por el cual D-os se preocupa en avisarnos que algo malo puede suceder es para que nosotros mismos, mediante ciertas acciones, anulemos el decreto que los sueños nos transmiten.

Puede haber dudas sobre si ese mal sueño fue producto de la imaginación o un mensaje. Para resolverlas, nuestros Sabios propusieron diversas soluciones para que de cualquier forma no llegue a pasar nada, ya que aun si el sueño fue producto de la imaginación y no representa ningún decreto Divino, el solo hecho de que nos sugestionemos y pensemos que va a pasar algo puede llegar a “atraer” el hecho negativo, como dijo Iyob: “De lo que he temido, me pasó” (3:25), y es necesario hacer algo para quitarnos esa pensamiento.

Si es un sueño de mensaje que nos avisa de un decreto, hay que hacer algo y anularlo. Por eso dijo Rab Huná: “Aquel que tuvo un mal sueño y su alma está muy angustiada, que vaya y haga *Hatavat Jalom* (anulación o mejoramiento del sueño)” (*Berajot* 55b).

Antes de que pasemos al cómo y al qué, quiero subrayar dos puntos en la frase de Rab Huná: 1. “El que tuvo mal sueño...”, y 2. “Y su alma está muy angustiada...”. Con esto Rab Huná nos puso las dos opciones de

tipos de sueños que hay: “Ya sea que la persona recibió una advertencia celestial negativa, o que es un simple sueño imaginativo que le angustia, hay que tratarlos”.

En caso de que sea simplemente producto de la imaginación, nuestros Sabios ofrecen las siguientes alternativas:

- En la *Guemará de Berajot* se relata sobre el *Jajam Shemuel* que, cuando tenía un mal sueño, se despertaba y decía: *Vajalomot hashav yedaberu*, “Y los sueños vanidad hablan”. Y cuando tenía un buen sueño, decía lo mismo, pero esta vez en forma de pregunta: “¿Acaso los sueños vanidad hablan?”. Esta reacción sirve únicamente para el tipo de sueños producto de la imaginación, en los cuales nuestro propio poder de rechazarlos y menospreciarlos nos quita un peso de encima. En el caso de ser un buen sueño imaginativo, nos ayuda a animarnos y a salir adelante.
- Otra solución es ir ante tres personas, recitar el *Hatavat Jalom* y anular el sueño diciendo: “Un buen sueño tuve” (aunque haya sido negativo, la persona debe denominarlo como bueno, para ayudarse psicológicamente), y ellas le repiten tres veces: “Buen sueño tuviste”, y le dicen unos versículos cuyo propósito es quitarle la sugestión, la cual no tiene nada que ver con un decreto Celestial.
- También sobre este tipo de sueño dijeron nuestros Sabios: “El que tuvo un mal sueño, que no se lo cuente sino a amigos que lo quieran” (*Zóhar, Vayéshev* 83), para que éstos le den una buena interpretación, ya que los sueños del tipo imaginativo terminan realizándose según la forma en que se interpretaron, y no porque ése sea el decreto Divino, sino porque eso predispone a la persona, para bien o para mal (dependiendo de cómo se lo interpreten), y así llegará el resultado acorde con ello.

También cabe la otra posibilidad: que en verdad se emitió un mal decreto. Y aquí, sin importar si se interpreta para bien o si dejamos de sugestionarnos, hay un decreto que debe ser anulado. De nuevo, no es para entrar en pánico, sino en acción. Y nuestros benditos Sabios nos dejaron muy en claro cuáles son las acciones prácticas que D-os nos pide hacer para anular decretos y así entrar en un estado de tranquilidad, paz y seguridad de que lo logramos.

Como escribió el *Shulján Aruj*: “Hay tres sueños que simbolizan cosas desagradables que podrían llegarnos, ver un *Séfer Torá* quemándose, o Kipur a la hora de *Nehilá*, o paredes o dientes cayéndose” (288:5). Y en los otros escritos aparecen otros tipos de sueños. Para todos estos, simplemente basta con no preocuparse y mejor ocuparse, como dijo Rabí Yojanán: “Aunque digan a la persona claramente desde el Cielo por medio de los sueños que mañana morirá, no debe darse por vencida, sino acudir al D-os piadoso y Todopoderoso, y Él lo anulará” (*Berajot* 10b).

Ofrecemos aquí varias alternativas para anular los sueños:

- “Dijeron nuestros Sabios: Un ayuno por un mal sueño es como fuego que consume el aserrín” (*Shabat* 11a). Y agrega el *Zóhar*: “El día posterior al sueño es apto para ayunar y cancelar el mal decreto, ya que el único motivo de que avisaran a la persona es para que, mediante el ayuno y la reflexión, cambie el decreto” (*Emor* 303a). Y dice el *Ritbá*: “No se trata sólo de ayunar, sino de aprovechar el ayuno para hacer *Teshuvá*”.
- Otra solución que aparece en la *Guemará* es que la persona se acerque a los *Cohanim* al momento en que extienden sus manos para bendecir al pueblo y citar el rezo en el cual pide a D-os que, por favor, si su sueño necesita sanación o anulación, Él lo haga, y debe intentar llegar al final de esta petición simultáneamente con el “Amén” general que contesta la congregación al finalizar el *Birkat Cohanim*. Y agrega el *Zóhar*: “Estudiamos con Rabí Shimón Bar Yojai: Cuando uno está preocupado por un mal sueño, que vaya ante los *Cohanim* al momento en que bendicen, ya que en ese momento hay mucha misericordia en todos los mundos y rezar en ese instante puede cambiar para bien los decretos” (*Nasó* 173b).
- Otra alternativa es la *Tzedaká*, que muchas veces reemplaza a este tipo de ayunos. Como dijo el versículo: “La *Tzedaká* puede incluso salvar de la muerte” (*Mishlé* 10:2). Y el motivo es que “dinero” en hebreo se dice: *damim*, palabra que significa también “sangres”, indicándonos con eso que salvamos nuestros *damim*-sangres al dar a un necesitado *damim*-dinero.

De nuevo, no hay que asustarse demasiado con los malos sueños. Lo más probable es que sean producto de nuestra imaginación por lo vivido o temido. En caso de que no sea así y resulte un decreto, debemos primero agradecer a D-os por avisarnos, hacer lo que nos indicaron nuestros Sabios y estar seguros de que eso hizo su efecto. Se nos eliminaron malos decretos y se emitieron otros buenos para nosotros. En consecuencia, sonriremos y viviremos el día con tranquilidad y alegría.

Capítulo 10

Palabras que unen Cielo y tierra

- 201 | Las cien bendiciones diarias
- 203 | El significado de la bendición
- 204 | El esplendor del “Amén”
- 211 | El significado del *Leshem Yijud*
- 212 | Infundamos esencia a nuestras obras
- 214 | Seamos un utensilio de *Kedushá*
- 216 | La verdadera larga vida
- 218 | La cadena de transmisión

Capítulo 10

Las cien bendiciones diarias

Tenemos la obligación de decir cien bendiciones diariamente. De hecho, la Torá misma lo insinúa en el *pasuk*: *Veata Israel, ¿Ma Hashem Eloheja shoel meimáj?*, “Y ahora, Israel, ¿qué tu D-os te pide?” (*Devarim* 10:12). Explicaron nuestros Sabios que la palabra *Ma*, “qué”, insinúa también el término *Mea*, “cien”, como si D-os nos pidiera que pronunciemos cien bendiciones a diario (*Menajot* 43b). Además, el *pasuk* anterior cuenta con exactamente cien letras, para indicar así una vez más este precepto (*Tosafot*).

Con el tiempo fue perdiéndose este principio, hasta que en la época de David *Hamélej* se desató una epidemia en la cual, como figura en el *Midrash Rabá* (*Bamidbar* 18), cada día fallecían cien integrantes del pueblo de Israel sin conocerse la causa. Sólo por inspiración Divina reconocieron que se debía a no tomar conciencia de bendecir cien veces al día. Inmediatamente David *Hamélej* volvió a establecer la obligación y fue cuando se detuvo la epidemia. A partir de ese momento, las cien bendiciones forman parte de nuestro rezo diario.

Inicialmente, cada uno las decía a su entender, en su propio idioma y con sus palabras. Al paso de los años, se apreció que no todos podían encontrar los términos adecuados para expresar sus bendiciones a D-os, y fue en la época de los Tanaím que se estableció el modo correcto de hacerlo, el que por lo general comienza con las palabras *Baruj Atá Ado-nay, Elohenú Mélej haolam*.

Decir cien bendiciones puede parecer una meta difícil de alcanzar. Sin embargo, después de hacer cuentas, resulta que en ocasiones incluso rebasamos esa cifra.

Por ejemplo:

Desde la salida de las estrellas, cuando el día se inicia, como lo indica la Torá rezamos *Arvit*, que contiene 23 bendiciones: dos antes y dos después del *Shemá*, y 19 de la *Amidá*. Antes de dormir decimos una más.

Por la mañana, antes de *Shajrit*, decimos 23 bendiciones: *Netilat Yadaim*; *Asher Yatzar*; *Elohay Neshamá*; 15 *Birkot Hashájar*; tres *Birkot HaTorá*; *Tzitzit* y *Tefilín*.

El rezo de *Shajrit* consta de 24 bendiciones: *Baruj Sheamar*; *Yishtabaj*, tres del *Shemá* y 19 de la *Amidá*.

El rezo de *Minjá* está constituido por 19 bendiciones, las de la *Amidá*.

Hasta aquí llevamos 89 bendiciones. Si agregamos las anteriores y posteriores a los alimentos, las de cada vez que hacemos nuestras necesidades y las que se presentan ocasionalmente, sin lugar a dudas rebasaremos las cien.

¡Con sólo formalizar dos comidas con pan *Hamotzí*, sumaremos otras 12 bendiciones (*Netilat yadaim*, *Hamotzí* y cuatro del *Birkat Hamazón*, dos veces)!

El Jidá escribe, en relación con las cien maldiciones que figuran en la Torá (como explica Rashí), que la fuerza que emana el cumplimiento de la *mitzvá* de bendecir cien veces al día nos protege de ellas.

Además, según la Cabalá, el número diez es el símbolo de la perfección. Por eso, cuando D-os creó al mundo lo hizo mediante diez frases, como está escrito: "Cuando D-os puso a prueba a Abraham *Avinu* lo hizo mediante diez pruebas; cuando castigó a los egipcios para que liberaran al pueblo de Israel, envió diez plagas, y en el Monte Sinai fueron enunciados Diez Mandamientos..." (*Pirké Abot* 5:1), todo como símbolo de perfección.

Asimismo, el número diez hace alusión a las diez *Sefirot* y cada una de ellas está subdividida en otras diez, lo que da un total de cien, el símbolo de la perfección máxima.

Demostremos a D-os nuestro agradecimiento de todos estos cien niveles diciendo cien bendiciones todos los días.

Estas bendiciones no son únicamente para hacer sentir bien a D-os por medio de nuestras alabanzas, sino también para nosotros sentir y saber que cada paso en el día depende de D-os y todo proviene de Él, y prácticamente, al mencionar esta cantidad de bendiciones diarias, terminamos viviendo con D-os el día a día, cumpliendo así la idea y la meta de la vida.

El significado de la bendición

La vida de un judío está llena de numerosas bendiciones que debe recitar en alabanza a D-os. Éstas se dividen en varios tipos. Algunas tienen el fin de glorificar el Nombre de D-os por Su inmenso poder; otras se pronuncian ante cualquier goce y otras tantas se recitan al cumplir una *mitzvá*.

El factor común en todos estos tipos es que comienzan con el mismo texto: *Baruj Atá Ado-nay Elohenu Mélej haolam*. Después cada una tiene su propio texto de acuerdo con su objetivo. ¿Cuál es el significado de esta parte inicial de la bendición? Veamos:

Baruj, “Tú eres la fuente de todas las bendiciones”.

Atá, “Tú”, para sentir así Su cercanía y la confianza que podemos llegar a tener con Él. Por ello lo tuteamos.

Después usamos dos términos de los Nombres de D-os:

Ado-nay: aludimos así al comportamiento misericordioso de D-os (*Jésed*, “bondad”).

Elohenu: aludimos al comportamiento rígido y estricto de D-os (*Din*, “justicia”).

Ambos términos se refieren a que, en ocasiones D-os se comporta con nosotros con bondad y en otras de manera más estricta.

La obligación del verdadero creyente es alabar a D-os ante cualquier circunstancia. Es por eso que siempre nos expresamos con *Baruj Atá*, es decir, “Fuente de las bendiciones eres Tú”, ya sea que Te comportes con nosotros como *Ado-nay* o como *Elohenu*, ya que estamos conscientes de que todo lo que haces siempre es por nuestro bien.

Mélej haolam se traduce literalmente como: “Rey del mundo”, aunque en la dimensión profunda simboliza al “Rey oculto”, pues la palabra *Olam*, “mundo”, también proviene de la palabra *neelam*, “escondido”.

De este modo manifestamos que aun cuando D-os se “esconda” detrás de la naturaleza y nos haga pensar que todo ocurre por razones naturales, sabemos que no es así, sino que detrás de cada detalle en nuestra vida y en la Creación en general se esconde El Gran Rey.

¡Cumplamos nuestra misión, que es descubrirlo y alabarlo!

El esplendor del “Amén”

Después de escuchar una *Berajá* decimos: “Amén”, como aprendieron nuestros Sabios del versículo: *Umromam al kol berajá uthilá*, “D-os es engrandecido sobre cada bendición y alabanza” (*Nejemíá* 9:5). Es decir, después de cada bendición o alabanza, Lo engrandecemos contestando “Amén” (*Berajot* 63a).

Durante el día repetimos esta palabra en muchas ocasiones que se requiere una bendición. Prácticamente son alrededor de noventa “Amén” los que debemos decir (los varones judíos) al día. Como dijo Rabí Jaim Vital en la introducción al libro *Etz Jaim*, las iniciales de la palabra *tzadik*, “justo” son la letra *tzádik*, cuyo valor numérico es 90; *dálet*, 4; *yud*, 10; y *kuf*, 100 y nos indican que la meta del *tzadik* cada día es contestar 90 Amén, 4 *kedushot* y 10 *kadishim*, y decir 100 *Berajot*.

Dice el *Midrash*: “No existe nada más grande para D-os que el Amén que responde el pueblo de Israel” (*Midrash Rabá*, Ki Tavó). El Talmud comenta que cuando el pueblo de Israel entra a la sinagoga y responde: Amén, Yehé Shemeh Rabá, D-os se alegra y dice: “¡Dichoso el Rey que es alabado así!” (*Berajot* 3a).

Resh Lakish expone que a quien responde “Amén” con toda su fuerza y concentración se le abren los Portones del Paraíso, y el Maharshá explica que, dado que en el Cielo hay diferentes divisiones y niveles de placer celestial, el “Amén” con que respondemos es la llave para abrirlos y poder ingresar.

En el *Pasuk* está escrito: *Pitjú shearim veyavó goy tzadik shomer emunim*, “Abran los portones para que entre el pueblo justo que cuida responder ‘Amén’” (*Yeshayá 26:2*). Y el *Zóhar* agrega que cierto ángel se encarga de recoger todas las alabanzas, especialmente el “Amén” que responde el pueblo de Israel, para “convertirlas” en piedras preciosas, diamantes y perlas, para adornar con ellas la Corona de D-os y entregársela como un regalo de parte del pueblo de Israel.

Pero, ¿qué significa la palabra “Amén”? Abordaremos esto en dos niveles: el literal y el profundo.

Si buscamos esta palabra en la Torá y en los Libros de los Profetas, encontraremos varios versículos.

1. El primero habla de la mujer *Sotá*, la sospechosa de infidelidad, a la que daban de tomar del agua en el Templo y le decían una oración advirtiéndole que, en caso de haber sido infiel, estas aguas la dañarían, y ella contestaba “Amén” (*Bamidbar 5:22*).
2. El otro versículo representa la prohibición que dijo Moshé al pueblo de Israel de que cometiera ciertos pecados: “Maldita sea la persona que haga estatuas”, y contestó el pueblo: “Amén” (*Devarim 27:15*).
3. Y el versículo del Profeta *Ishayá* que dice: “El que será bendecido por esta Tierra Santa, se bendice por medio de D-os, Amén...” (*65:16*).
4. El Profeta *Irmiyá* dijo sobre la promesa de D-os de que después de la destrucción del Primer Templo regresarán todos los utensilios de éste para el Segundo: “Amén. Así lo hará D-os” (*28:6*).
5. Y como dice el Rey David: “Bendito D-os de Israel, desde el mundo y hasta el mundo. Amén y amén” (*Tehilim 41:14*).

Los amén en estos versículos requieren de varias explicaciones y éstas dependen mucho sobre qué se dice:

1. Del primer versículo, el de la mujer *Sotá*, el “Amén” de su respuesta es como si ella hiciera un juramento. Como dijo el Rabino Shemuel: “Cada uno que contesta ‘Amén’ después de un juramento (y así sería también después de una bendición) equivale a como si uno mismo hubiera dicho esas palabras” (*Shevuot* 29b).
2. Otra explicación de la palabra “Amén” es: “Acepto”, como se aprende del segundo versículo, en el que se advirtió al pueblo de Israel de no hacer idolatría, porque de hacerlo serían maldecidos. Su contestación de “Amén” significa: “Acepto”, como dijo Rabí Yosí BeRabí Janiná: “‘Amén’ es aceptar las palabras” (*Shevuot* 36a).
3. También “Amén” proviene de *Emuná*, “fe”, como se aprende del versículo del Profeta Ishayá que finaliza diciendo: “Jurará, En *Eloké Amén*”. Es decir, “Jurarás por el D-os en que tienes fe”. Y explicó sobre ese versículo el comentarista Radak: “Amén significa: ‘Tengo fe’”. Este tipo de “Amén” se da cuando alguien alaba a D-os y Le atribuye la fuente de toda abundancia, a lo cual contestamos: “Amén-Yo también tengo fe en eso”.
4. En el cuarto versículo la traducción de “Amén” es: “Que así sea”, como dijo el Profeta Irmiyá. Después de que profetizó y deseó que los utensilios regresen al Templo, dijo: “Amén, así hará D-os”, como diciendo: “Amén que así sea”. Y este es el tipo de “Amén” que contestamos cuando nos bendicen o cuando se desea algo bueno, tanto para un individuo como para la congregación.
5. El quinto versículo nos lleva a la explicación profunda de “Amén”. Dice el *Zóhar*: “Las bendiciones provienen de arriba hacia abajo. Y cuando se contesta: ‘Amén’, prácticamente abrimos los portones de la abundancia para que baje el bien con alegría del mundo Celestial al mundo terrenal” (*Ekev* 5).

Explica esto Rabenu Bajyé: “La palabra ‘Amén’ encierra el conducto de la abundancia desde el inicio, durante y hasta el fin. La letra primera

del 'Amén', que es la *álef*, hace alusión al ojo del manantial (a la sefirá de *Kéter*, ya que la *álef* alude al Nombre de D-os, *Elokim*, Adó..., *En Sof*, *Alufó shel olam*, donde todas estas palabras comienzan con la letra *álef*). La siguiente letra es la *mem*, la cual representa el conducto que atraviesa todo el sistema del mundo, la *mem* de *Melej Haolam*, 'El rey del mundo'. Y la última letra del 'Amén', la *nun*, alude a la parte receptora, ya que ésta encabeza la palabra *nekevá*, 'hembra', que viene de la palabra *nékev*, 'hueco', 'hoyo', 'utensilio receptor'" (*Shemot* 14:31).

Así que "Amén" representa la unión entre el que da, el conducto y el que recibe, que en la Cabalá se llama *Ijud*, "relación", donde D-os, como el "novio", se relaciona con la "novia", el pueblo de Israel.

Con esto podemos entender otro párrafo del *Zóhar* que nos incrementa la grandeza del "Amén":

Los querubines sobre el Arca de la Alianza eran dos ángeles que extendían las alas uno hacia el otro, uno con apariencia femenina y el otro masculina. En la Cabalá, la parte de D-os que da (masculina) se denomina *Hashem*, con sus cuatro letras, cuyo valor numérico es 26. Y la parte receptora se denomina *Adó...*, cuyo valor numérico es 65. Cuando uno bendice, menciona esas dos cualidades reconociendo que hay un D-os que da y un pueblo que recibe. Y por eso nosotros, al escuchar en la bendición el Nombre de D-os, *Baruj Atá Hashem*, contestamos: *Baruj Hu Ubaruj Shemó*, "Bendito Él y bendito Su Nombre".

Es decir, "bendita es la parte que da y bendita es la parte que recibe". Pero al finalizar la bendición, contestamos: "Amén", cuyo valor numérico es 91, esto es, 26 más 65, lo cual alude a que logramos la unión entre los dos ángeles-querubines, haciendo de ambos uno solo. Como D-os bendijo al hombre y a la mujer (el que da y la que recibe): "Y serán como un solo cuerpo" (*Bereshit* 2:21). Por ello, el valor numérico de Amén-91 es el mismo que el de la palabra *Malaj*, "ángel". Es decir, de los dos se hizo uno (*Zóhar*, *Pinejás* 312, y *Comentaristas*).

Curiosamente, el valor numérico de la palabra "Amén" equivale al de la palabra *yahalom*, "diamante", insinuando que cada "Amén" que

respondemos se considera como un diamante agregado a la Corona Divina.

Este goce que siente D-os es el que manda abundancia al mundo, como lo escribe el Shelá Hakadosh basado en otro pasaje del *Zóhar* donde se explica que responder “Amén” emana abundancia y la expande en todos los mundos.

Ahora entendemos el versículo mencionado por el Rey David: “Bendito el D-os de Israel”, el que da, Quien encabeza el manantial de abundancia y por medio de las bendiciones y alabanzas bendice al receptor, Israel; *Me haolam vead haolam*, “Desde el mundo y hasta el mundo”, desde el mundo celestial hasta el mundo terrenal.

Debido a esta grandeza que provocamos por esta pequeña palabra, “Amén”, la recompensa, dice el *Zóhar*, es muy grande. A la hora en que fallece el *tzadik* que contestó sus miles de *amenim* y causó tanta abundancia, mientras su alma sube a los mundos celestiales sale una voz que dice: “Abran las puertas y pasará este *tzadik*, cuidador de Amén”, pagándole con la misma moneda, ya que él en vida abrió portones de abundancia para que ésta pasara a la tierra, ahora se le abren a él portones celestiales a fin de que pase con regocijo a su Paraíso.

Ahora bien, ¿cuál es el secreto de responder “Amén”?

Siempre que escuchamos una bendición, después de las palabras *Baruj Atá Ado-nay*, “Bendito eres Tú, D-os”, respondemos: *Baruj Hu ubaruj Shemó*, “Bendito es Él y bendito es Su Nombre”, y al final de la bendición respondemos “Amén”.

La traducción literal de “Amén”, en hebreo, es “verdad” o “que así sea”, según la bendición que se haya pronunciado.

¿Qué significa la aparente redundancia: “Bendito es Él y bendito es Su Nombre”?

Cuando decimos “Bendito es Él”, nos referimos a la esencia de D-os, la cual es bondad y misericordia puras, y cuando decimos “Bendito es Su Nombre” nos referimos a la actitud que adopta para hacer justicia.

Por eso cuando decimos: “Bendito eres Tú, D-os”, aclaramos que estamos dispuestos a bendecirlo, sea que se comporte con nosotros con misericordia (*Baruj Hu*) o con justicia (*ubaruj Shemó*).

La fe verdadera (*Emuná* en hebreo) de cada *yehudí* consiste justamente en estar consciente de que todo proviene de D-os y que “no hay mal que por bien no venga”. Es por ello que respondemos al contexto de toda la bendición diciendo “Amén”, término que se deriva de la palabra *Emuná*, proclamando así nuestra lealtad a D-os y reconociendo que todo es de Él y para nuestro bien.

Esto se insinúa también en el valor numérico de los Nombres de D-os, cada uno de los cuales representa cierta actitud Divina. Por ejemplo, el Nombre de D-os de cuatro letras (*Yud, He, Vav, He*) simboliza bondad y su valor numérico es veintiséis, y a este nombre nos referimos cuando decimos *Baruj Hu*.

Por otro lado, las cuatro letras del nombre *Ado-nay* suman sesenta y cinco y simbolizan la actitud de justicia. Hacemos referencia a él cuando decimos *UBaruj Shemó*.

Si sumamos ambos valores, obtendremos noventa y uno, lo mismo que suman las tres letras de la palabra “Amén”. Esto insinúa una vez más, que el “Amén” significa fe con la que aceptamos de D-os cualquier actitud de Él sea bondad o sea justicia.

Comprendemos ahora lo que afirma el Talmud respecto a que si respondemos “Amén” con toda nuestra fuerza, D-os perdona nuestros pecados pues reconocemos que todo es de D-os y lo alabamos por todo, coronándolo así con este fino diamante. Mediante esto conseguimos Su cariño y Su perdón (*Shabat 119b*).

En el libro *Taharat Hakódesh* está escrito:

Sabemos que para recibir el perdón por nuestros pecados deberíamos ayunar varios días y sufrir mucho para que se borren. Así, al darnos cuenta de todo lo que deberíamos hacer para borrarlos, nos desesperamos pensando que está fuera de nuestras posibilidades. De este modo olvidamos lo que dijeron nuestros Sabios respecto a que todo el que responde “Amén” con toda sus fuerzas se le perdonan todos sus pecados.

¡Qué gran oportunidad, fácil, cómoda y “Amena” de limpiar todas las manchas de nuestra alma causadas por nuestros pecados! ¡Qué dichosos debemos sentirnos, pues con sólo emitir una pequeña palabra, pronunciada con amor y comprensión, obtenemos tantos privilegios! ¡Y qué lástima que la desaprovechemos tantas veces!

El Jafetz Jaim escribe: “Me extraña que aún haya gente buscando *Segulot* y gaste su dinero en obtener un remedio ineficaz para resolver problemas de salud, sustento y demás, abandonando el verdadero remedio que recomiendan nuestros Sabios: responder ‘Amén’” (*Ahavat Jésed* 8:5).

El Rokeaj explica que el valor numérico de la palabra “Amén” es también el mismo que el de la palabra *Malaj*, “ángel”, pues cada vez que respondemos “Amén” creamos un ángel que aboga por nosotros y pide a D-os que nos mande abundancia y alegría.

El libro *Majatzit Hashékel* escribe que nuestros Sabios encerraron “claves” en nuestros rezos y una de ellas se basa en el dicho: *Tzadik gozer vebaKadosh Baruj Hu mekayem*, “El justo decreta y D-os lo cumple” (*Óraj Jaim* 6:4).

¿Qué debemos hacer para obtener el título de *tzadik*? Como explicamos antes la palabra *tzadik* se escribe con las letras *tzádik* (cuyo valor es 90), *dálet* (4), *yud* (10) y *kuf* (100). Es decir, deberíamos responder 90 veces *Amén* y rezar 4 *Kedushot*, 10 *Kadishim* y 100 *Berajot* cada día de nuestra vida. Así se forma la palabra *tzadik*.

Si conseguimos cumplir con este requisito todos los días de nuestra vida lograremos obtener el título de *tzadik* y así D-os cumplirá, en Su inmensa misericordia, todos nuestros deseos.

Al contestar “Amén” debemos tener cuidado de que no pronunciarlo incompleto: que le falte la *álef* contestando rápidamente “mén”, o que le falte la *nun* contestando únicamente “amé”. Esto significa que en la vida no debemos omitir, y no creer en la *álef*, en la fuente de nuestra abundancia, ni tampoco dejar la fe y la abundancia en el Cielo, sin atraerla hacia nosotros, a la letra *nun*. El “sistema Amén” debe ser completo. ¡Así sea!

El significado del *Leshem Yijud*

Hay una costumbre de recitar una breve oración conocida como el *Leshem Yijud* antes de rezar o cumplir una *mitzvá*; por ejemplo, antes de ponernos el *Talit* o los *Tefilín*.

Aunque hay una gran variedad de textos al respecto, todos comprendemos las palabras al principio, en las que se menciona el propósito principal de llevar a cabo la *mitzvá* particular que estamos por hacer.

La finalidad de mencionar el *Leshem Yijud* antes de cumplir cualquier *mitzvá* es preparar el cuerpo y el alma para cumplir la Voluntad de D-os apropiadamente. Asimismo, aclaramos el motivo principal por el cual realizaremos esa *mitzvá* desde un punto de vista general haciendo después alusión a sus particularidades.

Hay muchas explicaciones sobre el significado y las frases que componen este párrafo. Por ello, aquí se analizará sólo una de las expresiones que figuran en él.

En todos los textos de *Leshem Yijud* figura el concepto de que al cumplir adecuadamente la *mitzvá* conseguiremos “Unificar el Nombre *Yud He* con *Vav He* en una unión íntegra”. ¿Qué significa esto?

Todo lo que hacemos, esté relacionado con asuntos materiales o espirituales, se compone siempre de dos fuerzas: la que se origina en nuestra parte material y la que proviene de nuestro lado espiritual.

Por ejemplo, cuando nos envolvemos con el *Talit* o nos colocamos los *Tefilín*, nuestro cuerpo (nuestro lado material) toma parte de estas *mitzvot* justamente al llevarlas a cabo con el físico, es decir, tomando el *Talit* y envolviéndonos con él, y tomando los *Tefilín* y colocándolos sobre nuestro cuerpo.

Nuestra alma también toma parte en estas *mitzvot*. El alma es la parte viva que fue insuflada por D-os en nuestro cuerpo y es lo que nos mantiene vivos. El alma se “estimula” cada vez que realiza cualquier

mitzvá; se alegra, incrementa su amor al Creador. Siente cómo en ese momento se convierte en un emisario leal de D-os, en su entrega por respetar Su voluntad.

Nuestros Sabios explican que las letras *Yud* y *He* del Nombre de D-os representan el alma, mientras que las letras *Vav* y *He* representan al cuerpo.

Esto se refleja del *Pasuk* que dice: “Regocíjese el Cielo y alégrese la Tierra” (*Tehilim* 96:11), donde las iniciales de las primeras dos palabras (que hacen referencia al Cielo, lo espiritual) coinciden con las letras *Yud* y *He*, y las iniciales de las últimas dos palabras (que hacen referencia a la Tierra, lo material) son *Vav* y *He*, que juntas forman las cuatro letras del Nombre de D-os.

Curiosamente, en hebreo los conceptos materiales se escriben empleando las letras *Yud* y *He*, como caminar (הלכה), beber (שתיה), comer (אכילה), dormir (שינה), hablar (שיחה), mientras que los conceptos espirituales se escriben empleando las letras *Vav* y *He*, como Torá (תורה), *avodá* (עבודה, “sacrificios y rezos”), Santidad (קדושה) y precepto (מצוה), entre otros.

Esto nos lleva a una conclusión: nuestra tarea es justamente: *leshem yijud kudshá berij Hu uShjinté*, es decir, unir la parte física con la parte espiritual, ya que nuestra misión siempre es unir Cielo y Tierra, cuerpo y alma, haciendo de ambos un *Yijud* (unificación), y no pretender separarlas, pues sería el equivalente a un cuerpo sin alma.

Debido a que queremos que todas nuestras acciones, *mitzvot* y rezos sean “vivos”, debemos insuflar espiritualidad en la materia y bajar el Cielo a la Tierra.

Infundamos esencia a nuestras obras

El *Zóhar*, en *Vayakhel*, nos transmite un concepto fundamental: todo artesano transfiere su propia esencia en cada una de sus obras. En hebreo este concepto es conocido como *Koaj hamafil bamufal*, “La fuerza del creador está en su creación”.

De aquí explica el *Zóhar* la gran importancia que tenía la elección de la gente para ejercer como artesano en las labores de construcción del Tabernáculo, pues no era suficiente con que fueran buenos trabajadores y expertos en la materia, sino que requerían además de un corazón puro, mente sana y cualidades maravillosas.

El motivo es que justamente eso era lo que se respiraría al ingresar al Tabernáculo: las buenas cualidades de los hombres que lo erigieron, ya que su personalidad se vería reflejada en cada rincón.

En realidad, este concepto se aplica en todas las áreas de la vida, pues todo lo que hacemos, construimos o elaboramos está impregnado de nuestros pensamientos, intenciones y esencia.

El *Targum Yonatán Ben Uziel* comenta que *Betzalel* (el arquitecto principal del Tabernáculo) poseía un don especial: podía percibir la energía que cada donador irradiaba en el momento de ofrecer alguna pieza de oro, plata o cobre para la construcción del *Mishkán* (*Shemot* 31:3). Así, de acuerdo con la fuerza y la personalidad del donador, asignaba a la donación el lugar preciso que ocuparía.

Por ejemplo, algunos donaban sólo por presunción o no poseían tan buenas cualidades, por lo que su donación era destinada a realizar cosas inferiores, como las argollas que unían la madera exterior al Tabernáculo y otras similares. En cambio, las donaciones de la gente de corazón puro, buenas acciones y grandes cualidades se destinaban para los utensilios sagrados, tales como el candelabro o el Arca de la Alianza.

El *Zóhar* nos da más ejemplos sobre la “vibra energética negativa” causada por gente no apropiada. Cuando el pueblo de Israel ingresó a la Tierra de Israel, sucedió algo increíble: en las casas construidas por los idólatras brotaba *Tzaráat* (una especie de lepra) de sus paredes. La Torá exigía que fueran destruidas y jamás volvieran a utilizarse las piedras o los materiales con que habían sido construidas. Esto se debe a que la intención y la mentalidad de idolatría estaban impregnadas en cada uno de estos materiales y podrían transmitirse a los *yehudim* que la habitaran en un futuro.

Este concepto se refleja aún más en la ley que afirma: “El *Séfer Torá* escrito por un ateo, aunque esté completo, sea perfecto y mantenga una escritura íntegra, deberá incinerarse totalmente” (*Shabat* 115a). Lo anterior se debe a que aun cuando el *Séfer Torá* pudiera parecer perfecto en su totalidad, entre sus líneas se ha absorbido la esencia y las ideas de quien lo escribió, de manera que cuando sea leído, el lector percibirá la energía negativa con que fue escrito y ésta se transmitirá a su persona.

Es este el motivo por el cual el Judaísmo siempre pone especial énfasis no solamente en el producto por sí mismo, sino también en la persona que lo elaboró. Esto significa que no nada más nos fijamos en cómo el *mohel* hace la *milá* (circuncisión), sino también en su personalidad; no nos importa únicamente la escritura de la *Mezuzá*, sino también el temor a D-os del escriba que la compuso; no importa sólo la forma en que se hicieron los nudos del *tzitzit*, sino también la persona que los hizo, ya que debe poner especial concentración en que lo hace por Orden Divina para poder cumplir con él la *mitzvá* de vestir *tzitzit*.

Este fundamento que el *Zóhar* revela nos instruye sobre la importancia de hacer las cosas con buenas intenciones y un corazón puro, pues eso será lo que se transmitirá a quien haga uso de nuestras obras o incluso se alimente de nuestra comida.

Después de todo, no es casualidad que las recetas de la abuela finalicen con un: “Hechas con mucho amor y cariño...”.

Seamos un utensilio de *Kedushá*

En la vida diaria de cada *yehudí* hay ciertos elementos que reciben el título de “utensilios sagrados”, como *Mezuzá*, *Lulav*, *Talit*, *Tefilín*, *Sucá*, *Matzá*, etc. Éstos, a su vez, se dividen en dos grupos: los “utensilios de *Mitzvá*” y los “utensilios de *Kedushá* (santidad)”.

Los elementos con que cumplimos *mitzvot* (como el *Lulav*, la *Sucá*, las velas de *Janucá*, el *Tzitzit*, etc.) son considerados “utensilios de *Mitzvá*”, mientras que sólo tres elementos son utensilios de *Kedushá*: el *Séfer*

Torá, los *Tefilín* y la *Mezuzá*, pues además de cumplir con ellas las respectivas *mitzvot*, llevan inscritas palabras sagradas.

En la práctica encontramos cierta diferencia en el nivel de santidad de cada una de estas dos categorías:

Los utensilios de *mitzvá* son importantes sólo mientras sirvan para hacer con ellas las *mitzvot* para las que están destinadas. Por eso, en el momento en que dejan de servir a dicho fin, pierden su importancia.

Por ejemplo, la *Sucá* es sagrada sólo durante la Festividad de *Sucot*; el *tzitzit* es importante sólo mientras esté completo; la *Matzá* tiene una bendición especial (*Hamotzí léjem min haáretz* o *Al ajilat matzá*), y lo mismo sucede con el *Lulav*. Sin embargo, después de transcurrida la fecha para cumplir con ellos la *mitzvá* a la que sirven, pierden su Santidad e importancia, de manera que se permite incluso echarlos a la basura (aunque se acostumbra darles otros usos de *mitzvá*).

Los utensilios de *Kedushá*, por otro lado continúan manteniendo su Santidad y a pesar de que un *Séfer Torá*, unos *Tefilín* o la *Mezuzá* hayan quedado inservibles (por ejemplo, en caso de haberse borrado, cortado o humedecido), será necesario depositarlos en una *Guenizá*.

El *Bet Haleví* comenta un bello mensaje en todo lo anterior: “La persona puede alcanzar en su vida dos niveles de Santidad: ser utensilio de *mitzvá* o procurar elevarse hasta ser utensilio de *Kedushá*”.

Nuestro cuerpo es un “utensilio de *mitzvá*” sólo mientras cumplimos las *mitzvot*: cada vez que nos colocamos los *tefilín* sobre el brazo y la cabeza, al proporcionar *tzedaká* con la mano derecha, cuando con los ojos admiramos las maravillas de D-os como el arco iris, el mar o los relámpagos, y con la boca decimos las respectivas bendiciones, si corremos para rezar o visitar a un enfermo, cuando hacemos acto de presencia ante un doliente... ¡en todos estos casos nuestro cuerpo se convierte en un gran “utensilio de *mitzvá*”!

Pero cuando además de todo eso, nos sentamos a estudiar *Torá*, analizando, discutiendo la Palabra Divina, profundizando cada uno a su nivel en las dimensiones que ésta presenta, nos elevamos y nos convertimos en utensilios de *Kedushá*.

El mensaje es:

¡No nos estanquemos ahí! ¡Elevémonos más! Grabemos en nuestra mente y corazón la Palabra de D-os. ¡Seamos un *Séfer Torá* ambulante!

Estudiemos, enseñemos y pongamos en práctica la Torá. Esto nos elevará hasta ser “utensilios de *Kedushá*”.

“De este modo”, continúa en su comentario el Bet Haleví, “después de larga vida, aunque tu cuerpo ya no sea apto para hacer *mitzvot*, seguirá manteniendo su nivel de Santidad. Como consecuencia, merecerá ser llevado a la *Guenizá* para que, con la llegada del *Mashíaj*, sea un cuerpo digno de ser resucitado, pues cada palabra de Torá que habló y practicó en vida lo habrán elevado para ser merecedor de ello.”

La verdadera larga vida

El tiempo es lo más valioso que tenemos en la vida y lamentablemente, es lo que más desperdiciamos. Hay personas que tienen reloj, pero carecen de brújula; y otros que tienen brújula, pero no tienen reloj. Es decir, muchos jóvenes tienen un reloj, mucho tiempo de vida por delante, pero a veces carecen de rumbo-brújula. Otros, especialmente los ancianos, debido a su experiencia de vida, tienen muy claro el rumbo que marca la brújula de la vida, pero lamentablemente carecen de reloj. Dichoso aquel que tiene reloj y brújula, tiempo y rumbo.

La *Mishná* dice: “Más vale una hora de placer en el Mundo Venidero que toda una vida llena de placeres en este mundo” (*Pirké Abot* 4:22), ya que jamás podremos comparar el placer espiritual con el terrenal.

Sin embargo, la *Mishná* continúa diciendo: “Más vale una hora en este mundo cumpliendo *mitzvot* que toda una eternidad en el Mundo Venidero”, y no es una contradicción, ya que el Mundo Venidero tiene gran ventaja cuando hablamos de placeres, pero cuando se trata de hechos, los que nos ayudan a avanzar y elevarnos de nivel en nivel, este mundo es el lugar ideal para conseguirlo, porque en el Mundo Venidero se pierde la posibilidad de avanzar.

El Profeta Zejaría dice: *Venatatí lejá mahalajim ben haomdim*, “Y te daré avance entre los detenidos” (3:7). Esto hace alusión a que en el Mundo Venidero todas las almas se quedan “bloqueadas” en el nivel que alcanzaron con sus actos en este mundo, por lo que no podrán avanzar o elevarse más. Sólo si sus descendientes aún vivos en este mundo hacen algún *Leiluy Nishmat* para la elevación de sus almas podrán “avanzar entre los detenidos”.

La superioridad que tenemos los vivos es que podemos avanzar con cada pequeña *mitzvá* que realizamos. Por eso, al entrar al cementerio y exponer los hilos del *Tzitzit*, de alguna forma presumimos ante los muertos esta gran ventaja, lo que les provoca incomodidad al recordarles que ya no pueden hacer *mitzvot* para elevarse a niveles superiores en el mundo en que ahora se encuentran.

Cuentan que el gran Gaón de Vilna dormía sólo cuatro horas al día por cada veinte horas que dedicaba al estudio de la Torá y al cumplimiento de las *mitzvot*. Esto lo convirtió en el símbolo del hombre que supo aprovechar al máximo su vida. Antes de fallecer, ya en agonía, sus alumnos lo vieron llorando mientras abrazaba y besaba los hilos del *Tzitzit*, los cuales estaban empapados con sus lágrimas. Sus alumnos le preguntaron:

—Querido maestro, ¿por qué llora?

El Gaón les respondió:

—Estoy a punto de abandonar un mundo maravilloso, en el que con sólo dos monedas se puede comprar un *tzitzit*, y con cada momento en que lo llevo puesto se amplifica el nivel en el Mundo Venidero. Allá, sin embargo, ni con millones de monedas se consigue un *tzitzit* o la posibilidad de avanzar por uno mismo...

Antes que temer a la muerte, debemos temer a no vivir adecuadamente. No se trata de vivir mucho, sino de aprovechar al máximo nuestra vida.

Por eso, la bendición de larga vida figura en la Torá como *Lema’an yaarijún yameja*, “...para que se alarguen tus días”. No dice “más años...”, sino “**largos días**”, ya que la bendición es que sepamos aprovechar el tiempo y así cada día será más largo.

Desde la mañana, con nuestros rezos, estudios de Torá, lectura de *Tehilim*, junto con nuestro cariño por el prójimo dando *tzedaká*, visitando enfermos, consolando a los dolientes, etc., podremos alcanzar el concepto de larga vida. Como la Torá alabó a nuestro primer Patriarca, Abraham: *Zakén vayamim*, “Y Abraham fue un anciano que vino con sus días” (*Bereshit* 24:1). Es decir, a pesar de todos sus largos años de vida, no hubo en ellos días ni horas desperdiciadas, sino que todos los días de su vida vinieron con él para su Mundo Venidero.

Nuestra vida es corta y pasa volando. Quitemos la niñez, cuando no sabíamos lo que hacíamos; no contemos mucho con la vejez, pues no sabemos en qué situación estaremos. Nos quedan los años en el “ínter”. Restemos a éstos las muchas horas de dormir, comer, platicar, vacacionar, etc. ¿Cuánto tiempo realmente nos queda para vivir y alcanzar los múltiples niveles en el Mundo Venidero?

Así que no queda de otra sino aprovechar la vida.

La cadena de transmisión

La *Mishná* de *Pirké Abot* (1:1) habla del deber de transmitir la Torá. Moshé la recibió de D-os y la entregó a los Sabios, y éstos a la vez a los Profetas, y así sucesivamente. Esto nos indica que también nosotros, parte de esta cadena milenaria, debemos recibir y dar.

El día de la entrega de la Torá a veces lo llamamos *Kabalat HaTorá*, “El día que se recibió la Torá”, y a veces, *Matán Torá*, “El día que se entregó la Torá”. Con esto se indica que hay el concepto de recibir y el concepto de dar, y cada uno debe recibirla para transmitirla.

Es como una carrera de relevos. Recibimos la estafeta de la Torá para correr con ella nuestro tramo y pasarla a la siguiente generación, de tal forma que cada uno de nosotros se convierte en un puente.

Dice el Talmud que cuando Moshé pidió a D-os después del suceso del becerro de oro que le permitiera conocer mejor el sistema

Divino, D-os le enseñó el nudo del *Tefilín* de la cabeza que Él poseía (*Berajot 7a*).

Esto transmitido por nuestros Jajamim muestra que D-os tiene *Tefilín*. Pero, ¿cuál es la explicación profunda al respecto, si sabemos que es una metáfora y D-os no tiene cabeza ni manos, ni materia física para ponerse un *Tefilín*?

Esto significa, ni más ni menos, que el *Tefilín* de D-os es el pueblo de Israel, que se divide en tres partes:

1. Los líderes, los sabios y los dirigentes, todos ellos a la cabeza del pueblo, simbolizados por los *Tefilín* de la cabeza.
2. Las personas que actúan, hacen, llevan a cabo las cosas, deciden, son donadores, gente de hechos, están simbolizadas por el *Tefilín* de la mano, ubicado frente al corazón —símbolo de la bondad— y sobre la mano —símbolo de la acción.
3. Las personas que sirven como “puente” entre los dos grupos anteriores, que saben tomar la palabra dictaminada y llevarla a los comités necesarios de acción, están simbolizadas en el nudo que se coloca en la cabeza y que baja hacia el cuerpo con las dos cuerdas de cuero.

El buen funcionamiento de un pueblo depende de estas tres partes. Por ejemplo, un juez en un tribunal después de haber dictado una sentencia, necesita a sus guardianes para que lleven al prisionero culpable ante los policías que lo encarcelarán. Sin estos guardianes, entre el juez y los policías, el sentenciado lograría escapar y de nada servirían las dos instituciones legales.

De la misma manera el pueblo de Israel, el más querido por D-os, está atado a la Presencia Divina. Algunos de sus miembros están catalogados como el “*Tefilín* de la cabeza” por fungir como cabeza del pueblo, y otros —la gente de buen corazón y acción—, están atados cerca del corazón de D-os.

En el caso de los que sirven como puente entre ambos, fueron los que fallaron cuando Moshé subió al Monte Sinai, cuando algunos individuos

exhortaron al pueblo a formar el becerro de oro. Es decir, no hubo un buen liderazgo que les sirviera de puente para evitar este hecho.

D-os enseñó a Moshé el “nudo del *Tefilín*” indicándole que la gente de “puente” es muy necesaria para unir a todo el pueblo, así como el nudo del *Tefilín*, que colocamos por encima del cuello, une a la cabeza con el cuerpo.

Aunque en esencia nuestras almas están unidas, el problema radica en que el cuerpo y los hechos en la vida nos separan unos de los otros, como una cuerda que se corta en dos, y se necesita de un tercero que venga y haga un nudo para volver a unirnos.

Transmitir la información de unos a otros, o hacer la paz convirtiéndonos en un puente de cualquier tipo, no es sólo un placer, sino un deber.

Relatan que dos hermanos, socios en grandes terrenos, se pelearon y dividieron todo utilizando el río como límite fronterizo entre ambos. Un día vino un carpintero a la casa del hermano mayor y le ofreció sus servicios, a lo cual éste rápidamente respondió:

—Salgo mañana de vacaciones por dos semanas. Te pido que tomes toda esta madera que hay aquí y hagas con ella un muro al borde del río para que ya no vea a mi hermano.

—Considéralo un hecho —respondió el carpintero.

Al regresar de vacaciones, el hermano mayor se asombró cuando, en lugar de una muralla, vio que el carpintero hizo un puente. Y parado en la orilla, enojado, vio a su hermano corriendo hacia él con los brazos abiertos y lágrimas de emoción en sus ojos, ya que el carpintero le dijo que su hermano pidió un “puente de paz”.

El hermano mayor, al ver esa reacción y emoción, no pudo resistir y abrió también sus brazos. Así, ambos se dieron un fuerte abrazo de perdón y amor. Y al voltear hacia el carpintero, con una gran sonrisa por su astucia, le dijo:

—Ven. Pasa a tomar con nosotros un *Lejaim*.

Y el carpintero contestó:

—Perdón, no puedo. Estoy apurado. ¡Debo seguir construyendo puentes...!

De lo anterior aprendemos que nuestro pueblo está formado por diferentes tipos de personas y diversos “colores”, pero juntos podemos formar un Arco Iris. Cada uno tenemos a la derecha a alguna persona más elevada e importante y a la izquierda quizá a un hombre simple e ignorante.

Nuestra misión, entonces, es actuar como puente entre ambos: de uno podemos recibir y al otro podemos dar.

Capítulo 11

Elevemos nuestra mesa y alimento

- 223 Tu mesa sagrada
- 225 Lavémonos las manos para comer el pan
- 227 El utensilio perfecto
- 230 Aguas puras
- 234 “¡Manos arriba...!”
- 235 ¡Aguas! ¡No seamos flojos!
- 236 Lavar y proceder
- 237 La bendición de *Hamotzi*
- 238 *Maim Hajaronim*
- 240 Copa de bendición
- 243 ¡Bendigamos al Altísimo...!
- 246 Bendición, mantel y pan

Capítulo 11

Tu mesa sagrada

El versículo dice: *Veasú Li mikdash veshajantí betojam*, “Y Me harán un santuario y moraré en ustedes” (*Shemot* 25:8). Y ya que no dice: “...moraré en él”, debemos entender que la intención de D-os no es únicamente morar entre las cuatro paredes del Tabernáculo, sino en nosotros, es decir, en nuestro cuerpo, hogar, comunidad.

Por tanto, nosotros somos quienes debemos sentar las bases para que la Presencia Divina more en nuestra persona.

Uno de los lugares que se considera “pequeño santuario” es el hogar. Por ello muchas de las leyes rituales y costumbres que tenemos dentro de la casa están relacionadas con el servicio en el Tabernáculo, especialmente la mesa, sobre la que comemos en nuestra casa. Si nos ponemos a pensar, el lugar en que más nos comunicamos con D-os es precisamente en ella.

Es decir, en la sala nos sentamos a platicar; en la cama, dormimos; en la cocina almacenamos y preparamos la comida. Pero la mesa, por medio del *Kidush*, el encendido de las velas, las bendiciones, las palabras de Torá, los cánticos, las alabanzas y el *Birkat Hamazón*, se convierte en un centro espiritual y de conexión con D-os.

Y debido a que el Templo también era el lugar más destacado en toda la Tierra de Israel como el lugar de conexión con D-os, se establecieron muchas leyes referentes a la mesa y a los rituales alrededor de ella, del servicio en el Tabernáculo.

Por ejemplo:

- El ritual de lavado de manos es una alusión al gran lavamanos ubicado en el Tabernáculo, en el cual los sacerdotes se lavaban antes de realizar los sacrificios.

- Acostumbramos poner sal sobre la mesa, e incluso untar el pan en ella, debido a que el versículo ordenó que sobre todos los sacrificios en el Templo había que poner sal (Ramá, *Óraj Jaim* 167:5).
- Se acostumbra bendecir sobre el pan entero o la copa de vino llena, en alusión al hecho de que todas las piedras de construcción del Templo debían estar completas (*Eliyá Rabá* 167:1).
- Se acostumbra cubrir los cuchillos a la hora de rezar el *Birkat Hamazón* debido a la prohibición de usar instrumentos cortantes de metal en la construcción del Templo (Gaón de Vilna, *Óraj Jaim* 180:5).
- Las velas que se encienden en la casa, ya sea en la víspera de Shabat o en la *Habdálá*, hacen alusión a las luminarias siempre encendidas en el Candelabro del Templo.
- Las especies aromáticas que usamos en la *Habdálá* representan al incienso utilizado en el Altar del *Ketóret*.
- Y la costumbre del Arizal de usar doce panecillos para decir *Hamotzí* simboliza la mesa de los Doce Panes.
- Pronunciamos palabras de Torá en la mesa como dijo Rabí Shimón: “Tres personas que se sentaron a comer a una mesa y dijeron Dibré Torá es como si hubieran comido de los sacrificios sagrados” (*Pirké Abot* 3:3). Esas palabras de Torá aluden al Arca de la Alianza, con las Tablas de la Ley dentro de ella.
- Y el hecho de que nos sentemos a la mesa uno frente al otro extendiendo la mano que sirve y pasa los manjares, alude a los *Kerubim* ubicados en la tapa del Arca, cuyas alas estaban extendidas uno hacia el otro.
- Los cánticos que se entonan en la mesa rememoran el cántico de los Leviím en el Templo.
- La comida recuerda a los sacrificios; las bebidas, al ritual llamado *Nisuj*, que los Cohanim realizaban en el Templo que consistía en derramar agua o vino alrededor del Altar.

- Y por supuesto, el amor, el fervor entre los integrantes de la familia, y especialmente el cariño con el cual la señora de la casa prepara toda la comida, aluden al fuego del Altar, esa llama que nunca se apagaba.

Al estudiar y conocer al máximo todas las leyes relacionadas con el acto de traer la Presencia Divina a nosotros, convertiremos nuestra mesa en un lugar sagrado, y no lo contrario, D-os nos libre, en una “mesa de batalla”, con comentarios prohibidos, chismes, comida no *kasher*, etcétera.

Nuestros Sabios nos informan de una costumbre antigua en varios lugares (Francia, por ejemplo): al fallecer personas honorables, estudiosas y espléndidas, en cuya mesa se sentaba gente pobre y además ésta se llenaba con palabras de Torá, sus deudos usaban la madera de esa mesa para hacer el ataúd y enterrarlas con ella. Es una forma de decir: “Aquí comía. Esta mesa dará testimonio de que mi hogar era un pequeño santuario”.

Dice el *Zóhar*: “De la misma forma en que por medio de la Mesa y los Doce Panes en el Tabernáculo pasaba toda la abundancia y las bendiciones al mundo, mediante la mesa del hogar surgen las bendiciones Divinas a todos los integrantes de la familia”.

Entre estas leyes y bendiciones se encuentran, por ejemplo, aquellas sobre el lavado de manos, la bendición del pan, la forma de sentarse a comer, sobre cada alimento y bebida, etcétera.

Quiera D-os que de la misma forma en que todo este ritual en el Templo provocaba que el Fuego Divino bajara del Cielo, en muestra de aceptación a todas las ofrendas, así también que al seguir los rituales que acompañan a la mesa, D-os nos responda y bendiga con abundancia, para que todos los días nuestra mesa esté “llena y bien rodeada”.

Lavémonos las manos para comer el pan

Antes de comer el pan debemos lavarnos las manos. Esto fue establecido por nuestros Sabios. Se inició con el Rey Salomón y se continuó en la

época del Segundo Templo. Entonces se ordenó que no nada más los sacerdotes se lavaran las manos para consumir el sagrado alimento de la *Terumá*, sino que todo Israel tuviera que hacerlo para comer pan. Aunque en las leyes de impureza no se aplicaba todavía el concepto de “una parte del cuerpo impurificada y las otras no”, si alguien tocaba un cadáver con una mano no se impurificaba sólo este miembro, sino todo el cuerpo. Sin embargo, en las leyes del lavado de manos sí se establece el estatus de éstas para diferenciarlas del resto del cuerpo.

Todos los dictámenes de nuestros Sabios tienen múltiples motivos, algunos fáciles de entender y otros profundos. Respecto a la orden de lavarnos las manos antes de comer el pan, he recopilado varios de ellos. Y estoy seguro de que son apenas una mínima parte de los muchos que hay.

a) El lavado de manos se estableció para recordar a los sacerdotes en el Templo, quienes debían hacerlo antes de aproximarse al servicio de los sacrificios. Aunque ellos se lavaban manos y pies, el Ben Ish Jai nos dice que lavamos únicamente las manos porque para eliminar la impureza de los pies se requiere más que la simple *netilá*.

b) Debido a que el versículo dice: *Vehitkadishtem vihyitem kedoshim*, “Santifíquense para ser puros”, explican nuestros Sabios que debemos lavarnos las manos para purificarnos antes de comer. La diferencia de este punto con el inciso a), es que aquí se hace la *netilá* para quitar impureza y alcanzar mediante ella un estado neutro, y otra opinión dice que el estado de las manos ya es neutro y la *netilá* sirve para purificarlas y elevarlas.

c) Dado que la comida se podría percibir por un lado como un deseo mundano y bajo, como una mera necesidad animal, o por otro lado como la forma de nutrir nuestro cuerpo para realizar adecuadamente el servicio Divino, el ritual de *netilá* comprueba que nuestra intención respecto a la comida es este último enfoque.

d) Otros Comentaristas consideran *Netilat yadaim* como un equivalente al ritual de *Nisuj HaMaim*, en el que se tomaba agua y se derramaba sobre las esquinas del Altar para pedir a D-os abundancia de lluvias que son la fuente del sustento.

Precisamente, ya que la comida representa la abundancia y es el pan el que obtenemos con el sudor de nuestra frente, hacemos nuestro pequeño *Nisuj HaMaim*, para pedir a D-os abundancia y buen sustento. Curiosamente, la palabra “agua” en hebreo es *maim*, compuesta por las letras iniciales de la bendición: *Malé yadenu mibirjoteja*, “Llena nuestras manos de Tus bendiciones”. Después del lavado de manos decimos la bendición *Al netilat yadaim*, cuyas iniciales forman la palabra *Aní*, “pobre”, justamente para insinuarnos que la *netilá* nos llena de bendición y nos salva de la pobreza.

e) El agua hace alusión a la bondad, ya que de la misma forma en que las aguas siempre fluyen de arriba hacia abajo, la bondad, la misericordia y la caridad bajan de quien está en una posición elevada hacia quien se encuentra en una posición inferior. Por eso derramamos agua sobre nuestras manos de arriba hacia abajo, sin sumergirlas en ella, para hacer alusión a la abundancia que nos llega de D-os y nos llena la mesa con todo lo bueno. Esto nos indica que igual debemos hacer con el necesitado invitándole a nuestra mesa para compartir el pan con él.

Todo lo anterior es sólo una pequeña parte de las muchas explicaciones que puede tener el ritual de *netilá*. Y aunque no lleguemos a conocerlas todas, debemos confiar en que nuestros Sabios sabían qué estaban ordenándonos. Y como está escrito en el libro *Shébet Musar*, que cita el testamento de Rabí Eliezer *HaGadol* a su hijo Orkanos: “Hijo mío, sé meticuloso con *netilat yadaim*, ya que el lavado de las manos es una de las cosas más elevadas que tenemos. Y aquel que la menosprecia o la desprecia, no es apreciado en el Cielo”.

El utensilio perfecto

Para realizar el ritual de lavado de manos utilizamos un utensilio llamado *keli*. Dijeron nuestros Sabios: “No se lavan las manos sino mediante un utensilio” (*Mishná, Yadaim*, cap. 1:2). Y aprendieron nuestros Sabios esta ley del ritual de purificación que se hacía en el Templo con las aguas del *jatat*, como dice el versículo: “...y se echarán esas aguas dentro de un utensilio”.

Debido a que la *netilá* consiste en repetir el ritual de los sacerdotes al lavarse las manos y los pies antes de realizar el servicio y que se hacía mediante el *Kiyor* (el gran lavamanos de cobre), que era un gran utensilio, también nosotros al lavarnos las manos antes de aproximarnos a la mesa, usamos el *Keli* de la misma forma que se usaba el *Kiyor*.

En un sentido más profundo, podemos entender el concepto del agua y del *keli* haciendo alusiones al cuerpo y al alma, como a continuación se detallará.

Antes de la Creación, todas las almas estaban en el Cielo, en un lugar denominado *Majtzav Haneshamot*, de donde salieron para introducirse cada una en un utensilio particular, conocido como cuerpo.

El agua, que es símbolo de la pureza y es la fuente de la vida (ya que todo lo que crece necesita de ella), alude al alma. A diferencia de un estanque de agua cualquiera, sea mar, lago o *Mikvé*, su principal característica para que sea pura y sirva como lugar para purificarse a través de la *tebilá*, es que no sea acarreada o esté en un recipiente. Esto alude directamente a aquel lugar celestial, el *Majtzav Haneshamot*, donde no cabe la impureza. Sin embargo, a la hora de tomar de esas aguas y meterlas a un utensilio, se convierten en propicias para impurificarse, a menos que las cuidemos de impurificarse y nos servirán para purificarnos. A través de la *netilá*.

Así es el alma: desde el momento en que entró a nuestro *keli*, nuestro cuerpo, puede impurificarse o servir de medio para nuestra purificación o nuestra elevación personal. Como dato adicional, debemos saber que la palabra *keli* en hebreo se escribe con las letras *jav*, *lamed* y *yud*, que son las iniciales de *Cohanim*, *Leviím* e *Israel*, “El *keli* del pueblo Judío”.

El ciclo del agua en la naturaleza consiste en que las aguas bajan a la tierra, pasan un tiempo aquí, se evaporan, suben, se condensan en nubes y después de un tiempo vuelven a bajar. Eso mismo pasa en el “ciclo de las almas”: bajan al mundo, viven su vida y al finalizar suben como un vapor y en caso de ser necesario, “se condensarán” y volverán a bajar de acuerdo con el concepto de la reencarnación.

Varias de las leyes correspondientes al *keli* y el agua nos insinúan el modo de vivir correctamente. Por ejemplo, la ley respecto a que un

keli agujerado no sirve para hacer *netilat yadaim*, o la de que un *keli* demasiado pequeño no puede contener una medida mínima de agua y por tanto tampoco sirve, aluden a aquella persona que tiene “fuga de alma”, por medio de los “hoyos” en su cuerpo provocados por los pecados que ha cometido, lo que obliga a la reparación del *keli* para conservar y almacenar más aguas puras.

Otro ejemplo: una bolsa de plástico, que no es sólida, tampoco sirve como utensilio, como un hombre no estable y volátil que se le hace muy difícil mantener su pureza.

Lo más importante es que todos los *kelim*, sin importar de qué material estén hechos, desde oro hasta piedra, incluso cartón, sirven para hacer *netilá*. Tanto el rico como el pobre, el importante o el simple son dignos de contener un alma pura.

A la hora de lavarnos las manos, tomamos un *keli*, que es como nosotros mismos, y de la fuente de agua, que alude a lo celestial, como dice el profeta en nombre de D-os: “A Mí me abandonaron, siendo Yo la fuente de aguas puras” (*Irmiyahu* 2:13), llenamos nuestro *keli* de esas aguas puras y las derramamos sobre nosotros, haciendo alusión a que nuestro mayor anhelo es llevar pureza y espiritualidad a la mesa en que comemos.

Dice el Maharal: “Cuando la persona se sienta a comer se inclina hacia lo material, lo mundano, lo terrenal, representado por la comida y la bebida. Por ello nos ordenaron lavarnos las manos con agua, símbolo de la pureza, para convertir también este acto físico en un evento espiritual”.

Que sea la Voluntad del Todopoderoso que se cumpla en nosotros la profecía: “Y derramaré sobre ustedes aguas puras y con ellas se purificarán” (*Yejezkel* 36:25). ¡Amén!

Aguas puras

Las aguas aptas para el lavado de manos deben ser puras, por lo que conviene hablar del concepto agua en el Judaísmo.

El *Zóhar* dice: “El agua es bondad y trae alegría”. Para explicar esta frase analicemos el *pasuk* que dice: *Olam jésed ibané*, “El mundo se creó desde un inicio con *jésed*, bondad” (*Tehilim* 89:3); fue creado con intención de hacer *jésed*. Esto significa que D-os creó el mundo para hacer un bien, para dar bien. Por eso la Torá aclara que la forma en que se veía el mundo al principio era *Be Rúaj Elokim merajéfet al pené hamaim*, “Toda la Tierra estaba cubierta de agua y el espíritu de D-os flotaba sobre las aguas” (*Bereshit* 1:2).

¿Cuál es la intención de cubrir la Tierra de agua? Principalmente para dejar bien en claro que todo es bondad, agua, *maim*. Es la fuente de la vida.

El agua es el primer elemento que D-os pone sobre la Tierra para crear después todas las vidas que habrá de tener en Su planeta. En un momento de la Creación, en el segundo día, D-os dice: *Ikavú hamaim el makom ejad veteraé hayabashá*, “Que se concentre el agua en un lugar y que se vea lo seco” (*Bereshit* 1:9). *Yabashá*, “tierra”, viene de la palabra en hebreo *yabesh*, “seco”. Y entonces tenemos ahora en la Creación dos cosas: el agua y lo seco. Si el agua es bondad, ¿qué es lo seco, lo duro, lo sólido, la piedra? Es justicia.

A fin de ejemplificar y familiarizarnos más con este concepto, en términos legales decimos: “Se me puso duro el juez”, “Se me puso de piedra”. Es como si dijéramos que algo está muy seco, *yabesh*; que, en el caso de un juez, no hubo bondad de su parte, que estuvo muy “seco”, severo.

En español hay otro término para referirnos a esto, pero en hebreo para la palabra “dogma” en referencia a una ley que no tiene explicación, una ley que así es, se dice *jok*. En hebreo moderno se dice *Jok yabesh*, “ley seca” (que en español se refiere principalmente a no beber alcohol en determinadas situaciones), pero en hebreo significa que una ley es

muy dura, severa, estricta, clara, sólida, sobre la que no puede haber discusiones.

Hay seco y hay mojado; es decir, hay justicia, lo seco, y hay agua, que es bondad. D-os dividió en ese momento la Creación en dos partes: habrá agua y habrá seco; habrá una forma en la que juzguemos a los demás con severidad, de manera “seca” y dura; y habrá otra forma liviana, como el agua que corre, que fluye.

Empieza la Creación, empieza la humanidad y tenemos dos tipos de personas: por un lado está Abraham *Avinu* y por otro la gente de Sedom y Amorá, Sodoma y Gomorra. Abraham *Avinu* se caracteriza por el *jésed*, bondad. Es decir, es agua, es *jésed*. Cuando llegan invitados a su casa, dice: *Yukaj na meat maim*, “Tomen un poco de agua” (*Bereshit* 18:4). Esto es un símbolo de: “Estoy dispuesto a darles”.

La Torá cuenta que Abraham *Avinu* cavaba pozos para buscar agua, como una forma de decir: “Busco agua en lugares secos”, es decir, buscaba hacer bondad en lugares de gente “seca”. Sin embargo, paralelamente a Abraham estaba la gente de Sedom y Amorá, gente “seca”, quienes tenían como ley no ayudar al necesitado, y a pesar de que vivían en un lugar fértil y de agua y vegetación abundantes, terminó siendo un lugar árido, seco y duro como ellos.

He aquí los dos términos: mojado, lleno de agua, y seco, sin líquidos. Es decir, bondad y justicia.

Moshé *Rabenu* era el hombre de la bondad, el que nos sacó de Egipto, quien bajó la Torá para entregárnosla, el hombre al que debemos mucho. Observemos cómo esto cuadra con todo lo que estamos estudiando: Moshé *Rabenu* fue sacado del agua. De ahí proviene su nombre. En términos más profundos, lo estamos sacando del agua porque su misión ahora es realizar bondad. Él nos “abre las aguas” para que podamos pasar.

La Torá nos dice: *Vehamaim lahem jomá miminam umisemolam*, “Al partir el mar, las aguas se volvieron paredes” (*Shemot* 14:22), es decir, las fronteras, las paredes de las aguas entre las cuales estaba cruzando el pueblo de Israel, se solidificaron y se petrificaron.

Nosotros pasamos por el agua y a los egipcios se les aplicó el castigo del apedreamiento que se reserva para los grandes pecadores, simbolizando con la piedra, la justicia severa y con el agua, la Misericordia Divina.

Hay un pasaje muy famoso en la Torá: después de cruzar el mar, el pueblo no tenía agua para beber, por lo que D-os dijo a Moshé: “Ve a la roca y saca agua de allí”. Moshé va a la roca, la golpea y saca agua de ella. *HaMotzí lejá maim mitzur hajalamish*, “D-os te sacó agua de la piedra” (*Devarim* 8:15).

Ésta es una expresión con un significado muy profundo sobre la forma en que D-os juzga a la gente. Es decir, a veces nuestra situación es “de piedra”, muy dura. Pero D-os saca agua de la piedra, nos trata con bondad aunque debería juzgarnos con severidad. Como leemos en *Tehilim*: *Hahofejí hatzur agam maim jalamish lemayenó maim*, “D-os convierte la piedra en agua” (114:8). Dicho en los términos que hemos aprendido aquí, D-os convierte la justicia en bondad.

Quizá de aquí provenga un dicho referente a las personas muy reacias a dar ayuda monetaria: “Con él (o ella), es como sacarle agua a las piedras”. En otras palabras, las personas avaras son duras como la piedra, y el agua por el contrario, representa al acto de dar.

Éste el motivo por el cual Kóraj, que es lo opuesto a Moshé, recibiera el castigo de que la tierra se lo tragara. Es como decir: “Dado que saliste contra el agua, pues vete a lo seco, y que lo seco te trague”.

Debemos saber que todo lo dicho hasta aquí es uno de los motivos para hacer *Netilat yadaim*. Hay un concepto muy importante relacionado con el agua: cuando una persona peca, se impurifica y existe sobre ella un decreto de justicia, *din*. ¿Cómo nos quitamos de encima la justicia? Con la *Tebilá*, la *Mikvé*, la *Netilat yadaim*. Usamos el agua como una forma de quitarnos de encima la impureza, el castigo, la justicia ya que el agua es el símbolo de la bondad.

Ahora podemos entender por qué: el agua es un símbolo de bondad, de vida. La justicia es el símbolo contrario: castigo, extinción.

Dicho en otras palabras, usamos el elemento vida, que es el agua, que da vida a todos; usamos el elemento bondad, que es agua, para

contrarrestar la justicia, el castigo, la muerte que puede llegar. Con el agua logramos todo esto.

El Recanati lo explica de la siguiente manera:

Dijeron nuestros Sabios: *Sheté midot omdot al shuljanó shel adam*, “Dos cualidades están paradas en la mesa de la persona cuando se sienta a comer: una es *midat hatov*, la cualidad buena, bondad, la misericordia, y la otra es *midat hará*, la justicia, la supervisión Divina, para ver cómo andan las cosas, si todo está bien, etc.”. Cuando la persona hace *netilat yadaim* antes de comer y dice la *berajá*, la *midat hatov*, la cualidad buena, dice: “Éste pertenece a *HaKadosh Baruj Hu*”. Pone las manos sobre su cabeza y dice: “Hijo del pueblo de Israel, D-os se enorgullece de ti” (*Parashat Ekev*). Lo contrario sucede cuando no hacemos *Netilat yadaim*.

No olvidemos nunca que trabajar por la comida, la manutención, es en realidad una maldición: *Bezeat apeja tójal léjem*, “Con el sudor de tu frente comerás el pan” (*Bereshit* 3:19). Es una maldición, un acto de justicia, es un juicio que D-os hizo a Adam *Harishón*. ¿Qué hacemos nosotros para contrarrestar ese juicio, ese castigo severo? *Netilat yadaim*, para pedir a D-os bondad y así, *beezrat Hashem*, tener toda la abundancia de la comida, con *nájat* y con *berajá*, igual como el agua que baja fluyendo y nos baña de pureza de arriba hacia abajo.

Con esto aprendemos que todas las *mitzvot* que hacemos son más profundas de lo que creemos. Ahora podemos entender mejor la bendición que se dice sobre el pan: *Hamotzí léjem min haáretz*, “... el que saca el pan de la tierra”, es decir, de lo seco, ya que el pan contiene la maldición que D-os pronunció contra Adam *Harishón*: “Con el sudor de tu frente comerás el pan”. Eso es justicia.

¿Qué hacemos para adelantarnos a esa justicia? Nos lavamos las manos justamente por el pan, para reducir la severidad de esa justicia. Y además también vemos que cuando en el desierto el pueblo de Israel estaba bien con D-os, el pan que comían, el maná, bajaba del cielo. No era pan de tierra, de justicia, sino pan de bondad.

En ese caso la *Berajá* era diferente: *Hamotzí léjem min hashamaim*, “...el que saca pan del Cielo”. La palabra *Shamaim*, “cielo”, proviene de la expresión hebrea *Sham maim*, “allí hay agua”, es decir, allí hay bondad y de allí recibimos el pan.

“¡Manos arriba...!”

Después de lavarnos las manos debemos alzarlas para recitar la bendición de *Al netilat yadaim*. Hay varios motivos para esto:

- A la hora de verter agua sobre las manos tememos que varias gotas escurran hacia afuera de la muñeca (lugar que no se purifica por medio de la *Netilá*) y que al bajarlas, esas gotas regresen e impurifiquen la mano. Por eso levantamos las manos con los dedos hacia arriba, para que esto no ocurra.
- Otros Comentaristas, como el Mordeji, explican que debido a que el lenguaje de la bendición es *Al Netilat*, y esto significa “alzar”, debemos físicamente alzar las manos para que la bendición no sea en vano.
- El Ritbá dice: “Debido a que la *Netilá* eleva espiritualmente a las manos y a la persona, como dice el versículo: *Seú yedejem kódesch, ubarejú et Hashem*, ‘Alcen sus manos santas y bendigan a D-os’ (*Tehilim* 134:2), alzamos nuestras manos físicamente antes de la bendición para simbolizar la elevación espiritual” (*Julín* 106a).
- En los escritos del Arizal y en los libros de Cabalá, se consideran los dedos como canales de bendición. Cuando están abajo o al frente, son como conductos de transmisión de las bendiciones de D-os a las personas, como vemos en *Birkat Cohanim*. Sin embargo, cuando hacemos que nuestros dedos apunten hacia arriba, aludimos a la recepción de las bendiciones de D-os hacia nosotros mismos. Como dice el Ben Ish Jai, que hay diez canales celestiales de bendición, conocidos como las Diez *Sefirot* de *Kedushá* (de santidad), así levantamos los diez dedos ubicándolos al frente del rostro para simbolizar ese recibimiento de las bendiciones (*Parashá Sheminí* 5).

El acto de levantar las manos para decir la bendición representa justamente todos estos motivos. Queremos alzarlas y elevarlas espiritualmente, evitando la impureza, atrayendo por medio de ellas la Luz Divina para trasmitirla posteriormente a nuestro alimento, que terminará iluminando nuestro cuerpo al ingerirlo y también llenará de Luz a nuestra alma.

¡Aguas! ¡No seamos flojos!

Muchas veces nos da flojera lavarnos las manos y buscamos excusas: “Es que no tengo el agua cerca”, “Es que hace frío”, etc. Nuestros Sabios dijeron que quien va por los caminos y no tiene agua para hacer *Netilá*, deberá esforzarse y esperar, aun cuando las aguas se encuentren a una distancia de cuatro *milin* hacia adelante, o un *mil* hacia atrás. Con esto precisaron que quien las tiene cerca y a la mano tanto más debe usarlas.

Como está escrito en el diálogo entre un Rabino y Eliahu Hanabí, en el que éste dice al Rabino: “Aunque no está escrito de forma directa en la Torá que uno debe lavarse las manos, lo tenemos como tradición desde Monte Sinai, como lo relata la Torá, que antes de *Matán Torá* (la entrega de la Torá) D-os dijo a Moshé: “Ve al pueblo y santifícalos” (*Taná Debé Eliyahu*, cap. 15).

Nuestros Sabios aprendieron de aquí lo que significa purificarse con agua. Y no nada más a los sacerdotes se impuso esta ley, sino a todo el pueblo.

Cuenta el Rekanati que una vez un hombre rico invitó a un *jasid* pobre y con mucha hambre a compartir su pan. Cuando observó el pobre que el dueño de la casa no se había lavado las manos para comer, se levantó de la mesa y se fue. El dueño de la casa salió tras él y le suplicó que regresara, a lo que el *jasid* respondió:

—Perdóneme, pero no quiero comer de una mano que no se quita la impureza de encima.

Al enterarse los Sabios de esta historia, dijeron: “¡Bienaventurado es el pueblo de Israel! Cuánto debemos aprender de aquí: si un pobre con mucha hambre rechazó el pan ofrecido sin *netilá*, ¿qué podemos decir y hacer nosotros!”.

Dice la *Guemará*:

Cuando Rabí Akivá estaba encarcelado (en la prisión romana de Cesárea), Rabí Yehoshúa lo visitó como lo hacía todos los días, pasándole de contrabando agua para tomar y para hacer *netilá*. Un día, en el retén de la entrada, descubrieron que Rabí Yehoshúa llevaba agua para Rabí Akivá; se la quitaron y por sospechar un intento de fuga le preguntaron: “¿Acaso piensas perforar las paredes para que tu compañero escape?”. Acto seguido, derramaron la mitad del líquido. Cuando Rabí Akivá vio la cantidad de agua que llevaba Rabí Yehoshúa le dijo: “Sabes que mi vida depende de ti. ¿Por qué trajiste tan poca agua hoy?”. Después de enterarse de lo sucedido, Rabí Akivá dijo: “Prefiero usarla para *Netilat yadaim* y no para beber”. A esto dijeron nuestros Sabios: “Si así es en una prisión, ¿cómo debe ser en la casa?” (*Eruvín* 21b).

Resulta evidente la gran importancia de no dejar de hacer *Netilat yadaim*. Debemos entender que el esfuerzo es lo que trae la bendición y la abundancia, como dijo Rab Jisdá: “Yo me lavo las manos con abundante agua y por ello me darán abundancia de bendiciones” (*Shabat* 62b).

Lavar y proceder

Inmediatamente después de lavarnos las manos, hay que pronunciar la bendición del pan. En la *Guemará* dice: “Justo después de hacer la *Semijá* al animal, se procede a la *Shejitá* (sacrificio ritual). Después de decir la bendición de *Klal Israel*, se procede a la *Amidá*. Y justamente después de *Netilat yadaim* se procede a decir la bendición” (*Maséjet Berajot* 42a).

Sobre este tercer punto de la *Guemará* los Comentaristas discuten si se refiere al lavado de manos antes de comer y así aproximarse

inmediatamente para decir la bendición del pan; o si se refiere al lavado de manos al final de la comida, conocida como *Maim ajaronim*, y decir de inmediato la bendición de *Birkat Hamazón*. Rashí, Tosafot, Maimónides y otros entendieron que se refiere al segundo lavado de manos. Sin embargo, otros Comentaristas y como se entiende también de la *Guemará Yerushalmi*, afirman que se refiere al primer lavado de manos (*Maséjet Berajot* 6:1), donde dice que inmediatamente después de *Netilat yadaim* debe procederse a la bendición como dice el versículo: “Alcen sus manos sagradas y alaben a D-os”.

También en el *Midrash Agadá* dice: “En el Tabernáculo el lavamanos estaba ubicado cerca del Altar para que inmediatamente después de lavarse las manos, los Cohanim se aproximaran al servicio en el Altar. También nosotros, justo después de lavarnos las manos para comer, nos aproximamos a nuestra mesa-altar” (*Pekudé* 20).

Debemos procurar cumplir ambas cosas: juntar la bendición de *Hamotzí* al lavado de manos, y la bendición de *Birkat Hamazón* al lavado de *Maim ajaronim*.

La bendición de *Hamotzí*

Después de lavarnos las manos procedemos a la bendición sobre el pan que como sabemos tiene diez palabras: *Baruj Atá, Adó..., Elokenu, Melej, haolam, Hamotzí, léjem, min, haáretz*. Y esto se estableció así porque el número 10 se relaciona mucho con el pan, como se explicará a continuación.

La *Guemará Yerushalmi*, al final del capítulo de *Jalá*, dice: Diez *Mitzvot* cumple la persona en su terreno hasta que logra obtener el trigo:

1. No arar la tierra con un burro y un toro juntos.
2. No injertar semillas.
3. No poner bozal al toro a la hora de trabajar.
4. Dejar a los pobres el *léket*, las espigas individuales que se hayan caído.
5. *Shijejá*, lo no recolectado por olvido.

6. Peá, las esquinas del campo.
7. Dar al sacerdote la *Terumá*.
8. Sacar el *Maaser Rishón* (primer diezmo) y dárselo a los levitas.
9. Sacar el segundo diezmo y comerlo en Yerushalaim.
10. Dar una parte de la masa al *Cohén*.

Además el proceso de elaboración del pan también tiene diez pasos: arar, sembrar, regar, cosechar, recolectar, separar el trigo de la espiga, cernir, moler, amasar y hornear.

Al finalizar este proceso y cumplir las diez *mitzvot*, tomamos el pan con los diez dedos y citamos la bendición con sus diez palabras. Algunos agregan previamente a la bendición el versículo: *Ené kol Eleja yesaberu veAtá notén lahem et ojlam beitó*, “Los ojos de todos están alzados hacia Ti y Tú nos das la comida en su tiempo” (*Tehilim* 145:15), que también tiene diez palabras, al igual que el versículo que habla de las siete especies con que se bendijo la Tierra de Israel, esperando así que se cumpla en nosotros la gran bendición de *Veiten lejá HaElokim mital hashamaim umishmané haáretz, verov dagán vetirosh*, “Y te dará D-os del rocío del Cielo y de la gordura de la tierra mucha cosecha y vid” (*Bereshit* 27:28), que también contiene diez palabras.

Maim Hajaronim

El versículo dice: *Vehitkadishtem, vihyitem kedoshim, ki Aní Hashem Elokejem*, “Se santificarán y serán santificados porque Yo soy vuestro D-os” (*Vaikrá* 20:7). Y explica sobre esto la *Guemará*: “Rabí Yehudá dijo: El significado de este versículo se divide en tres partes: *Vehitkadishtem* hace alusión al primer lavado de manos antes de comer; *Vihyitem kedoshim* se refiere al lavado después de comer y antes de bendecir, conocido como *Maim ajaronim*; y *Ki Aní Hashem Elokejem* señala la bendición que debe decirse al terminar de comer” (*Berajot* 53b).

De aquí aprendemos que hay una obligación antes de decir la bendición de *Birkat Hamazón*, de verter agua sobre las puntas de los dedos. Y como escribió el *Shulján Aruj: Maim ajaronim jobá*, “El último lavado es obligatorio” (cap. 181).

Esta frase proviene de la *Guemará* que cita los cuatro permisos de transgresión de la ley que tienen los soldados en el campo de batalla: pueden tomar madera ajena (para su uso en la guerra), de *Eruv* (transportar en Shabat) y *Demai* (comer frutos sobre los cuales hay duda respecto a si se sacó el diezmo). Y el cuarto es que están exentos de hacer *Netilat yadaim*, de lavarse las manos (*Eruvín* 17a). Aclara ahí el Rabino Abayé: “El permiso que se dio a los soldados de no lavarse las manos se refiere sólo al primer lavado. Pero el último es obligatorio”.

Hay varios motivos por los cuales se realiza este lavado al terminar de comer, antes de bendecir:

- El primero: “Dijo Rabí Yehudá: Debido a que hay una sal sedomita que se utiliza para comer y ésta es muy peligrosa para los ojos, a tal punto que puede causar ceguera parcial o total, al terminar de comer deben lavarse las puntas de los dedos” (*Julín* 105b).
- En el libro *Shibolé Haléket* dice: “Aunque no se use sal, hace falta lavarse las manos, ya que con manos sucias es denigrante bendecir a D-os” (cap. 149). Y el versículo claramente nos ordenó: “Santifíquense antes de la bendición”.
- Dice el *Zóhar*: “*Maim ajaronim* es obligatorio, ya que tenemos que retirar de los dedos toda impureza espiritual” (*Parashat Terumá* 154). Explicaron los Comentaristas de la Cabalá que debido a que el cuerpo del ser humano está hecho a imagen y semejanza del sistema celestial, los diez dedos hacen alusión a los diez canales de abundancia en los cuales al final están las fuerzas negativas (aludidas por las uñas), y éstas impiden que nos llegue esa abundancia. Por eso, al terminar de disfrutar de la abundancia por medio de la comida, limpiamos esos canales con *Maim ajaronim* para recibir la abundancia en el futuro.

Sobre esta ley encontré un abanico de opiniones, desde algunos que afirman que debe decirse bendición sobre este lavado hasta otros que dicen que hoy ni siquiera es necesario hacerlo. Por ejemplo:

El Raabad dice claramente que hace falta decir una bendición al hacer *Maim ajaronim*: *Baruj Atá... al rejitzat yadaim* (Maimónides, *Berajot* 6:3).

Sin embargo, Rab Amram Gaón escribió que ya que este lavado era para salvar del peligro de la sal sedomita se hace pero no se bendice: “No se dice bendición en lenguaje de *netilá* ni en lenguaje de *rejitzá* ni en lenguaje de *shetifá* (sinónimos de lavado)” (*Séder Pésaj*).

El Ramá opina en nombre del Mordeji que si se trata de un individuo, no debe decir *berajá*, pero si son tres y van a hacer *Zimún* (invocación a la bendición), se hará *Maim ajaronim* con *berajá* (*Darké Moshé* 181:1).

Tosafot escribieron: “Ya que hoy no hay sal sedomita, no acostumbramos lavar las manos” (*Eruvín* 17b).

Para la conclusión halájica, el *Shulján Aruj* estableció lo siguiente: “*Maim Hajaronim* debe hacerse también hoy en día y sin bendición” (cap. 181:7). Y los motivos de que no se dice bendición según los Comentaristas son:

1. No se dice bendición al retirar un peligro.
2. Este lavado no es para pasar de un grado de impureza a pureza.
3. La bendición de *Al netilat yadaim* que se recitó en el primer lavado abarca o incluye este otro.
4. Incluso, según el *Zóhar*, aunque este lavado sirve para alejar fuerzas negativas, sobre eso no se dice bendición.

Copa de bendición

La copa de vino que usamos para decir *Birkat Hamazón* se llama *Kos Shel Berajá*, “Copa de Bendición”. Y cabe preguntar: ¿hay una copa de vino que no sea de bendición?

Cuando chocamos nuestras copas decimos: *Lejaim*, “Para vida”. Incluso en el texto de la bendición del vino, antes de pronunciar la bendición, el que tiene la copa en la mano dice: *Sabrí Maraná*n, pidiendo con estas palabras la atención de los asistentes, quienes contestan: *Lejaim*.

¿Cuál es exactamente el significado del término *Lejaim*?

El acto de tomar vino en la Torá tiene implicaciones a veces positivas y otras negativas. Por ejemplo:

- Nóaj, pese a haber empezado su vida con títulos honoríficos y como el hombre que se ganó la estimación de D-os salvándose del diluvio y salvando a las especies, terminó muy denigrado ante el Creador debido a que se embriagó con vino. Y aunque su historia comienza con el título de *Ish tzadik tamim*, "Hombre justo y perfecto", termina con el título de *Ish haadamá*, "Hombre de la Tierra...", que plantó una viña, bebió en exceso y acabó maldiciendo a su hijo Kenaan y a toda su descendencia.
- Las hijas de Lot, cuenta la Torá, le dieron a beber vino a Lot hasta emborracharlo para poder cohabitar con él y quedar embarazadas, trayendo así al mundo a los bastardos Amón y Moab.
- Los hermanos de Yosef, que lo odiaban, lo lanzaron al pozo mientras pensaban qué hacer con él. Mientras, dice la Torá, se sentaron a comer, y aclaran nuestros Sabios que esa comida implicaba tomar vino. Así, al perder la cabeza por beber tanto, decidieron vender a su propio hermano como esclavo.
- Algo parecido ocurrió con el acto del becerro de oro, que se inició con un grupo pequeño de idólatras y terminó con el vino y la fiesta abarcando a casi todos, como dice el versículo: "Y se sentaron a comer y a beber" (*Shemot* 32).

Sin embargo, el vino también tiene en la Torá implicaciones positivas:

- Cuando se encontró Abraham *Avinu* con el rey Malkitzédek, quien según nuestros Sabios se trataba de Shem, el hijo de Nóaj, éste le ofreció pan y vino, y después de comer y beber, dio a Abraham una maravillosa bendición (*Bereshit* 14:18). Y dijeron nuestros Sabios: "¡Qué grande es el vino, que por medio de él se bendice!" (*Midrash Toledot* 16).
- Así también vimos cómo Itzjak *Avinu* bendijo a su hijo Yaacov, quien le ofreció carne y vino. Itzjak, luego de comer y beber, dio una gran bendición a Yaacov.

- Y dijeron nuestros Sabios: “No se bendice ni se alaba sino sólo por medio del vino” (*Berajot* 35a). Agrega el *Zóhar*: “No hay santidad ni bendición si no es mediante el vino” (Tomo 3, 189b).

Entonces, ¿el vino es algo positivo o negativo?

La respuesta se encuentra en el *Midrash* que habla sobre el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, sobre el cual D-os dijo: “De su fruto no comerán...”. En este *Midrash* se analiza qué clase de árbol era, respecto al cual Rabí Ivo dijo: “Era una viña y Javá exprimió las uvas y le sirvió vino a Adam” (*Midrash Rabá* 19:8). A este mismo árbol la Torá lo llamó “Bien y Mal”, aclarándonos que el vino tiene tanto de bien como de mal, dependiendo de la forma en que se tome.

Como la *Guemará* cuenta:

Cuando el Segundo Templo fue destruido, hubo mucha gente que como expresión de duelo decidió dejar de comer carne y beber vino. Se encontró con ellos Rabí Yehoshúa y les dijo: “¿Por qué lo hacen?”, a lo que respondieron: “¿Cómo comeremos carne después de haber sido destruido el Altar en el cual realizábamos los sacrificios para D-os? ¿Cómo tomaremos vino, después de que fue destruido el lugar en el que ofrendábamos?”. Él les dijo: “Si es así, tampoco coman pan, ya que también fue destruida la Mesa de los Doce Panes, y las ofrendas de harina y sémola también dejaron de hacerse. No tomen agua, ya que tampoco hay ahora ofrendas de *Nisuj Hamaim*”. Se quedaron callados y siguió diciéndoles: “Las cosas no se toman al extremo. No enlutarnos no se puede, pero tampoco podemos enlutarnos demasiado. Tomemos el camino medio” (*Babá Batrá* 60b).

Con esto aclararon nuestros Sabios que las cosas en la vida, como el vino, deben tener su medida, porque si no, de bendición se puede transformar en maldición, al igual que un vino, de ser un líquido agradable, puede terminar convirtiéndose en vinagre amargo.

La *Guemará* dice: “Hay quien sueña con vino y es una buena señal para él, y hay para quien el mismo sueño es un símbolo negativo. Así como hay un versículo positivo sobre el vino escrito por el Rey David: ‘Y el vino alegrará los corazones de la gente’, como otro versículo dicho por

el Rey Shelomó: ‘Denle vino al amargado’” (*Berajot* 57a). Con esto nos esclarecieron nuestros Sabios que la misma “copita” puede ser buena y mala, como lo es el fruto del Árbol del Paraíso.

Por algo se llama “el Árbol de la Sabiduría”, ya que por una parte, dice la *Guemará* en nombre de Rab: “Mi sabiduría provino por el olor y el sabor del vino” (*Berajot* 43b), y por otra dicen nuestros Sabios que la mujer *Sotá*, de la que se sospecha infidelidad, cayó en eso por el vino que le hizo perder la cabeza. Es decir, el vino es como el Árbol de la Sabiduría: te la quita o te la otorga.

Por eso antes de bendecir denominamos a la copa como *Kos Shel Berajá*, y nos saludamos con *Lejaim*, “Para vida”, para demostrar justamente que beber este vino de forma correcta nos traerá bendición, vida, y no lo contrario, y nos conectará a la parte buena del Árbol de la Sabiduría.

¡Bendigamos al Altísimo...!

El *Birkat Hamazón* es la oración que decimos después de comer pan. Como aprendieron nuestros Sabios en la *Guemará* por la similitud en los versículos, en uno de los cuales dice: “Tierra que no con pobreza comerás el pan...”, y el otro dice: “Comerás y bendecirás a tu D-os” (*Devarim* 8:10).

El *Zóhar* dice: “Desde el desierto, cuando caía el maná, el pan del Cielo, al finalizar de comerlo bendecían a D-os, como lo insinúa el versículo: ‘Y por la mañana, cuando caiga el maná, se hartarán del pan y sabrán que Yo Soy vuestro D-os’” (*Ékev* 62a). Explica el *Zóhar* que esa expresión: “...y sabrán que Yo Soy el D-os Quien te lo da”, se refiere a la alabanza y al agradecimiento que se realizaba después de comer el maná considerado pan.

Birkat Hamazón está compuesta de cuatro bendiciones que fueron establecidas paulatinamente.

- La primera fue establecida por Moshé *Rabenu* mientras estábamos en el desierto y trata del agradecimiento a D-os, por cuya misericordia recibimos el alimento.

- La segunda fue establecida por Yehoshúa Bin Nun, el conquistador de la Tierra de Israel, y trata del agradecimiento a D-os por la tierra que nos dio. En ésta se agrega también el agradecimiento por la Torá que D-os nos entregó y por el pacto por medio del *Berit Milá* (la circuncisión).
- El Rey David estableció la tercera bendición cuando conquistó Yerushalaim y quedó completada cuando su hijo Shelomó construyó el Primer Templo; trata justamente de la construcción de nuestra Ciudad Santa pidiendo a D-os que se apiade de Su pueblo y construya el Tercer Templo.
- Nuestros Sabios establecieron la cuarta bendición en la ciudad de Yavne, luego de la guerra de Bar Kobjá contra los romanos y la masacre realizada por éstos en la ciudad de Betar, donde milagrosamente los cadáveres que se amontonaron como una muralla, una cerca alrededor de la ciudad, no sufrieron descomposición.
- Finalizamos *Birkat Hamazón* con varias peticiones, conocidas como *Harajamán Hu...*, cerrando con el *Osé Shalom* para pedir la paz Celestial sobre nosotros.

Estas cuatro bendiciones implican cuatro puntos importantes que tenemos como pueblo: la manutención Divina, la Tierra Santa, Yerushalaim la sagrada y el Pueblo Eterno.

La obligación de alabar a D-os por el alimento se debe a dos motivos principales: El primer motivo es para saber y reconocer que todo viene de Él, como nos lo indica el versículo de *Poteaj et Yadeja...*, “Bendito Tú, D-os, que abres Tus manos y sacias a todo ser vivo”. Dice el *Midrash*: “Dijo Rabí Itzjak: Abraham *Avinu* tenía su carpa abierta para los necesitados y cuando terminaban de comer les decía: ‘Bendigan a D-os’, a lo que preguntaban: ‘¿Y qué se Le dice?’, y Abraham contestaba: ‘Bendito el D-os del mundo, que comimos de lo Suyo’” (*Bereshit* 43:8).

El segundo motivo es para ser agradecidos. La naturaleza del ser humano a veces le provoca saciarse, enorgullecerse, olvidar e incluso patear. Como nos advirtió la Torá: “Ten cuidado de olvidar a D-os y a Sus preceptos. No sea que comas y te sacies, y buenas casas construyas, y

tengas mucho vacuno, plata y oro, y debido a eso te enorgullezcas y te olvides de D-os, Quien te lo dio" (*Devarim* 11:16). Y dice otro versículo: *Vaishmán Yeshurún vaivat*, "Se engordó el pueblo de Israel y Me pateó" (*Devarim* 32:15).

El ritual de lavarse las manos antes de comer y bendecir, y sentarse a la mesa con educación es para diferenciarnos justamente de los animales, y para no convertir el acto de comer en una simple necesidad animal, sino en un acto elevado. El profeta Yeshayá reclama con palabras que pueden hacer alusión también a la obligación de *Birkat Hamazón*: "Conoce el toro a quien lo adquirió y el burro reconoce a su amo, pero lamentablemente Mi pueblo, Israel, no Me conoce y no observa de Quién come" (1:3).

El *Zóhar* aclara que no se trata nada más de reconocer y agradecer con cara larga, sino que la forma de recitar la bendición también es importante. Como con nosotros mismos cuando alguien nos agradece no nada más escuchamos sus palabras sino que también observamos cómo lo expresa. A la hora de bendecir la persona debe estar contenta y no triste, y bendecir a D-os con alegría, como dice el versículo: *Vesamajtá lifné Hashem Elokeja*, "Y te alegrarás delante de D-os", y se refiere también a la hora de recitar *Birkat Hamazón*.

El *Zóhar* continúa diciendo sobre el versículo: *Tov ain hu yeboraj*, "El de buen ojo bendecirá", lo que significa que sólo quien tiene un buen ojo y sabe ver con él lo bueno que D-os le da es digno de bendecir.

Y sobre el versículo que dice: "En cada lugar que menciones Mi Nombre vendré y te bendeciré" (*Shemot* 20:24), el *Zóhar* aclara que al mencionar la bendición sobre el alimento D-os viene y, de la misma forma que pronunciamos la bendición con alegría y buen ojo, D-os pone Su Mano sobre nuestra cabeza y nos bendice con alegría y buen ojo, llenándonos de abundancia, salud y vida (extraído del *Zóhar*, *Parashat Ékev*).

Bendición, mantel y pan

En el *Shulján Aruj* dice: “No debe retirarse el mantel y el pan a la hora de decir *Birkat Hamazón*” (180:1), basado en lo que dice la *Guemará*: “Dijo Rabí Eliézer: Todo el que no deja pan en la mesa a la hora de decir la bendición, provoca no recibir más bendiciones de D-os” (*Sanhedrín* 92b). Hay varios motivos por esto.

El primero se encuentra en el *Zóhar*, donde dice que las bendiciones siempre deben recaer sobre algo y no sobre un vacío, como aprendimos del profeta Elishá. Cuando fue a la casa de la Shunamit, ella se quejó de su pobreza y él le dijo: “Dime qué tienes en la casa”, ella contestó: “Sólo un poco de aceite”. El profeta tomó la pequeña vasija con aceite y con ella llenó todos los utensilios de la mujer con aceite, para que lo vendiera y así obtuviera su sustento (*Lej Lejá* 88a). El *Zóhar* aclara: “No hubiese sido posible esa abundancia si no hubiera habido algo de aceite en la vasija, porque las bendiciones no recaen sobre el vacío”. Por eso, el *Zóhar* concluye que es necesario tener pan en la mesa, aunque sea poco, y sobre él recitar *Birkat Hamazón*.

El Ben Ish Jai apoya este concepto del *Zóhar* con el versículo del Tercer Mandamiento: “No pronunciarás el Nombre de D-os en vano”, y dice: “No pronunciarás el Nombre de D-os en *Birkat Hamazón* sobre una mesa vana y vacía” (*Shelaj Lejá* 3).

Agrega Rab Itzjak Yosef: “Como dijo nuestra Santa Ley: ‘Al corazón del sabio daré sabiduría’” (*Yalkut* 180:1). Y la *Guemará* dice: “De aquí aprendemos que D-os bendice con sabiduría a aquel cuyo recipiente no está vacío, sino que ya hay en él algo de sabiduría” (*Berajot* 55a). Así es también la mesa: para agradecer y pedir más alimento, debe haber en ella algo de pan.

Otra explicación pertenece al comentarista HaLebush: “El motivo de dejar pan en la mesa es para que se aclare que estamos bendiciendo y agradeciendo a D-os por Su gran misericordia y por el alimento que nos dio, pues de otra forma parecería un rezo cotidiano, y quien observara no entendería que es sobre el pan” (338:2).

El *Shaar Hatziyún* y otros explican que el motivo de dejar pan sobre la mesa era para entregarlo a los pobres, quienes sentían pena de molestar al anfitrión mientras comía, ya sea porque no sabían si tenía suficiente comida para repartir o si las porciones estaban contadas para los miembros de la familia. Debido a que la ley prohíbe pedir comida a quien no tiene suficiente para sí mismo, esperaban ver si le sobraba algo, y al momento del *Birkat Hamazón* pasaban para pedir esas sobras. Si se dejaba la mesa vacía, al acercarse el pobre y ver que no había quedado nada, se daba la media vuelta y se iba.

La última explicación aparece en el libro *Otzar Minhagué Yeshurún*. El motivo de dejar pan en la mesa era porque había pueblos paganos e idólatras que hacían magia negra, entre cuyas costumbres estaba la de retirar todas las sobras de la comida, especialmente el pan y sus migajas, pues creían que todo eso atraía malos espíritus a la mesa (2:4).

Sin embargo, nuestros Sabios nos dijeron que debemos hacer lo contrario, debido a que nuestra mesa es sagrada y está llena de bendiciones y Presencia Divina. Por tanto, no tememos a nada de eso, ya que la luz aleja la oscuridad.

Capítulo 12

La santidad de la cadena alimenticia

- 249 Comer con educación
- 251 Respetemos el alimento
- 252 Alegrando a D-os y a la gente
- 254 Lo principal es el pan

Capítulo 12

Comer con educación

Hay leyes respecto al comportamiento a la hora de sentarse a la mesa. No se trata únicamente de qué comer y qué no, sino también de cómo comer, con educación y buenos modales. De lo contrario, surgiría una contradicción, pues antes señalamos que nos lavamos las manos y decimos bendiciones para convertir todo el acto de comer en un acto espiritual, por lo que no cabe la posibilidad de sentarse a la mesa para comer y no comportarse adecuadamente. El versículo sobre cómo comer el sacrificio de Pésaj dice: *Vekaja tojelú otó*, “Y así lo comerán...” (*Shemot* 12:11). Rabí Yosi, el Galelí dijo en el *Mejiltá* sobre este versículo: “De aquí nos enseñó la Torá la obligación de comer con *dérej éretz*, educación y modales”.

Está escrito sobre el versículo en que D-os ordenó cuidar el camino del Árbol de la Vida (*Bereshit* 3:24) que pregunta el *Taná*: “¿Cuál es ese camino hacia el Árbol de la Vida?”. Y explica: “El Árbol de la Vida es la Torá y las leyes, como dice el versículo: *Etz jaim hi* (*Mishlé* 3:18). Pero antes de llegar al Árbol de la Vida está un camino que hay que cuidar, y ese camino se llama *dérej éretz*, educación y modales” (*Taná Debé Eliyahu*, cap. 1).

Como también dice el *Pirké Abot*: “Si no hay *dérej éretz*, no hay Torá” (3:17). Y también: “¡Qué bonita es la combinación de Torá con *dérej éretz*!” (2:2), ya que ambas nos ayudan a evitar caer en el pecado.

Por esto Maimónides y el *Shulján Aruj*, en las leyes de *Berajot*, citan varias costumbres de nuestro pueblo al momento de sentarse a comer.

Por ejemplo:

- Cuando un grupo de personas se sientan a la mesa, se honra al más grande tanto al sentarse en la cabecera como al ser el primero en lavarse las manos.

- Al dueño de la casa se le da el honor de decir la bendición sobre el pan y él, a la vez, reparte las hogazas a cada uno para simbolizar “el gusto de compartir mi pan contigo”.
- Cuando nos sentamos a comer y hay entre nosotros alguien importante, esperan todos que se sirva él primero la comida. Debemos calcular las porciones exhibidas en el plato principal, tomando en consideración cuánto hay en ellas y cuántas personas hay que alimentar, para no dejar a nadie con hambre.
- No debemos fijarnos demasiado en el rostro de quien está comiendo, especialmente el anfitrión a su invitado, para que éste no se sienta incómodo (conocemos esa sensación cuando en una boda nos toman fotos o videos mientras masticamos).
- La persona no debe introducir mucha comida a su boca para que no parezca una glotona.
- La persona no debe acabarse el líquido en un vaso de un solo trago, ni comer con la boca abierta y haciendo ruido.
- Hay que aplicar especialmente las leyes de prohibición de asquear a la gente y, en particular, a la hora de comer.

Éstas y otras leyes nos enseñan nuestra obligación de “ser personas”. Por eso la *Guemará* dice: “La gente sabia de Yerushalaim no se sentaba a comer en cualquier lugar sin antes averiguar quiénes serían los participantes alrededor de la mesa” (*Sanhedrín* 23a).

Fuimos creados a imagen y semejanza de D-os y por ello debemos comportarnos a la altura, como dice el versículo: *Al teshaketzú et nafshotejem*, “No abominen vuestras almas” (*Vaikrá* 11:43). Nuestros Sabios aprendieron de esto que de la misma forma en que no debemos comer alimentos repugnantes, también está prohibido realizar actos que causen asco a la gente transgrediendo la ley de “Amarás a tu prójimo...”.

El *Shulján Aruj* establece: “Una persona que muerde un alimento y no le agrada no debe sacarlo de la boca y ponerlo sobre la mesa ya que eso provoca asco a la gente” (170:10). Más adelante dice: “La persona

no beberá de un vaso y se lo dará a su compañero para que siga bebiendo de él. No sea que su compañero sienta asco y le cause una incomodidad, tanto al rechazar como al tomar” (inciso 17).

Muchas veces hay diferencias culturales entre comunidades del pueblo de Israel, y lo que puede ser común y normal para algunos, para otros pueden resultar denigrante. Por eso debemos evaluar a la gente alrededor de la mesa y ser sensible a los modales, ideas y costumbres de los demás, y por tanto, comportarnos adecuadamente.

Aunque el versículo diga que “...con el sudor de tu frente comerás el pan”, no olvidemos limpiarlo antes de comer.

Respetemos el alimento

Tenemos prohibido despreciar y desperdiciar la comida. El alimento es la “gasolina” de nuestro cuerpo y éste a su vez es el recipiente de nuestra santa alma. D-os, en Su infinita misericordia, nos entregó un mundo abundante en alimento para mantener nuestro cuerpo sano, disfrutar de manjares, honrar la mesa de *Shabat* y *Yom Tov*, etc. Por ello nuestros Sabios establecieron leyes de respeto hacia los alimentos para que no seamos desagradecidos y para no menospreciar el regalo Divino de la vida y la existencia.

Debemos dar un cuidado especial al pan. Como dice el versículo: *Veléjem levav enosh isad*, “Y el pan saciará los corazones de la gente” (*Tehilim* 104:15). Debido a que éste se considera nuestro alimento básico, se le asignó una bendición particular y, con ella, un respeto adicional. Como escribió Maimónides: “Aquél que desperdicia comidas y líquidos aptos y buenos para ser ingeridos por las personas, transgrede la ley de *Lo tashjit*, ‘No desperdiciarás’ (*Devarim* 20:19)” (*Melajim* 6:10).

La *Guemará* cuenta: “Rabí Yehudá vio a dos personas que jugaban y se tiraban el pan una a la otra como una pelota y dijo: ‘Estos actos causan que los acusadores celestiales digan: Al parecer hay demasiada abundancia en la Tierra’. Y efectivamente, a raíz de eso sufrieron en ese lugar hambruna” (*Taanit* 24a).

La *Guemará* explica que cuatro leyes se dijeron sobre el pan:

1. No se pone sobre el pan carne roja (porque lo desperdicias);
2. No se pasa un vaso lleno de agua sobre el pan (no sea que ésta se vierta sobre él y se eche a perder).
3. No se debe lanzar el pan (porque así muestras que lo desprecias).
4. No se apoya una olla caliente sobre el pan (ya que le estás dando un uso denigrante) (*Berajot* 50b).

Con esto nuestros Sabios quisieron enseñarnos el trato que debemos darle a la comida, y especialmente al pan. Incluso temas cotidianos y a nuestros ojos normales, como tirar caramelos sobre los novios, también deben ser considerados, como dice el *Shulján Aruj*: “Aquéllos que tiran trigo a los novios (ésa era la costumbre antigua), deben tener precaución de que se tire únicamente en un lugar limpio, para que no sea pisoteado ni desperdiciado” (171:4).

Hay otro ejemplo en la *Guemará*: “Rab Huná dijo: No se debe dar comida apta para humanos a los animales” (*Taanit* 20a). Rashí explica aquí: “Ya que desperdicias la comida y te pareces a aquel que patea el favor que D-os le da”.

El alimento es una bendición Divina y hace falta darle el trato y el respeto que se merece. Así con el favor de D-os, causará que el Todopoderoso siga mandándonos abundancia y bendición.

Alegrando a D-os y a la gente

La *Mishná* dice que aun cuando el vino proviene de la fruta del árbol y el pan de la tierra, debido a la importancia de ambos se les asignó una bendición particular (*Berajot* 6:1). Sobre el vino decimos: *Boré perí haguefen*, y sobre el pan: *Hamotzí léjem min haáretz*. Así, el pan se convierte en el principal de los alimentos y el vino, de las bebidas. Por ello la *Guemará* dice: “De la misma forma que la bendición sobre el pan exenta de bendecir a todos los demás alimentos, así la bendición

sobre el vino exenta de decir las bendiciones sobre el resto de las bebidas" (*Berajot* 41b).

Al recitar el *Kidush* y probar el vino, nos exentamos de decir las bendiciones que deberíamos pronunciar sobre el agua, los refrescos o el whiskey que se consuman durante la comida.

La bendición sobre una copa de vino es un evento que nos acompaña en todos los momentos especiales de la vida, que de esta manera adquieren un valor espiritual. Por ejemplo, en la *Jupá*, en el *Berit Milá*, *Pidión*, *Shabat*, festividades, *Habdálá*, etc. Nuestros Sabios dijeron: "No se alaba a D-os sino únicamente con una copa de vino en la mano" (*Berajot* 35a). Y el *Zóhar* agrega: "No hay santidad ni bendición sino mediante el vino" (Tomo 3, 189b).

¿Cuál es el significado profundo de todo esto? Podemos encontrar la explicación en la *Guemará*: "Dijo Rabí Yonatan: ¿De dónde aprendemos que debemos alabar a D-os mediante una copa de vino en los momentos especiales de nuestra vida?". Cita el versículo que dice: "Y dijo la viña: Mi vino alegra a D-os y a la gente". Y Rabí Yonatan explicó: "La gente se alegra por medio del alcohol (en su medida correcta), como dijo el Rey David: *Veyain yesamaj levav enosh*, 'Y el vino alegra los corazones de la gente'. Y D-os se alegra con las bendiciones y las alabanzas que expresamos para Él, por medio de las bendiciones sobre el vino" (*Berajot* 35a).

El vino simboliza una alegría plena, completa, tanto a D-os como a la gente uniendo el placer espiritual con el mundano, el bienestar del cuerpo y el alma.

Por eso se comparó la Torá con el vino, como dice la *Guemará* sobre el versículo: *Ushtú beyain masajti*, "Beban del vino que les he servido (en referencia a la Torá), pues con ella podrán cumplir su misión que es unir el cielo con la tierra, el cuerpo con el alma, y alegrarlos a los dos" (*Taanit* 7a). Y por esa misma razón el Profeta Yeshayá comparó al Pueblo de Israel con la viña (5:1), ya que nuestra misión principal es amar a D-os y al prójimo, y sacar a ambos una sonrisa.

Antes de comer durante los sábados y los días de festividades, decimos la bendición sobre el vino para simbolizar justamente que la idea y

la forma de festejar es alegrando al cuerpo y al alma, a D-os en el Cielo y a nuestros familiares e invitados en la Tierra. De igual forma, lo simbolizamos con el *Kidush* sobre el vino en la boda, la circuncisión, el *Pidión*, para precisamente desear, tanto a la pareja como al niño, que tengan una vida mediante la cual alegren a D-os y a la gente, y tengan una sonrisa en el rostro y alegría en el alma.

Lo principal es el pan

Ya analizamos la importancia del vino. Ahora abordaremos la importancia del pan que, por ser el alimento principal, la bendición sobre él nos exenta de decir muchas otras sobre los alimentos que se ingerirán en la comida.

En la Torá se menciona en varios lugares la importancia que tiene el pan en la cadena alimenticia del ser humano:

- Cuando D-os se enojó con Adam al comer del árbol prohibido, le dijo: “Con el sudor de tu frente comerás el **pan**” (*Bereshit* 3:19).
- Cuando Yaacov *Avinu* huía de su hermano Esav, rezó a D-os en Bet El y le pidió: “Dame siempre **pan** para comer y ropa para vestir” (*Bereshit* 28:20).
- Debido a la hambruna en Egipto, los egipcios se acercaron a Yosef y le dijeron: “¿Por qué moriremos ante tus ojos? Danos **pan** para comer” (*Bereshit* 47:15).
- Cuando la Torá quiere decir que Yosef trajo a su familia desde Kenaan y los mantuvo durante mucho tiempo, dice: “Y Yosef mantuvo a su padre y a sus hermanos dándoles **pan**” (*Bereshit* 47:12).
- Cuando el profeta Daniel describió la gran comida que hizo el rey Belshatzar, dijo: “Hizo mucho **pan**” (*Daniel* 5:1).
- Incluso la gran bendición de la parnasá, el sustento, se expresa en el versículo: *Notén lejem lekol basaar ki lehaolam jasdó*, “El que da con gran misericordia **pan** para cada uno” (*Tehilim* 136:25).

Dado que el término “pan” abarca también a todo alimento, la bendición sobre él nos exenta de decir ciertas bendiciones sobre los demás alimentos. Como dijo Rab Papa en la *Guemará*: “Después de bendecir sobre el pan, todos los alimentos que se consuman con él y durante la comida no necesitan bendición, ni antes ni después, ya que la bendición de *HaMotzí*, al principio, y la de *Birkat Hamazón* al final los exenta. Pero el alimento que se consume después de comer, por ejemplo, el postre, sí requiere de una bendición previa” (*Berajot* 41b).

El motivo de esta ley, explica el comentarista Ritbá, es que se debe al concepto halájico de *Ikar Vetafel*, “lo principal y lo secundario”: cuando comemos un trozo de pan con chocolate, no decimos una bendición sobre el pan y otra sobre el chocolate dado que el chocolate es secundario al pan, la bendición sobre el pan lo abarca. O si comemos una anchoa sobre una papa frita, debido a que la anchoa en este caso es el alimento principal y la papa es únicamente secundaria, tendremos que decir la bendición de *Shehakol* sobre la anchoa omitiendo la de *Boré perí haadamá* sobre la papa.

Por esto la comida puesta en la mesa a la hora de comer que acompañamos de vez en cuando o normalmente con una rebanada de pan, se considera como el chocolate sobre el pan.

Este concepto nos hace reflexionar, “de pasada”, sobre qué es lo principal en nuestra vida y qué es lo secundario. Hay personas para quienes el cuerpo es lo principal y su alma, su vida religiosa, sus valores, son lo secundario; y otras que saben dar la importancia al objetivo principal por el que vinieron al mundo y saben claramente que comer es lo secundario, y que bendecir y alabar a D-os es lo principal.

En otras palabras, la vida está compuesta de medios y fines. El dinero, por ejemplo, es sólo un medio, no un fin, así como comer, dormir o trabajar son únicamente medios para adquirir fuerza y bienestar a fin de realizar el servicio Divino y nuestra meta en la vida. Y todo este mundo no es más que un medio para llegar al fin, que es el Paraíso.

Capítulo 13

Reconocer, bendecir y agradecer

| | |
|-----|----------------------------------|
| 257 | Las bendiciones |
| 259 | La secuencia de las bendiciones |
| 262 | Frutas y verduras |
| 263 | Agradezcamos por todo |
| 266 | No pateemos |
| 268 | La bendición <i>Meen Shalosh</i> |
| 270 | Cantidad y calidad |
| 272 | El orden al bendecir |
| 275 | “Aroma-labanzas” |
| 278 | Ver y bendecir |
| 282 | La bendición <i>Shebejeyanu</i> |
| 285 | La bendición de <i>Hagomel</i> |

Capítulo 13

Las bendiciones

Hay muchas bendiciones que el *yehudi* debe recitar sobre el alimento, ante un olor agradable, fenómenos naturales (como los truenos, los relámpagos, el arco iris, etc.), así como bendiciones de agradecimiento sobre milagros, salvaciones, ropa y utensilios nuevos, y mucho más.

Por otra parte, decimos bendiciones sobre placeres, conocidas como *Birkot Anehenín*, debido a que la *Guemará* dice: “Dijeron nuestros Sabios: La persona no debe disfrutar de este mundo sin decir previamente una bendición” (*Berajot* 35a), ya que al no pronunciarla usa las cosas de D-os sin permiso, ya que de Él es el mundo, y se considera como si estuviera robándole a D-os.

Ahí mismo se especifica mejor con dos versículos aparentemente contradictorios: *LaHashem haáretz umloá*, “A D-os pertenece la Tierra y todo lo que hay en ella” (*Tehilim* 24:1), y el otro versículo: *Hashamaim laHashem vahaáretz natán livné Adam*, “El Cielo es de D-os y la Tierra la dio al ser humano” (*Tehilim* 115:16).

La *Guemará* pregunta: “Entonces, ¿de quién es la tierra, de D-os o de nosotros?”. Y responde: “Antes de la bendición es de D-os, y por medio de la plegaria, nos ganamos el derecho de usarla y disfrutarla, haciéndola de nosotros”.

Por eso nuestros Sabios establecieron varias bendiciones antes de todo disfrute. Y ya que que percibimos los placeres por medio de cuatro de nuestros cinco sentidos: gusto, olfato, vista y oído, se dividen las bendiciones en esas categorías, pues hay algunas que se recitan al escuchar una buena noticia o truenos, etc., y otras corresponden a la visión, como la del mar, el arco iris, los relámpagos, reyes, etc. Otras son por un olor agradable, sea de hierbas, ramas o frutos. Y hay otras

que corresponden especialmente al sabor. Debido a que esta última categoría representa el mayor placer, y de manera más frecuente, por los alimentos que disfrutamos al comer, se establecieron bendiciones correspondientes a cada uno de ellos.

Los propósitos de las bendiciones son varios y presentan consecuencias una respecto de las otras.

- Mediante la bendición hacemos reinar a D-os sobre nuestro mundo, ya que mucha gente que cree en Él “lo deja” en el Cielo, sentado en Su Trono Celestial. Sin embargo, la meta del *yehudí* es justamente nombrarlo Rey sobre el Cielo y especialmente sobre la Tierra, y reconocerlo como el Rey de todo lo que nos rodea, desde el vaso de agua hasta el bistec. Por ello le damos en la bendición el título de *Mélej Haolam*, “el Rey del mundo”.
- Después de que Lo coronamos Rey sobre nuestro mundo, reconocemos que todo lo que obtenemos viene de Su Mano. Ésa es la traducción del término *Baruj Atá*. No quiere decir sólo que bendecimos a D-os, sino que reconocemos que Él es la fuente de las bendiciones, como dice el *Zóhar*: “Él es la fuente de las bendiciones y la vida, y de Él salen como un manantial, como un ojo de agua, y de ahí se riega a todos los seres vivos con abundancia” (*Terumá* 169a). Agrega *Rabenu Bajyé* que el término *Berajá* proviene de la palabra *berejá*, que significa “alberca de agua”. Así simbolizamos que de Él proviene todo, como el rey que cubre las necesidades de los habitantes de su reino.
- En el libro *Nefesh Hajaim* se explica que el término *Baruj* significa “aumentar”, como dice el versículo: *Uberaj et lajmejá*, o el versículo que dice: *Uberaj perí bitnejá*, y no significa que “... bendecirá tu pan” o “...el fruto de tu vientre”, sino que se refiere a que serán multiplicados, aumentados. De aquí aprendemos que con la expresión *Baruj* pedimos a D-os que aumente Su Presencia Divina en nuestra vida, incrementando en nosotros Su luz, Su presencia y Su abundancia (*Portón* 2, 2:5).

La bendición presenta una secuencia: primero, nombramos a D-os Rey del mundo; luego, reconocemos que Él es la fuente de todo lo que poseemos; y terminamos pidiéndole que aumente Su abundancia en

nosotros. Esto nos lleva al cuarto paso, el que representa la verdadera bendición para nosotros:

- En los libros de Cabalá se explica que cada alimento tiene una chispa espiritual que lo sostiene, como dice el versículo: “No sólo del pan vivirá la persona, sino de la Palabra Divina vivirá” (*Devarim* 8:3). Sobre esto explican nuestros Sabios que cada alimento contiene luz Divina y a la hora de comer, la persona puede adquirirla y con ella intensificar la luz de su propia alma. Pero para que el alimento no entre como una cápsula cerrada, impidiéndonos absorber esa luz, necesitamos realizar un proceso de “fisión” para liberarla y obtenerla. Y ese proceso es la bendición que se pronuncia.

Observemos cuánto se realiza y se gana por medio de palabras aparentemente simples. ¡Qué lástima que por “desperdiciar” cuatro segundos en pronunciar una bendición, perdamos la oportunidad de reinar, reconocer y aumentar la abundancia, e incrementar la luz de nuestra alma!

No resulta fácil recordar todos los detalles de las variadas bendiciones. Por ejemplo, cuándo decir *Shehakol*, cuándo *Haetz* o *Haadamá*, y cuál es la diferencia entre *Atzé Besamim* o *Isbé Besamim*. Pero aquí podemos decir: “La ignorancia no exime de la ley”, como dice la *Guemará*: “Está prohibido disfrutar de este mundo sin bendecir previamente. ¿Y cuál es la solución? Ir con un maestro (o consultar un libro), y aprender así las bendiciones correspondientes para cada gozo” (*Berajot* 35a).

Es nuestro deber estudiar, si es posible, todas las leyes de bendiciones en sus diversos casos y cosas, a fin de que podamos alabar a D-os correctamente y como Él se merece, para que Él a su vez nos bendiga a nosotros con más abundancia, salud y vida larga.

La secuencia de las bendiciones

Nuestros Sabios establecieron varias bendiciones correspondientes a distintos alimentos. Aunque la bendición de *Boré miné mezonot*, “Bendito D-os, que creó la diversidad de alimentos”, pudiera fácilmente

abarcar todo lo que comemos, pues casi todo se considera alimento, hay algunas más particulares, como las que se pronuncian sobre frutas, verduras, líquidos, etc. Las razones por las que se especificaron las bendiciones son dos, una relativamente evidente y otra más profunda.

Respecto a la primera, el *Maguén Abraham* escribe: “Para aumentar el honor de nuestro Rey D-os, no le agradecemos únicamente de forma general, sino también de manera detallada” (302:1). Vemos la aplicación de este concepto en nuestra vida cotidiana: cuando damos un regalo que nos costó el esfuerzo de ir a buscarlo, pagarlo, pedir que lo envolvieran, e incluso escribirle una nota de felicitación, lo que quizá recibimos de la otra persona es sólo una frase corta como: “Gracias por el obsequio”. Aunque esto nos resulte agradable, nunca será igual que si nos dijera: “¡Gracias por el obsequio! ¡Qué bonita envoltura! Además, ¡el moño estaba precioso! Y ni hablar de la nota... ¡Qué hermosas palabras!”. Obviamente, se aumenta el honor al detallar.

La otra explicación está basada en algo asombroso que leí en el libro *Perí Tzadik (Tu Bishbat 1)*. El autor, Rabí Tzadok Hacohén de Lublín describe basado en algunos versículos cómo era el alimento humano en el momento de la Creación y los cambios que se generaron posteriormente. Si aumentamos a sus palabras un poco más de conceptos, creo que el resultado será significativo para entender la bendición de *Boré Perí Haetz* sobre la fruta, *Haadamá* sobre las verduras y *Shehakol* sobre carne, pescado y agua, etcétera.

El versículo dice: “Y creó D-os al hombre...”. Obviamente, D-os se preocupó por su alimento; por lo que dice: “Y plantó D-os un jardín en Edén y ahí puso al ser humano”. El término plantó en hebreo se usa solamente para referirse a árboles, e incluso Le dio una orden muy clara: “De todo árbol del jardín comerás...”. Es decir, la dieta del primer ser humano no incluía verduras, hierbas, granos, carnes o pescado. Toda la parte que comprendía la verdura y la hierba del campo se había otorgado a los animales, como D-os dijo: “Te he creado a ti y a los animales, y les he dado la fruta del árbol y la hierba del campo”. En otras palabras, la vegetación de abajo para el animal y la fruta del árbol para el humano. Después de pecar al comer del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, D-os dijo al ser humano: “Y a partir de ahora comerás de la hierba del campo...”.

Sobre esto dice la *Guemará*: “Cuando Adam escuchó que a partir de ese momento se alimentaría también de hierbas, granos y verduras, como el animal, empezó a llorar y dijo a D-os: ‘¿Acaso yo y mi burro comeremos del mismo pesebre?’”, a lo que contestó D-os: “Con el sudor de tu frente comerás el pan” (*Pesajim* 118a).

De aquí entendemos que el pan era un árbol; de hecho, la *Guemará* indica que el trigo no crecía como lo conocemos hoy, sino que era un árbol cuyos granos eran grandes, con el agua fermentaban y con el sol se calentaban para formar pan (hasta la fecha existe una especie arbórea conocida como “árbol del pan”, y su fruto incluso tiene el sabor del pan). Después del pecado, D-os dijo a Adam: “Quizá tu burro comerá las espigas, pero tú con tu sudor, después de un laborioso proceso de sembrar, cosechar, amasar, hornear, volverás a obtener el mismo pan que crecía en el árbol. Pero, mientras tanto, el pan será *lejem min haaretz*, pan de la tierra” (*Berajot* 40a).

Nuestros Sabios explicaron que cuando llegue la era posmesiánica, volverán todos los árboles no frutales a dar fruto, frase que tal vez nos indica que todas las verduras provenían de árboles y, al bajar a la tierra, quedaron éstos sin fruto, algo que se restaurará con la llegada del *Mashíaj* (que sea pronto en nuestros días). Y en otro lugar nuestros Sabios dicen que el pan volverá a salir de los árboles.

Para complementar este rompecabezas, necesitamos un dato más. Nuestros Sabios dicen que hasta el diluvio, el ser humano era vegetariano ya que no se le había dado permiso de alimentarse del reino animal, y sólo cuando Nóaj salió del arca D-os le dijo: “Te doy el permiso de comer del animal”.

De todo lo anterior obtenemos las siguientes conclusiones: el alimento original fue fruta; después se anexaron hierbas, verduras y granos; y posteriormente, carnes y pescado. Quizá por esto, me parece, se establecieron las tres variantes de bendiciones: sobre la fruta del árbol bendicimos con *Boré perí haetz*; otra bendición se estableció para el fruto de la tierra, las hierbas y los granos, *Boré perí haadamá*, debido al permiso posterior de ser ingeridos. Por último se estableció la bendición de *Shehakol nihiyá bidbaró* sobre pescado, carnes y sus derivados, como leche, huevos y miel, debido también a la autorización posterior (y tal vez en esta bendición se incluyó también el agua, para recordar que este permiso se dio únicamente después del diluvio).

Incluso al observar el orden de las bendiciones, vemos que si tenemos delante de nosotros fruta, verdura y agua, debemos empezar con la bendición de *Boré perí haetz* sobre el árbol, para luego pasar a *Bore perí haadamá*, la de la tierra; y al final, la de *Sheakol nihiyá bidbaró*, para carne y pescado, tal vez para indicarnos justamente la secuencia en que se dieron las autorizaciones para ingerir cada uno de los tipos de alimentos.

De tal forma, lo que vemos es que la fruta del árbol y su bendición tienen una importancia mayor, debido tanto a su pasado en el Paraíso como a su futuro en la época pos*Mashíaj*.

Frutas y verduras

Los vegetales se dividen en dos: frutas y verduras, y por cada uno se recita la bendición que le corresponde. Sin embargo, ¿cómo se define, para fines de la ley, qué es fruta y qué es verdura?

Sorprendentemente, no todo lo que el mundo llama fruta la ley lo ve como tal; por ejemplo, la papaya, el plátano, la piña. Así que, ¿cuál es el criterio?

Para esto aparecen tres opiniones de grandes legisladores:

- De acuerdo con el Rosh, todo vegetal que se planta cada año se llama verdura. Pero la planta cuya raíz queda año tras año y no requiere ser plantada de nuevo se considera árbol.
- Los *Gueonim* opinan que la planta que soporta el periodo invernal se considera árbol, pero si su tronco se marchita en esa época del año, aunque queden sus raíces, se considera verdura.
- Rashí señala que si la rama de la cual sale la fruta queda después de arrancar la fruta, se considera árbol. Pero cuando se desperdicia la rama, y no crece sobre la misma otra fruta, se considera verdura.

La diferencia entre estas opiniones se da, por ejemplo, en el caso del plátano y la piña, cuyo tronco se marchita en el invierno, pero sus raíces quedan y vuelven cada año a sacar un nuevo tronco y ramas,

en las cuales crece la siguiente fruta. Conforme a la primera opinión, la del Rosh, aún se consideran árboles, ya que no hace falta volver a plantarlos y, por tanto, la bendición sería *haetz*. Sin embargo, de acuerdo a las otras dos opiniones, se consideran verduras.

Respecto a la papaya, también su caso despertó una duda muy grande respecto a cómo bendecir sobre ella, debido a que su tronco sí soporta algunos años de cosecha consecutiva. Pero el tronco es hueco, como un tallo grueso, y en su primer año da fruto, como las verduras.

Debido a las dudas en estos alimentos y los parecidos a ellos, sobre si bendecir *haetz* o *haadamá*, la ley concluye que se bendigan con *haadamá*, como dice la *Guemará*: “Si la persona dijo sobre las verduras *Bore perí haetz*, no sirvió. Pero si dijo sobre los frutos *Boré perí haadamá*, también se considera que cumplió”, ya que también el árbol sale de la tierra. Por tanto, quien bendijo no mintió (*Berajot* 41a).

Las frutas y verduras que comemos se dividen en cuatro categorías, que pueden hacer alusión a cuatro tipos de persona en las que podríamos convertirnos conductualmente. Hay frutas que poseen la “basura” por afuera, es decir, la cáscara, como el coco, el plátano, etc.; otros la llevan por dentro: los huesos de semilla, como el dátil, la aceituna, etc.; otros la llevan por dentro y por fuera, como el aguacate, el mamey, etc.; y los últimos son los que están libres de esa basura, como la uva o la fresa.

Así son las personas: algunas aparentan ser muy buenas y “listas para comerlas”. Pero cuando se les conoce a fondo, se descubre que hay en su interior un “gran hueso”, y bien duro. Otras aparentan ser negativas, pero apenas “se les pela la cáscara”, la primera impresión negativa que dieron desaparece y se descubre una gran persona, “madura y rica”. Y que D-os nos libre de aquellas cuya basura las envuelve por dentro y por fuera. Y ojalá que Él nos ayude y logremos parecernos a las frutas limpias, puras por dentro y por fuera.

Agradecemos por todo

Sobre cada alimento que no crece en la tierra se dice la bendición de *Shehakol nihiyá bidbaró*, “Bendito D-os, que creó todo (el mundo) con Su palabra”. Como dice la *Guemará*: “Sobre lo que no crece en la

tierra, como carne de animal, aves, peces, leche, huevo, queso, se dice *Shehakol*" (*Berajot* 40b). Y obviamente sobre el agua también.

¿Por qué al tomar un vaso con agua debemos bendecir diciendo: "Que todo se hizo con Su Palabra"? ¿Qué tiene que ver toda la Creación hecha mediante la Palabra Divina con ese vaso de agua? Simplemente bastaría decir: "Bendito D-os, que hizo el agua".

La respuesta se encuentra en una anécdota relatada sobre Rabí Itzjak de Salant. Una vez entró a un lujoso restaurante y pidió un vaso de té. Se sentó y al terminarlo el mesero se aproximó con la cuenta. Ésta le pareció excesiva al Rab.

—¿Por qué tanto? —preguntó al mesero—. Fue sólo un vaso con agua caliente y una bolsita de té. ¿Cuánto puede costar eso?

El mesero sorprendido ante la pregunta contestó:

—¿Ve el mármol sobre el que está pisando? Costó mucho dinero, al igual que los muebles italianos. Ni hablar de lo que se paga aquí de electricidad. Y me imagino que disfrutó mucho del aire acondicionado, que hizo más agradable su hora del té. También el pianista que se encuentra en la esquina del salón animándole con sus melodías. En el pago de su té se incluye todo esto.

Rabí Itzjak se levantó y pagó al mesero lo indicado. Después, con una gran sonrisa en el rostro, le dio una buena propina. El mesero le preguntó:

—No entiendo. ¿No quería pagar el costo del té y ahora me da esta gran propina?

—Así es —dijo Rabí Salant—. Por ti he entendido el significado profundo de la bendición de *Sheakol* que dije sobre este vaso de té. No había entendido por qué tenía que agradecer a D-os por todo lo creado por Él en mi vaso de té. Pero ahora entendí que no le agradezco sólo por el agua con el té. Le doy gracias por la luz, el sol, la luna, las estrellas sobre la tierra que me dio; por el aire natural y por los pajarillos que cantan para mí. Porque todo eso me hace más agradable beber mi té.

Ésta es la intención de bendecir con Sheakol: hacernos entender que todo es de D-os. Y cuando decimos “todo” nos referimos a T-O-D-O, tanto las cosas buenas como las que no lo son.

Relató el gran Rabino Yehoshúa Moshé Aaronson (1910-1994), de la ciudad de Kolin, Polonia, quien sobrevivió a los campos de la muerte de Auschwitz y Buchenwald, que una vez en pleno Holocausto los nazis (cuyo nombre sea borrado) trajeron una olla de comida caliente, la pusieron en medio de los miembros de la comunidad y se retiraron. Cuenta el Rabino:

Nos quedamos todos observando la olla y nos cuestionamos: “¿Se podrá comer comida no *kasher* debido al riesgo que corre nuestra vida?”. Supusimos que sí. Pero la pregunta en realidad era: ¿qué *berajá* debía decirse, si es que había alguna? Por una parte veíamos papas. Por otra, algo que parecía carne, pero había mucho líquido y algunos granos. Sin embargo, sobre comida *taref*, no permitida, no se dice *berajá*.

Se aproximó un gran Rabino, se sirvió de la olla y con lágrimas en los ojos gritó:

—¡*Shehakol nihiyá Bidbaró!*

Todos contestamos, medio tartamudeando y murmurando:

—¡Amén!

Pero antes de que empezáramos a comer, el Rabino se dirigió a la comunidad con estas palabras:

—No dije *Shehakol* por la comida debido a que sobre la comida no *kasher* no se bendice. Lo que quise decir para que todos lo escucharan y lo entendieran, es que todo lo que estamos viviendo aquí, TODO *Hakol nihiyá Bidbaró*, se hizo porque Él dijo. Y como hijos y súbditos fieles, debemos aceptar el decreto Divino.

Para cerrar con algo agradable, dice la *Mishná*: “Aquel que beba agua con sed bendecirá con *Shehakol nihiyá Bidbaró*” (*Berajot* 6:8). Explicó el gran cabalista Rabí Israel Abujatzira, mejor conocido como el Baba Sali:

Es sabido que la Torá se comparó al agua, como aprendieron nuestros Sabios del versículo: *Kol tzamé lejú lamaim*, “Cada hombre sediento, que tome de las aguas de la Torá” (*Yeshayá* 55:1). Y la *Mishná* dice: “Bebe con sed las palabras de Torá” (*Pirké Abot* 1:4), ya que quien escucha palabras de Torá creyendo que está satisfecho y no necesita más, no logra apreciar el estudio, asimilarlo ni recordarlo. Por eso la condición es tener sed de Torá.

Por esto, dice el Baba Sali, dando una explicación profunda a la *Mishná* de *Berajot*: “El que toma agua con sed (es decir, el que estudia Torá —bebe agua— con muchas ganas, humildad, apertura y disposición —con sed—) bendice”. Es decir, a quien esa persona bendiga, D-os lo cumplirá, ya que *Hakol nihiyá Bidbaró*, “Todo se hará conforme a Sus palabras de bendición”.

No pateemos

De la misma forma que nuestros Sabios establecieron que debe decirse una bendición antes de comer, también establecieron decir otra después de comer. Rabí Akiva lo aprende del versículo que dice: *Kodesh hilulim laHashem*, “Comida sagrada debido a sus alabanzas a D-os” (*Vaikrá* 19:23). Y por estar la palabra “alabanzas” en plural, aprendió de ello Rabí Akivá que la comida debe ir acompañada de dos alabanzas, una antes y una después (*Berajot* 35a).

Además de esta opinión, nuestros Sabios también nos indican que D-os puso mucho énfasis en la bendición posterior a la comida, como se indica en el versículo de *Veajalta vesavata huberajta...*, “Y comerás, te hartarás y posteriormente bendecirás a tu D-os, que te dio de todo lo bueno” (*Devarim* 8:10). Lamentablemente cuando sufrimos carencias nos acercamos a D-os a pedirle, pero cuando Él nos llena de abundancia podemos llegar a darle la espalda por soberbia, como se queja D-os en el versículo: *Shamanta avita*, “Al engordar, Me pateaste” (*Devarim* 35:15).

Nuestros Sabios traen el ejemplo de un hombre que encontró un animal desnutrido, enfermo y débil. Lo tomó, lo cuidó y le dio de comer hasta que engordó y se hizo fuerte. Entonces el animal pateó a su amo, quien dijo: “Si te hubiera dejado desnutrido, ¡hoy no me patearías...!”

Para nosotros no llegar a “hartarnos” y “patear” a nuestro Creador, hagamos justamente lo contrario: después de comer, bendigamos y agradezcamos a D-os.

Las bendiciones posteriores a la comida se dividen en tres clases: sobre la comida con pan, decimos *Birkat Hamazón*; sobre las siete especies con que se bendijo la Tierra de Israel (trigo, cebada, viña, higo, granada, aceituna y dátil), se dice la bendición conocida como *Meen Shalosh*; y sobre lo demás se bendice con el texto de *Boré Nefashot*.

Esta última bendición comienza con las palabras: “Bendito D-os..., que creó a las criaturas y sus carencias...”. Es decir, reconocemos ante D-os que el hecho de que tengamos carencias en la vida no es una maldición, sino lo contrario, pues a quien no le falta nada puede llegar a sentirse autosuficiente y no necesitar de D-os, e incluso puede llegar a “patearlo”, como vemos en varias partes de la historia humana narrada en la Torá:

- Adam y Javá no carecían de nada en el Paraíso. Era un lugar maravilloso, con sustento en abundancia, sin tener a quién envidiar. Y en el sentido de larga vida tenían “todo el tiempo del mundo”. Sin embargo, al sentir que tenían todo, empezaron a ver cómo podían obtener lo prohibido, para que en su “todo” no faltara nada. Por eso el castigo Divino fue enfrentar dificultades en la vida: embarazo, parto, manutención, salud, a fin de que la persona entendiera que el hecho de tener todo es un regalo Divino.
- Igual sucedió en el desierto durante la travesía de los cuarenta años donde D-os llenó al pueblo de Israel de milagros retirándoles la necesidad de cualquier cosa: alimento por medio del *maná*, que poseía todos los sabores; agua mediante el pozo de Miriam, e incluso sombra por las nubes de *Anané Kavod*. Y ni hablar de la protección Divina, las maravillosas clases de Torá de Moshé *Rabenu* y el caluroso abrazo de Aharón *Hacohén*. De nuevo se dio que “tenerlo todo” causó rebeldías, discusiones, actos de soberbia, etcétera.
- Sobre el versículo: *Vedí zahav*, “Y mucho oro...” (*Devarim* 1:1), dicen nuestros Sabios: “Moshé dijo a D-os: No te enojés por el

becerro de oro que hicieron. Eso se debió al mucho oro que milagrosamente hiciste que obtuvieran al salir de Egipto, las joyas que ordenaste que solicitaran en préstamo de los egipcios y el oro que flotó de todos los carros lujosos del rey Paró al momento de hundirse en el mar. Si no fueras tan bueno, no hubieran dado tan fácilmente tanto oro para el becerro” (*Berajot* 32a).

En nuestra vida D-os nos da abundancia y siempre anda “monitoreando” nuestra soberbia o nuestro sentimiento de independencia de Él. Sin embargo, cuando ve que cuanto más nos da más nos acercamos a Él, no siente la necesidad de hacernos carecer de cosas para que clamemos a Él. Por tanto, a la hora en que un *yehudi* siente que le falta algo, no siempre debe verlo como un castigo Divino, sino como un llamado de D-os diciéndole: “Acércate. Yo tengo lo que tú necesitas”.

La bendición *Meen Shalosh*

Como mencionamos, nuestros Sabios establecieron tres tipos de bendiciones al terminar de comer. Sobre el pan, *Birkat Hamazón*; sobre muchos tipos de alimento, *Boré Nefashot*; y en caso de que se ingiera una de las siete especies con que se bendijo la Tierra de Israel, *Meen Shalosh*, de la cual se hablará aquí.

De acuerdo con todos los Comentaristas, la primera bendición *Birkat Hamazón*, fue ordenada por la Torá, y la segunda, conocida como *Boré Nefashot*, fue establecida por nuestros Sabios. La discusión se desató sobre la bendición de *Meen Shalosh*, la que de acuerdo con Maimónides y otros Sabios, es de la Torá, y conforme al Rosh, es de *Jajamim*.

El motivo de esta discusión es que el versículo menciona la lista de las siete especies con que fue bendecida la Tierra de Israel (*Devarim* 8:8), y en el versículo siguiente dice: “Tierra que no con pobreza comerás el pan” (8:9), y el que sigue dice: “Comerás, te hartarás y bendecirás a tu D-os”. De este último se aprendió la obligación de la Torá de bendecir después de comer.

Pero la pregunta fue si esta orden se dijo sobre el versículo anterior, que trata únicamente del pan, o abarca los dos versículos anteriores, tanto el del pan como el de las siete especies.

La diferencia entre esas dos opiniones sería, por ejemplo, en el caso de que no recordemos si dijimos la bendición o no. Si es obligación de la Torá decirla, tendremos que volver a pronunciarla ante la duda.

Pero de acuerdo con la opinión de que esta bendición es de *Jajamim*, no tendremos que repetirla, bajo la regla de: “Sobre dudas de la Torá somos más meticulosos y repetimos la bendición, lo que no hacemos sobre dudas de ley de *Jajamim*”.

Por tanto, nuestros Sabios establecieron el lenguaje de esta bendición de manera muy parecida a los puntos clave del *Birkat Hamazón*, para crear una similitud entre las dos. Por ejemplo:

| <i>Birkat HaMazón</i> | <i>Meen Shalosh</i> |
|---|---|
| La primera bendición trata del agradecimiento por los alimentos | Mencionamos el tipo de alimento sobre el cual estamos bendiciendo |
| La segunda trata del agradecimiento por la tierra que D-os nos dio | Mencionamos la buena tierra de Israel con las palabras: <i>Éretz jemdá tová</i> |
| La tercera se dedicó a la ciudad de Yerushalaim y a su Templo | Mencionamos a Yerushalaim y al Templo con las palabras: <i>Veal Yerushalaim Iraj... veal Mishkán Kebodaj... Mizbajaj ... Hejalaj...</i> |
| Y debido a que nuestros Sabios agregaron la bendición de <i>Hatov Vehemetiv...</i> | Mencionamos lo mismo con las breves palabras <i>Ki Atá tov umetiv</i> |
| Y debido a que en <i>Birkat Hamazón</i> mencionamos una bendición especial para <i>Shabat</i> o festividades... | También aquí hacemos una breve mención de los días festivos |

Los motivos por lo que a esta bendición se llamara *Meen Shalosh*, que significa “como tres”, son: el primero, porque es una “réplica” en miniatura del *Birkat Hamazón* y ésta tiene tres bendiciones de la Torá. Al establecer la bendición sobre las siete especies la llamaron: “Bendición como de las tres”, es decir, como *Birkat Hamazón*.

El segundo, porque en esta bendición todo está dividido en tres. En primer lugar, las siete especies (trigo, cebada, viña, higo, granada, aceituna y dátil) se dividieron en tres grupos: a) trigo y cebada, b) vino, y c) frutas. Además hay en ella tres sinónimos de la ciudad de Yerushalaim: Yerushalaim, Siyón, Ir Hakódesch. También el Templo figura en esta bendición con tres sinónimos: *Mishkán*, *Mizbajaj*, *Hejalaj*, así como tres peticiones: “Construye Yerushalaim”, “Danos el privilegio de subir a ella” y “Alégranos en ella”. Y al final se divide la bendición de nuevo en tres canales, dependiendo de qué sea lo que se comió: *Mijjá*, *Guefen* y *Perot*.

Sea la voluntad de D-os que pronto en nuestros días se cumplan estas plegarias y veamos la construcción del Tercer Templo para subir y alegrarnos en él. Amén.

Cantidad y calidad

Aunque se estableció una bendición previa a la comida y una posterior, hay una diferencia entre las dos. En cuanto a la bendición previa no se requiere una cantidad mínima de alimento para bendecir, ya que se estableció sobre el placer, y si disfrutamos aunque sea de medio caramelo, debemos decirla. Además, cuando empezamos a probar algo de comida, quizá pensamos sólo en comer una almendra, pero el gusto nos llevó a probar una más y luego otra, de tal forma que si no se hubiera establecido una bendición al principio por el mínimo, ¿en qué momento la diríamos? Por lo tanto, antes de cualquier disfrute de comida, por mínimo que sea, debemos bendecir.

Pero respecto a la bendición que se pronuncia después de comer, se dice únicamente cuando comemos una cantidad de alimento considerable.

En cuanto al *Birkat Hamazón* D-os dijo: “Comerás, te hartarás y bendecirás...”, se entiende que la cantidad para bendecir es “hartarse”, sin embargo, nuestros Sabios establecieron que consumiendo la cantidad de pan equivalente a un huevo, *cabetzá* (56 aproximadamente), y según otras opiniones, la cantidad equivalente a una aceituna *kazait* (27 g aproximadamente), se recita *Birkat Hamazón*. Respecto a la cantidad de bebida se estableció un mínimo de *rebiít* (86 mililitros).

Sobre la bendición de *Meen Shalosh*, que en su mayor parte trata de frutas, todos están de acuerdo con que si se comió *kazait* debe decirla.

Hay una discusión en el caso de que comamos una fruta entera, como una uva o una aceituna, lo cual se considera una *Beriá*, “creación completa”: ¿ésta es considerada como importante para requerir una bendición, o no?

El Talmud Yerushalmi dice: “Aquel que come una creación completa (sea de frutas o de verduras) deberá decir la bendición final (sea *Shehakol*, o sea *Meen Shalosh*)” (*Berajot* 6:1). En el Talmud Bablí, de forma general, siempre la cantidad mínima de alimento para considerarlo comida es *kazait*.

Para fines de determinar la ley, al final se estableció que por menos de *kazait* o de *rebiít* no decimos bendición, aunque hayamos comido una fruta pequeña y entera.

Cabe aclarar que no siempre decimos bendición antes de la comida. Hay casos en los que no es necesario bendecir:

- Cuando alguien come algo que es dañino para el cuerpo, como dice la *Guemará*: “El que bebe aceite solo, no dice sobre éste bendición, ya que es dañino” (*Berajot* 35b).
- Si una persona toma agua y no tiene sed, como antes de un ayuno, o después de comer y beber. Digamos que si alguien toma otro vaso con agua para tener líquidos en el cuerpo durante este periodo, pero en ese momento no le resulta placentero, no bendice, al igual que quien no tiene sed y toma una pastilla con agua.

- Es frecuente que un chef o una mujer que cocinan un guisado quieran solamente probarlo para ver si le falta sal u otro condimento. Debido a que esto no significa probar el alimento para disfrutarlo, sino sólo para analizarlo, no se bendice. Igual sucede en el caso del catador de vinos.
- Por supuesto, en caso de que una persona coma algo no kasher no dirá bendición, ya que el versículo (*Tehilim* 10:3) dice: *Botzea berej nietz Hashem*, “Hay bendiciones que se consideran un insulto a D-os”. Nuestros Sabios dijeron que ese versículo habla de quien come no *kasher* y bendice.

El orden al bendecir

Cuando nos sentamos a comer y delante de nosotros hay diversos alimentos y por ende, diferentes bendiciones por decir, no podemos escoger el alimento al azar con su bendición correspondiente. Hay un orden para esto pues algunas bendiciones son de mayor importancia y hay jerarquías en los alimentos. En consecuencia, hace falta escoger y empezar con la bendición y el fruto más importante.

Para establecer este orden es imprescindible tomar en cuenta dos factores: algunas bendiciones son “generales”, como *Mezonot* o *Shehakol*, que prácticamente abarcan muchos tipos de alimentos, y hay otras que son un poco más específicas, como *Haetz*, la cual abarca únicamente las frutas del árbol; y *Haadamá*, sobre las verduras. Y hay otras mucho más específicas, como *Hamotzi*, únicamente sobre el pan, y *Haguefen* que se dice nada más sobre el vino.

El otro factor que debemos tomar en cuenta es el propio alimento. El versículo que trata de las siete especies con que se bendijo la Tierra de Israel las convierte en los alimentos más importantes sobre los otros frutos y verduras. Y el orden que presenta el versículo de las siete especies también establece una jerarquía entre ellas, la cual, de menos a más, sería: granada, higo, uva, dátil, cebada, aceituna y trigo. Pero el problema es cuando se presenta una bendición superior con una fruta inferior.

Además hay otros factores por tomar en cuenta para saber hacia qué platillo o fruta dirigimos nuestra mano como primera elección para bendecir. Hay cosas que nos gustan y se nos antojan en ese momento, aunque pertenezcan a una jerarquía inferior.

¿Qué pasa cuando una fruta está completa y la otra picada? ¿La completa tiene más importancia y será más digna de realizar la bendición sobre ella que sobre la picada, aunque ésta se halle en un nivel superior?

Para poner orden en todo esto y crear la lista de preferencias, comenzaremos con la *Guemará*, que dice: “Hay delante de él muchas especies para bendecir. Rabí Yehudá dice: Si hay entre ellas de las siete especies con que se bendijo la Tierra, debe comenzar con éstas”. Y *Jajamim* discuten y piensan: “Comienza con la que más quiere y le agrada en ese momento” (*Mishná, Berajot 6:4*).

Nuestros Sabios aclaran que la discusión entre Rabí Yehudá y *Jajamim* es sobre cómo se alaba a D-os de mejor forma: bendiciéndole sobre un alimento importante, o quizás la alabanza depende de quién la dice, y sobre lo que a él le agrada bendice mejor y con más ganas. Y así, se alaba mejor a D-os.

Ahí mismo en la *Guemará*, aclara el Rabino Hulá que toda la discusión se presenta cuando se trata de alimentos que tienen la misma bendición; pero cuando las bendiciones son diferentes, por supuesto que todos estarán de acuerdo, tanto Rabí Yehudá como *Jajamim*, con que se da preferencia a la bendición más importante.

Para no enredarnos mucho, les presentaré la conclusión después de mucha polémica halájica que se desató sobre el orden correcto.

En primer lugar, no hay leyes de orden cuando nos sentamos a comer y los platillos llevan el orden de entrada. Como al principio nos servirán la sopa y después el pescado y la carne, y de postre frutas, no entra la mente pensar que, ya que las uvas del postre son de las siete especies, tendrán que adelantarse a la sopa, sino que en este caso iremos diciendo las bendiciones por orden de entrada del platillo.

Además, si algo en la mesa tiene preferencia de bendición pero no se nos antoja comerlo, no podemos obligarnos a comerlo para pasar a la

siguiente bendición. La duda es entre lo que queremos comer y está servido delante nuestro, y con qué bendición y alimento empezar. Salvo estas excepciones, el orden sería el siguiente:

- La lista se encabeza con la bendición sobre el pan, la de *Hamotzí léjem min haáretz*, debido a que también es una bendición específica y porque el trigo encabeza las siete especies.
- Sigue la bendición de *Mezonot*, sobre panecillos dulces o guisados de trigo. En este caso, si son de cebada o de trigo, se adelantarán los de trigo, ya que en el versículo de las siete especies el trigo se adelanta a la cebada.
- La bendición sobre el vino, *Boré Perí Haguéfen* (aunque las uvas figuran más abajo en las siete especies, debido a que la bendición del vino es específica) tiene preferencia sobre las demás bendiciones genéricas (en Shabat, debido a la santidad del día, comenzamos con el *Kidush* sobre el vino antes del pan, y por eso debe cubrirse este último, por la “falta de respeto” de sobrepasarlo).
- Posteriormente vienen las frutas de las siete especies (quitando el trigo y la cebada, y el vino). Y el orden jerárquico, de arriba hacia abajo, es: aceituna, dátil, uva, higo y granada.
- Después vienen todas las frutas, y la bendición sobre ellas está por encima de la bendición sobre las verduras, a menos que nos guste y se nos antoje en ese momento probar primero una verdura. Ahí se adelantará la verdura a la fruta.
- Al final de las bendiciones está la de *Shehakol nihiyá bidbaró*, ya que ésta, como bendición, es muy general y abarca diversos tipos de alimentos y bebidas.
- En caso de que se trate de bendiciones de la misma jerarquía, se adelantará el alimento completo antes del picado, y si los dos están enteros o picados, se adelantará el que más nos guste.

Estas leyes nos enseñan que las cosas en la vida tienen jerarquías y hay que dar preferencia a las importantes. Relatan que un profesor

se paró ante sus alumnos con un recipiente vacío y alrededor del escritorio ubicó una piedra, arena, piedrecillas y un vaso con agua. Y ante los alumnos echó la arena al recipiente, después los guijarros y el agua, y para la piedra ya no hubo mucho espacio. Después volvió a hacer la prueba, metiendo primero la piedra y después las piedrecillas alrededor; luego vertió la arena, la cual se filtró por los huecos entre las piedras, y al final echó el agua, y todo cupo. Se dirigió entonces a los alumnos para decirles: “Con esto les enseño que en la vida primero deben meter su piedra principal, y después verán que tienen tiempo y espacio para todas las demás ‘piedrecillas’”.

Saber poner el orden de prioridades es la clave de la vida. Todas las jerarquías son importantes. También la de las personas.

Najmánides nos aclaró este punto en la epístola que mandó a su hijo: “Procura ver a todas las demás personas como más importantes que tú, para que las honres y les des el respeto que se merecen. Observa en qué te supera el otro, por edad, inteligencia, dinero, etc. Y respétalo”. Y como dijeron nuestros Sabios: “Da trato a tu amigo como el que das a tu maestro” (*Pirké Abot* 4:12), y no como lamentablemente hacemos, siempre buscando en nosotros el punto a favor para menospreciar y degradar al prójimo. Demos honores a quien los merece.

“Aroma-labanzas”

De la misma forma que hay una *mitzvá* de bendecir por cada alimento, debemos bendecir por los olores agradables que percibamos, ya que por todo lo que disfrutamos en este mundo debemos agradecer y alabar a Quien nos permitió estos placeres.

Y aunque no sean placeres físicos y tangibles, como la comida o la bebida, sino simplemente un aire agradable que entra por nuestra nariz, debemos bendecir y alabar a D-os.

Como dijo Rab en la *Guemará*: “Aprendimos que se bendice sobre todo buen olor del versículo: *Kol haneshamá tehalel Yá*, ‘Cada *Neshamá* debe alabar a D-os’. Y explicaron nuestros Sabios que se refiere al placer que llega directo a la *Neshamá*, al alma, por medio de la *Neshimá*, la respiración, es decir, un olor bueno” (*Berajot* 43a).

El olor es lo más espiritual que entra a nuestro cuerpo y se conecta directamente con nuestra alma causándole placer, regocijo y tranquilidad (lo contrario al enojo, que se simboliza al sacar aire con furia por la nariz).

En el tratado de *Berajot* de la *Guemará* se tratan las diferentes bendiciones que se dicen sobre el olor agradable, debido a que en la época talmúdica, después de comer diversos y buenos alimentos, y para que éstos cayeran bien, se encendían sahumeros para ponerles encima hierbas secas aromáticas, con el objetivo de que esparcieran un buen olor en todo el ambiente. Así, al aspirar esos olores, los comensales entraban en un estado de relajación, lo que de por sí da placer, y además el buen ánimo les provocaba mejor digestión.

Para nosotros, esta bendición es muy conocida por *Motzaé Shabat*, donde a la hora de la *Habdálá* tomamos una fuente de buen olor y bendecimos sobre ella. Así, en diversas ocasiones en que nos dan una flor aromática, incluso al oler una fruta, también debemos decir esta bendición.

Debido a que hay diferentes fuentes de olores agradables, nuestros Sabios establecieron cinco bendiciones:

- En caso de que sea la rama de un árbol, se bendice: *Baruj...*, *boré atzé besamim*, "Bendito..., que creó árboles aromáticos".
- Si se trata de hierbas aromáticas, se bendice: *Baruj...*, *boré isbé besamim*, "Bendito..., que creó hierbas aromáticas".
- Al oler una fruta de aroma agradable, se bendice: *Baruj...*, *hanotén reaj tov baperot*, "Bendito..., que dio buen olor a las frutas".
- Cuando es un olor que no proviene de hierba, de árbol o de fruta, o en caso de que no se conozca su origen vegetal, se bendice: *Baruj...*, *boré miné besamim*, "Bendito D-os, que creó diversas clases de olores".
- Y sobre un aceite especial que se usaba en la época de nuestros Sabios, conocido como "aceite de Afarsemón", debido a que

era un producto especial de Israel, establecieron una bendición particular: *Baruj...*, *boré shemen arev*, “Bendito D-os, que creó un aceite agradable” (*Berajot* 43a).

Si analizamos de forma profunda el concepto “olor”, entenderemos mejor por qué nuestros Sabios dieron tanta importancia al sentido del olfato. En un principio, el olfato fue elegido por D-os para ser el canal por el cual insufló a Adam la *Neshamá*, como dice el versículo: *Vaipaj beapav nishmat jaim*, “E insufló por sus narinas el alma de vida” (*Bereshit* 2:7). Además, respecto al famoso pecado del Paraíso, dice en el libro *Bené Isajar* que Javá usó todos los sentidos para pecar menos el del olfato, pues dicen los versículos que escuchó la seducción de la serpiente (oído) y vio qué atractiva era la fruta (vista), la tomó con su mano (tacto) y la comió (gusto).

Estos hechos —insuflar por la nariz y no involucrar este sentido en el pecado— convirtieron el concepto de olor en algo elevado, de tal forma que el Paraíso se define mucho por las descripciones de nuestros Sabios como un lugar muy placentero por sus buenos olores. Y además, uno de los dones especiales del *Masháj* será la habilidad de oler la santidad de la gente y así juzgarla, como dice el versículo: *Vaharijó beirat Hashem*, “Y olerá tu temor a D-os” (*Ishayá* 11:3).

Para abordar esto de mejor manera, necesitamos acudir a los versículos de la escena donde Itzjak *Avinu* bendice a su hijo Yaacov. Previamente dice la Torá: “Y olió Itzjak la ropa de Yaacov, y dijo: ‘Hay que ver el olor de mi hijo; es como el olor del Jardín que bendijo D-os’” (*Bereshit* 27:27).

Al analizar esta expresión, vemos que hay tres tipos de olor: ropa, hijo, jardín. El olor de la ropa alude a nuestro olor mundano, como cuerpo, ropa, flores, etc. El segundo olor en el versículo, el de “mi hijo”, alude al olor espiritual que cada uno poseemos, ya que los pecados apestan y la buena conducta aromatiza. Y el tercer olor, el del Jardín de D-os, alude al Paraíso, el lugar donde los de buen olor tienen el mérito de llegar para disfrutar allá de la esencia aromática Divina.

Este maravilloso concepto puede ayudarnos a entender mejor el término que aparece sobre los sacrificios: “Y olió D-os el olor del sacrificio y calmó Su enojo” (*Bereshit* 8:21).

¿Acaso el olor de la carne asada cambia la actitud de D-os para con nosotros?

Con base en lo que dijimos antes, se entiende: junto con el olor de la ropa-carne del sacrificio, sube el buen olor del ser humano, que hasta hace poco apestaba y ahora su alma pura produce un aroma agradable al Creador, y eso es lo que nos congracia con Él.

Es decir, somos “el jardín botánico” de D-os, como lo expresa el Rey Shelomó sobre el pueblo al salir de Egipto, dejando atrás el mal olor de la idolatría y perfumándose con la fe Divina: “¿Quién es ésta que viene ahí subiendo del desierto envuelta en perfumes?” (*Shir Hashirim* 3:6). Y sobre el versículo: *Hadudaím natenú reaj*, “La flor de jazmín dio buen olor”, dijeron nuestros Sabios que se refiere a los jóvenes del pueblo de Israel que se abstienen y no pecan: emanan un olor aromático divino, placentero para D-os (*Eruvín* 21a).

Así como nosotros bendecimos sobre flores aromáticas, debemos procurar en nuestra vida que D-os también huela nuestra “flor de alma pura” pronunciando Él también una bendición sobre nosotros. De esta forma, después de los 120 años, nos plantará en su “jardín botánico” de Edén.

Ver y bendecir

Dicen nuestros Sabios: “Tres cosas influyen positivamente sobre la mente de la persona: buena voz, buen olor y las maravillas que ve” (*Berajot* 57b). En cuanto a esto último nuestros Sabios establecieron varias bendiciones. Además de un agradecimiento general que decimos diariamente en los rezos, en los cuales alabamos a D-os por la naturaleza, el mundo, la gente, el sistema solar, la fauna, la flora, etc., nuestros Sabios establecieron bendiciones específicas por ciertas cosas que la persona llega a ver y que no son tan comunes.

Esta categoría de bendiciones que dependen de lo que uno llegue a ver se divide en cinco partes:

- a) Sobre la naturaleza: fenómenos naturales que se dan de vez en cuando.

- b) Sobre lugares en que ocurrieron milagros, sean individuales o para todo el pueblo.
- c) Sobre criaturas raras y extraordinarias.
- d) Sobre edificaciones.
- e) Sobre seres humanos especiales en cantidad o calidad.

A continuación veamos una lista para darnos una idea, aclarando que respecto a la ley final de cada bendición, debe consultarse la Ley, debido a que sobre algunas hay discusión halájica de si se dice ésa u otra, o si se dice mencionando el Nombre de D-os en la bendición o no (ya que muchas veces cuando hay discusión se dice la bendición sin mencionar el Nombre de D-os, a fin de no transgredir la prohibición de pronunciar el Nombre de D-os en vano), y muchas de esas bendiciones se dicen únicamente en ciertas condiciones.

| Hecho visual | La bendición es: |
|--|--|
| Al ver un lugar donde ocurrió un milagro para el Pueblo Judío | <i>Baruj... sheasá nissim laabotenu bamakom hazé</i> |
| Si la persona ve el lugar donde a ella particularmente le ocurrió un milagro | <i>Baruj... sheasá li nes bamakom hazé</i> |
| Cuando se ve el arco iris | <i>Baruj... zojer haberit neemán bibritó vekayam bemaamaró</i> |
| Si se ve el océano o el Mar Mediterráneo | <i>Baruj... sheasá et hayam hagadol</i> |
| El que ve relámpagos, montañas muy altas, grandes ríos | <i>Baruj ... osé maasé Bereshit</i> |

| | |
|--|--|
| El que ve a un gran sabio superdotado judío | <i>Baruj... shejalak mejojmató lireav</i> |
| En caso de que se vea a un sabio no judío | <i>Baruj... shejalak mejojmató lebasar vadam</i> |
| En caso de ver a un rey judío | <i>Baruj... shejalak mikebodó lireav</i> |
| Si se trata de un rey no judío | <i>Baruj... shejalak mikebodó lebasar vadam</i> |
| Sobre el hecho de ver criaturas extraordinarias, como siameses o un negro albino, etcétera | <i>Baruj... meshané haberiyot</i> |
| El que ve una congregación de seiscientos mil judíos en Israel | <i>Baruj... Jajam harazim</i> |
| El que ve construcciones habitacionales en la Tierra de Israel | <i>Baruj... matziv guevul almaná</i> |

Hay dos propósitos para estas bendiciones. El primero es alabar a D-os por Su mundo y lo que hay en él, y agradecerle por todo ello, como se expresa en la bendición que se dice en la primavera (en el mes de Nisán), cuando salimos al campo y vemos los árboles floreciendo y decimos: “Bendito D-os que no faltó en su mundo nada y creó en él criaturas buenas y árboles bellos para dar gozo al ser humano”.

Si observamos las últimas palabras de esta bendición nos daremos cuenta de que la intención de D-os es que la persona disfrute del mundo. Además, la lógica así lo indica, ya que si D-os no quisiera que nos mantengamos vivos no dibujaría con diferentes colores la naturaleza ni la habría adornado con tanta variedad de frutas y verduras, con diferentes olores y sabores. Si únicamente quería que eso fuera nuestra “gasolina”, pues al igual que ésta tiene mal sabor, olor y color, y a nadie le importa porque la metemos al tanque de gasolina del auto y

seguimos manejando, así aparentemente la nutrición humana y la vida en planeta debería ser en general. No se trata sólo de meter alimento de un solo color, sabor y horrible visión a tu “tanque estomacal” y seguir caminando. No es así.

D-os se esmeró en presentarnos una inmensa variedad de colores en la naturaleza, maravillosos paisajes, diferentes flores aromáticas, sorprendentes formas y diseños de alimentos, así como dotarnos con miles de papilas gustativas y terminales nerviosas nasales para que saboreemos y olamos el mundo, disfrutando de él y sirviendo a D-os con sonrisas y mucha alegría.

El otro motivo de estas bendiciones se basa en la insistencia de Moshé *Rabenu* ante la negativa de D-os de no permitirle entrar a la Tierra Santa y solicitarle que por lo menos lo dejara verla. Preguntan los Comentaristas: “¿Qué quería ganar con eso Moshé *Rabenu*? No era un turista emocionado. Estamos hablando del Gran Maestro, quien nos enseñó todo lo que sabemos. ¿Qué quiso enseñarnos con esta insistencia de ver la tierra?”.

Y responden: “Cada mañana decimos una bendición: *Baruj... pokeaj ivrim*, ‘Bendito D-os, que abre los ojos a los ciegos’”, que literalmente se refiere al hecho de que en la noche “perdemos” la visión por unas horas y por la mañana abrimos los ojos, y ahí está la “cámara bien enfocada”. Pero esta bendición significa también algo más profundo: el ser humano tiene la posibilidad de ver el mundo superficialmente, y no muchos tienen, además de ésta, una visión profunda y observar Quién está detrás de todo. Algunos ven el títere y otros, además del muñeco, observan los hilos y La mano que lo mueve.

En términos generales, somos de buena vista superficial, pero respecto a la visión profunda podemos estar ciegos.

Por eso pedimos a D-os cada mañana que nos quite la ceguera y nos ayude a ver Su Mano. Eso es lo que quiso Moshé *Rabenu* enseñar a todo el pueblo que estaba a punto de conquistar la Tierra de Israel: a ver la belleza de leche y miel que ésta contiene. Por ello les pidió: “Vean siempre más allá de la superficie. Mira la Mano de D-os en tu

victoria, naturaleza, construcción, etc.". Y esta es la intención de todas las bendiciones que dependen de la visión: ver fenómenos naturales y saber que D-os los hace; ver gente sabia y saber que su sabiduría proviene de D-os; ver reyes y reconocer que no fue su buena campaña electoral o su victoria militar la que les dio el palacio, sino que fue la Mano de D-os la que los coronó. Y así ocurre con todas las demás bendiciones.

Ojalá que D-os nos ayude a quitarnos ese tipo de ceguera y siempre tengamos esa buena visión profunda para ver la Mano que mueve todos los hilos de la vida.

La bendición *Shehejeyanu*

El objetivo de las muchas bendiciones que debe pronunciar el *yehudí* es agradecer a D-os porque siempre nos guía, vigila y beneficia. La idea de repetir el *Baruj Atá...* es aclararnos que D-os no está sentado en el Séptimo Cielo en Su Trono Celestial, sino aquí, envolviéndonos y llenándonos de todo lo bueno, y permitiéndonos seguir vivos y disfrutar de otros momentos alegres en la vida.

Por este motivo nuestros Sabios establecieron una bendición especial para ciertas ocasiones de suma alegría, conocida como *Baruj... shehejeyanu vekiyemanu vehiguianu lazemán hazé*, "Bendito D-os, que nos dio vida y existencia, y nos permitió llegar a este momento".

Las ocasiones en que se dice esta bendición están divididas en tres: una es cuando llegan días de festividades como Pésaj, Shavuot, Sucot, etc., en las que a la hora del *Kidush*, agradecemos a D-os por darnos salud y permitirnos vivir este momento alegre, de santidad y rodeados de nuestros seres queridos. Además en esos días de festividad se repite el *Shehejeyanu* cuando cumplimos con las leyes representativas y correspondientes a la festividad, como tocar el Shofar, al entrar a la Sucá o al encender las velas de Janucá, y más.

Las otras ocasiones en que decimos esta bendición son, por ejemplo, al alegrarnos con la adquisición de ropa nueva, utensilios, casa; o al encontrar a un buen amigo al que hace mucho tiempo no veíamos, etc.

Los factores comunes de estos son los momentos agradables en la vida que, por adquirir algo nuevo o encontrarse con alguien de nuevo, nos llena el corazón de alegría y nos hace mostrar una sonrisa en la cara. Y con esta sensación alabamos y agradecemos a D-os con *Shehejeyanu Vekiyemanu*.

La tercera ocasión es cuando tenemos un festejo familiar como el *Berit Milá* o el Pidión, y también en el momento de una boda. En todas estas ocasiones reconocemos que muchos, lamentablemente, no vivieron para verlo, pero a nosotros D-os *Hejeyanu Vekiyemanu*.

Todo judío tiene la obligación de bendecir con *Shehejeyanu* al vestir por primera vez un *Talit* nuevo. También, durante la boda, uno de los momentos sobresalientes es cuando el novio bendice con *Shehejeyanu* por el *Talit* nuevo que toma en sus manos bajo el palio nupcial, a fin de exentar con esta bendición todos los artículos nuevos y conceptos por los que debería bendecir y no lo hizo, o que no se determinó si debe bendecirse por ellos con *Shehejeyanu* o no.

El trasfondo matrimonial comprendido en la bendición de *Shehejeyanu* es que, curiosamente, los novios no bendicen por el momento tan especial de unirse en matrimonio, salvo en caso de contar con un *Talit* nuevo, como se explicó.

Si cada vez que llega una festividad nueva, cuyo nivel de alegría es tan elevado que hace brotar del corazón de cada uno de nosotros el agradecimiento a D-os por habernos mantenido vivos para presenciar y compartir este maravilloso momento con nuestros familiares y amigos, ¿por qué no se dice esta bendición cuando nos casamos? ¿Por qué la necesidad de utilizar un *Talit* para poder decirla? ¿No es suficiente la emoción que se siente por cumplir el precepto en sí para bendecir con el corazón alegre y los ojos húmedos con *Shehejeyanu*?

El libro *Pájad David* nos da la respuesta: cierta regla determina que la bendición de *Shehejeyanu* se dice únicamente en el momento de mayor alegría. Por ejemplo, cuando adquirimos un traje, por ser el momento en que lo estrenamos el más alegre, debemos bendecir con *Shehejeyanu*. En los siguientes días, cuando volvemos a ponérselo, ya no sentimos el mismo grado de alegría, mucho menos a la semana o al mes.

Por eso, cuando llega una festividad se bendice con *Shehejeyanu* sólo la primera noche (y la segunda también, para los que residimos fuera de Israel), cuando la gran emoción es mayor comparada con la que sentiremos al día siguiente. La noche del *Séder*, con esa mesa especial adornada con invitados de calidad, o la primera vez que ingresamos a la *Sucá*, son los momentos adecuados para bendecir con *Shehejeyanu*, ya que estamos en la cúspide de la alegría.

Conforme a este criterio, si los novios dijeran esta bendición en la boda por el momento tan grande que comienzan a vivir como pareja, podrían reflejar que su amor se encuentra ahora en la cúspide, y que a partir de este momento irá disminuyendo con el paso de los días, D-os nos libre.

Claro está que así no debe ser, pues el deseo nuestro y de la pareja misma es que jamás sientan el momento adecuado para bendecir con *Shehejeyanu* por estar casados, pues confían que mañana se amarán todavía más.

De esta manera, la alegría en su hogar irá incrementándose día tras día. Es por eso que tendrán que dejar el *Shehejeyanu* para mañana... pero mañana tampoco lo dirán, porque pasado mañana será todavía mejor.

Podemos apreciar este mismo concepto en el hecho de que se utilice vino como medio de bendición para la nueva pareja, al compararlos así con el comportamiento característico del vino: cada día que pasa se hace más agradable.

De hecho, un joven *Bar Mitzvá* recibe el mismo mensaje, pues él tampoco bendice con *Shehejeyanu* el día en que cumple los trece años de edad, cuando alcanza la etapa en que se compromete a cumplir las *mitzvot*, ya que nuestra bendición hacia él, así como su máximo deseo, es que día tras día se supere en el camino de la Torá, en el cumplimiento de las *mitzvot* y en su temor a D-os, y así cada día que pasa será más apto para poder bendecir con *Shehejeyanu*.

¡Probablemente el gran *Shehejeyanu* se dirá al ingresar, después de ciento veinte años, al Paraíso, al ver el gran beneficio que nos dio este fantástico avance día con día incrementando nuestro amor a D-os!

La bendición de *Hagomel*

Las muchas bendiciones que tenemos para alabar a D-os se dividen en categorías. Unas son por los placeres, otras son de alabanza a D-os, Creador del mundo, y otras son de agradecimiento, como la de *Sheejeyanu*, *HaTov Vehamativ*, *Hagomel*, etcétera.

En cuanto a esta última, nuestros Sabios establecieron que la digamos en cuatro ocasiones. Dice la *Guemará*:

Dijo Rabí Yehudá: Cuatro tipos de personas deben agradecer a D-os: el que navegó en el mar, el que cruzó un desierto, el que estuvo enfermo y se curó, y el que fue liberado de prisión. Al término de cada una de estas situaciones dice ante diez personas la bendición de *Baruj Hagomel lejayavim tovot sheguemalani kol tuv*, "El que paga con bien incluso a los que no lo merecen, le agradezco que me benefició", a lo que responde el público: "Amén, y el D-os que te benefició, que siga haciéndolo siempre" (*Berajot* 54b).

Esta ley la aprendió la *Guemará* del Libro de *Tehilim*, en el cual el Rey David cita por lo menos cuatro casos de apuro en los cuales se somete la persona a la Voluntad de D-os y Él le ayuda a salir con bien. El Rey David finaliza diciendo: *Yodú LaHashem...*, "Y agradecerán a D-os por eso" (107).

Antiguamente, la forma de agradecer esto era llevando una ofrenda de agradecimiento llamada *Korbán Todá*. Pero desde que el Templo fue destruido, se estableció que la bendición de *Hagomel* remplazaría a la ofrenda, como aprendieron nuestros Sabios del versículo: *Unshalemá farim sefatenu*, "Y ofrendaremos sacrificios con nuestros labios" (*Hoshea* 14:3), es decir, que las plegarias y las bendiciones sustituyen a los sacrificios.

La pregunta es: ¿estos cuatro casos son un prototipo y ejemplo para cualquier salvación, o son únicamente para estos casos específicos?

Sobre esto se desató una discusión en la que el Meiri y otros opinaban que son sólo un ejemplo, y de ahí aprendemos que cualquier persona que se salva de un peligro, terremoto, accidente, asalto, etc., también tendrá que decir esta bendición. Sin embargo, otros Comentaristas, como el Abudarham y algunos más, opinan que se dice únicamente en estos casos. La ley se estableció como estos últimos. En primer lugar, porque siempre que hay una duda sobre si bendecir o no optamos por no bendecir, a fin de no pronunciar el Nombre de D-os en vano (*Shulján Aruj* 219:9).

Pero hay otra explicación más a esta conclusión halájica, que nos hace entender mejor por qué y cuándo se estableció esta bendición. D-os se manifiesta a nosotros por medio de tres formas, principalmente:

- a) La naturaleza
- b) Los milagros
- c) Los milagros por vías naturales

Sobre la primera forma, nuestra fe nos enseña ver toda la naturaleza como acción de la Mano Divina. En hebreo, el valor numérico de la palabra “naturaleza”, *Hateva*, suma 86, al igual que la palabra *Elokim*, para indicarnos que todo lo que vemos como natural es simplemente un milagro permanente de *Elokim*. Y por ello se establecieron muchos rezos y bendiciones de alabanza a D-os por la naturaleza.

Por la segunda clase de manifestación Divina, los milagros, se establecieron festividades como Pésaj, Sucot o Purim, en las cuales agradecemos a D-os por Su Mano Divina, que por un momento hace a un lado las reglas de la naturaleza y las rompe para salvar o beneficiar a su pueblo, Israel. Además, se establecieron bendiciones para aquel a quien le ocurre un milagro, a fin de que exprese su agradecimiento a D-os por este tipo de manifestación.

La tercera forma representa algo intermedio entre las dos anteriores. No es un milagro que rompe las reglas de la naturaleza ni tampoco algo cotidiano. Por ejemplo, cuando iniciamos una travesía en la cual puede haber peligros de cualquier tipo, pero, gracias a D-os, todo sale bien.

O cuando se sospecha de una persona injustamente, o fue secuestrada o llevada como prisionera de guerra, o en el caso de una persona que enfermó y estuvo más de tres días en cama, o fue operada, etcétera.

Podemos considerar esto desde dos puntos de vista: por una parte, no hubo aquí ningún milagro como la partición del Mar Rojo o la caída del maná; por otra, no fue un evento de todos los días, sino que fue la Mano Divina operando por medio de canales naturales, para que no termine la persona su viaje y diga: “¡Qué buen piloto! Me fascina esta aerolínea. Es muy segura incluso en tormentas”, o “Si me curé, es porque encontré a un buen doctor. ¡Y ni hablar de la medicina nueva que acaban de sacar!”. O en el caso del prisionero que sale y atribuye toda su salvación al buen abogado y al blando juez.

Para que esto no suceda, y además del agradecimiento que por cortesía debemos dar a todos los humanos involucrados, y para que sepamos que aquí hubo una Mano Divina, nuestros Sabios ordenaron que en presencia de diez hombres, agradezcamos y alabemos a D-os, Quien nos protegió en el camino, nos mandó la salud o nos liberó, y todo eso mediante diversos emisarios.

Por ello, en caso de un terremoto donde todo se destruye y salimos sólo limpiándonos el polvo de encima; o un accidente con muchos heridos y muertos y en el cual nosotros resultamos ilesos, etc., al salir del peligro nosotros solos debemos alzar los ojos al Cielo y agradecer a D-os. Por tanto, ya no necesitamos decir *Hagomel*, porque entonces ya sabemos y nos queda muy claro que D-os fue Quien nos salvó. Pero en los otros casos en que hay duda entre el humano y D-os, se estableció que bendigamos para agradecer al que maneja los hilos de la vida.

Capítulo 14

La Torá obsequio Divino

- 289 | La Torá: origen y original
- 294 | Letras y ladrillos
- 298 | “Tres días sin agua...”
- 299 | El triángulo de los tres
- 301 | La bendición de la Torá
- 303 | Los tres amores
- 305 | Bendiciones ocultas
- 308 | El “click” del alma
- 310 | Llenémonos de Luz
- 313 | Honor a quien honor merece
- 314 | La *Haftará*

Capítulo 14

La Torá: origen y original

Dado que hay leyes relacionadas con el *Séfer Torá*, conviene que conozcamos su historia, con el objetivo de establecer de manera definitiva su autenticidad hasta la fecha.

Nuestro sagrado *Séfer Torá* consta de cinco tomos, compuestos de 54 *Perashiot* escritas en un total de 304 805 letras.

Entre los versículos que relatan la historia ocurrida desde la Creación hasta la entrada a la Tierra de Israel, se encuentran las 613 *mitzvot* (preceptos), que constan de 248 *mitzvot* permitidas y 365 prohibidas. Entre las líneas y las palabras hay una infinidad de profecías, consejos, valores, códigos y profundos mensajes, todo esto encerrado en un solo libro.

Pero, ¿quién dijo que todo eso es auténtico? ¿Quién nos garantiza que nadie “metió mano” desde el día que se entregó al pueblo de Israel, hace aproximadamente 3 500 años? ¿Quién nos asegura que las palabras que leemos en este libro son las mismas que dictó D-os directamente a Moshé?

Para responder esto de la manera más completa posible, conozcamos los hechos de la época en que se escribió la Torá por primera vez y recorramos su historia hasta la actualidad.

La *Guemará* presenta una discusión sobre si la Torá fue escrita en Meguilot, “rollos por rollos”, o *Jatumá*, “sellada”, completa (*Guitín* 60a).

La discusión se centró en dos opiniones principales: la primera, es si fue escrita pergamino tras pergamino a medida que ocurrían los hechos y finalmente todos los pergaminos fueron unidos por Moshé

(no necesariamente en orden cronológico) para formar el total del *Séfer Torá*, y la otra opinión señala que los hechos fueron ocurriendo y sólo al final de los cuarenta años en el desierto fue dictada toda ella por D-os a Moshé.

De cualquier forma, la Torá se escribió en la época en que ocurrieron los sucesos y fue entregada al pueblo, que fue testigo de que lo que estaba escrito realmente ocurrió.

En los versículos figura que todos estuvimos parados al pie del Monte Sinai y escuchamos directamente la Voz Divina dictándonos los Mandamientos; otros versículos relatan los milagros de la partición del mar, el descenso del maná y muchos hechos más. Si todo esto no hubiera ocurrido, el pueblo no aceptaría el libro, porque reclamarían diciendo: "Aquí dice que salimos de Egipto, que hubo plagas, que otras muchas cosas sucedieron, pero nosotros no vimos nada de eso".

El hecho de que nuestros ancestros de la generación de Moshé aceptaran el libro y lo nombraran como el objeto más sagrado y lo transmitieran a sus hijos y a las generaciones futuras, con el testimonio y la seguridad personal de los que vivieron todo lo escrito ahí, además de que se apegaron a él e incluso estaban dispuestos a dar la vida por lo que está escrito en él, constituye el mejor testimonio de que lo ahí escrito realmente ocurrió.

Está escrito en el *Midrash Rabá* que el día de la muerte de Moshé, él escribió trece *Sifré Torá* completos y entregó uno a cada una de las Doce Tribus. El decimotercero lo guardó en "la caja fuerte", en el Arca de la Alianza, el *Arón Hakódesh*, ubicado en el *Kódesh Hakodashim* (9:9).

Respecto a este último libro está escrito: "Y Moshé escribió esta Torá y la entregó a los sacerdotes de la Tribu de Leví, encargados del Arca de D-os" (*Devarim* 31:9).

En otro versículo leemos: "Y fue cuando Moshé terminó de escribir el *Séfer Torá* en su totalidad que ordenó a los levitas, cargadores del Arca de D-os, diciéndoles: Tomen este *Séfer Torá* y pónganlo en el Arca, para que sirva como testimonio para siempre" (31:22).

Este *Séfer* se usaba únicamente en ocasiones especiales, ya que era la copia original. Por ejemplo, la *Guemará* de Yerushalmi comenta que el rey debía escribir su propio *Séfer Torá* copiándolo directamente del que estaba ubicado en el *Arón Hakódesh*, el que era extraído sólo con el permiso de la Gran Asamblea de 71 jueces (*Sanhedrín* 2a).

Rashí, en su comentario a *Babá Batrá* explica que “cada Yom Kipur el *Cohén Hagadol* lo sacaba para leer de él, y cada siete años se congregaba todo el pueblo de Israel en la festividad de Sucot, en la celebración conocida como *Hakhel*. Era la única vez que se leía de ese *Séfer Torá* frente a todos los concurrentes” (14b).

Cada tribu recibió un *Séfer Torá* y como a su vez las tribus estaban conformadas por aproximadamente 50 mil hombres (20-60 años) cada una, empezaron a escribirse más y más *Sifré Torá*, copiados directamente del que se les había entregado.

Esto hizo que pocos años después del fallecimiento de Moshé ya hubiera muchos libros de Torá. Agreguemos a esto la ley de que cada judío tenía como obligación escribir su propio *Séfer Torá*. Así el número de estas copias después de unas cuantas décadas, se incrementó en gran proporción.

Si alguien en esa época hubiera querido “meter mano” al texto y cambiar un versículo o agregar una historia, para que tuviera validez y fuerza no era suficiente con que lo hiciera en su propio *Séfer Torá*, hubiese tenido que recorrer cada tribu y cada hogar para convencer a los fieles de hacerse cómplices de una falsedad... ¡Absurdo!

¿Y cómo retocaría el *Séfer Torá* ubicado en el *Arón Hakódesh*, resguardado por los sacerdotes? Moriría sólo por intentarlo.

Sigamos la cuenta: los años transcurrieron. Más y más libros fueron escritos. Hace aproximadamente dos mil años salimos a la Diáspora. Fuimos dispersos por todo el planeta Tierra, e incomunicados unos de otros. Escribimos nuevos *Sifré Torá*, copiados directamente del *Séfer* que cargamos con nosotros desde la Tierra Santa.

Meditemos: si en los últimos dos mil años alguien hubiera querido modificar algo, habría tenido que recorrer todo el planeta, comunidad tras comunidad, y pedir al rabino responsable de cada una de ellas que le permitiera abrir el *Hejal*, sacar el *Séfer Torá* y escribir lo que quisiera... Tal vez que el cerdo no es *Kasher*, porque no le agrada, o inventar la fábula de Nój y su zoológico flotante en medio de un diluvio universal...

Para garantizar que nada de esto ocurrió, por fin hace unas décadas regresó gran parte de nuestro pueblo a la Tierra de Israel. Como artículo principal de nuestro equipaje se encontraba nuestro querido e inalterable *Séfer Torá*. Por fin, después de dos mil años de no vernos, nos abrazamos y abrimos cada uno nuestro propio *Séfer Torá*.

De manera increíble, ¡no había entre ellos ninguna diferencia! Todos tenemos las mismas palabras y el mismo número de letras (salvo la palabra *Daká*, que en un sector de ashkenazim la escribían con la letra *álef* mientras que en el resto del mundo se escribió con la letra *he*, algo que no cambia el significado y constituye un simple error de copia, así como otras variaciones parecidas que figuran en los *Sifré Torá* provenientes de Yemen).

Esto nos demuestra de forma clara que tenemos en las manos el texto original desde su entrega en el monte Sinai.

Además ciertas leyes muy severas sobre la escritura del *Séfer Torá* sirvieron de protección al texto.

La prohibición de añadir o quitar algo, aunque lo ordenara un profeta posterior a Moshé, es tan estricta que si el mismo *Mashíaj* nos ordenara cambiar una sola ley de la Torá o modificar un solo versículo, sería considerado como un impostor.

Al respecto agrega Maimónides: “Veinticuatro aspectos invalidan un *Séfer Torá* y lo convierten en sólo un *Jumash* (impreso)” (*Leyes de Séfer Torá* 10:1). Algunas de ellas son:

- Escribirlo en otro idioma que no sea el hebreo.
- Tener una letra de más o de menos.

- Que una letra esté en contacto con otra.
- Que alguna letra se desgaste, aunque sea una sola de ellas, de modo que no pueda leerse o se confunda con otra.
- Que las letras de una palabra queden distanciadas de manera que parezcan ser dos o más palabras separadas.

Todo esto ayudó a cuidar la autenticidad del texto. Agreguemos a todo ello la obligación semanal de leer la Torá ante todo el público. Conocemos la escena en que el lector se equivoca en la pronunciación de una palabra y muchos de los asistentes al servicio buscan ser los primeros en corregirlo, para no permitir variaciones en la pronunciación, que no se lea una palabra o que se añada otra.

Quizá la escena más significativa es cuando el lector de la Torá se da cuenta de que al *Sofer* (escriba) se le fue una letra... De inmediato se detiene la lectura, se cierra el *Séfer Torá*, se hace a un lado y todo el público se pone de pie. Se aproximan al *Hejal* para sacar otro *Séfer Torá*, aclarando de este modo a todos que no se tolerará ni un mínimo error en nuestro libro sagrado.

Por otro lado, hay leyes de respeto al *Séfer Torá* y para los *Jajamim* que la estudian, y también leyes de máximo respeto a las sinagogas y especialmente al *Hejal*, donde el *Séfer Torá* está guardado.

Todo esto sirve para mantener su santidad y hacerlo intocable. Por supuesto, a lo largo de la historia hubo sectas, centros y movimientos que quisieron introducir reformas en el cumplimiento de la Torá, aunque no tocaron el texto, algo que nadie aceptó, lo que debemos saber es que invalidar el cumplimiento de los preceptos equivale a quitar o acortar partes de la Torá.

Si quisiéramos entender todo esto de manera metafórica, relatan que cuando el Rey Shelomó inauguró el Primer Templo, la parte central de la celebración fue el momento en que se llevaba el Arca de la Alianza con los maravillosos *Kerubim* de alas extendidas por encima de ella, y en su interior las Tablas de la Ley y el decimotercer *Séfer Torá* que escribió Moshé.

En ese momento se presentó un problema: los marcos de la puerta de entrada eran más estrechos que el Arca. Ante tal dificultad, había dos únicas soluciones: ensanchar los marcos o recortar el Arca.

En esa decisión reside la diferencia de opinión entre los ortodoxos y los demás movimientos. Estos últimos, ante la realidad de que la Torá es muy amplia y el marco mental del ser humano es muy estrecho, optaron por recortar el Arca y dejarla a la medida del moderno y reducido marco mental.

Debido a que, generación tras generación, ese marco se hace cada vez más estrecho y cada vez se “recortan” más partes del Arca, no quedará nada al final.

Sin embargo, la ortodoxia opina que el Arca y la Torá deben ser intocables, física y conceptualmente. Y es verdad. La Torá es larga, ancha y grande, y el marco es estrecho. Pero nuestros Sabios se han tomado la tarea de ampliar nuestros marcos mentales y, poco a poco, demostrarnos la perfección de nuestra sagrada Torá.

Quiera D-os que, de la misma forma en que hemos cuidado la Torá siglo tras siglo, generación tras generación, comunidad tras comunidad, a fin de que nadie la profane y le cause algún daño, la Torá siga cuidándonos y protegiéndonos hasta el final de los tiempos. Amén.

Letras y ladrillos

Pese a todas las precauciones que debe tomar el *Sofer* al copiar un *Séfer Torá* de otro, es posible encontrar errores en su escritura.

Es sabido que si falta una letra o se encuentra una de más, ese *Séfer Torá* debe cerrarse y tomar otro en su lugar, y no podrá volver a leerse del primero hasta que sea reparado por un *Sofer*.

Para comprender la rigidez de esta ley y la razón de tanta meticulosidad con las letras de la Torá, profundicemos un poco en el secreto de éstas.

En el *Midrash* figura: “Rabí Hoshayá dice que las letras de la Torá fueron los planos y los ladrillos de la Creación del mundo” (*Bereshit Rabá* 1:2),

y en el *Séfer Yetzirá* se comenta que: “Las veintidós letras del alfabeto hebreo fueron meticulosamente hechas por D-os y con ellas lo creó todo” (capítulo 2, inciso 2).

El *Zóhar* comienza con el diálogo y el análisis Divino sobre con qué letra comenzaría la Creación, donde se expresa la fuerza, las “cualidades” y “desperfectos” de cada una de ellas, y por qué finalmente decidió D-os comenzar la Creación con la letra *Bet* de *Bereshit*.

Para comprender mejor esto, debemos alejarnos de la idea de que las letras son sólo trazos.

Nuestros Sabios de la Cabalá afirman que las letras en su origen son entes espirituales, como los ángeles, las almas y similares, sólo que mucho más elevados, y cada una de ellas representa una fuerza, aspecto, cualidad, “color” y particularidad.

Con la combinación de ellas D-os creó el mundo y nos entregó el trazo de cada letra. Por ejemplo, la palabra hebrea *Ot*, “letra”, significa también “señal”, entre otros significados. Así cada trazo terrenal hace alusión y es señal del ente espiritual que reside en cada una de las letras de la Torá.

Esto se halla insinuado en el primer versículo de la Torá: *Bereshit Bará Elokim*, “Al principio, creó D-os...”; *Et hashamaim*, que en su traducción literal sería “el Cielo”, y en un sentido más profundo la palabra *Et* podría en hebreo leerse también como *Ot*, “letra”. Además, se escribe con *álef* y *tav*, la primera y la última letra del abecedario hebreo, lo que significaría: “Al principio creó D-os las letras Celestiales”; *Veet haáretz*, “y las letras terrenales”, es decir, los trazos conocidos por nosotros como letras.

De la misma manera en que D-os creó un cuerpo de la tierra e insufló en él un alma Celestial, cada letra es un cuerpo y dentro de ella hay un alma.

Posteriormente D-os creó a los animales dando a cada uno la posibilidad de emitir una u otra letra, consonante y vocal. Finalmente creó al ser humano, al que dio la capacidad de pronunciar todas las letras y formar por medio de ellas palabras y enunciados.

En términos anatómicos, estas letras salen con el aire de los pulmones y pasan por cinco diferentes canales, por lo que son conocidas como:

1. Palatales (de paladar), como la *guímal* o la *jaf*.
2. Labiales (de labios), como *bet*, *vav*, *mem*.
3. Linguales (de lengua), como *dálet*, *lámed*, *tet*.
4. Sibilantes (de los dientes), como *záin*, *sámej*.
5. Guturales (de garganta), como *jet*, *ain*.

Es curioso que la primera palabra de la Torá se componga de letras de los cinco canales.

Cuando D-os nos entregó la Torá, los Diez Mandamientos estaban distribuidos así: cinco en la primera tabla y otros cinco en la segunda.

Asimismo, toda la Torá fue distribuida en cinco libros: *Bereshit*, *Shemot*, *Vaikrá*, *Bamidbar* y *Devarim*, para indicarnos que la Torá es el canal de la expresión de las letras Divinas.

En un sentido más profundo, nuestros Sabios explican que el número de veces que las letras fueron usadas en sus múltiples combinaciones en la Creación son el mismo número de veces que figuran en la Torá. Es decir, si en la Creación se utilizó la letra *Shin* 40 veces, por ejemplo, ése será el número de veces que aparecerá esta letra en la Torá; y si la *Álef* fue usada 800 veces, habrá 800 *Álef* en la Torá.

El motivo de todo esto es que las letras fueron los “ladrillos” de la Creación del mundo. Por eso, al pronunciarlas D-os se combinaron con las fuerzas Celestiales y se crearon las cosas.

Estos planos y material de construcción nos fueron entregados directamente de manos de D-os en Monte Sinai, en la Torá, como si D-os nos dijera: “Toma Mis letras, con las cuales creé Mi mundo. Pronúncialas, estúdialas y aplícalas para que con ellas construyas tu propio Mundo Venidero”.

Curiosamente de ahí surgió la palabra clásica de los magos: *AbraCadabra*, que en realidad se trata de la unión de dos palabras hebreas, *Ebrá Kedabrá*, expresión que significa: “Crearé con mis palabras”.

En la *Guemará*, en el Tratado de *Babá Batrá* 15a, hay una discusión sobre quién escribió los últimos ocho versículos de la Torá, en los que está escrito: “Y Moshé murió y lo D-os lo enterró en el Monte Nevó, Yehoshúa lo sucedió”, etcétera.

Por una parte, no pudo haber sido Moshé, ya que los versículos hablan de su muerte y lo que pasó después. Por otra, tampoco pudo ser Yehoshúa, pues ya no tendría toda la Torá la unificación con que fue escrita por Moshé, dictada por D-os. Así que, ¿cuál sería la diferencia entre esos ocho versículos y el siguiente libro, el de Yehoshúa?

La *Guemará* responde, en nombre de Rabí Yehudá, que esos versículos los escribió Moshé *Bedema*, palabra cuya traducción literal es “con lágrima”, es decir, llorando. Pero el Gaón de Vilna, en su libro *Kol Eliahu*, comenta que la palabra *Bedema* significa “de forma revuelta” (cap. 133).

Es decir, Moshé entregó a Yehoshúa un conjunto de letras, que formó con todas las letras faltantes, necesarias para complementar y completar el número de veces que debe aparecer cada una de ellas en la Torá, como indicando a Yehoshúa: “Ochocientas veces debe aparecer la letra *álef*. Ya usé 798, así que faltan dos *álef* y cuatro *lamed*, etc. Te dejo el conjunto de letras. Tu labor es formar con ellas los últimos versículos, ya que la Torá, en su totalidad, debe tener exactamente todas las letras en las múltiples combinaciones con las que se hizo la Creación”.

Por esto somos tan meticulosos al escribir o leer el *Séfer Torá* a fin de que no haya una letra de más ni una de menos.

Un ejemplo simple es el de una caja fuerte que tuviera mil dígitos como clave. Aunque tecleemos los 999 números correctos y en el último, en vez del 7 marcamos el número 6, la caja no se abrirá, simplemente porque el código debe ser exacto.

Quiera D-os que logremos estudiar toda la Torá, usando sus palabras como “material de construcción” en este mundo y podamos, con su código, abrir los Portones del Paraíso.

“Tres días sin agua. . .”

Tenemos la obligación de leer el *Séfer Torá* los días lunes y jueves durante el rezo de la mañana, durante *Shajrit*.

Esta ley se aprende de la *Guemará*: “*Ezrá Hasofer* estableció la costumbre de leer la *Torá* los días lunes y jueves” (*Babá Kamá* 81a).

La *Guemará* pregunta: “¿Acaso *Ezrá Hasofer* (quien vivió en el siglo V antes de la era común) fue el que estableció esta costumbre? Sabemos que esta costumbre se sigue desde la época de *Moshé Rabenu*, como dice el versículo: ‘Y caminaron tres días sin agua’. Sabemos que la *Torá* fue comparada con el agua por lo que establecieron que la persona no pase tres días ‘sin tomar agua’, sin leer la *Torá*. Significa que además de la lectura de la *Torá* en sábado, *Moshé Rabenu* estableció su lectura los lunes y los jueves. ¿Por qué entonces fue dicho que la implantó *Ezrá Hasofer*?”.

La *Guemará* contesta: “Sí, es cierto. La costumbre es de la época de *Moshé Rabenu*, pero en ese entonces subía a la lectura una sola persona y sólo se leían tres versículos, hasta que *Ezrá Hasofer* estableció que subieran tres hombres: un *Cohén*, un *Leví* y un *Israel*, y que se leyeran en total por lo menos diez versículos”.

Pero cabe preguntar: si todo esto es solamente para que no pasaran más de tres días sin leer la *Torá*, entonces podía ser leída los martes y/o los miércoles. ¿Por qué se escogieron los lunes y los jueves? A esto responde el *Tosafot* que cuando *Moshé* subió a *Har Sinai* para bajar la *Torá*, tardando cuarenta días, el día que subió fue lunes y el día que bajó fue jueves. Para recordar este hecho se establecieron estos dos días para la lectura de la *Torá* (*Babá Kamá* 81a).

Y debido a que subió otros cuarenta días para pedir a D-os que perdonara el pecado del becerro de oro (antes de la entrega de las Segundas Tablas de la Ley), y también los días en que subió y bajó fueron lunes y jueves, se estableció la costumbre de agregar el *Tajanún* (rezo con el cual pedimos perdón por nuestros pecados) en estos días.

Sumemos a esto que los días lunes y jueves eran días de mercado, cuando venían todos los aldeanos a la ciudad para exhibir y vender sus mercancías, así que se aprovechaban esos días para sacar el *Séfer Torá*, abrir los tribunales e incluso, en Purim, adelantar la lectura de la *Meguilá* en esos días y aprovechar así la presencia de los aldeanos, cuya lejanía de la comunidad podía hacerles carecer de dichos servicios y de clases de Torá.

En un sentido metafórico, nosotros, los habitantes de la Tierra, nos llamamos los aldeanos, ya que el Cielo se considera la Gran Ciudad. Consecuentemente, los lunes y jueves son días de gran congregación y propicios para sacar la Torá.

De la misma forma en que estos días, en épocas antiguas, se llamaban *Yom Hakenisá*, “el día de la entrada”, para hacer alusión a todos los aldeanos que entraban a la ciudad, también nosotros los llamamos “el día de la entrada de nuestras plegarias al Cielo”.

Por esto, el rezo en estos días se extiende tanto en la parte correspondiente a la solicitud de perdón a D-os, así como en la lectura de la Torá para que de la misma forma en que los aldeanos se ganaban en esos días el sustento, también nosotros salgamos en esos días con un buen sustento para el alma, para llevar con dignidad y santidad nuestra vida en esta aldea planetaria.

El triángulo de los tres

Son tres las personas que deben subir a leer el *Séfer Torá*. Aquí abordaremos el concepto del número tres y su trascendencia en el Judaísmo.

La *Mishná* explica que los días lunes y jueves en *Shajrit*, y los sábados en *Minjá*, suben tres personas a la lectura de la Torá, y “no se disminuye ni se agrega a esto” (*Meguilá* 4:1).

Rashí explica: “Para no causar molestia al público, ya que son días laborables y la gente debe ir a trabajar, y el sábado en la tarde, debido a que ya se leyó en la mañana toda la *perashá*, es suficiente que en *Minjá* suban a leer sólo tres personas”.

La *Guemará* pregunta: “¿Por qué se escogió el número tres?”. Rab Así responde: “Porque el número tres hace alusión a las tres partes de nuestra Biblia: *Torá*, *Neviím* y *Ketuvim* (conocidos por su abreviatura como *Tanaj*)” (*Meguilá* 21b).

Por su parte, Rabá menciona otro motivo: “El número tres hace alusión a las tres partes que conforman al pueblo de Israel: *Cohanim*, *Leviím* e *Israelim*”.

En la *Guemará* leemos: “¡Qué grande es la *Torá*, que se entregó en triángulo!”, es decir, en el número tres:

- Está dividida en tres partes: *Torá*, *Neviím* y *Ketuvim*.
- Fue entregada a un pueblo formado por tres: *Cohanim*, *Leviím* e *Israelim*.
- Por medio de los tres líderes: *Miriam*, *Aharón* y *Moshé*.
- En el tercer mes del año (*Siván*, comenzando la cuenta de los meses desde *Nisán*, como lo indica la *Torá*).
- En el tercer día de la preparación en Monte Sinai (*Shabat* 88a).

Agreguemos a esto el hecho de que el pueblo está formado por los tres Patriarcas: *Abraham*, *Itzjak* y *Yaacov*, y la *Mishná* en *Pirké Abot* afirma que: “Sobre tres columnas el mundo se sostiene: el estudio de la *Torá*, los sacrificios (que en la actualidad son nuestros rezos) y hacer favores al prójimo” (1:2).

Además los rezos están divididos en tres: *Shajrit*, *Minjá* y *Arvit*, y las festividades del año conocidas como los tres *Regalim* son *Pésaj*, *Shavuot* y *Sucot*. De hecho, nuestra propia alma está dividida en tres partes internas: *Néfesh*, *Rújaj* y *Neshamá*.

Es evidente que debe haber un motivo para que el número tres se repita con tanta frecuencia.

El Maharal de Praga explica que el número tres es el de la unión, como un triángulo que enlaza dos líneas y las convierte en una sola figura, de modo que el número tres ayuda a que los tres componentes sean uno solo.

Del mismo modo, el hecho de que tres personas suben a leer el *Séfer Torá*, según Rab Así, cada uno representa una de las tres partes: *Torá*, *Neviim* y *Ketubim* y alude a que debemos unificar toda la Torá, desde lo escrito por Moshé *Rabenu* hasta lo escrito por los profetas, reyes y líderes.

Agrega sobre esto Rabá que, además del respeto a las Sagradas Escrituras, debemos mostrar respeto por el prójimo y entender que, aun cuando seamos un pueblo dividido en *Cohanim*, *Leviím* e *Israel*, somos, después de todo, un solo cuerpo.

Quiera D-os que la unificación y el respeto por todos los versículos del *Tanaj*, y el respeto, la unión y la hermandad entre los hijos del pueblo de *Israel* nos traigan pronto al *Mashíaj*. Amén.

La bendición de la Torá

Debemos decir una bendición antes de leer la Torá. Para una mejor comprensión de este concepto, analicemos primero la bendición parecida que pronunciamos al amanecer, al final de los *Birkot Hashájar*.

Al levantarnos para un nuevo día, en el cual seguramente estudiaremos, escucharemos o leeremos palabras de Torá, decimos una bendición para abarcar todo lo que haremos al respecto en ese día.

Esta bendición se divide en tres partes:

1. *Al Dibré Torá*, en la que bendecimos y agradecemos a D-os, que nos santificó y nos ordenó estudiar la Torá.
2. *Veha'arev Na*, en la que pedimos a D-os que nos ayude a sentir la dulzura de las palabras de la Torá en nuestra boca y en la de nuestros descendientes.
3. *Asher Bájar Banu*, en la que agradecemos a D-os por habernos elegido como Su pueblo.

Cabe preguntar a qué categoría pertenecen estas bendiciones, pues como sabemos hay algunas que se dicen sobre los preceptos,

conocidas como *Birkot Hamitzvot*, como la bendición del *Lulav*, del *Tefilín*, la *Sucá*, etc. Otras bendiciones que pertenecen a la categoría de alabanza y agradecimiento, conocidas como *Birkot Hashévaj*, como la de *Shehejyanu*, *Hagomel*, etc.; y algunas más pertenecen a aquellas que se dicen sobre placeres, conocidas como *Birkot Hanehenín*, como la de *Shehakol*, *Hamotzí*, *Mesonot*, *Besamim* y otras.

Entonces, ¿a cuál de estas categorías pertenece la bendición por la Torá? En los libros sobre leyes figuran varias opiniones: el *Minjat Jinuj* opina que se trata de una bendición de alabanza (430:1); el *Kehilot Yaacov* opina que pertenece a las bendiciones sobre el placer (*Berajot* 24), y el *Devar Abraham* sostiene que es una bendición sobre las *mitzvot* (16:1).

Todos tienen razón. Esta bendición es muy peculiar, ya que pertenece a las tres categorías, pues su estudio constituye un gran precepto, como dijeron nuestros Sabios: *Vetalmud Torá kenégued kulam*, "...y el estudio de Torá supera a todo".

Es también un placer muy grande. Una simple prueba es que no debe ser estudiada por alguien que está de luto y tampoco el día 9 de Av, ya que proporciona mucho placer y alegría, lo que no es aceptable en días de luto.

Y que la Torá pertenezca al Pueblo Elegido amerita una oración de alabanza al Todopoderoso. Ahora podemos entender el porqué de las tres bendiciones de la mañana que se dice por la Torá.

La primera, *Al Dibré Torá*, es la bendición sobre el precepto de estudiarla. La segunda, *Vehá'arev Na*, es la bendición de los placeres. Y la tercera, *Asher Bájár Banu*, es nuestra bendición de alabanza y agradecimiento.

Por eso están ordenadas de esa manera, ya que primero tenemos que estudiar la Torá, pues es un precepto fundamental para cada judío. Además, mientras la estudiamos, sentimos el agradable sabor que contiene, lo que nos hace agradecer y alabar a D-os de todo corazón.

También por eso cada mañana comenzamos con esta bendición, para que el estudio de todo el día se conforme de acuerdo a estos tres conceptos.

Sólo resta preguntar: ¿por qué al subir al *Séfer Torá* hay que repetir la bendición? ¿Por qué no está incluida la *mitzvá* de leer el *Séfer Torá* en la bendición matutina?

Al respecto responde el *Biur Halajá* que, ya que, además del estudio de Torá diario hay una ley particular de leer la Torá en público (con diez personas como mínimo) y de un *Séfer Torá* apto, se estableció una bendición especial para cumplirla.

Es interesante observar la fuente en la Torá de donde aprendemos la ley de decir una bendición antes de su lectura. Dice la *Guemará*: “¿De dónde aprendimos que debe decirse una bendición previa a la lectura de la Torá? Del versículo que dice: *Ki Shem Hashem Ekrá*, ‘...debido a que voy a leer el Nombre de D-os (la Torá), demos alabanza a Él’” (*Berajot* 21a).

La *Guemará* continúa diciendo: “¿De dónde se aprende que al finalizar la lectura debe decirse otra bendición? Del *Birkat Hamazón* (la bendición que se dice al terminar de comer el pan), pues si bendecimos al terminar de ingerir alimentos para sustentar el cuerpo físico, ¡cuánto más debemos bendecir por tomar alimentos espirituales!”.

Este análisis nos hace reflexionar y entender que el estudio y la lectura de la Torá son el alimento para nuestra alma. Dejar de comer debilita el cuerpo físico, y lo contrario: comer bien, en horarios fijos y alimentos saludables lo fortalece, así ocurre con el estudio de Torá, pues su carencia nos debilita espiritualmente y el estudio a horas fijas, con frecuencia, a profundidad y de forma amena, fortalece la salud de nuestra alma.

Los tres amores

Es bien conocida la costumbre de que los versículos que se lean al sacar el *Séfer Torá* sean por lo menos diez. Por ejemplo, el día de Purim, el párrafo que se lee sobre la guerra contra Amalek, ancestro de Hamán, contiene nueve versículos y el noveno se lee dos veces para que se considere así que se han leído diez.

La *Guemará* pregunta: “¿Por qué se escogió el número diez y no menos?”, a lo que Rabí Yehoshúa Ben Leví responde que hace alusión al público, pues únicamente con diez personas cumplimos el requisito del *Minián* y podemos entonces sacar el *Séfer Torá* (*Meguilá* 21b).

Rab Yosef, en cambio, contestó que los diez versículos hacen alusión a los Diez Mandamientos, y Rabí Yojanán dijo que es por los diez dichos con los que D-os creó el mundo.

Si analizamos estas tres opiniones, veremos que estos sabios abordaron los tres tipos de amor y respeto que debe sentir y mostrar el ser humano: primero, el que menciona Rabí Yehoshúa, que es el amor al prójimo, como dice el versículo: “Y amarás a tu prójimo como a ti mismo”, y ver a toda la congregación con buen ojo, así como juzgar a todos para bien. Tenemos el derecho a desarrollar opiniones y mentalidades separadas, pero es nuestra obligación mantener nuestros corazones unidos, como dijeron nuestros Sabios: *Keish Ejad, belev Ejad*.

El segundo amor y respeto debe ser por la Torá, como dijo Rab Yosef respecto a que el número diez hace alusión a los preceptos, como vimos con el Rey David que cuando trajeron el Arca de la Alianza con la Torá en su interior bailó con gran alegría (*Shemuel* II, 6:14). Ésta es una cualidad que debemos aplicar cada vez que veamos el *Séfer Torá*, y tanto más si lo estudiamos. Como dice el versículo: *Pikudé Hashem... mesameje lev*, “La palabra Divina alegra el corazón”.

Por último, el tercer amor pertenece al que dijo Rabí Yojanán, que hace alusión a la Creación del mundo. Es el amor que debemos sentir por la naturaleza, maravillarnos ante la obra Divina y cuidarla para no transgredir la prohibición de *Bal Tashjit*, “No destruirás, no desecharás”.

Incluso hay muchas bendiciones que deben decirse al ver las maravillas en la naturaleza, como aquellas sobre el mar, la luna, las plantas, los truenos y los relámpagos, el arco iris, etc. Por eso el mundo fue creado con diez dichos, la Torá fue entregada con Diez Mandamientos y el rezo se realiza con diez personas, para unir el mundo, la Torá y la congregación.

Bendiciones ocultas

Aquí se aborda, entre otros aspectos, el de la lectura de las maldiciones y por eso debemos analizar si hay preferencias en cuanto a párrafos y temas al subir a leer el *Séfer Torá*, ya que es conocido el sentimiento público de procurar subir a la Torá cuando los versículos tratan de bendiciones y evitar, hasta donde sea posible, los versículos de advertencia y maldición.

Ante todo la pregunta es: ¿este proceder es correcto y apropiado? La Torá entera representa la Palabra Divina, y tanto a los versículos positivos como a los negativos debe dárseles el mismo grado de validez, respeto y cumplimiento, como lo indica la *Mishná*: “Sé meticuloso con un precepto leve como con uno estricto” (*Pirké Abot* 2:1).

No somos quién para calificar y crear una tabla de valores para los párrafos de la Torá.

Por eso, en cuanto a la lectura de los Diez Mandamientos hubo una discusión muy importante sobre si el público debe ponerse de pie durante su lectura, y con ello mostrar un respeto mayor al tema, o simplemente seguir leyéndolos con la misma actitud y respeto que se da al resto de los versículos en la Torá.

Al respecto comenta la *Guemará*: “Nuestros Sabios quisieron establecer la lectura de los Diez Mandamientos diariamente en el rezo, y no lo hicieron para que no digan los herejes que sólo esta parte constituye la Torá y la Voluntad de D-os, y que todo lo demás puede descartarse y que no tiene validez” (*Berajot* 12a).

Por ello escribió el *Shulján Aruj*: “No es adecuado que el público se ponga de pie durante la lectura de los Diez Mandamientos, para no dar la impresión de que esos versículos tienen mayor importancia que los demás” (146:4), y así se determinó en la práctica.

En el otro extremo están los versículos de las maldiciones, como en las *perashiot* de *Bejukotay* y *Ki Tavó*, las que mucha gente evita e incluso se molesta si se le invita a subir a su lectura.

Escribe el Gur Arié Yehudá, respecto a la costumbre de ciertas comunidades de que a la hora de leer las maldiciones nadie era invitado a subir, sino que el *Báal Koré* simplemente seguía leyendo, sin decir bendiciones previas ni posteriores: “He aquí que esta costumbre es muy mala y dos fallas contiene: una, que menosprecia los versículos del reproche, sobre lo que nos advirtió el Rey Salomón diciendo: ‘Hijo, no desprecies los reproches’, y además están avergonzando a la Torá, pues es como si dijeran que contiene versículos sobre los cuales se bendice y otros que no merecen bendición”.

Y nuestros Sabios nos revelan que en realidad, la mayoría de las bendiciones están ocultas en los versículos de las maldiciones.

Por ello escribe el *Shut Minjat Elazar* que el gran cabalista, el Arizal, acostumbraba pedir que le dieran la oportunidad de subir a la Torá justamente en la lectura de los reproches y las maldiciones (Tomo 1, capítulo 66). El motivo de esto se encuentra en el famoso relato en la *Guemará*:

Una vez llegaron a la ciudad dos grandes Sabios, Rabí Yonatán Ben Osmay y Rabí Yehudá Ben Guerim. Antes de que se marcharan, Rabí Shimón Bar Yojai tomó a su hijo, Rabí Elazar, y le dijo:
—Estos dos rabinos son gente muy justa y santa. Ve y pídeles que te bendigan.

Fue Rabí Elazar y les dijo:
—Por favor, bendíganme.

Para su sorpresa, ellos dijeron:
—Sea la voluntad del Todopoderoso que siembres y no coseches, introduzcas y no saques, saques y no introduzcas; que se destruya tu casa fija y seas un invitado; que tu mesa siempre esté revuelta y que no veas un año nuevo.

Rabí Elazar, asombrado por la lluvia de maldiciones que recibió, volvió con su padre y le dijo:

—No sólo no me bendijeron, sino que me llenaron de maldiciones.
—¿Qué te dijeron, hijo? —le preguntó Rabí Shimón.

Cuando su hijo le repitió lo que escuchó, Rabí Shimón le respondió con una sonrisa:

—¡Grandes bendiciones recibiste, hijo mío!

Y continuó explicándole:

—“Que siembres y no coseches” significa que tengas hijos y que no mueran en tu vida. “Que introduzcas y no saques” significa que tus hijos metan a tu casa novias y nunca se divorcien. “Que saques y no introduzcas” quiere decir que saques a tus hijas a la *Jupá* y nunca tengas que recibirlas de vuelta en tu casa como viudas o divorciadas. “Que tu casa fija se destruya”, porque la persona tiene dos casas, una provisional, en la que es como un invitado, y la otra es la fija. La provisional es el hogar y la fija es la tumba. Por tanto, ellos te desearon que esa casa fija se destruya, porque todavía tienes muchos años de vida por delante, y que goces mientras tanto de tu casa provisional, esta tierra, como un invitado bienvenido. “Que tu mesa esté revuelta” de tantos hijos y nietos que la compartan. “Que no veas un año nuevo” se basa en la ley de que, al casarse, el primer año de matrimonio es llamado “el año de la mujer nueva”, en que el hombre no sale a la guerra, no viaja por negocios a lugares lejanos, etc., para dedicarlo a su esposa. Y debido a que tú, hijo mío, ya estás casado, te bendijeron con que nunca veas otro año nuevo, es decir, que nunca tengas que casarte por segunda vez (*Moed Katán* 9b).

Sobre esto preguntan nuestros Sabios: “¿Por qué estos importantes Sabios ocultaron todas sus bendiciones con conceptos negativos?”, a lo que responden: “Cuando a una persona se le bendice, los acusadores Celestiales inmediatamente se ponen a la defensiva y empiezan a reclamar ante D-os que esa persona no se lo merece. Pero al estar esas bendiciones ocultas como maldiciones, ellos, que no tienen acceso a la intención, no hallan motivo alguno para interferir. De hecho, incluso están a favor de esas supuestas maldiciones. De este modo logran transmitirse las grandes bendiciones”.

¡No cataloguemos jamás los versículos de la Torá! Cualquier ocasión que se presente para subir a la Torá es buena, sea que hable de bendiciones o maldiciones. Todas sus palabras al final contienen mucha bendición, sea superficialmente o de forma oculta.

El “click” del alma

Después de la lectura del *Séfer Torá*, cuando el invitado regresa a su lugar, el público lo felicita diciéndole: *Jazak ubaruj*, “fuerte y bendecido”. ¿Por qué?

Para entender bien esto, debemos primero saber que en el planeta Tierra existen dos elementos que no pertenecen a este mundo, pues bajaron del Cielo: el alma y la Torá. Ambas fueron creadas bajo el Trono Celestial y de ahí se insufló el alma en nuestro cuerpo y se entregó la Torá a nuestro pueblo.

Cuando recibimos la Torá en el Monte Sinai, se juntaron estos dos conceptos Celestiales, pues por un lado estaban las almas como receptoras, y por otro, la Torá. Esto permitió que ambas partes se unieran. Cada vez que alguien sube a la lectura del *Séfer Torá*, su alma y el esplendor de la Torá hacen un “click” repitiendo así la unión generada en *Matán Torá*, para iluminar y fortalecer nuestra alma.

Por eso es un honor y un placer que nos llamen a subir a la lectura de la Torá, pues mientras se leen las palabras Divinas y se observan las letras Celestiales, nuestra alma va recibiendo luz espiritual, de manera que bajamos más fuertes y benditos. Es por eso que los demás nos felicitan con la expresión *Jazak Ubaruj*.

Siguiendo esta analogía entre las letras de la Torá y las almas, escribe el Gaón de Vilna: “Toda la Torá está contenida en el Libro de *Bereshit*, y todo el libro de *Bereshit* en la *Perashá* de *Bereshit*, y toda la *Perashá* de *Bereshit* en el primer versículo de la Torá, y todo el primer versículo está incluido en la primera palabra de la Torá, y ésta a la vez se halla contenida en la primera letra de la Torá, la Bet de *Bereshit*”.

En base a esto nuestros Sabios explican que así funciona “el árbol de las almas”, donde muchas de ellas pertenecen a una sola rama y varias ramas están unidas a otra más grande, y varias grandes al tronco, y así sucesivamente hasta llegar al alma principal, que sería la *Bet* de las almas, denominada *Nishmat Mashíaj*.

Por eso, del mismo modo en que cada versículo, palabra e incluso letra de la Torá comprende muchos mensajes secretos y enseñanzas, aunque a simple vista no lo parezca, así somos cada uno de nosotros: quizá alguno parezca un hombre simple, pero en verdad hay mucha luz encerrada en su interior y hay mucho que aprender de él.

Además, sobre el versículo: *Vetén jelkenu betorateja*, “...y ayúdanos a tener nuestra parte en Tu Torá”, explica el Arizal que cada alma tiene la posibilidad de descubrir una fase, una explicación, una dimensión particular en la Torá, que provendrán de su alma peculiar ... Sólo se necesita conectar a ambas (la Torá y el alma) para conseguirlo.

La similitud entre estos dos elementos se ve incluso en la ley de luto. Comentan nuestros Sabios en la *Guemará* que: “El que está parado a un lado del agonizante y presencia el instante de su fallecimiento, deberá rasgar sus ropas, al igual que quien presencia un *Séfer Torá* quemándose” (*Shabat* 105b).

Aquí vemos la comparación entre ambas como lo expresó Rabí Jananiá Ben Teradión: “Mientras los romanos lo quemaban envuelto en un *Séfer Torá* por dar clases de Torá en público, dijo a sus alumnos: Veo un pergamino quemándose y sus letras elevándose al cielo”, queriendo decir: “Quizá quemarán mi cuerpo (el pergamino), pero el alma eterna (las letras) nadie podrá quemarla” (*Avodá Zará* 18a).

De nuevo vemos la similitud entre las letras y el alma. Además, dice Najmánides que el nombre y los datos de todo judío están insinuados de forma oculta en las letras de la Torá. Los relevantes estarán de manera más revelada y los otros de manera más oculta.

Con la tecnología actual se hizo fácil comprobar lo dicho por Najmánides aproximadamente en el siglo XI. Por ejemplo, hemos podido comprobar que en el versículo: *Lemaán rebot mofetay beéretz Mitzraim*, está insinuado el nombre de Maimónides, el lugar en que vivió, la fecha en que nació y la obra que escribió. Y así se encontraron claves sobre otros personajes importantes, como el Gaón de Vilna, el Maharshal y muchos otros.

Por ello la Torá que contiene 613 preceptos, comienza con el de procrear y traer almas nuevas al mundo, y finaliza con el precepto que

habla de la obligación que tiene cada judío de escribir para sí mismo un *Séfer Torá*. De nuevo observamos la conexión entre almas Divinas y letras Celestiales.

Además debemos estudiar a profundidad la ley de cómo subir al *Séfer Torá*; con agilidad y emoción optando por el camino más corto para llegar a él, para justamente demostrar esta emoción del encuentro, y al finalizar su lectura, bajar lentamente y regresar por el camino más largo, lo cual hace alusión al pesar de la despedida.

Quiera D-os que estas letras siempre iluminen nuestra alma.

Llenémonos de Luz

Hay leyes relativas al comportamiento del público durante la lectura de la Torá. Para entender la importancia de estos momentos y darles el debido respeto, debemos analizar algunos puntos.

Del versículo: *Ki Shem Hashem ekrá, habú gódel Lelokenu*, "... debido a que mencionaré el Nombre de D-os, alábenlo conmigo", aprendieron nuestros Sabios que antes de decir *Birkat Hamazón* (la bendición posterior al pan) se dice el *Zimún*, que son frases de invitación a quienes nos acompañan para alabar juntos a D-os.

De este mismo versículo se aprendió que también el que sube a leer la Torá, antes de decir las bendiciones, cita una especie de *Zimún*, que dice: *Bareju et Hashem hamevoraj*, "Bendigan a D-os, a Quien yo también bendigo".

Es interesante que, pese a aprender estas dos leyes del mismo versículo, hay una diferencia en la forma de expresar el Nombre de D-os. En el *Zimún* lo nombramos *Elokenu* y en el *Séfer Torá* lo nombramos *Ado-nay*.

Para comprender esto debemos considerar primeramente algunos fundamentos.

Antes que nada, es necesario saber que aun cuando llamamos a D-os con diferentes nombres, siempre nos referimos al mismo Único Todopoderoso. La variación de los nombres sólo indica diferencias en la forma de actuar de D-os.

El nombre *Elokim* representa la naturaleza, el modo de D-os de actuar y mandarnos las cosas de manera natural, por vía de la naturaleza, que es un canal sistemático: el sol sale cada mañana, de la semilla (en tierra fértil y con agua) brota la planta, el desarrollo del bebé, etcétera.

En realidad, todos estos son milagros Divinos, pero manifestados mediante el sistema de la naturaleza. De hecho, las palabras *Elokim* y *Hateva*, “la naturaleza”, tienen el mismo valor numérico de 86, para indicarnos que detrás de todo el sistema natural está *Elokim* (D-os).

Por eso cuando la Torá habla de la Creación, durante todo el proceso emplea únicamente el término *Elokim*: *Bereshit bará Elokim, Vayómer Elokim*, y demás.

Por otro lado, el nombre *Ado-nay* hace alusión a la Luz Divina, la que está por encima de la naturaleza y representa los milagros que D-os hace para nosotros sólo por bondad, aunque no los merezcamos. Esa luz está infundida en la Torá.

Debido a ello en los Diez Mandamientos a diferencia de la Creación, está escrito: *Anojí Ado-nay*, al igual que el versículo cuando D-os insufló el alma en el ser humano: *Vaítzer Ado-nay*.

Ésta es la razón por la que cuando hacemos el *Zimún* sobre el alimento que D-os nos manda por las vías de la naturaleza decimos: *Nevarej Elokenu*, pero al subir al *Séfer Torá* debido a que es un acto espiritual y la Torá fue un regalo Divino dada de forma sobrenatural es la razón por la que decimos: *Barejúj Et Ado-nay...*, Quien, en ese momento, irradia de Su luz sobre todo el público oyente.

Como explica el *Zóhar*, a la hora de la lectura de la Torá todo el público debe comportarse con respeto y reverencia, y sentir como si estuviera parado al pie del Monte Sinaí escuchando la Palabra Divina (*Shemot* 206a), como lo indica el Libro de *Nejemíá*: “Y a la hora que sacaron la Torá y la leyeron al pueblo, los oídos de todos estaban atentos a su lectura” (8:3).

Al respecto, agrega Rabí Shimón Bar Yojai que cuando se saca el *Séfer Torá* del *Arón Hakódesh*, se abren los Portones del Cielo y se despierta el amor Divino por Su pueblo. Además, mientras se lee la Torá, todos escuchan sus palabras como si estuvieran recibéndolas en Sinai.

El libro *Yesod Veshóresh Haavodá* escribe en nombre del Arizal: “A la hora que se enseñan al pueblo las letras de la Torá, la persona debe procurar observarlas, ya que de ellas emana mucha luz y abundancia” (5:8), y agrega el Ben Ish Jai: “Que procure la persona buscar la letra que encabeza su nombre en las letras de la Torá y que diga: *Ve Zot hatorá asher sam Moshé lifné bené Israel*, ‘Esta es la Torá que entregó Moshé al pueblo de Israel’ (*Toledot* 15)”.

Podemos ver semejanza con el momento de la entrega de la Torá en el Monte Sinai. Por eso, de la misma forma en que ese momento ocurrió debido al nombre *Ado-nay*, del cual emanó mucha luz Divina sobre todo el pueblo de Israel, en distintas proporciones sucede a la hora de la lectura de la Torá en nuestros días.

Obviamente, de acuerdo con el recipiente (la persona) será la cantidad de luz que reciba, como en el ejemplo que traen nuestros Sabios del rey que en su cumpleaños dijo a sus sirvientes: “Traigan sus recipientes y se los llenaré con monedas de oro”. Uno trajo un vaso y el rey se lo llenó, otro una cubeta y otro más un costal. En realidad el rey no fue injusto con nadie, sino que cada uno se presentó con un recipiente distinto. Lo mismo sucede durante la lectura de la Torá: D-os emana Su luz, pero que surta efecto depende de la disposición para recibirla que tenga cada uno.

Cabe resaltar que a lo largo de la vida la gente busca soluciones para el mal de ojo, maldiciones, brujería, magia negra, envidia, celos, etc. Lamentablemente “pastorean en campos ajenos” para encontrarlas, sin darse cuenta de que acuden con gente oscura para quitar oscuridad, y que la única y verdadera solución radica en simplemente atraer la luz de la Torá que automáticamente, aleja la oscuridad.

Quien se concentra bien en los momentos de lectura de nuestra Sagrada Tora se llena de luz y aleja cualquier fuerza negativa y oscura de sí mismo y de su familia, como lo indica el versículo: *Veatem*

hadevekim... jaim kulejem, "...y ustedes, los que están apegados a la luz Divina están llenos de vida" (*Devarim* 4:4).

Honor a quien honor merece

Hay diversas leyes relativas al momento de sacar el *Séfer Torá* del *Hejal*, a cómo mostrar su escritura al público y en especial, al respeto que se le debe rendir en ese momento.

Cuando se abre el *Hejal* se aproxima todo el público, encabezado por el rabino, para abrir sus puertas y recibir la Torá.

Respecto a esta escena, donde está el rabino por un lado y el *Séfer Torá* por otro, surge una aparente contradicción en nuestras Sagradas Escrituras.

La *Guemará* afirma: "La persona se debe poner de pie cuando pasa un *Séfer Torá*, y esto se aprende de una afirmación de que si delante de los rabinos que la estudian hay que pararse, tanto más ante la Torá, que es la fuente de su estudio" (*Kidushín* 33b).

Sin embargo, en el Tratado de *Macot* se comenta: "¡Qué incorrecto es el comportamiento de la gente que se pone de pie y rinde honores al *Séfer Torá* y no lo hace ante el *Talmid Jajam*! Si ante un *Séfer Torá* debe uno pararse, ¡tanto más ante un *Séfer Torá* vivo!" (22b).

Entonces cabe preguntar: ¿quién es más importante, el *Séfer Torá* o el *Talmid Jajam*? La respuesta es muy simple: son diferentes respetos y ambos terminan siendo uno solo.

Por un lado está el respeto que debemos mostrar por el texto, por ese pergamino impregnado con la Palabra Divina; y por otro, el que debemos sentir por quienes la estudian y nos la enseñan para integrarla en nuestra propia vida cotidiana, pues ella es la luz que nos ilumina el camino de la vida.

Como dijo el Rey David: *Ner leraglí Devareja*, "Vela de luz son Tus palabras para iluminar mis pasos" (*Tehilim* 119:105).

Es decir, de nada nos sirve respetar la Torá como un antiguo libro y no tenerla como guía, ni tampoco respetar a guías espirituales que no se rigen por ese antiguo libro.

El respeto a ambos es lo que nos da la combinación correcta. Por eso cada *yehudi* debe escuchar la Palabra de D-os con la explicación rabínica y aplicarla en su vida.

De aquí la costumbre de que mientras se muestran las letras del *Séfer Torá* al público, cada persona intente encontrar en él la letra inicial de su nombre, ya que ésta sirve como canal de luz para iluminar su alma.

Rabí Yehudá Jayat escribe sobre el versículo: *Utmunat Hashem yabit*, “El semblante de D-os observará” (*Bamidbar* 12:6), que hace alusión a la luz Divina, que cada uno atrae, de alguna forma, al observar la letra de su nombre.

Agregan nuestros Sabios sobre el versículo: *Todieni Óraj Jaim* (*Tehilim* 16:11), en el cual el Rey David rogó a D-os que le dijera cuál era el camino para obtener buena vida, a lo que D-os respondió: “¿Quieres vida y calidad de vida? Observa las letras de la Torá, que se denominó como el Árbol de la Vida” (*Yalkut Shimoní, Tehilim* 247).

Por eso la Torá se compara con un manual de instrucciones. Así como una máquina viene con un instructivo donde se explica cómo darle un buen uso, cuándo usarla y cuándo dejarla descansar, qué aceite comprarle y cuál no es el indicado, la Torá es el “Manual de Vida” para el ser humano y, por supuesto, sólo Quién creó la máquina puede escribir su manual.

Quiera D-os que la lectura de la Torá, con su estudio y su aplicación, encienda la luz de nuestra alma y nos apegue a la Luz Divina.

La Haftará

Después de la lectura de la Torá en días de Shabat, festividades y otras fechas especiales, se acostumbra leer la *Haftará*, que es un párrafo extraído de los Libros de los Profetas y guarda cierta relación con lo leído en la *perashá*.

Respecto a cuándo se estableció esta ley, podemos encontrar varias opiniones. De acuerdo con Rabí Yeshayá Di Trani, en su libro *Hamajría* (capítulo 31), Ezrá *Hasofer*, después de establecer el modo de lectura de la *perashá*, fue quien implantó la lectura de la *Haftará*, para que la gente obtuviera el mismo mensaje de la *perashá* extraído de un texto de los profetas.

Por otro lado, Rab Abudarham afirma que la costumbre comenzó en la época del dominio griego de Antioqus Epifanes (165-168 de la era común), quien prohibió la lectura de la Torá. Por eso los judíos establecieron la costumbre de leer 21 versículos de los profetas, que “reemplazaran” simbólicamente a los tres versículos que debía leer cada uno de los siete invitados a la lectura de la Torá. De hecho, de ahí proviene la palabra *Haftará*, que significaría “exentos” (como la palabra *Patur*, “exento”), ya que debido al decreto griego el pueblo se exentaba de leer la Torá por medio de la lectura de la *Haftará*.

Rabí Shimshón Refael Hirsch opina que la costumbre de leer la *Haftará* es más antigua y data de la época de los sumerios, quienes aceptaban la Torá, pero negaban la santidad de los libros de *Neviím* y *Ketuvim*. Por eso, para demostrar su santidad y su supuesta igualdad con la Torá (ya que al fin todos se unen para conformar el *Tanaj*), se estableció la lectura de éstos después de leer la Torá.

De cualquier manera, es aceptado por todas las opiniones que en la época de los *Tanaím* sin lugar a dudas ya se leía la *Haftará*, como relata la *Guemará*, donde se citan las *Haftarot* que se leen antes de Pésaj, la de cada festividad, Rosh Hashaná, Yom Kipur, Shabat, Janucá y *Rosh Jódesh* (*Meguilá* 25a).

Aunque en la actualidad hay ciertas ocasiones en que algunos leen una *Haftará* y otros acostumbran otra, siempre debe haber una relación entre la *Perashá* y la *Haftará*.

Por ejemplo, la *Haftará* que se lee en Rosh Hashaná habla de Janá, la estéril, quien por medio de la bendición del Sumo Sacerdote Elí engendró al Profeta Shemuel. Leemos esta *Haftará* porque en la Torá se lee en *Rosh Hashaná* sobre la esterilidad de nuestra Matriarca Sará y la buena noticia que recibió de los ángeles, quienes le dijeron que para esa fecha del año siguiente tendría un bebé.

Si profundizamos un poco más en esta *Haftará* veremos un vínculo mayor entre Janá y Sará. El Libro de Profetas relata que Janá estaba rezando en el Tabernáculo de Shiló y la observó el Sumo Sacerdote Elí. Al verla rezando de forma diferente, preguntó a D-os qué pasaba con esa mujer por medio del Pectoral. Como sabemos, en éste la respuesta se daba al iluminarse las piedras preciosas en las cuales estaban grabadas las letras, pero no se indicaba el orden ni la combinación correcta para leerlas. Era en esto que se precisaba la concentración total del *Cohén Gadol* para leer el mensaje apropiadamente.

Así, en el Pectoral se iluminaron cuatro letras: *shin, he, jaf* y *resh*. Elí supuso que la combinación correcta era *Shicorá*, “ebria”, y de inmediato la regañó “por las copas que llevaba encima”.

Ella, sorprendida, observó el Pectoral con las cuatro letras iluminadas, y le dijo: “Con todo respeto, pero lo que dice aquí es *Kesherá* (‘mujer correcta y justa’)”. Elí se dio cuenta de su error y le dijo: “El próximo año, en esta fecha, abrazarás a un bebé”.

Preguntan los Comentaristas: “¿Cómo llegó a esa conclusión Elí? Si la ‘discusión’ era sobre si ella estaba *Shicorá* o era *Kesherá*, ¿por qué de pronto le habló sobre engendrar a un bebé?”. Nuestros Sabios responden: “Porque Elí se percató de que el Pectoral no decía *Shicorá* ni *Kesherá*, sino *Kesará* (‘como Sará’). De ahí entendió el Sumo Sacerdote que, de la misma forma en que la estéril Sará fue notificada de su futuro hijo, lo mismo ocurriría con Janá”.

Ahora entendemos mejor por qué cuando se lee la historia de Sará, la *Haftará* trata de Janá.

Así son todas las *Haftarot*. Sólo es necesario encontrar la relación, sea literal o profunda.



Capítulo 15

La evolución de la halajá

| | |
|-----|---------------------------------|
| 319 | La <i>Halajá</i> |
| 321 | Una breve reseña |
| 323 | La historia de la <i>Halajá</i> |
| 327 | La <i>Halajá</i> contemporánea |
| 330 | Rab Ovadiá Yosef zt"l |

Capítulo 15

La Halajá

Todo artefacto debe incluir su propio manual de uso. La máquina más perfecta del mundo es el ser humano y su manual son los preceptos y los conceptos de la Torá que debe cumplir para dar un buen funcionamiento a su mecanismo.

Es un hecho que obedecer leyes y órdenes en general no es lo más agradable para el ser humano. Por eso nuestros Sabios establecieron que al final de una clase de Torá se diga un texto talmúdico: “Rabí Jananiá Ben Akashiá dice: Quiso el Todopoderoso beneficiar y purificar al pueblo de Israel. Por ello, les dio tantas leyes”, aclarando de este modo que las leyes y las órdenes son para nuestro propio beneficio.

Una de las cosas que nos detienen en el cumplimiento de las *mitzvot*, es que éstas irrumpen en nuestro modo de ser y en nuestra vida diaria. Sin embargo, si supiéramos el beneficio que nos dan en este mundo y en el Mundo Venidero, las haríamos con alegría y mayor facilidad.

Otro factor que también nos detiene es la falta de comprensión de por qué tenemos que cumplir con determinada *Halajá*. En ocasiones, al no encontrar una explicación lógica que se adecúe a nuestro entender, simplemente optamos por no cumplirla. La realidad es que la *Halajá*, en lugar de carecer de lógica, está muy lejos de ser comprendida por la filosofía y las explicaciones simples de nuestro entendimiento, y tanto más cuando se trata de asuntos profundos y cabalísticos.

La Torá nos aconseja: “Cúmplelas, y a medida que las hagas, irás comprendiendo su significado y motivo, mas no esperes entender para hacer, ya que podrás pasarte la vida entera sin comprenderlas, por lo que no las cumplirás jamás”. Es importante saber que, así como existen libros de *Halajá*, en los que sólo se habla de lo que tenemos

que hacer, también tenemos aquellos libros que explican el porqué de lo que debemos hacer en forma simple o profunda, como el *Taamé Hamitzvot*, el *Taamé Haminhaguim* y varios más.

Éste es el secreto de la frase: *Naasé Venishmá*, que pronunciaron fielmente nuestros padres al recibir la Torá: “Primero la haremos y después escucharemos sus explicaciones”. Este mensaje se manifiesta en la *mitzvá* de *tefilín*, primero se pone en la mano, para simbolizar que primero hay que actuar; después en la cabeza, para simbolizar que después de actuar debemos comprender lo que hacemos. Además, la *Halajá* determina que no se debe interrumpir entre la colocación del *tefilín* de la mano y el de la cabeza, enseñándonos así que después de hacer es bueno comprender lo que se hizo tan pronto como sea posible.

El cumplimiento de la *Halajá* a veces es tajante, ya que no hay discusión ni duda alguna de cómo cumplirla. Sin embargo, nos presenta varias opciones y varios rangos, dando la opción a cada uno de elegir el nivel de *Halajá* acorde con su medida.

Esto se da principalmente cuando se trata de una *Halajá* o una costumbre sobre la cual hubo muchas opiniones al respecto; por ejemplo, si la mayoría de los Rabinos opinan que determinado concepto se permite y otros, aunque sean minoría, aseveran que se prohíbe. En el contexto de la *Halajá* podremos leer lo siguiente: “El concepto se permite, pero según algunas opiniones, se prohíbe”, dándonos a entender de ese modo que la ley ha determinado permitirlo, pero la gente cuyo afán por acercarse a D-os y Sus estatutos es muy grande, pueden evitar llevarlo a cabo.

Del mismo modo, cuando la *Halajá* define que “El concepto se prohíbe, pero algunas opiniones lo permiten”, significa que lo correcto e ideal es no hacerlo, salvo en circunstancias que lo requieran, bajo las cuales podremos apoyarnos en las opiniones que lo permiten.

Este panorama da a la gente la opción de comenzar con lo básico, como la *Halajá* lo exige, y de ahí ir elevándose, procurando alcanzar la perfección del cumplimiento de la *Halajá*. Por otro lado, cabe aclarar que no se permite “jugar al permiso”, es decir, buscar en cada libro

qué rabino permite cada concepto, de manera que, si uno lo prohíbe, comenzar a buscar otro que sí lo haga. Así seguiremos buscando sólo los permisos para formar un *Shulján Aruj* cómodo y accesible y a nuestra conveniencia. Lo óptimo es hacernos de un solo Rabino, acorde con nuestra tradición, y seguir siempre esa línea de *Halajá* bajo cualquier circunstancia.

Una breve reseña

La palabra *Halajá*, “ley”, proviene del hebreo *Halijá*, que significa “caminata”, es decir, la forma en que la persona debe caminar y conducirse en su vida. Pero, ¿cómo y cuándo se originó la *Halajá*? ¿Cómo se desarrolló? ¿Cuál es su historia?

El pueblo de Israel salió de Egipto en el año 2248 después de la Creación del mundo (1312 a.e.c.). Cincuenta días más tarde los israelitas recibieron la Torá en un evento único y extraordinario, a las faldas del Monte Sinai. Durante una travesía de cuarenta años por el desierto, Moshé *Rabenu* escuchaba de D-os las órdenes (más conocidas como *mitzvot*, “preceptos”), con todos sus detalles y explicaciones, para transmitirlos a los *yehudim*. Al final, éstos recibieron un total de seiscientos trece *mitzvot*.

Estos preceptos pueden ser comparados con seiscientos trece árboles: cada uno tiene sus propias “ramas”, que simbolizan los detalles de la misma *mitzvá* (precepto). Los “frutos” de cada árbol representan el “sabor” de la *mitzvá*, es decir, su explicación y motivos. Y así como el árbol tiene raíces, cada *mitzvá* posee una parte profunda y oculta que la distingue y aclara.

Por orden Divina, Moshé escribió estos mandamientos en la Torá de manera general, y las explicaciones se transmitían en forma oral. De este modo, la Torá quedó dividida en dos partes: la Torá Escrita (mejor conocida como *Torá Shebijtab*), la que abarca todos los versículos ordenados por D-os y transmitidos por medio de Moshé, los Profetas y otros; y la Torá Oral (conocida como *Torá Shebeal pé*), la cual comprende todas las explicaciones, secretos y detalles.

Dichas partes fueron transmitidas de maestro a alumno y entre los *Talmidé Jajamim* mismos, quienes se sentaban cada uno con la Torá Escrita en sus manos, al tiempo que la Torá Oral se difundía de generación en generación de manera verbal, a fin de que no se perdieran estos principios y enseñanzas tal como ellos las habían recibido de sus maestros, hasta llegar a Moshé *Rabenu* mismo.

Con el correr de los años, y debido al olvido de algunos detalles comenzaron las discusiones sobre muchos de los preceptos y las costumbres, y las dudas en el área de la *Halajá* se acrecentaron cada vez más, pero todo legislador tenía el firme propósito de averiguar la *Halajá* y conocer la verdadera Voluntad del Creador. De este modo, dieron su versión y tradición según su entender y basándose en las enseñanzas que habían heredado de sus maestros. Asimismo, demostraban la veracidad de sus resoluciones por medio de pruebas, versículos, preguntas y respuestas consiguiendo así retomar la *Halajá* original y establecerla de nuevo, cada uno con fundamento en sus propios conocimientos.

En cada generación se presentaron nuevas circunstancias, debidas en gran parte al avance de la tecnología. Todo esto comprometió a los Rabinos y legisladores de la *Halajá* de cada época a analizar y adaptar la *Halajá* de acuerdo con las situaciones que se presentaban.

Por ejemplo, antiguamente la llegada de *Rosh Jódesh* (“cabeza del mes”) se anunciaba por medio de fogatas que se encendían en las cimas de las montañas, para crear una red de comunicación eficaz y oportuna en todo el pueblo de Israel.

Desafortunadamente personas malvadas estropearon este método al encender fogatas en fechas equivocadas (uno o dos días antes de *Rosh Jódesh*) para confundir al pueblo. La nueva resolución fue establecer un sistema de mensajería. Sin embargo, como los mensajeros demoraban en llegar, con el tiempo se implantó el Calendario Hebreo que utilizamos hasta la actualidad.

Asimismo, en la época de la destrucción del Templo en Yerushalaim, los responsables de la *Halajá* tenían que estudiar y establecer nuevas costumbres debido a los nuevos sucesos que iban surgiendo, con leyes

que recordaban el servicio en el *Bet Hamikdash* y el comportamiento singular dentro de nuestro Santuario perdido.

En el transcurso de la historia ocurrieron grandes milagros, como los de Janucá y Purim, lo que llevó a los legisladores a tomar la resolución de conmemorar estos acontecimientos e incluirlos en el Calendario Hebreo. De igual manera, se agregaron las desgracias acontecidas a lo largo de los años y que se recuerdan hasta la fecha con días de ayuno. Cada uno de estos acontecimientos requirió al mismo tiempo de *Halajot* (leyes) que las determinen, delimiten y expliquen.

En nuestros días, en la “Era de la tecnología” —misma que cambia constantemente nuestro modo de vida—, es deber de los legisladores de la *Halajá* analizar los nuevos acontecimientos y descubrimientos para determinar las *Halajot* con el avance de las ciencias aplicadas.

Todo esto se hizo, y continuará haciéndose, observando fundamentalmente las fuentes más antiguas de la Torá y de los legisladores de antaño, y estudiando cada caso actual con ejemplos tomados de las Escrituras y los libros de los Comentaristas para establecer así la *Halajá* como debe ser.

La historia de la *Halajá*

La Torá Oral se escribió alrededor del primer y tercer año de la era común, cuando los *Jajamim* de esas generaciones se vieron en la necesidad de registrarla finalmente por escrito, aun cuando siguió transmitiéndose verbalmente.

Debemos comprender que la situación en aquellos días era turbulenta, lo que obligó a tomar la decisión de escribir la Torá Oral. La Tierra de Israel fue conquistada en diversas ocasiones y los invasores emitieron decretos perversos contra el pueblo. Así ocurrió durante el Imperio Griego del malvado Antioqus Epifanes y en el Imperio Romano, específicamente durante la época del César Adriano. El común denominador siempre fue la prohibición del estudio de la Torá y su cumplimiento, así como la transmisión de sus leyes a las nuevas generaciones. Por ello, y a fin de que la Torá Oral nunca fuera olvidada, se decidió que debía

conservarse en forma escrita, de manera que cualquiera pudiera tener acceso a ella.

Esta imperiosa necesidad de escribir la Torá Oral se manifestó en su máxima gloria en el siglo II, con Rabí Yehudá Hanasí (mejor conocido como Rebi), quien poseía todos los atributos para poder hacerlo, como descendiente directo de los grandes líderes Rabínicos del pueblo de Israel y del Rey David.

Además era dueño de una inmensa riqueza material y gozaba de excelentes relaciones con los gobernadores del Imperio Romano, entonces bajo el dominio de Antoninus Pius Caracalla (el César que dominó durante los años 211 a 217 e.c.). Este periodo se conoce como “La época dorada del asentamiento del pueblo Judío en Israel”, posterior a la destrucción del Segundo Templo.

Rebi aprovechó su fortuna y sus influencias en todas las áreas de la vida política y religiosa para eliminar la prohibición de escribir la Torá Oral. De este modo logró, con su vasta sabiduría, escribir todas las leyes en una sola obra llamada *Mishná*, término que proviene del hebreo *Shoné Halajot* (“estudiar y repasar la *Halajá*”). (En un sentido más profundo, las letras que conforman la palabra *Mishná* en hebreo son las mismas letras que componen la palabra *Neshamá*, “alma”). Con esta obra Rebi quiso proteger, resguardar y hacer prevalecer el “alma” del pueblo de Israel: su tradición, sus costumbres y su modo de vida conforme lo establecen las *Halajot*.

La *Mishná* fue escrita y editada en un lenguaje conciso y extremadamente resumido, ya que su finalidad era solamente recordarnos todos los análisis, fuentes e indicaciones que hasta entonces se dominaban de memoria. De esta manera se enfatizaron los puntos básicos que, sin embargo, encierran todo un mundo de información detrás de cada palabra.

Su obra tuvo mucho éxito y fue difundida en toda la comunidad, aunque pequeña, que vivía en Israel. Más tarde fue trasladada a la gran comunidad que residía en Babilonia, donde había un importante asentamiento del pueblo de Israel desde la destrucción del Primer Templo (586 a.e.c.). De hecho, ahí estaban exiliadas las Tribus de Yehudá y Binyamín.

A pesar de la caída del Imperio Babilonio y la toma del poder por el Imperio Persa, se otorgó el permiso a los judíos de retornar a Israel y construir un Segundo Templo. Algunos emigraron, pero la mayoría se quedó en Babilonia. Con el transcurrir del tiempo, entre los siglos III y X, Babilonia se convirtió en el principal centro judío del mundo. Ahí vivieron los grandes Tanaítas y Emoraítas, quienes erigieron muchas *yeshivot* y templos.

Al llegar a Babilonia la obra de Rebi (la *Mishná*) fue recibida con gran alegría y se convirtió en la base fundamental de cualquier estudio. Años más tarde, los Rabinos consideraron que era conveniente y necesario incluir también los detalles, explicaciones, fuentes y discusiones que encerraba esta magna y resumida obra. Por ello, desde el siglo III hasta el V de la era común se escribió la *Guemará*, como explicación de la *Mishná* en Babilonia y Yerushalaim, principales centros del mundo judío. La primera fue denominada Talmud Babilí y la segunda, Talmud Yerushalmi. No obstante, debido a los grandes *Jajamim* que vivían en Babilonia y por la claridad de su escritura, se tomó el Talmud Babilí como la principal base de la *Halajá*.

Desde entonces en muchos lugares donde existían asentamientos judíos se estudiaba la *Mishná* con el análisis de la *Guemará* que contiene la versión que tenemos hoy en día y que consta de 60 tomos y 2711 hojas.

Con el tiempo, surgió una nueva cuestión por resolver: los análisis de la *Guemará* eran extensos y muy profundos. La amplia gama de opiniones, pruebas y versículos no permitía que cualquier persona pudiera extraer la conclusión y la forma apropiada de cumplir la ley. En otras palabras, la conversión de *Mishná-Guemará* a *Halajá* no era una tarea fácil, por lo que en el siglo X aproximadamente, dos grandes Rabinos solucionaron las dos principales cuestiones que presentaba a la *Guemará*:

1. Rabí Shelomó Itzjaki (más conocido como Rashí, quien vivió de 1040 a 1105 e.c.), reconocido como el mejor y principal comentarista de la *Guemará*, solucionó la parte de la traducción del arameo al hebreo, así como la explicación simple y los conceptos profundos que abarca la *Guemará*.

2. Para determinar la conclusión dentro de un océano de opiniones y discusiones, Rabí Itzjak Elfasi (el Rif) concluyó la primera gran obra conocida como *El libro de la Halajá*. El Rif fue juez rabínico de la ciudad de Fez, en Marruecos (o Algeria, conforme a otras versiones). Le llevó alrededor de 30 años (del 1030 al 1060) editar su obra, que consistió en extraer de todo el Talmud Bablí los conceptos que tenían que ver con la *Halajá* y facilitar así la lectura de la conclusión halájica. Algunas veces, donde la discusión no pudo concluirse, el Rif estableció reglas para definirla. De esta forma el Rif abrió paso a todo el pueblo al universo de los libros de la *Halajá*, y su obra constituyó la base de todos los demás libros de contenido halájico que vinieron posteriormente.

Pese a todos estos esfuerzos, el nivel y la fuerza del estudio declinaron debido al extenso lapso de exilio, las persecuciones y las dificultades para sostener a las *yeshivot* y a sus grandes *Talmidé Jajamim*, así como al temor hacia el enemigo físico y espiritual. Esto provocó que también la obra del Rif fuera difícil de comprender, ya que, después de todo, carecía de un orden específico. Por otra parte, constantemente surgían nuevas circunstancias que era necesario tratar, analizar y establecer.

Por ello, en el siglo XII, el Rambam (Maimónides) escribió su gran obra, el *Mishné Torá*, en la que invirtió alrededor de diez años (hasta el año 1177) esmerándose en escribir el magno libro de la *Halajá* omitiendo el lenguaje talmúdico. En perfecto orden, dividió el texto en temas que van desde los fundamentos hasta las seiscientas trece *mitzvot* de la Torá, mismas que recopiló en su libro *Séfer Hamitzvot*, todo en un lenguaje sencillo y comprensible. Posteriormente escribió los detalles de la gran mayoría de las *mitzvot* organizándolas desde sus raíces hasta sus últimos detalles. Esta obra sumó un total de catorce volúmenes.

En su introducción, el Rambam describe el motivo que le llevó a escribir esta obra:

En esta época, en que los problemas nos invaden y la sabiduría se oculta, y las obras de nuestros Rabinos de antaño se nos hacen difíciles de entender, me veo en la necesidad, yo, Moshé, hijo de Maimón, el Sefaradí, de transcribir lo permitido y lo prohibido, lo puro y lo impuro, en un lenguaje claro y simplificado, para que la Torá Oral pueda estar ordenada en la mente de cada uno.

Basándome en las obras de Rebi, el autor de las Mishnayot, y en todas las obras hechas hasta mis días, escribo este compendio para que el lector no tenga necesidad alguna de buscar de libro en libro, o de escrito a escrito, recopilando aquí todo de una forma ordenada. De este modo, la persona que termine de leer la Torá Escrita podrá comprender lo que debe hacer. Por eso lo llamo *Mishné Torá* ("La continuación de la Torá").

El *Mishné Torá* se recibió con los brazos abiertos, especialmente en los países sefaraditas, como Yemen, España y Marruecos, entre otros. Por otro lado, en la parte lejana de Ashkenaz (Alemania), había otro gran Rabino: *Rabenu Asher Ben Yejiel* (Harosh, 1250-1327), quien comenzó a ordenar y extraer la *Halajá* de todo el Talmud. Por su parte, su hijo, Rabí Yaacov, recopiló y coordinó toda esta información en cuatro tomos, los cuales tituló *Arbaá Turim* ("Los cuatro pilares de la *Halajá*") nombrando cada tomo conforme a las *Halajot*, que comprenden:

- *Óraj Jaim*, las *Halajot* de día con día.
- *Yoré Deá*, las *Halajot* de *Kashrut*, pureza familiar, *Mezuzá* y demás.
- *Even Haézer*, las *Halajot* relacionadas con el matrimonio y el divorcio.
- *Joshén Mishpat*, las *Halajot* monetarias y judiciales.

Esta división sigue rigiendo como fundamento halájico también en la actualidad.

La *Halajá* contemporánea

Estos tres cimientos de la legislación judía (el Rambam, el Rif y el Rosh) fueron los precursores de la *Halajá* que conocemos hoy, ya que se esforzaron en extraer lo principal de todas las *Guemarot* y antiguos escritos anexando estudios de todos los grandes Sabios y Comentaristas de los siglos VIII al X, recopilando y estableciendo así la Ley para todas las generaciones.

Es importante aclarar que aun cuando la base siempre fue la misma, muchas veces la conclusión era distinta. Esto se debe a las diferentes costumbres y a los distintos enfoques, ideas y reglas de cada lugar en general y de cada Rabino en particular. Como era de esperarse, esta situación dificultó nuevamente la posibilidad de determinar la *Halajá* final en cada caso.

Por ello, en el siglo XVI, el gran Rabí Yosef Caro (editor del *Shulján Aruj*, obra que sigue el patrón y el formato de los *Arbaá Turim*) decidió omitir la organización del Rambam por el simple motivo de que éste incluyó en su obra también las leyes no actuales (como las del Templo y de los sacrificios que se realizaban). El *Shulján Aruj* quiso enfocarse solamente en las leyes relevantes y aplicables en la actualidad; por eso prefirió el formato de los *Arbaá Turim*.

En un principio, Rab Yosef Caro escribió una obra sobre los *Arbaá Turim* llamada *Bet Yosef*, la cual era profunda y extensa. Posteriormente resumió todo este análisis en un libro en el que únicamente escribió la conclusión clara, corta y precisa. A esta nueva obra la llamó *Shulján Aruj*, “Mesa servida”.

Su forma de dictaminar la *Halajá* era clara porque se basó en los tres Comentaristas y pilares de la *Halajá* arriba mencionados, de manera que, en los casos en que todos estuvieron de acuerdo, ésta fue determinada de ese modo.

Sólo cuando percibía que los primeros legisladores no estaban del todo de acuerdo con algún dictamen, Rab Yosef Caro establecía la *Halajá* como la mayoría. Si uno no opinaba sobre un tema y los otros dos restantes discutían entre sí, Rab Yosef Caro consideraba las opiniones de Najmánides o del Ran, el Rashbá, el Semag, etc., y dictaminaba de acuerdo con la mayoría. Así fue como Rab Yosef Caro se convirtió en el eslabón que enlaza todos los libros anteriores de *Halajá* creando una obra fundamental en todos los confines donde ésta se aplique.

Debido a su gran sabiduría y don para resumir tan vastos conocimientos, sin mencionar el gran puesto Rabínico que ocupó en la ciudad de Tzfat durante los años de apogeo del nuevo asentamiento judío en Israel, fue nombrado el *Mará Deatrá*, es decir, el Rabino local y principal de

Israel. De este modo, sus *Halajot* fueron el *modus vivendi* de la gran mayoría de los judíos en el mundo.

Durante la misma época en que Rab Yosef Caro realizaba su magna obra, en otra parte del mundo, en Polonia, trabajaba Rabí Moshé Íserlis (1520-1572) escribiendo la misma obra y creando el *Shulján Aruj* ashkenazí. Rabí Moshé, mejor conocido como el Ramá, fue el rabino principal de la comunidad judía en Polonia que estaba en su apogeo. También a él le incomodó esta confusión halájica que incitó a Rab Yosef Caro a editar su *Shulján Aruj*, por lo que decidió, del mismo modo, ordenar la *Halajá* en una edición clara y de fácil acceso para todos, basada también en el orden de los *Arbaá Turim*.

Después de escribir sus comentarios en esta obra, llamada *Darké Moshé*, tal como lo hizo Rab Yosef Caro en su *Bet Yosef*, el Ramá resumió un compendio claro y preciso para determinar así la *Halajá* en la práctica.

A punto de publicarlo, llegó a sus manos la copia del *Shulján Aruj* de Rab Yosef Caro. El Ramá, al ver que alguien ya se le había adelantado, decidió esconder toda su obra y no confundir con ella a la gente con dos obras parecidas y resoluciones diferentes. Así que, en su grandeza y humildad, se esforzó de nuevo para escribir toda su obra, sólo que esta vez agregando solamente su punto de vista y las diferencias entre las costumbres ashkenazim en relación con las sefaradim. De este modo, una única obra vería la luz: el *Shulján Aruj*, con las acotaciones del Ramá. Llamó a esta obra *Hamapá*, "El mantel", haciendo alusión de este modo a la "Mesa servida" de Rabí Yosef Caro.

Gracias a esto, ambos lograron crear el libro de *Halajá* que fue aceptado en prácticamente todas las comunidades judías del mundo, pues contenía la *Halajá* tal cual es, así como las diferentes costumbres entre algunas comunidades, de acuerdo con su lugar de procedencia y sus respectivos dirigentes Rabínicos.

Es necesario aclarar que a partir de la época del Rif y hasta nuestros días, hubo muchos legisladores de la *Halajá* y Rabinos de diversas comunidades que escribieron libros sobre ella, desde obras del Semag, el Rambán, el Ran, etc., hasta las de últimas generaciones, como el

Mishná Berurá, Aruj Hashulján, el Ben Ish Jai y otras grandes luminarias del pueblo de Israel, a las cuales cada uno dio su toque individual, aclaraciones o diferente orden. En la mayoría de los casos, abarcaron nuevos temas relacionados con los nuevos tiempos aclarando al mismo tiempo las diferentes costumbres locales de sus respectivas comunidades.

Actualmente, nuestra generación vive en una época distinta de las anteriores, ya que después de casi dos mil años de exilio retornamos nuevamente, gracias a D-os, a la Tierra de Israel. La oleada de inmigrantes judíos de la Diáspora llevó consigo a la pequeña Tierra de Israel un sinfín de costumbres, leyes, tradiciones y libros, con un océano de opiniones sobre cada rincón de la *Halajá*.

Como se mencionó antes, las bases siguen y seguirán siendo por siempre las mismas para todos: la Torá, la *Mishná*, la *Guemará*, el *Shulján Aruj* y el Ramá. Asimismo, todos vivimos el mismo *Shabat*, las mismas festividades... Pero son los pequeños detalles y costumbres de la *Halajá* donde el exilio hizo lo suyo, porque surgieron así diferencias entre las distintas comunidades. Esto fue motivo de muchas discusiones y controversias en las nuevas comunidades judías que se organizaban en Israel. Muchas veces la confusión y la discusión dominaban hasta en el más diminuto *Bet HaKenéset*, que a veces se formaba con personalidades provenientes de distintos países, de manera que cada uno defendía sus costumbres y orígenes.

Y esta nueva situación promovió un nuevo sueño: el día en que todos pudieran seguir la misma ley.

Rab Ovadiá Yosef zt"l

Gracias a D-os, Quien nunca nos ha abandonado y en cada generación y lugar envió almas especiales para proteger y hacer prevalecer la *Halajá*, en esta generación tuvimos el privilegio de contar entre nosotros al gran Rab Ovadiá Yosef, cuyas virtudes, sabiduría, especial memoria y fuerza para profundizar lo convirtieron en uno de los más grandes Rabinos de nuestra generación para el pueblo de Israel.

Rab Ovadiá Yosef nació en 1920, en la ciudad de Bagdad, y llegó a Israel a la edad de cuatro años. Desde los doce años fue alumno en la *Yeshivá Porat Yosef*, donde su Rabino, Rab Ezra Attie, fue su guía espiritual.

A los diecisiete años ya impartía clases de *Halajá* en algunas sinagogas de Yerushalaim y su modo de legislar demostró no ser tan estricto, ya que siempre buscó en la *Halajá* la manera más simple de poder llevarla a cabo, para facilitar al pueblo el cumplimiento de las *mitzvot*. Es por eso que, en muchas ocasiones, contradice lo dictaminado por el Ben Ish Jai, quien era muy meticuloso en su manera de legislar.

Debido a las grandes virtudes que poseía Rab Ovadiá Yosef, a la temprana edad de veinte años recibió el título Rabínico de manos del Rabino Principal de Israel, Ben Tziyón Meir Jai Uziel. En 1945 ya fungía como juez en Yerushalaim. Después de dos años ejerció como Rabino en la comunidad judía de Egipto y, en 1964, fue miembro del gran *Bet Din* en Israel, hasta que en 1968 fue nombrado Rabino Principal de Tel Aviv. Cuatro años después, desde 1972, fue nombrado el Gran Rabino de Israel reconocido como uno de los más grandes Rabinos sefaraditas de nuestra generación.

Durante toda su trayectoria, Rab Ovadiá Yosef sostuvo un sinfín de discusiones y enfrentamientos con grandes Rabinos respecto a sus opiniones halájicas, justamente por su facilidad para simplificar y permitir lo que otros prohibían. A los ojos de Rab Ovadiá Yosef, siempre estuvo en alto la regla que determina que “La fuerza que permite es superior”. Además, anhelaba unir a todo el pueblo sefaradita bajo un solo patrón de *Halajá*. Para ello, su regla de oro fue que los dictámenes del *Shulján Aruj* no deben modificarse en absoluto.

La misión no era fácil. El camino para conseguirlo estaba lleno de discusiones e incomodidades con las otras opiniones. Después de todo, a nadie le gustaba perder ni siquiera la más mínima costumbre que trajo consigo de la Diáspora, más aún cuando se trata de una determinación halájica.

Así fue que, después de muchas clases de *Halajá* impartidas por Rab Ovadiá Yosef al público en general, consiguió escribir varios libros llenos de pruebas y explicaciones, además de dar clases cada *Motzaé*

Shabat en Yerushalaim (clases que eran emitidas vía satélite a decenas de templos por todo Israel).

Rab Ovadiá Yosef es autor de muchas obras, la mayoría sobre *Halajá*, en las que recopila casi todas las opiniones sobre cada tema, así como escritos y dictámenes de diversos Rabinos desde la época talmúdica hasta nuestros días: *Yabi'a Ómer* (diez tomos basados en el orden de los *Arbaá Turim*), *Jazón Ovadiá* (once tomos sobre las festividades), *Liviat Jen* (dos tomos sobre el día de Shabat) y *Taharat Habait* (tres tomos sobre las leyes de pureza familiar), entre otras. Además, tuvo el mérito de que sus hijos se convirtieran en *Talmidé Jajamim* y Rabinos de varias comunidades, ejerciendo como dirigentes de *Kolelim* y *yeshivot* bajo el mismo patrón de aprendizaje que recibieron de su padre.

El sexto hijo de Rab Ovadiá Yosef, Rab Itzjak Yosef, nacido en 1952, comenzó a sus diecinueve años a recopilar *Halajot* prácticas de todos los extensos escritos de su padre a fin de ordenarlas de manera útil para cualquiera, con un lenguaje moderno. De este modo, cumplió su propósito de que hasta el individuo más simple del pueblo de Israel lograra comprender y aprender cómo desenvolverse en cada situación de la vida diaria.

Comenzó como una obra clara y precisa, publicada en modestos folletos que se repartían por todo Israel. Además, abarcó muchos temas y puntos halájicos que Rab Ovadiá Yosef no abordó en sus obras, con el consentimiento y las reglas halájicas que aprendió de su señor padre.

En 1975 fue nombrado Rabino de varios pequeños asentamientos alrededor de Yerushalaim y en 1980 fungió como dirigente del *Yeshibá Jazón Ovadiá*, cargo que desempeña hasta hoy y en el 2013 fue nombrado el Rabino Principal de Israel bajo el título el Rishón Letzión

En 1971 salió a la luz su primer libro de *Halajá*, bajo el título de *Yalkut Yosef*. En la actualidad esta obra ha alcanzado treinta tomos, que se han convertido en la guía fundamental de *Halajá* para muchos sefaraditas.

Quienes no lograron preservar las costumbres de sus antecesores, y otros que encontraron en esta obra gran claridad y detalle de la *Halajá*, adoptaron al *Yalkut Yosef* como su maestro y guía de *Halajá*, tal como

aconseja la *Mishná* en *Pirké Abot*: “Hazte de un Rabino y aléjate así de la duda” (1:6).

Para otros, en cambio, el *Yalkut Yosef* presentó la *Halajá* por seguir, siempre y cuando no invalidara alguna tradición o costumbre. Esto es válido y correcto, respetando así la regla que dice: “No abandones la tradición de tu familia”.

En 1988, Rab Itzjak Yosef recibió el premio *HaRav Toledano* de la alcaldía de Tel Aviv, en reconocimiento a la publicación del *Yalkut Yosef*. Al respecto, los jueces locales expresaron: “El distintivo de esta obra es que combina profundas conclusiones halájicas en un lenguaje claro y preciso, labor difícil de realizar. El autor ameritó tener el don de la inteligencia para dividir este proyecto de manera que desde el hombre más simple hasta los grandes *Talmidé Jajamim* puedan encontrar un gran interés en su obra”.

El *Yalkut Yosef* ha sido traducido a varios idiomas para extender esta red de *Halajá* a muchas partes del mundo, con el intento de cobijar a más *yehudim* bajo el techo de una sola Ley, unificando así al pueblo de Israel en todos los confines del mundo y prepararnos de tal modo para la Redención próxima y en nuestros días.

Hemos tenido el gran honor y privilegio de que Rab Itzjak Yosef haya solicitado traducir su magna obra al idioma español, confiando esta concesión al señor Gabriel Hilu, que D-os le dé salud, larga vida y bienestar a él y a toda su familia. Él a su vez designó a un servidor como responsable de esta labor, para que todos los hispanoparlantes del mundo podamos tener en nuestros hogares esta maravillosa guía de la *Halajá* y cumplir así la Voluntad de D-os, por supuesto respetando y manteniendo cada uno sus respectivas costumbres.

Sea la voluntad del Creador ayudarnos a terminar esta extensa obra con éxito.

Como detalle personal, quisiera agradecer enormemente a D-os por haberme concedido el gran mérito de encabezar este proyecto, ya que veo en esto la finalidad primordial de mis anteriores obras, como los libros sobre arqueología, reencarnación, matrimonio, sueños, etc., cuyo objetivo es el de acercar a nuestros hermanos al Judaísmo. Ahora

que se han acercado, el siguiente paso es saber lo que debemos hacer y cómo comportarnos de acuerdo con la *Halajá*, lo cual manifiesta la Voluntad de D-os.

Creo importante revelar el gran esfuerzo que hemos dedicado a esta obra a fin de que su traducción sea cómoda, legible y lo más apegada posible al original, de forma clara y sencilla, y conseguir así hacerla accesible a toda persona. Evitamos traducir el amplio diálogo halájico que aparece en el *Yalkut Yosef* como notas a pie de página, para evitar confusiones. Asimismo, cuando la traducción al español resultaba deficiente como resultado de la falta de representación de algunos conceptos, se resolvió resumir el inciso en cuestión y conseguir así su fiel interpretación renunciando a su traducción literal.

Asimismo, conformar el mejor equipo de Rabinos y *Abrejim* para la realización de esta obra fue uno de los factores primordiales con miras a obtener la fiel traducción, revisión, comparación y edición del original, y evitar al máximo cualquier error en la difusión de la *Halajá*. Aprovecho aquí para expresar mi más profundo agradecimiento a todos ellos, especialmente a mi gran amigo, Rab Mayer Sakal Franco, traductor y colaborador principal en la realización de esta maravillosa obra.

Quiero finalizar con la sugerencia de que, en las clases de *Halajá* que se impartan, considere el Rabino el texto en hebreo que figura en la parte superior de cada página y, de ser posible, también las notas al pie que figuran en la obra original. De este modo, su público hispanoparlante comprenderá la *Halajá* en español basada, explicada y embellecida con los comentarios del Rabino. De este modo podremos asegurar la fiel difusión de la *Halajá* sin las dificultades que la traducción conlleva en muchos de los casos.



